



Deslegitimar
el capitalismo
Reconstruir
la esperanza

François
Houtart



RUTH
CASA
LIBROS



CLACSO
LIBROS

Deslegitimar el capitalismo
Reconstruir la esperanza

Francois Houtart

FRANÇOIS HOUTART (Bélgica, 1925). Licenciado en Filosofía y Teología. Ordenado sacerdote católico en Malines en 1949. Licenciado en Ciencias Políticas y Sociales y Doctor en Sociología en la Universidad de Lovaina (1973). Diplomado del Instituto Superior Internacional de Urbanismo Aplicado en Bruselas. Postgraduado en la Universidad de Chicago y en la de Indiana, Estados Unidos. Doctor *Honoris Causa* de la Universidad de Notre Dame, Indiana. Director del Centro de Estudios Socio-religiosos y Profesor Emérito de la Universidad Católica de Lovaina (1958-1990). Profesor invitado de las Universidades de Montreal (1953), Buenos Aires (1954), Tilburg (1956-1957), Birmingham (1970), Sherbrooke (1972), Centroamericana de Managua (1983-1990). Secretario General de la Conferencia Internacional de Sociología Religiosa (1956-1964). Secretario General de la Federación Internacional de Institutos de Investigaciones Socio-religiosas (FERES), y Vicepresidente (1964-1980). Director de la revista internacional de estudios socio-religiosos *Social Compass*. Experto en el Concilio Vaticano II, 1962-1965. Director del Centro Tricontinental y de su revista *Alternatives Sud*, Lovaina la Nueva, Bélgica, hasta septiembre de 2004. Ha trabajado y viajado por más de 100 países. Sus principales investigaciones de carácter socio-religioso han sido efectuadas en Bruselas, Chicago, Malta, Sri Lanka, India, Vietnam y países de América Latina. Ha trabajado como consultor acerca de problemas socio-religiosos en Camerún, Tanzania, Zaire, África del Sur, Colombia, Brasil, Nicaragua, Cuba, Corea, India, Pakistán, Sri Lanka, Bangladesh, Filipinas, Tailandia, Polonia, Vietnam, etc. Actualmente es el Secretario del Foro Mundial de Alternativas y directivo del Foro Mundial de Porto Alegre. Ha escrito más de 50 libros y decenas de artículos especializados y de prensa. Entre ellos se destacan, *Les paroisses de Bruxelles*, 1952; *El cambio social en América Latina*, 1964; *The Church and Revolution, Religion and Ideology in Sri Lanka*, 1974; *Religion and Development in Asia*, 1976; *Religion et modes de production précapitalistes*, 1980; *Hai Van, Life in a Vietnamese Commune*, 1984; *Sociología de la religión*, 1992; *L'Autre Davos*, 1999; *Haïti et la mondialisation de la Culture*, 2000; *Mondialisation des Résistances. L'Etat des luttes*, 2000; *La tiranía del mercado*, 2001; *Mercado y religión*, 2002; *Dé légitimer le capitalisme. Reconstruire l'espérance*, 2005; *Comercio mundial: ¿incentivo o freno para el desarrollo?*, 2005 (escrito junto a Carlos Tablada, Faustino Cobarrubia, Laura I. Pujol, Eugenio Martínez, Roberto Smith y Osvaldo Martínez); *La ética de la incertidumbre en las Ciencias Sociales*, 2006; *Sociología de la religión*, 2006, y *África codiciada. El desafío pendiente*, 2007 (escrito junto a Carlos Tablada y Roberto Smith).

Deslegitimar el capitalismo
Reconstruir la esperanza

Francois Houtart



Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



CLACSO

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Editor Responsable Emir Sader - Secretario Ejecutivo

Coordinador Académico Pablo Gentili - Secretario Ejecutivo Adjunto

Área de Producción Editorial y Contenidos Web de CLACSO

Responsable Editorial Lucas Sablich

Director de Arte Marcelo Giardino

Producción Fluxus Estudio

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Av. Callao 875 | Piso 5º J | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4811 6588 | Fax [54 11] 4812 8459 | <clacso@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Agencia de Cooperación Internacional



Govern de les Balears

Edición: Denise Ocampo Álvarez

Corrección: Pilar Jiménez Castro y Alejandro Sean García

Diseño de cubierta: Claudia Méndez Romero

Diseño interior y composición: Xiomara Gálvez Rosabal

© Ruth Casa Editorial

© Sobre la presente edición:

Ruth Casa Editorial, 2009.

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2009

ISBN 978-9962-645-23-8

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio, sin la autorización de Ruth Casa Editorial. Todos los derechos reservados en todos los idiomas. Derechos reservados conforme a la ley.

Ruth Casa Editorial

Calle 38 y Ave. Cuba, Edif. Los Cristales, Oficina No. 6

Apdo. 2235, Zona 9A, Panamá

e-mail: alejandrosean@yahoo.com

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

PREFACIO A DESLEGITIMAR EL CAPITALISMO. RECONSTRUIR LA ESPERANZA

Samir Amin¹

El capitalismo ha inaugurado un nuevo sistema de organización de la vida social articulado alrededor del dominio de lo económico. El resto de las dimensiones de la vida social quedan sometidas, pues, a las exigencias de la expansión económica. Se trata realmente de una revolución que invierte las relaciones que, hasta el momento, sometían la vida económica a las exigencias de las lógicas del poder político. Con el capitalismo, la mercancía, los intercambios mercantiles y el valor imponen unilateralmente su ley por primera vez. Dichos intercambios mercantiles, bien conocidos desde antes del capitalismo, no ocupaban en las sociedades concretas la posición determinante en última instancia. Sin embargo, el capitalismo funda una verdadera economía de producción mercantil generalizada. El valor de cambio deviene el valor supremo que domina la organización social en su

¹ Doctor en Ciencias Económicas. Ha sido profesor en universidades de Poitiers, Dakar y París, y director del Instituto Africano de Desarrollo Económico y de Planificación (IDEP). Desde 1980 dirige la oficina africana del Foro del Tercer Mundo y preside el Foro Mundial de Alternativas. Es autor de numerosas obras, muchas de ellas en colaboración con François Houtart (ver bibliografía). Publicó en 2003 *Le virus libéral, la guerre permanente et l'américanisation du monde* (Le Temps des Cerises) y, en colaboración con Ali El Kenz, *Le monde arabe, enjeux sociaux et perspectives méditerranéennes* (L'Harmattan).

conjunto. La ley del valor no solo prima sobre la vida económica, sino sobre toda la vida social en todas sus dimensiones. No existe “economía de mercado” que no sea igualmente una “sociedad de mercado”. Esta revolución que inaugura la modernidad ha traído con ella progresos indiscutibles. Ella ha fundado una articulación nueva de la propiedad y de la libertad que define la esencia misma del capitalismo: la libertad de empresa privada como nudo central previo de la libertad individual. Bien entendida, esta libertad es únicamente la del capitalista –propietario de los medios de producción devenidos capital– mientras que los otros individuos no gozan más que de la libertad de vender su fuerza de trabajo. Ella deja de ser el fundamento del Estado de derecho moderno y de la forma democrática conquistada parcial y progresivamente por las clases dominadas. La economía capitalista no es, por consiguiente, una “economía de mercado” (es decir, de “mercados generalizados”) tal y como expresa la “vulgata” dominante. Es más que esto: una economía de producción capitalista (comandada por el capital), aunque igualmente mercantil. La libre empresa domina a su vez la competencia entre los capitales privados, y esto está en el origen de una aceleración prodigiosa del progreso tecnológico. La “vulgata” ideológica hegemónica asocia el conjunto de todos estos términos –libertad de empresa, respeto a la propiedad privada, competencia, economía de mercado, Estado de derecho y democracia– como si los mismos fueran suficientes para designar lo que es el capitalismo. Propone, pues, una visión optimista del mundo moderno, fundado sobre el triunfo de la “Razón” como factor de progreso continuo sin límites. Relega el pasado de la humanidad al museo de lo irracional y califica toda concepción de un porvenir diferente como una utopía destructiva (vale decir, totalitaria). Esta “vulgata” considera, pues, el capitalismo como el “fin de la historia”, sin dejar más margen a la acción que el del seno del propio sistema (con el objetivo de “mejorarlo”, de proporcionarle un “rostro humano”, de “corregir sus excesos”, etc.). Esta “vulgata” no es nueva: la ideología producida por la Ilustración definía el triunfo (definitivo) de la Razón en los mismos términos a partir de los cuales los defensores actuales del capitalismo proclaman el fin de la historia.

La máscara de apariencia realista e inocente del discurso de la “vulgata” dominante esconde la otra vertiente de la realidad capita-

lista. Sustituye el análisis de un sistema perfectamente imaginario (la economía de mercado y la democracia) por el del capitalismo realmente histórico.

La lógica de la expansión del capitalismo no procede de la existencia de “mercados generalizados” (la competencia beneficiosa para todos), sino de la constante acumulación de capital (en provecho exclusivo de la clase dominante, es decir, la de los propietarios). La lógica capitalista asocia el fetichismo de la mercancía (toda actividad humana debe comprenderse sometida a las reglas del mercado) y del capital (los medios de producción no son los instrumentos utilizados libremente por los trabajadores, sino la propiedad de los capitalistas que someten a las exigencias de maximización del beneficio a los que proporcionan un “empleo”).

La instrumentación de esta lógica no permite solo las “destrucciones constructivas” (la eliminación de las formas antiguas de producción en beneficio de formas más eficaces); ella conlleva dimensiones intrínsecamente destructoras.

Destrucción del individuo, cuya realidad está muy lejos del elogio desconsiderado que la “vulgata” ideológica propone, ya que el individuo mayoritario en el capitalismo realmente existente no es casi más que un vendedor de fuerza de trabajo, poco o muy calificada (los mismos “cuadros” están tomando actualmente conciencia del margen estrecho de libertad que el sistema les garantiza). Devenido príncipe ciudadano en las democracias modernas del capitalismo central, su libertad de elegir y de imaginar se ven ampliamente abolidas por la sumisión a las “exigencias del mercado” que se les demanda. Puede votar libremente, pero su voto no sirve de nada puesto que es el mercado quien decide en todo. Miserable compensación: el individuo queda reducido al estatus de “consumidor” beatífico.

Destrucción de la naturaleza, debido a que la racionalidad del cálculo económico mercantil está por definición reducida a un corto periodo de tiempo. Analizada por Marx y redescubierta por los ecologistas contemporáneos, esta destrucción ha llegado a una fase a partir de la cual constituye una seria amenaza multidimensional (supervivencia de especies, calentamiento posible del planeta, etc.).

Destrucción de pueblos y naciones. La acumulación primitiva se había manifestado a la vez por la destrucción salvaje de las comunida-

des campesinas locales (los cercamientos en Inglaterra y después en el conjunto de Europa) y de pueblos enteros, exigida por la formación de las periferias de América (genocidio de pueblos indígenas, trata de negros). La expansión ulterior y continua del capitalismo globalizado reproduce permanentemente los procedimientos de la acumulación primitiva, imponiendo una relación de desigualdad cada vez más profunda entre sus centros dominantes y sus periferias dominadas. Destrucción y empobrecimiento cultural, pauperización masiva (hoy día extendida a los tres mil millones de campesinos amenazados por la adopción de cercamientos a escala mundial), exclusión de toda perspectiva democrática, son los efectos fatales de la lógica de la expansión capitalista.

Las dimensiones destructoras de la acumulación son, en el momento actual, exacerbados por los desequilibrios sociales y políticos asociados al liberalismo globalizado. Las privatizaciones a ultranza se implementan de tal modo que cada movimiento del ser humano devenga la ocasión para la extracción de un beneficio para el capital. La globalización pone en marcha un sistema insoportable de "apartheid" a escala mundial, que implica su gestión militarizada. Ninguno de sus desarrollos tiende a favorecer los progresos de la democracia.

Será posible decir que el capitalismo puede ser "mejorado", "reformado", que los mercados pueden ser regulados, de manera que se tengan en cuenta intereses sociales distintos de los del capital dominante. Observación válida y reconfortante para la historia moderna. Las evoluciones de este género, posibilitadas por las relaciones de fuerza más desfavorables para las clases y pueblos dominados, han contribuido ciertamente a la maduración de conciencias que permiten ir más allá del capitalismo. Sin embargo, tales evoluciones siguen siendo precarias dado que el capitalismo no llega a ser deslegitimado en sus principios fundamentales.

Los movimientos alternativos contemporáneos movilizan fuerzas sociales que toman conciencia de las exigencias de una visión estratégica a largo plazo, que deslegitiman el capitalismo y abren la perspectiva del socialismo. La praxis de las luchas y el imaginario de la gente han inventado procedimientos de organización de este futuro mejor concebidos sobre la base del principio de una socialización fundada principalmente en la democracia y (quizá) solo de un modo accesorio sobre el intercambio mercantil.

Los trabajos teóricos de François Houtart, al igual que sus posiciones políticas militantes, ilustran la riqueza producida por la convergencia en la diversidad que se está dibujando en la gran familia altermundialista. La Teología cristiana de la Liberación, a cuya construcción François Houtart consagra su vida, confluye naturalmente con todo el resto del pensamiento humanista en la construcción del posible y necesario futuro socialista.

ÍNDICE

Prefacio / VII

Prólogo / 1

CAPÍTULO 1

Cuando el hombre deviene mercancía / 5

La globalización de las relaciones
sociales capitalistas / 5

Las migraciones internacionales
como imperativo del mercado / 31

La salud como mercancía / 42

CAPÍTULO 2

Cuando la economía se convierte en una finalidad / 68

La transnacionalización de la economía / 68

El control del petróleo como geoestrategia mundial / 97

La privatización del agua / 108

CAPÍTULO 3

Globalizar las resistencias y crear las alternativas / 127

La convergencia de movimientos sociales:
un bosquejo de análisis / 127

Hacia una sociedad civil globalizada:
la de abajo o la de arriba / 140
Las alternativas creíbles del capitalismo
globalizado / 153
Movimientos sociales y poder / 173

CAPÍTULO 4

La posición del creyente en las luchas sociales / 180
Una globalización de la justicia, del amor
y de la vida / 180
Una espiritualidad alimentada
por las Ciencias Sociales / 185
La Teología de la Liberación, fuente
de resistencia y de esperanza de los pueblos / 189
Una ética social inspirada en la radicalidad
del evangelio / 199
Liberación y esperanza / 210

Postfacio / 215

Bibliografía / 217

PRÓLOGO

Globalizar los intercambios en el marco del libre mercado permitirá a la humanidad salir de la pobreza y entrar en una era de equilibrio y felicidad: este es el mensaje transmitido hoy tanto al Norte como al Sur. Tal convicción es lo que anima a los responsables de la economía mundial. Ella preside desde hace más de dos siglos la evolución del sistema económico y se impone en nuestra época bajo la forma de reorganización general de la sociedad, que se denomina globalización.

Bien anclada en la visión de Adam Smith de la mano invisible reguladora, esta concepción del mundo atribuye al mercado una función que sobrepasa la economía y se incorpora a la ética social. No olvidemos que el inspirador del pensamiento liberal no era economista, sino un moralista preocupado por reconciliar los intereses individuales divergentes y, por tanto, las fuentes de conflicto. La idea consiste en dejar funcionar los intercambios de bienes y servicios lo más libremente posible: un equilibrio que resulte en beneficio de todos y contribuya a la paz social.

Continuemos este razonamiento. El capitalismo, como sistema, se inscribe en esta lógica, dado que organiza la actividad económica en función de la oferta y la demanda, con el propósito de dinamizar la primera y extender la segunda. Esto se lleva a cabo privilegiando el capital entre los factores de producción, y no sin razones. Este último, en efecto, desempeña un papel preponderante en la propiedad de los medios de producción, en

la organización del trabajo y en la repartición de lo que es producido. Aún más, resulta que los propietarios y los gerentes del capital son los mejores a la hora de asignar los recursos, de dar a la producción de bienes y servicios toda su racionalidad, de canalizar el consumo en función de la solvencia. La lógica consiste, pues, en producir el valor añadido, con el fin de contribuir a la acumulación de un capital destinado a invertirse en nuevos proyectos económicos.

La perspectiva de una visión como esta es la del progreso constante, impulsado por un proceso de crecimiento, de creación de riquezas, e inscrito en la gran tradición de la filosofía de la Ilustración. La actividad mercantil es el motor de este proyecto humano de emancipación, y el individuo emprendedor es quien la pone en práctica. El mercado es, por tanto, un mecanismo esencial al funcionamiento de la sociedad, hoy globalizada. Las instituciones políticas tienen el papel de garantizar su libertad, la cual está en la base de todas las demás. Existe, pues, el deber moral de velar porque estas condiciones sean alcanzadas por la promoción de una economía de mercado, como la única capaz de responder a tales exigencias materiales y culturales de la humanidad. He aquí el razonamiento, de una lógica teórica rigurosa, que legitima a la vez el capitalismo como sistema económico, como fundamento de la organización política y como cultura del progreso. Ahora, ¿qué constatamos después de tres siglos de desarrollo de tal lógica? Una riqueza enorme ha sido producida. Progresos espectaculares han sido instrumentados en los campos científicos y técnicos. Y, sin embargo, jamás ha habido tal cantidad de pobres y jamás las distancias sociales han sido tan considerables. Hay, por consiguiente, un abismo entre la teoría y la práctica, entre el discurso y la realidad, entre las intenciones y los resultados. ¿Es todo esto el resultado de disfunciones accidentales o el resultado de la debilidad y del egoísmo humano? ¿O será que la misma lógica del sistema debe ser puesta en tela de juicio? ¿Se puede humanizar el capitalismo o es preciso reemplazarlo radicalmente? ¿Existen grupos sociales interesados en su mante-

nimiento? ¿Cuáles son hoy día? ¿Hay una dimensión espiritual en la lucha social?

He aquí las interrogaciones que presiden esta obra que retoma en síntesis trabajos precedentes, los cuales han sido objeto de editoriales de la revista *Alternatives Sud* del Centro Tricontinental de Lovaina la Nueva.

CAPÍTULO 1

CUANDO EL HOMBRE DEVIENE MERCANCÍA

Este primer capítulo nos permitirá descubrir cómo se construyen las relaciones sociales del capital en su dimensión económica, social y cultural. Desde ahí, abordaremos dos aspectos que ilustran tal objetivo: las migraciones y la salud.

La globalización de las relaciones sociales capitalistas

Productor o consumidor, he aquí el destino del ser humano a escala mundial hoy día. Los que no entran en tales estatus devienen multitudes inútiles. ¿Cómo se ha llegado a esto? La presente reflexión sobre la globalización de la economía intentará percibir las características contemporáneas de tal cuestión y medir sus efectos con la finalidad de poder contribuir a la búsqueda de alternativas. A tal efecto, es importante, desde el inicio, comenzar desde una perspectiva global, incluso si en el punto de partida preanalítico domina la referencia a los excluidos, a los oprimidos, a los pobres del mundo.

Los estragos intelectuales que provoca en nuestro presente la simplificación de los problemas, de los análisis y de las soluciones, tan relevantes para la postmodernidad, están bien ilustrados en la introducción al *Informe mundial sobre desarrollo humano*

(1993) del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). En efecto, ahí se describe con detalle el estado de la pobreza: “Más de mil millones de personas viven en la miseria: el 20 % de los más pobres descubren que el 20 % de los más ricos disponen de una renta que sobrepasa cincuenta veces la suya”. Asimismo, se señala que es difícil llevar a la práctica la democracia, que existen amenazas contra el medio ambiente y que es imprescindible basar el desarrollo sobre las poblaciones más que sobre el Estado-nación. Al mismo tiempo, la desaparición de las luchas ideológicas se presenta como la apertura a una cooperación “que alía la eficacia del mercado y la generosidad social”, y la existencia de organizaciones populares, como un signo que impulsa a un deseo de participación que debe ser estimulado.

Tal rechazo del análisis no revela más que la ingenuidad del discurso normativo que lo corona y sobre el cual volveremos. Sin embargo, tal punto de partida no puede ser tan inocente como parece, puesto que permite a las buenas conciencias de los beneficiarios del sistema no establecer lazos entre las lógicas convergentes que conducen de una parte a la acumulación de su riqueza y de otra al crecimiento de la pobreza y la exclusión. Todo está superpuesto; nada está conectado.

La segunda perspectiva que animará nuestro discurso reside en una visión dialéctica de las realidades. La globalización de la economía capitalista no ha sido y no es un cruce por aguas tranquilas, que desarrolle su lógica siguiendo una evidencia racional indiscutible. Sin duda, el capitalismo la utiliza al mismo tiempo que orienta el progreso científico y se deja transformar por él, pero, al mismo tiempo, traza su ruta en función de las resistencias y de los conflictos de intereses antagónicos, en pocas palabras, de las luchas sociales. Si él ha contribuido al crecimiento espectacular de la productividad, de las transformaciones tecnológicas y del acceso a los bienes materiales, en su misma estela ha acentuado las contradicciones sociales.

Allí donde este tipo de organización económica, construida sobre la acumulación, no exige la integración de la mano de obra en la relación directa capital-trabajo, se crean las condicio-

nes de la marginalidad, de la exclusión, del crecimiento de lo que se denomina sector informal. Allí donde, gracias a las nuevas tecnologías, los dirigentes colectivos del sistema han podido construir la base material adecuada para abrir una nueva brecha (las nuevas modalidades de la globalización), ellos se lanzan a la misma, persuadidos de que esta “ventaja comparativa” con respecto a las clases sociales subalternas significa el fin de la historia. Allí donde su lógica de acumulación encuentra resistencias, surgen políticas represivas. Es cierto que todo esto impulsa a razonar a mediano o a corto plazo, pero también conduce al voluntarismo de un pensamiento lineal que identifica lo real con lo intencional.

Esto que ocurre en la fase actual de la globalización de la economía es lo que Michel Camdessus, el director del FMI, caracterizaba al decir: “en economía, el mundo habla la misma lengua” (A. Casanova, 1993: 13).

Características económicas

Para comenzar, abordaremos brevemente una perspectiva histórica. En efecto, la globalización de la que tanto se habla hoy no reside en otra cosa que en la evolución del mercado. Este último, fruto de la división avanzada del trabajo que exigía los mecanismos de intercambio, es una relación social que pone en interconexión actores económicos situados en el interior de una estructura social. Dicha relación no los coloca en una posición de reciprocidad equitativa. La existencia de sociedades de clases implica, por el contrario, la necesidad de una regulación de los intercambios. La historia del mercado es, pues, la de las contradicciones entre los intereses de clase y los de sus regulaciones.

Hace mucho que el intercambio de mercancías se viene realizando. Ya se ponía en práctica en lo que se llamaba “la ruta de la seda” entre China y Europa, el comercio entre el Mediterráneo y el sur de la India, entre Asia y las costas africanas e, incluso, el procedente de las costas de América del Sur y que

finalizaba en Yucatán. Sin embargo, estas no eran, propiamente hablando, relaciones internacionales. Es el capital mercantil quien desencadena estas últimas, con la conquista de América, el establecimiento de industrias y la dominación de África y Asia. Nos ubicamos en el siglo xv. En este momento nace el derecho internacional con Francisco de Vitoria. El mismo se desarrolla sobre la base del principio de libertad de comercio, y justifica entre otras cosas el derecho a la conquista de los que lo obstaculicen. Con el nacimiento del capitalismo industrial, que consolida la base material del Estado-nación, se organiza la competencia internacional. Samir Amin denomina lo que ocurre entre 1880 y 1945 como el establecimiento de los “oligopolios de los imperialismos nacionales en conflicto” (S. Amin *et. al.*, 1991).

La verdadera globalización comienza después de la Segunda Guerra Mundial con el despliegue de las empresas multinacionales. Aunque estas últimas están muy localizadas en los Estados Unidos, Europa y Japón, van desarrollando actividades y abriendo filiales por todo el mundo. Su integración interna se realiza a través del camino indirecto de transacciones entre elementos de la misma empresa (juego de facturaciones, por ejemplo), lo que permite acrecentar su rentabilidad. Pero hoy asistimos al desarrollo de un nuevo fenómeno que se injerta en el precedente. Se trata ahora de la interpenetración económica a través de las fronteras, tanto en lo referente a los procesos de producción, como en los de comercialización, financiación e investigación para el desarrollo. Esta nueva fase sufrió un fuerte proceso de aceleración por la caída de los regímenes socialistas del Este, lo cual acentuó la polarización Norte-Sur o Centro-Periferia. Antes de dar ejemplos concretos, retomaremos con Samir Amin las bases esenciales para un análisis de sus condiciones de emergencia (S. Amin y P. González Casanova, 1993).

La época que siguió inmediatamente a la posguerra se caracterizó por tres pilares. En los países industrializados, se trataba del fordismo, marcado por la producción en masa y el crecimiento de los salarios en función de la productividad, lo cual

permitía aumentar el consumo. En los países socialistas, se trataba del reajuste del capitalismo con el objetivo de asegurar el crecimiento del consumo. En el Tercer Mundo, se vivía la era de Bandung, es decir, el proyecto de las burguesías nacionales de impulsar una industrialización de sustitución de las importaciones como base del desarrollo, lo que aseguraba algunas ventajas sociales a las clases subalternas (el *desarrollismo* latinoamericano).

Ahora bien, estos tres pilares, explica Samir Amin, se van degradando progresivamente a partir de la mitad de los años setenta. El primero está seriamente amenazado por la crítica al mito del crecimiento ininterrumpido, pero también por la lógica de la transnacionalización. Las nuevas tecnologías exigen una organización del trabajo diferente y la productividad no puede progresar más sobre dicha base (S. Amin *et. al.*, 1990: 131). La era de los pactos sociales o del keynesianismo está terminando y el Estado-nación pierde su aptitud para arbitrar los conflictos.

El bloqueo burocrático del desarrollo en el Este y su estrangulamiento por el aislamiento económico y la carrera armamentista impuesta por Occidente marcan el fin del segundo mito de la época, el del reajuste. El hundimiento de los modelos socialistas del Este europeo y la adopción progresiva de una “economía social de mercado” por China y después por Vietnam aceleraron su abandono.

En último lugar, la política de sustitución estalló en el Tercer Mundo. Las diferencias crecieron entre estos países; algunos se industrializaron parcial o totalmente (los cuatro dragones del sudeste asiático), mientras que el resto entró en la categoría de Cuarto Mundo. La creación de industrias de sustitución necesitaba inversiones costosas en tecnologías extranjeras. Las eventuales ganancias no fueron reinvertidas en el propio país y la introducción de tales tecnologías no creó empleos.

El hundimiento de los tres pilares, de los cuales habla Samir Amin, hay que ponerlo en relación con la globalización. Esta última se realiza en el marco de la lógica capitalista, que no solo erige la ley del valor como parámetro económico indiscutible,

sino que hace de ella la norma de funcionamiento del conjunto de la sociedad. Todo deviene mercancía, incluidas la salud y la cultura. Al globalizar sus prácticas, el sistema universaliza su lógica, y en este impera hoy la “ley del valor globalizada”, que engendra necesariamente “la polarización, expresión de la pauperización asociada a la acumulación a escala mundial” (S. Amin, *Capitalisme et Système-Monde*, 1993).

Cuando hablamos de globalización o de interpenetración, ¿de qué se trata en realidad? Antes de pasar al análisis de los mecanismos, retomaremos algunos ejemplos concretos de Robert Reich, economista de Harvard. Tales ejemplos tienen que ver con los procesos de producción y de comercialización, de globalización del empleo y de la imbricación entre las grandes empresas.

Los dos primeros ejemplos tienen que ver con la integración de las operaciones, desde la concepción hasta la venta.

El equipamiento de precisión para el hockey sobre hielo es concebido en Suecia, financiado en Canadá y montado en Cleveland (USA) y Dinamarca, para ser distribuido respectivamente en América del Norte y en Europa; en su fabricación se usan aleaciones cuya estructura molecular es el fruto de investigaciones llevadas a cabo en el Estado de Delaware (USA), patentadas allí, pero fabricadas en Japón. La campaña de publicidad es concebida en Gran Bretaña; el fin de dicha campaña es rodado en Canadá, sonorizado en Gran Bretaña y montado en Nueva York (R. Reich, 1993: 103).

Otro ejemplo semejante: “Un automóvil deportivo es financiado por Japón, diseñado en Italia y montado en Indiana (Estados Unidos), en México y en Francia; contiene componentes electrónicos muy actuales puestos a punto en New Jersey y fabricados en Japón”. El autor termina su serie de ejemplos con cuestionamientos: ¿Cuál de estos productos es americano? ¿Cuál no lo es? ¿Cómo decidir? ¿Tiene verdaderamente importancia la respuesta? (Ibídem).

Abordemos la cuestión de la nacionalidad de los trabajadores. El mismo autor proporciona bastantes ejemplos de empresas americanas.

En 1990, el 40 % de los asalariados de IBM eran extranjeros y esta proporción está creciendo. IBM Japón requiere más de dieciocho mil asalariados japoneses y sus ventas sobrepasan los seis mil millones de dólares por año, lo que la convierte en uno de los principales exportadores japoneses de computadores. Examinemos el caso de Whirlpool. Después de haber reducido sus efectivos americanos en un 10 %, enviado la mayor parte de su producción a México y comprado la división APPAREILS de Philips (una sociedad perteneciente a los holandeses), Whirlpool emplea a 43 500 asalariados, en su mayoría no americanos, en cuarenta y cinco países. Seagate Technology, una sociedad asentada en California, es uno de los líderes mundiales en la producción de “drivers” de discos duros; en 1990, esta sociedad empleaba 40 000 personas, de las cuales 27 000 trabajaban en el Sudeste de Asia (Ibídem: 111).

Un último ejemplo, esta vez acerca de las imbricaciones interempresariales:

Desde su inicio en 1991, la empresa japonesa Mazda produce automóviles Ford Probe en la fábrica Mazda de Flat Rock en Michigan (USA). Algunos de estos vehículos son exportados a Japón y vendidos bajo la marca Ford. Un automóvil utilitario concebido por Mazda es fabricado en la fábrica Ford de Louisville en Kentucky (USA) para ser vendido en las tiendas Mazda de los Estados Unidos. Nissan, durante este tiempo, concibe un nuevo camión ligero en San Diego, California. Los camiones serán montados en una fábrica de Ford en Ohio (USA), con piezas de repuesto fabricadas por Nissan en su fábrica de Tennessee (USA) y comercializadas por Ford y Nissan en los Estados Unidos y en Japón. ¿Quién es Ford? ¿Nissan? ¿Mazda? (Ibídem: 120)

El espacio y el tiempo se han reducido hoy en día. El dinero, las técnicas, la información, las mercancías atraviesan las fronteras. “En el último decenio del siglo, los poderes públicos no lograron bloquear sus fronteras más que a objetos materiales que pesasen más de cien kilos”, escribe Robert Reich (Ibídem, 1993: 192). Y esto es algo optimista cuando se piensa en la dificultad de controlar el comercio de drogas, la inmigración clandestina o la exportación ilegal de armas.

La primera constatación es el establecimiento de redes mundiales, cuya nacionalidad cada vez es más difícil de determinar. Integran diversos procesos y factores de producción localizados en diferentes rincones del mundo, según las ventajas que se puede sacar a la hora de extraer el mayor valor posible. Esto surge tanto de salarios más bajos, como de concentraciones de cerebros y de lo que Robert Reich llama “los grupos que han acumulado las experiencias más importantes en materia de resolución e identificación de problemas y de interés estratégico” (R. Reich, 1992: 102).

La segunda observación consiste en que los mecanismos son diversos en función de los factores de producción y de distribución de los productos. Tenemos en primer lugar la tecnología. Señalemos entre otros los progresos espectaculares en el campo de los transportes y de las comunicaciones a un coste decreciente y que constituyen la primera base de la globalización. Su control y el monopolio de su uso proporcionan al grupo social que los ejerce una hegemonía sin contestación posible, y le asegura así los fundamentos materiales de su reproducción. Realmente ha emergido una burguesía global.

En cuanto al factor trabajo, una serie de constataciones se imponen. La producción masiva estandarizada tiende a localizarse en el Este o en el Sur, en particular en el este y el sudeste de Asia. En Singapur, unas doscientas firmas pertenecen a los americanos que emplean a cien mil trabajadores locales para la fabricación de componentes electrónicos (Ibídem: 112). Las actividades de servicios son, asimismo, transplantadas: American Airlines emite todos sus pasajes en las Bermudas. Swissair lleva su contabilidad en Bombay. Este es el precio a pagar por la

competitividad. “El capitalismo, al contrario de otras ideologías, no otorga importancia a las creencias y al pasado de los que trabajan para él, siempre y cuando se mejoren sus beneficios” (R. Reich, 1993: 113).

Examinaremos más adelante las consecuencias de la globalización ligadas a las nuevas tecnologías, a una nueva división internacional del trabajo, a la estructura de clases y su lugar respectivo en el sistema económico.

Otro factor de producción es el capital. Su globalización es la más avanzada. El ahorro mundial se estima en unos cuatro mil millones de dólares, es decir, el 22 % del PIB mundial (C. Camino, 1993: 173). Se manejan unos dos mil millones de dólares diarios. Pero dos tercios de las inversiones se realizan en los países industrializados. La masa de dinero disponible sirve de un modo importante para financiar los déficits de los Estados o para invertir en operaciones especulativas.

El capital financiero deviene preponderante, lo que da lugar a manipulaciones a escala mundial, al subir las tasas de interés o bascular el curso de las divisas (R. Reich, 1993: 177). De este modo, son en gran parte la inflación en los Estados Unidos y la erosión del dólar quienes han aumentado los intereses de las deudas del Tercer Mundo (más del 58 % entre 1979 y 1982), y provocado la crisis (M. Raffinot, 1993: 33). A partir de este momento, se asiste a la paradoja de transferencias financieras masivas de los países de la periferia hacia el centro.

Un último factor que queremos señalar es el de la información. Esta deviene hoy día algo central, dada la importancia de las comunicaciones y de su tecnología. Por un lado, tenemos las informaciones técnicas y las financieras. Por otro, se da una concentración de la investigación científica, del conjunto de la cual el 97 % se concentra en los países industrializados, del mismo modo que la propia información. En 1990 cuatro agencias controlaban el 90 % de la información en el mundo (A. Casanova: 1993, 18).

Se puede concluir que el nivel de vida de los ciudadanos de una nación depende hoy de su contribución a la economía mundial. De ahí el doble foso que se crea, por una parte, en el

interior de las sociedades y, por otra, entre el Norte y el Sur. En los países industrializados, los que no contribuyen –o contribuyen menos que antes– al valor de esta economía son progresivamente excluidos por el desempleo, o, en el Sur, por la pertenencia al sector informal. En el Sur, regiones o, incluso, de continentes, como África o América Central, son descartados pura y simplemente del sistema mundial de producción.

La regulación, según Samir Amin, es un mecanismo duplicado de instituciones destinado a sobrepasar las contradicciones (S. Amin y P. G. Casanova, 1993: 21). Este mecanismo puede evidentemente funcionar de manera contradictoria, o bien para ayudar al sistema del mercado a adaptarse a las nuevas circunstancias, o bien para obligar a este último a debilitar el lastre que supone para los grupos sociales no privilegiados por la relación social existente.

En los tiempos del fordismo, la regulación permanecía en el interior del mundo industrializado y no preveía nada para el exterior (las periferias). Se trataba de gestionar la contradicción existente entre los trabajadores que venden su fuerza de trabajo y la clase social capaz de apropiarse del trabajo muerto cristalizado en los medios de producción. Para aumentar la producción en masa, se precisaba la paz social. De ahí las negociaciones, el papel de las “cooperaciones sociales” sobre todo de los sindicatos y la intervención moderadora del Estado, siempre bajo la condición de no cuestionar la relación social fundamental. Se desembocaba poco a poco en un consumo de masas. En definitiva, el proyecto socialdemócrata.

Tal orientación no llegaba, por tanto, a gestionar correctamente otra contradicción del sistema: la tendencia permanente a la sobreproducción (o al subconsumo) debido a la inadecuación entre el salario y el reparto del producto social en expansión. El fordismo regula parcialmente este problema al acudir a una intervención política, de la cual Keynes fue uno de los artesanos. En cuanto al plano mundial, se caracteriza a lo largo de todo este periodo por una ausencia de regulación. En los desníveis, no solo el intercambio permanece desigual, sino las desigualdades internas crecen con el desarrollo, lo que se acentuará

aún más en el periodo siguiente. En realidad, el fenómeno de la globalización tiende a anular los efectos de las políticas nacionales y a permitir el control unilateral de la parte de los monopolios técnicos y financieros de los centros dominantes.

Como señalan todos los observadores, hemos entrado, pues, en una nueva etapa. Algunos ponen el acento sobre la nueva revolución tecnológica y hablan de periodo postindustrial. Otros, más sensibles a los factores políticos, insisten sobre el desfondamiento de los países del Este y ven en la unipolaridad, tanto el principio de una era definitiva, con el imperialismo como peligro creciente, es decir, con la utilización de los aparatos políticos (comprendidas las Naciones Unidas) al servicio de los intereses económicos más poderosos. La característica principal es que hoy el espacio de gestión económica de la acumulación no se corresponde con los espacios sociales y políticos. Y esto es irreversible (S. Amin, y P. G. Casanova, 1993: 38). La unidad de la historia económica y la social no se reproducirá más, lo que en principio destruye todas las teorías evolutivas del desarrollo. Europa, en el momento de su expansión industrial, disponía de un ejército de reserva de trabajadores calificados (artesanos) y no calificados (campesinos). El resto fue enviado a ultramar a través de las migraciones (más de cincuenta millones de europeos), lo que resolvió el problema del exceso de mano de obra. “El ejército de reserva”, según el vocabulario de Marx, merecía su nombre, dado que pasaba normalmente a la actividad, siempre y cuando no perdiera su función de medio de presión sobre los salarios.

En los países industrializados, el trabajo muerto (máquinas, aparatos, robots) suplanta hoy al trabajo vivo. Los servicios son atendidos tanto por la mecanización informática como por el aflujo de trabajadores industriales en vía de reconversión. Se asiste a una regulación a través de la disminución del tiempo de trabajo. Pero la deslocalización de la producción no permite vislumbrar un neofordismo.

En los países de la periferia, la productividad aumenta más que los salarios en una proporción del 50 %. Una mayoría de trabajadores forman parte de un “ejército de reserva” perma-

nente, ya que no se percibe cómo podrían ser integrados en una relación directa capital/trabajo, salvo en aquellos lugares “privilegiados” de deslocalización de la producción. La circulación de los productos y de los capitales no va acompañada de una circulación de la mano de obra. Al contrario, se teme a las migraciones. Con tal actitud se impide abrir algún tipo de válvula de escape que tenga en cuenta las reservas que sobre tal aspecto hay que adoptar desde un punto de vista social, ya que una solución económica no es necesariamente un acto de caridad social y cultural. La presión sobre el coste del trabajo de las periferias no tendrá eficacia más que para alargar las horas trabajadas y la inserción de las mujeres y los niños en el proceso de trabajo.

La regulación consiste, pues, en poner en práctica un sometimiento de los débiles a los fuertes, utilizando, para ello, mecanismos muy numerosos y complementarios. Citaremos algunos de ellos, pero no sin antes manifestar que la desregulación creciente realizada por la orientación neoliberal contemporánea costará anualmente a los países del Tercer Mundo una suma de quinientos mil millones de dólares, o sea, el equivalente a diez veces la ayuda a los países en desarrollo (C. Camino, 1993: 171).

Un mecanismo bien conocido, y que no haremos más que citar, es el de los Programas de Ajuste Estructural (PAE), programados por el Banco Mundial (BM) en función de las políticas de estabilización financiera del Fondo Monetario Internacional (FMI). Tomemos uno entre cientos de ejemplos: la India. Veamos, siguiendo a Michel Chossudovsky, el resultado al que aboca el acuerdo entre el FMI y este país.

La “cirugía económica” del Fondo impone al gobierno reducir los gastos sociales y de infraestructura, eliminar las subvenciones (comprendiendo las dirigidas a los precios de los alimentos), y vender a “buen precio” las empresas más rentables a las grandes firmas locales y extranjeras. Se precisa cerrar una gran cantidad de sociedades públicas calificadas de “enfermas”, liberalizar el comercio, dejar invertir a los capitales extranjeros, proceder a reformas pro-

fundas del sistema bancario, de las instituciones financieras y de la fiscalidad (M. Chossudorsky, 1992).

El autor continúa afirmando:

Los resultados son lo opuesto al fin buscado: estancamiento (el precio del arroz aumentado en el 50 % desde la entrada en vigor del plan) y agravación de la crisis del balance de pagos, en función del crecimiento del coste que suponen las materias primas importadas y de la incitación a comprar productos de lujo extranjeros. La liberalización del comercio, combinada con la bajada del nivel de vida y la libre entrada de capitales foráneos, tiende a debilitar a los productores locales. Los cortes en los programas sociales y de infraestructuras minan la producción y las exportaciones, el peso de la deuda crece y se impone la necesidad de más préstamos (Ibídem, 1992).

Teniendo en cuenta las diferencias entre países, es exactamente la misma descripción que se puede hacer de un país como Nicaragua (F. Houtart, 1991). Los numerosos trabajos realizados por investigadores asociados al Foro del Tercer Mundo de Dakar o por Marcos Arruda del ICVA de Ginebra muestran que es el mismo Ministro de Finanzas quien conduce el juego. Incluso en un país como Vietnam, la introducción de las lógicas de mercado capitalistas tiende a provocar los mismos efectos (F. Houtart, 1999).

Otro mecanismo bien conocido es el de la deuda, al cual las políticas de ajuste estructural no son de ningún modo ajenas, ya que ellas, al menos parcialmente, están destinadas a facilitar el reembolso de la misma. Se conocen los orígenes: abundancia de petrodólares que había que colocar costase lo que costase, gastos de ostentación, de acumulación de armas, de modernización artificial y consumo de las clases dominantes. Es preciso añadir un elemento muy importante sobre todo para los países en desarrollo: el carácter pro-cíclico del fenómeno, con respecto a las fluctuaciones que se dan en el coste de las materias primas y de los productos agrícolas. En efecto, Carlos Ca-

mino señala que en periodo de fuerte crecimiento económico mundial, el coste de las materias primas sube y los Estados aumentan gastos públicos e importaciones que, generalmente, sobrepasan el ritmo de entrada y exigen préstamos. Cuando la coyuntura cambia a la baja, causa déficit presupuestario y exterior. Los prestamistas emprenden automáticamente normas más rígidas de solvencia. Resultando el círculo vicioso del endeudamiento.

También son conocidos los mecanismos de regulación destinados a salvar el sistema financiero mundial del hundimiento: escalonamiento, abolición parcial, paso de la deuda de los bancos comerciales a instancias públicas (Club de París para los Estados, Club de Londres para los bancos). A pesar de todo esto, las transferencias del Sur hacia el Norte prosiguen y el Overseas Development Council de Washington preveía que durante el último decenio del siglo xx, se elevarían a doscientos sesenta mil millones de dólares (C. Camino, 1993, 173). La Universidad Nacional de México ha calculado que en una veintena de años el saldo de los flujos se ha elevado a casi cinco trillones de dólares, haciendo del Sur una fuente de capitales para el Norte (*Alternatives Sud*, vol. IX, 2002, no. 2-3, 20-24).

Queda por ver lo que significan las instituciones internacionales de regulación implementadas, después de la Segunda Guerra Mundial, en Bretton Woods. Dos planes se afrontaron, el norteamericano, de Harry White, y el inglés, de John Maynard Keynes. Los dos deseaban restaurar la estabilidad de los cambios y la convertibilidad de las monedas. El segundo se inclinaba por una moneda internacional. Pero, fue el plan norteamericano el que prevaleció. Era preciso, por tanto, instaurar un mecanismo de asistencia financiera para ayudar a los países cuya balanza de pagos sufría déficit, con el fin de impedir que las dificultades temporales no supusieran el retorno al proteccionismo (P. Lenain, 1993:12).

Los tres organismos que nacieron de estas iniciativas fueron el FMI, el Banco Mundial y el GATT (que culminó en 1994 en la Organización Mundial del Comercio, OMC). El primero está encargado de la estabilidad monetaria, el segundo define las

políticas a llevar a cabo para la reconstrucción y el desarrollo, favoreciendo notablemente las inversiones en los países en desarrollo, y la tercera, que, como decimos, no se institucionaliza definitivamente hasta 1994, tiene por fin promover los intercambios mundiales a través del desmantelamiento de las restricciones a los pagos internacionales y el establecimiento de la convertibilidad de las monedas.

Se ha escrito mucho sobre las políticas llevadas a cabo por las dos primeras instituciones en los países de la periferia y sobre sus efectos, de un modo especial los Planes de Ajuste Estructural citados más arriba. No volveremos sobre ellos. Es suficiente saber que estos organismos son fuertemente dirigidos y orientados por los países industriales y que funcionan según la lógica del sistema económico dominante. Además, el Banco Mundial, sometido a los avatares del mercado financiero desordenado, no puede cumplir el papel de intermediario entre los mercados financieros internacionales y los países en vías de desarrollo. En cuanto al FMI, no tiene mandato para controlar las liquidaciones internacionales. Por primera vez, en 1994, después de la reunión de Madrid en la que se celebró el cincuenta aniversario de estos organismos, los países del Sur se unieron para oponerse a las decisiones unilaterales del Grupo de los Siete. Un nuevo frente del Sur hizo fracasar la conferencia de Cancún de la OMC en 2003.

La ausencia de mecanismos de regulación de los mercados financieros internacionales juega en desfavor del Sur, y desemboca en los planes de estabilización y los ajustes estructurales, de los cuales se conocen las consecuencias.

Nos queda comentar algo sobre el GATT. Si dichos acuerdos surgieron para regular la situación de ciertos países, sobre todo los nuevos países industrializados de Asia, favorecieron principalmente al mundo industrializado. Ronald Leuschel, economista del Banco Lambert-Bruselas, decía en una entrevista al diario flamenco *De Morgen*, que el riesgo consistía en ver cómo los más poderosos alcanzaban las mayores ventajas. Si el proteccionismo en principio está descartado, un sector sale favorecido, el de la moneda. Ya no existe armonización de las

fiscalidades, de modo que se deja a los capitales la libre elección para invertir donde tengan mayor rentabilidad.

De ahí que, si de lo que se trata es de favorecer la competitividad, serán los salarios los que supongan los costes. El mismo autor citaba a Paul Samuelson, premio Nobel de economía, quien afirmaba que, si se deja libre al comercio, se llegará a una convergencia de los salarios; en otros términos, disminuirán en los países industrializados y aumentarán en el Este y en el Sur (R. Leuschel, 1994). Nosotros añadimos a este razonamiento mecanicista que si esta relación es construida por las fuerzas sociales, el más fuerte impondrá su ley por mecanismos políticos; si es preciso, sin excluir la dictadura, la represión o, incluso, la guerra.

Otro observador, Ahmed Kamal, el embajador de Paquistán en el GATT, declaraba que las bajadas de tarifas serían mucho más costosas para los países del Sur que para los Estados Unidos o la Unión Europea. Estimaba que costaría, solo a Pakistán, millones de dólares (A. Kamal, 1993: 5). En definitiva, el Sur está casi desbordado, mientras que la globalización de la economía parece marchar con un movimiento de fondo de sentido único.

En conclusión, se puede decir con Robert Reich que en algunos años no habrá ningún medio para distinguir una economía nacional de otra donde, por decirlo con las palabras explosivas de Leonardo Boff: “la globalización transforma todo en un inmenso Big Mac” (Le Boff, 1993). Se trata verdaderamente de un nuevo imperialismo económico, en el que, o bien se alcanzan los estándares de la productividad mundial, o bien se es eliminado del mercado (Alan Tofler).

No insistiremos sobre la absorción de los países del este de Europa por la lógica del mercado, porque el fenómeno es bien conocido. Los fenómenos descritos se extienden hoy por los antiguos países socialistas, con todas las consecuencias que ya conocemos en el mercado del empleo y los mecanismos de compensación social y regional. Ha desaparecido el contrapeso al imperialismo desbocado, que existía en el plano internacional. La mayoría de las organizaciones internacionales (sobre todo,

el Consejo de Seguridad) están siendo instrumentalizadas por las potencias económicas mundiales. Los reagrupamientos regionales están siendo puestos al servicio de la lógica capitalista. En cuanto a las organizaciones financieras y comerciales internacionales (FMI, BM, OMC) constituyen, hoy día, los instrumentos privilegiados de la globalización del mercado en la perspectiva neoliberal y marcan el paso de las organizaciones especializadas de Naciones Unidas.

A una gran parte de la opinión pública occidental todo esto parece como algo ajeno a ella. Es la vía lógica, racional, más aún, moral, puesto que ella se acompaña de los himnos de la democracia, de la libertad, de la defensa de los derechos humanos. La distinción entre un capitalismo salvaje, donde es preciso condenar los abusos, y una economía de mercado que, bajo la forma “renana”, otorga al capitalismo la calificación de civilizado, se introduce incluso en la ética social de las instancias religiosas. O, también sucede a menudo, que los mismos actores económicos son “salvajes” cuando pueden y “civilizados” cuando deben.

Las características sociales

El primer aspecto que conviene señalar es la transformación que la globalización causa en las relaciones sociales. En el fondo no hay nada nuevo, ya que la lógica capitalista de la acumulación permanece intacta, aunque cambien sus manifestaciones. En efecto, el hecho de que el crecimiento no vaya acompañado de un aumento paralelo del empleo tiene como consecuencia que ese excedente sea absorbido por una minoría, y su control tienda a concentrarse.

La relación Norte-Sur ha adquirido toda la preponderancia ahora que, en el plano político, el bloque socialista prácticamente ha desaparecido del mapa. Esta relación pone de manifiesto las contradicciones más evidentes del sistema, y da lugar a antagonismos y conflictos. Pero igualmente se traduce en la transformación de las relaciones sociales internas.

En los países industrializados, una nueva estructura de clases se perfila, al mismo tiempo que la clase obrera disminuye numéricamente. En los Estados Unidos, este fenómeno ha ido acompañado de un debilitamiento de la fuerza sindical. Así, si en 1960 el grado de sindicalización alcanzaba el 35 % de la fuerza de trabajo, en 1990 no era más que un 17 % (R. Reich, 1993: 195). Paralelamente, el poder de negociación de dicha fuerza sindical se ha ido reduciendo. En 1960, en el mismo país, la diferencia de ingresos entre un PDG (presidentes y directores de las empresas) y un obrero era de doce (después de impuestos). En 1990, subió a setenta (Ibídem: 17), y desde este momento explotó, y ya en el año 2000 alcanzaba el máximo de cuatrocientos.

La clase de trabajadores que Robert Reich define como “ayudantes personales”, que son aquellos dedicados a los servicios sociales prestados directamente a las personas, se está estabilizando. El grupo en expansión es, según expresión del mismo autor, el de los “manipuladores de símbolos”, que son aquellos cuya tarea consiste en resolver los problemas y organizar las comisiones, y que se dedican básicamente a traducir la realidad en símbolos (matemáticos, informáticos) y a su vez estos últimos, en realidad. Este grupo, por el contrario, está creciendo tanto en número como en ingresos, y su campo de acción supera cada vez más las fronteras.

Por otra parte, y en palabras del profesor Ricardo Petrella, profesor de la Universidad Católica de Lovaina:

Uno de los rasgos más característicos en la evolución de las sociedades europeas desde los años setenta ha sido el desmantelamiento progresivo pero sistemático del contrato social, a partir del cual se construyó el *Welfare State*, que se centra en una de las principales conquistas sociales en la historia de la civilización occidental, a saber, la seguridad social como expresión de la solidaridad entre los seres humanos y de la eficacia del sistema económico mixto subyacente. El proceso de desmantelamiento del contrato social está muy avanzado en todos los países de la Unión

Europea, los cuales están poniendo en pie un modelo de crecimiento (que no de desarrollo):

- Basado en la prioridad que se da a la producción de riqueza y sobre todo a la producción de capital (a través de los beneficios) en detrimento del conjunto de la población.
- En el marco de unas reglas de juego fijadas por el mercado desregulado (y no por la política) que está dominado por agentes privados cada vez más globalizados, y animados tan solo por el objetivo de la competitividad.
- En el contexto de una visión del mundo marcada por la lógica de la guerra tecnológica y comercial y dominada por la psicosis de la supervivencia, y de un mundo reducido a no ser más que una serie de mercados a conquistar (R. Petrella).

Las desigualdades sociales están aumentando en los países industrializados occidentales, y no solo por el crecimiento de la categoría de los nuevos pobres, sino también por el incremento del grado de concentración de la riqueza. En los Estados Unidos, el porcentaje de niños de familias urbanas que viven en la pobreza ha pasado entre 1973 y 1992 del 20,4 % al 31,9 %. En las regiones rurales, el número ha pasado del 16,6 % al 22,5 % (M. L. Usdansky, 1994). En Bélgica, según una encuesta del Ministro de Finanzas, el 55 % de la riqueza está en manos del 10 % de la población, y el 70 % de la misma pertenece al 20 % de las personas más ricas.

En la periferia, las alianzas de clases se transforman. La que durante la “era de Bandung” unió a las burguesías nacionales con ciertos grupos populares ha sido desmantelada tras la integración de los países a la economía mundial de mercado, al tiempo que ha emergido una nueva clase de *compradores* o clase intermediaria. Los conflictos entre esta y la burguesía nacional se manifiestan ya en el plano político.

Como resumen, podemos decir que la reestructuración de las clases sociales, cuyas características habría que estudiar en detalle para llegar a un análisis operacional, conduce a un triple

desequilibrio: en el centro, debido al aumento del desempleo (veinte millones en la Unión Europea); en la periferia, como consecuencia de la recomposición de la burguesía y la exclusión de las clases subalternas; y por último, entre los centros y las periferias (una parte del Este se ha transformado en nueva periferia). Hay muchas otras consecuencias que también debemos señalar, aunque no tenemos la posibilidad de enumerarlas todas y mucho menos de analizarlas en detalle. Una de ellas, muy importante, es la destrucción de los movimientos populares, aunque algunos señalan la importancia de su acción, sobre todo en los países en desarrollo (*Informe del PNUD*, 1993). Afortunadamente, desde Seattle en 1999 y el primer Foro Social Mundial en 2001, la convergencia de las resistencias se ha acentuado.

En la misma línea de pensamiento, es digno de mención el repliegue que se está produciendo hacia la familia, en tanto entidad social de producción o estrategia de supervivencia. Este proceso presenta aspectos diferentes según las diferentes sociedades, las de Europa, las de África o las de América Latina, pero por todas partes asistimos a profundas transformaciones. Con respecto a los efectos sociales de las nuevas políticas, estos son de sobra conocidos. ¿Acaso es necesario recordar que en 1991 el África Subsahariana, por ejemplo, reembolsó al Norte, principalmente a Europa, nada menos que unos diez mil millones de dólares, cifra superior a la suma de las cantidades destinadas a la educación y a la salud?

Pero además, la globalización también provoca la ruptura de vínculos de fidelidad nacional. Esto podemos observarlo por múltiples y diversas manifestaciones. Robert Reich lo señala repetidas veces en su obra. En ella se refiere, por ejemplo, a las sociedades industriales cada vez más integradas en la economía mundial. ¿Por qué las clases dominantes contribuirían al bienestar colectivo a nivel nacional, si ya no existe pertenencia a una entidad particular? ¿No es esto lo que provoca el distanciamiento entre las regiones ricas y pobres en muchos países, tanto en Europa Central como en Europa Occidental, e incluso en los países del Sur? ¿Por qué mantenernos fieles a las ideas

de solidaridad nacional, por ejemplo, cuando la rentabilidad de nuestras inversiones es superior en otros lugares? Este es el caso de la descomposición de Yugoslavia, causada en su origen por la independencia de Eslovenia y Croacia. Es también el de Italia, donde la Liga del Norte pretende librarse de las regiones del sur; o, aún más, el de ciertas corrientes de la región de Flandes, en Bélgica, que luchan por la ruptura de la solidaridad en el seno del sistema de seguridad social con la región de Valonia, en la que la población es de mayor edad y ha sufrido más duramente el impacto de la industrialización.

Esta es también la lógica que tiende a la descarada explotación de los recursos materiales, al agotamiento de las energías no renovables, y a la contaminación atmosférica, ya que la relación con la naturaleza es también una relación social. Los intentos de regulación son todavía muy puntuales (Conferencia de Río, Kyoto). En todo caso, lo que está claro es que si las periferias consumieran al mismo ritmo que los centros, este sería “el fin de la historia”.

Las características políticas

Una vez más, haremos referencia solo a algunos aspectos; los análisis políticos que los preceden serán desarrollados más adelante. El principal objetivo por ahora es mostrar la relación que existe entre los distintos fenómenos, y para ello comenzaremos por mencionar la crisis del Estado-nación. Este último no dispone ya de medios de actuación, en una dimensión que le sobrepasa. A esto hay que añadirle el desmantelamiento del Estado, que se está produciendo como fruto de la aplicación de las políticas neoliberales. También podemos añadir otras muchas cuestiones de naturaleza política, como el factor militar, la injerencia o la regionalización.

Para Europa, el Tratado de Maastricht ha significado un avance en la integración, pero en un marco de desregulación económica que refuerza las relaciones sociales de desigualdad, con el pretexto de responder a las exigencias de las leyes económicas, consideradas como leyes “en sí mismas” y no como construc-

ciones sociales. De hecho, la oposición que muchos países han manifestado es más una protesta frente al aumento de las desigualdades que un rechazo a la propia construcción europea. Hemos asistido, a raíz de la Constitución Europea, al comienzo de un debate popular, y a un “no” francés que reflejaba en gran parte el rechazo de la población a la Europa neoliberal que nos querían vender al mismo tiempo que la consolidación institucional.

Por otra parte, el fenómeno denominado “fortaleza Europa” está creciendo. La protección legal frente a los movimientos migratorios provenientes del Sur está tomando proporciones importantes, y la represión contra los inmigrantes ilegales es inquietante. Hoy día incluso es más difícil que antes viajar a Europa para estudiar, o para participar en reuniones internacionales.

Actualmente Occidente comienza a preocuparse. Dos fenómenos son obvios, el primero de ellos es la destrucción del entorno. Las cifras al respecto son escalofriantes, y muchos procesos son irreversibles. En muchos ámbitos, los estragos ecológicos comienzan incluso a afectar a las tasas de acumulación. Hasta ahora, la huida hacia adelante provocada por la lógica capitalista de ganancias a corto plazo había conseguido encubrir el fenómeno. Siempre quedaba algún sitio en Malasia, Papúa, Guatemala o la Amazonia, algún bosque que explotar. También había medios de deslocalizar la contaminación y enviar los desechos a América Central o África o situar las fábricas contaminantes en Filipinas o Puerto Rico. Pero esto es cada vez más difícil.

La destrucción del hombre, fruto también de la lógica económica dominante, tiene sus repercusiones. Provoca reacciones sociales, como las de Chiapas; dramas humanos, como el de Ruanda; movimientos político-religiosos, como en Argelia; organizaciones populares con gran poder de convocatoria política, como el Partido del Trabajo en Brasil; o una nueva organización política, como ha sucedido en Venezuela. Ante todos estos múltiples focos de resistencia, e incluso de conflictos, en el Sur, es imposible permanecer impasibles. El Banco

Mundial actúa a través de sus programas de lucha contra la pobreza, y se crean nuevos conceptos de política internacional, como el derecho de injerencia. Asimismo, organizaciones tan generosas como políticamente ambiguas aparecen en primera plana en los medios de comunicación.

Mientras que en nuestras relaciones con la naturaleza estamos obligados a resolver los problemas que se presentan, aunque eso signifique frenar la lógica del capitalismo, en el caso de las relaciones sociales el sistema capitalista intenta paliar sus efectos negativos, pero siempre conservando intactos los mecanismos de reproducción de esas mismas relaciones. El neoliberalismo triunfante se destruiría si adoptara otra lógica. ¿Desembocará en otra forma de aniquilación, en su intento por negar sus contradicciones antes que abandonar su lógica? Mientras tanto, busca nuevas fuentes de acumulación: la agricultura campesina, los servicios públicos, el control de la biodiversidad.

La superioridad militar de los Estados Unidos le permite a este país ejercer un poder hegemónico en el plano político mundial, que le sirve entre otras cosas para utilizar a su conveniencia los órganos de las Naciones Unidas. Este poder está al servicio de la globalización, tal y como se entiende en la actualidad. Basta recordar los motivos reales de la guerra de Iraq o de la de Kosovo. En el mismo sentido, el Informe del PNUD de 1993 señalaba que los países en desarrollo que destinan grandes cantidades de dinero a la compra de armamento reciben el doble de ayuda por habitante que el resto de países. Es más que probable que esto esté relacionado con la posición que estos países tienen en la producción de valores a nivel mundial.

La importancia que reviste el “derecho de injerencia” también está ligada a los efectos de la globalización contemporánea. No hay duda de que la injerencia ha existido siempre, desde que hay Estados fuertes y débiles, pero hoy día toma formas nuevas e intensificadas. En primer lugar ha surgido la injerencia humanitaria, justificada por el crecimiento de la pobreza y la miseria, que son a su vez fruto de este sistema de acumulación. Existe también la injerencia dirigida a hacer respetar los dere-

chos del hombre, cuyas violaciones son debidas, aunque no exclusivamente, a las injusticias sociales intensificadas por la globalización. ¿No es significativo que los indios de Chiapas, al sur de México, eligieran el 1º de enero, fecha clave del Tratado con los Estados Unidos (ALENA), para desencadenar su revuelta?

Hay por último también nuevas “condicionalidades”, que hacen depender las ayudas económicas de la apertura del mercado nacional o de la adopción de formas occidentales de democracia. Así, por ejemplo, el Tratado de Maastricht define la política de la nueva Europa con respecto al Tercer Mundo como una ayuda a su integración en la economía de mercado, y el texto constitucional, rechazado en Francia, recogía este mismo principio.

Y esto nos lleva a hablar de las integraciones regionales, que sin duda son esencialmente económicas (mercados comunes, zonas de libre comercio), pero se constituyen mediante decisiones políticas. Estas iniciativas tienen un carácter ambivalente. Pueden ser mecanismos de defensa de los países más vulnerables, pero también instrumentos en manos de los más fuertes, para incrementar su poder, ya sea al competir con las otras potencias, o para integrar mejor las periferias. Este es en gran parte el caso de los acuerdos de Lomé y de Cotonou, o del ALENA, que integra a los Estados Unidos, Canadá y México, por no hablar del ALCA (Acuerdo de Libre Comercio de las Américas) afortunadamente contrarrestado por el ALBA (Alternativa Bolivariana para las Américas).

Los aspectos culturales e ideológicos

Muchos son los rasgos culturales o ideológicos que nacen, desaparecen, o se ven afectados por la globalización. Algunos de ellos se incorporan a las nuevas relaciones sociales que la caracterizan. Citaremos solamente algunos. El primero que viene a la mente es evidentemente el de la identidad nacional. Se podría pensar que la globalización universaliza de forma gene-

ral la constitución de una conciencia supranacional, pero esto sería razonar sin tener en cuenta un análisis de clases.

Efectivamente, hoy día existe una burguesía mundial que ha construido no solo las bases materiales de su existencia a nivel transfronterizo, sino también una cultura adecuada a su clase. Por el contrario, en las clases en declive, o en aquellas que se han vuelto vulnerables, la búsqueda de una identidad particular suele desembocar, como mecanismo de defensa y base de la solidaridad, en la reafirmación nacional, étnica o religiosa. No hay contradicción entre los dos fenómenos; más bien todo lo contrario, están íntima y dialécticamente relacionados. Y tampoco escapan de la estrategia de la burguesía, que los sabe utilizar perfectamente cuando sus intereses están en juego. Robert Reich lo menciona cuando dice que las redes mundiales “se cubren a menudo bajo el abrigo nacional que mejor les conviene”.

Pero hay que reflexionar más detenidamente sobre la cuestión nacional. Aunque el nacionalismo puede conducir a excesos de todo tipo, como las purificaciones étnicas, también puede proporcionar una base para la reacción antimperialista en las periferias. Puede permitir reaccionar contra la acción apisonadora de las integraciones entre naciones y de la globalización del mercado, que a la fuerza introducen en su molde y en su lógica a todos los sectores de la sociedad, sin dejar espacio a la acumulación de historia y de valores compartidos. Es cierto, en todo caso, como dice Casanova, que el nacionalismo se ha convertido en un terreno de confrontación de clases.

Los niveles de conciencia social también se han visto afectados. El proceso de producción en transformación, las secuelas del fordismo, las de “la era de Bandung” en las periferias, las aspiraciones creadas en los países socialistas y su posterior transición a economías de mercado, todo esto ha contribuido a que las clases subalternas adopten una ideología cercana a la de la clase media, en la que priman el individualismo y la despolitización. Y cuando se atascan al mismo tiempo los caminos de la supervivencia y las posibilidades objetivas o subjetivas de organización colectiva que permitirían cambiar las relaciones de fuerza, asistimos entonces entre otras cosas al surgimiento de

los nuevos movimientos religiosos. Estos expresan en términos maniqueos las contradicciones de la sociedad, y transforman las perspectivas tradicionales de protección en aspiraciones de salvación y proporcionan a la base popular una red de nuevos vínculos sociales que reemplazan el vacío creado por la destrucción de los antiguos. Por último, hay que señalar que estas situaciones también pueden dar lugar a la violencia organizada, cuando esta es entendida como la única vía posible de cambio.

Podríamos proseguir este análisis revisando la posición que toman los distintos grupos sociales ante los procesos de globalización, y estudiar desde esta perspectiva tanto el resurgir del fascismo y el ascenso de la extrema derecha, como la fuerza de los movimientos religiosos, tales como los que se desarrollan a partir del Islam, o el recurso a los argumentos religiosos para justificar la construcción de Europa, por no hablar del discurso “mesiánico” llevado a cabo por el presidente G. W. Bush para justificar su cruzada contra el terrorismo y la guerra de Iraq.

En este estado de cosas el derecho y la ética desempeñan un papel importante como factores de regulación o de transformación. El primero de ellos se ha visto despojado en gran parte de su función como consecuencia de la globalización, tanto a nivel teórico como con respecto a sus instrumentos e instancias de aplicación. Hay aquí por lo tanto un extenso campo de trabajo para el futuro. En cuanto a la ética, y más concretamente la cristiana, esta conserva todo su valor en tanto crítica radical de todo aquello que destruye la dignidad humana, pero es completamente inadecuada cuando se trata de analizar las relaciones sociales contemporáneas. La mayoría de los grupos religiosos rehúsan la utilización de un análisis en términos apropiados, y se convierten de este modo en artífices de un mejor funcionamiento del propio sistema económico existente y contribuyen a justificarlo moralmente. Esto queda patentemente demostrado por la distinción que se hace entre un capitalismo salvaje y otro que no lo sea.

También diremos, como lo hace Franz Hinkelammert, que la “idolatría del mercado”, expresión que es título de su obra en colaboración con Hugo Assmann, conduce a una cultura de la

desesperanza: no hay alternativa. En términos nietzscheanos, eso significaría que aceptamos la catástrofe. Ahora, eso es precisamente lo que no debemos permitir, y lo que nos debe llevar a afrontar un nuevo reto a todos aquellos que creemos en la posibilidad de un mundo más armonioso.

Un balance así puede parecer deprimente y pesimista. Puede que no se hayan subrayado ciertos aspectos más positivos. Simplemente se ha querido mostrar la importancia de la apuesta y de la tarea a realizar. El problema, como creemos, no es saber si es necesaria o no la globalización, sino de qué tipo de globalización se tratará.

¿Vamos, como sugiere el *Informe del PNUD*, a responder al “viaje de la pobreza sin pasaporte” (migraciones, droga, terrorismo), que se presenta como el gran peligro después de la guerra fría, con paliativos tales como las llamadas a la participación de los marginados, al desarrollo de las ONG o a “volver los mercados más distendidos”? ¿O bien vamos a continuar la búsqueda de alternativas económicas, sociales, políticas y culturales, que permitan reencontrar la dignidad del ser humano y domesticar el mercado? Este es el proyecto al que vale la pena consagrarse.

Con el fin de comprender mejor los mecanismos que convierten a los seres humanos en mercancías, abordaremos por ahora dos aspectos particulares entre muchos otros: el fenómeno migratorio y la salud.

Las migraciones internacionales como imperativo del mercado

El problema de las migraciones se ha planteado durante toda la historia de la humanidad. Los seres humanos han atravesado tierras, bosques, lagos y océanos para instalarse en un sitio diferente al de origen. La historia de las migraciones es tan antigua como la historia misma de la humanidad. De África a Mesopotamia, del centro de Asia a los territorios de América, todas las regiones del mundo guardan las huellas de grandes corrientes migratorias. Las razones han sido diversas: trashu-

mancia, cambios climáticos, relaciones comerciales, conquistas económicas y políticas.

En la época moderna, las migraciones han estado ligadas al desarrollo de la globalización económica. El capitalismo mercantilista no se contenta solo con establecer sus factorías, sino que da lugar a la conquista de territorios y a los grandes movimientos poblacionales. La esclavitud le costó a África más de veinte millones de personas, que fueron transportadas a América para reemplazar la diezmada mano de obra local, pero hubo también desplazamientos dentro del mismo continente, como los que se produjeron desde América Central hacia Perú, con el fin de suplir la escasez de mano de obra en las minas.

Evidentemente, ha sido el desarrollo del capitalismo industrial el que ha provocado las mayores corrientes migratorias contemporáneas. Entre 1815 y 1915, sesenta millones de europeos emigraron. Al no poder absorber el excedente de mano de obra ocasionado por el aumento de la productividad en la agricultura, Europa exportó sus “excedentes demográficos” hacia aquellos lugares que constituían en aquel momento su periferia: América del Norte, América del Sur, Australia. Para algunos, esta fue también la ocasión de resolver los conflictos de otro orden, los políticos y los religiosos.

En la periferia, esta misma lógica tuvo distintas consecuencias: asentamientos poblacionales (grupos de colonizadores, o colonias de pobladores) en África del Sur, en Zimbabwe y Argelia, guerras coloniales en Asia y África que causaron masacres y desplazamientos, migraciones forzadas Sur-Sur (asiáticos hacia las plantaciones de África del Sur, del Caribe y del Pacífico, tamiles hacia Malasia y Sri Lanka). Más recientemente han tenido lugar migraciones desde la India, Sri Lanka, Pakistán y Filipinas hacia los países del Golfo, (CETRI, 1982), y también de poblaciones provenientes de Filipinas y Tailandia hacia Japón, Corea del Sur y Hong Kong.

Aunque a principios del siglo XXI el fenómeno migratorio no afecta más que a unos ciento cincuenta millones de personas (cincuenta y cuatro millones en Asia, treinta y uno y medio en Europa, treinta en América del Norte, diecinueve en África,

nueve en América Latina y nueve en Oceanía), de los seis mil millones de personas que habitamos el planeta. Esta cifra ha ido aumentando de forma alarmante durante la segunda mitad del siglo xx y ha llegado a doblar, aproximadamente, las estadísticas de los años sesenta (GRESEA, 2003). A menudo se señala el crecimiento demográfico como la causa de dicha aceleración, pero este crecimiento debe estudiarse en el contexto de la nueva fase de globalización del capital que caracteriza la época contemporánea.

Fue durante los años setenta cuando comenzó a definirse la era neoliberal de la economía mundial, en su dimensión jurídica, política, nacional e internacional. El Consenso de Washington y sus diez mandamientos consagraron la reafirmación de la acumulación de capital tras el keynesianismo de posguerra, en el que los frutos del crecimiento se repartían entre el capital, el trabajo y el Estado. El objetivo era ahora hacer frente a la disminución de las ganancias debidas a la productividad y prepararse para afrontar el desafío de las nuevas tecnologías y de la concentración de poderes económicos. La guerra fría se acentuaba y servía de preludio a la caída del Muro de Berlín, y el agotamiento de los modelos de desarrollo nacional en el Tercer Mundo abría las puertas al capital internacional.

Desde luego, este nuevo proyecto no crea el fenómeno migratorio, ni siquiera lo acelera considerablemente, pero sí le confiere un nuevo sentido. La liberalización de los intercambios, la nueva doctrina que supuestamente iba a resolver los problemas de la humanidad, se aplicaba a los capitales, bienes y servicios, pero no a la mano de obra. Aunque sabemos que la puesta en marcha de los dos primeros elementos dependió considerablemente de los intereses particulares de los países más afectados y por lo tanto se llevó a cabo de forma desigual, es importante señalar la contradicción teórica de la doctrina y la incoherencia de sus aplicaciones internacionales. Una verdadera liberalización debería, de hecho, afectar a todos los elementos de la producción.

Una doble causa estuvo en el origen de estas distorsiones: la ausencia de consideración del mercado como relación social y

por tanto como relación de poder; y la sujeción total de los seres humanos a la ley del valor. La primera ha llevado a favorecer los intereses de los más fuertes, y ha incrementado así las distancias sociales entre las distintas zonas del mundo y entre los grupos sociales, lo que repercute en la presión migratoria. En cuanto a la segunda, somete los movimientos de la población a las ganancias de producción del capital, lo que explica, de una parte, el tipo de oferta de trabajo y, de otra, las barreras que se levantan a la libre circulación de trabajadores cuando estos son innecesarios.

La lógica que se ha impuesto corresponde a una perspectiva muy precisa, aquella que favorece el desarrollo económico capitalista y ejerce sus efectos tanto sobre el trabajo formal como sobre el asalariado, y sobre las regiones en las que la inmensa mayoría de la población no forma parte de esta relación. En efecto, las dos grandes fuentes de acumulación del capital son la plusvalía sobre el producto del trabajo y las rentas, y la extracción de riqueza a través de mecanismos financieros y jurídicos. Ambos inciden directamente sobre el problema de las migraciones, con nuevos efectos en el marco del neoliberalismo.

La transformación de la relación capital-trabajo

La entrada en la era neoliberal se ha caracterizado por una profunda transformación del mundo del trabajo. El objetivo más o menos progresivo del keynesianismo fue acompañado por la introducción de nuevas tecnologías de producción. Estas sustituyeron una parte importante del trabajo, en un principio en la producción industrial y más tarde en los servicios, lo que aumentó la productividad y disminuyó la mano de obra; por tanto, redujo las necesidades de concentración de esta última y sometió a los trabajadores a su propio ritmo. De ahí que las pérdidas de empleo y las desregulaciones hayan entrañado el estallido de la clase obrera, que la flexibilidad haya inducido a la inestabilidad, que las deslocalizaciones hayan aumentado el desempleo en los países industrializados y, sobre todo, que el

mercado se haya polarizado en trabajadores calificados y no calificados. La globalización neoliberal amplifica el rol del capital financiero y acelera la creación de un mercado internacional de trabajo. La alta tecnología se concentra siempre en el centro (la triada formada por los Estados Unidos, la Unión Europea, Japón y algunos países asiáticos), y deja a las periferias fuera de juego.

De ahí resulta lo que Alain Morice denomina “el utilitarismo migratorio”, es decir, una migración selectiva, golpe a golpe, a menudo acompañada de criterios no económicos que favorecen a “los más próximos”, los católicos, los europeos, etc. (Morice, 2002). El mismo autor cita a Claude Valentin Marie, quien subraya que el papel de la inmigración en este contexto es triple: favorecer la disponibilidad social esperada por los empleadores (movilidad, adaptabilidad a los puestos de trabajo, ausencia de tradición política y sindical, poca exigencia salarial, flexibilidad en las condiciones de contratación); servir de amortiguador en caso de crisis (son los primeros en contratar y también los primeros en despedir) (Noiriél, 2003); y en general cumplir una función de amortiguador social y de docilidad gracias a las redes de solidaridad. Incluso en Japón, que durante la posguerra estuvo sometido a una fuerte presión demográfica, el número de inmigrantes era en 2001 de 1 670 000, de los que 250 000 eran ilegales. Cerca de trescientos mil constituían los *nikkeijin*, que son los japoneses de procedencia brasileña o peruana.

La migración selectiva se concreta todavía más en función de los dos extremos del mercado de trabajo: los no calificados para puestos subalternos en sectores concretos (construcción, ciertos servicios públicos, restauración, etc.) y los calificados por medio de la fuga de cerebros. El sector intermedio es el menos deseable, debido al desempleo existente en esta categoría. Una política de ganancias de producción exige al mismo tiempo una mano de obra barata para las tareas inferiores (lo que algunos llaman deslocalización en el lugar), así como los servicios de técnicos de alto nivel o de científicos, cuya formación está asegurada en el país de origen y que producen un valor añadido

considerable (L'Homme, 2001). En resumen, es el ser humano reducido al estado de mercancía y puesto al servicio del proyecto económico neoliberal.

Las legislaciones de los Estados receptores han sufrido una transformación para adaptarse a esta nueva situación. Se ha pasado de la idea del derecho (derechos humanos, derechos sociales) a la del contrato. Esto es así para el trabajador, pero también para el inmigrante, ya que aunque se le reconocen derechos civiles, el ejercicio de estos se condiciona a términos contractuales relacionados con la integración. En el plano internacional, queda claro que el derecho de los negocios prima sobre el derecho de los pueblos. A partir de los años ochenta, en Europa, las normas se han vuelto más estrictas. Schengen ha supuesto la apertura de los espacios interiores, pero también el cierre de las fronteras exteriores.

La situación de las periferias

La acentuación de la brecha entre las sociedades del Norte y las del Sur es asimismo un factor clave para explicar las migraciones contemporáneas. La concentración del poder económico, político y militar en algunas regiones privilegiadas, el poder de las empresas multinacionales, localizadas en más de un 90 % en los mismos lugares, la extracción de las riquezas del Sur a través de numerosos mecanismos, como la deuda externa y los paraísos fiscales, todo esto hace imposible para los países periféricos la implantación de políticas adecuadas de desarrollo económico y social. Las diferencias sociales internas y las diferencias de desarrollo económico con el Norte no hacen más que acentuarse.

El crecimiento demográfico es evidentemente un factor agravante, pero no es la causa del fenómeno migratorio. Toda política de desarrollo debería beneficiar al conjunto de los seres humanos, y no solo a unos cuantos privilegiados, y de hecho, sabemos que la mejora del bienestar material y social tiene efectos inmediatos en la curva demográfica, pues ralentiza el ritmo

del crecimiento, y por lo tanto disminuye el efecto de la demografía sobre el factor migratorio.

La lógica de la acumulación capitalista, que introduce a los seres humanos en la ley del valor, causa la aparición de las “masas inútiles”, que son aquellas que no aportan un valor añadido que se traduzca en acumulación de capital, y que además tienen un poder adquisitivo prácticamente inexistente. De estas masas tan solo una minoría accede a un estatus económico que le permita vencer ese círculo infernal. Esto explica en gran medida la presión migratoria ejercida sobre los países industrializados y sobre aquellos que viven de las rentas petrolíferas.

Pero hay una razón aún más fundamental. Los problemas para la continuación del sistema de acumulación actual, amplificadas por el neoliberalismo (los límites ecológicos, las dificultades para administrar la pobreza, la creación de una burbuja financiera, etc.) empujan al sistema capitalista en la búsqueda de nuevas fronteras, sobre todo en la agricultura campesina, los servicios públicos y el control de la biodiversidad. Desde esta perspectiva, estos tres sectores deben contribuir a la acumulación de capital, aunque en el estado actual de las cosas no lo hacen mucho. Por eso es necesario dar un vuelco hacia la lógica de la mercancía. El primero de ellos, el sector agrario, es sin ningún tipo de duda el más importante, desde el punto de vista del impacto en las migraciones.

La descomposición del mundo campesino a la que hoy asistimos es tal en los países del Sur, que los agricultores, sobre todo los más pequeños, no encuentran salida en otros sectores, ni en el formal ni en el informal. Introducir la agricultura campesina en una economía capitalista significa muchas cosas. En primer lugar, producir para reportar divisas y por lo tanto para la exportación, a continuación importar del extranjero lo más barato y, en fin, someterse a la ley del mercado internacional, así como a la competencia desleal por parte del Norte a través de la técnica que se conoce como *dumping*, fruto de la hipermechanización agraria y del subsidio estatal.

Poco importa que esto destruya la seguridad alimentaria, o que la producción de maíz peligre en América Central y en

México, o la de arroz en Sri Lanka. Poco importan la historia y la cultura. Poco importa que se vean afectadas tres mil millones de personas, a saber, la mitad de la humanidad. Lo único que verdaderamente cuenta es hacer de la agricultura una nueva fuente de beneficios. Las distancias entre una minoría que encontrará su hueco en el nuevo modelo y los otros cientos de millones que serán víctimas del mismo no harán más que crecer. Esto es así incluso en China, donde unos trescientos cincuenta millones de pequeños agricultores deberán encontrar otras salidas durante los próximos quince años, tras la adopción del mercado capitalista como mecanismo de desarrollo (*Alternatives Sud*, 2001).

Esta opción, la de una agricultura productivista integrada en un mercado mundial, provoca efectos enormes en el fenómeno migratorio. En el siglo XIX, la transformación de la agricultura y el éxodo rural que la acompañó encontraron una solución económica (socialmente desastrosa) en la industrialización y la migración. La primera absorbió una mano de obra considerable, algo que no es posible hoy día con las nuevas tecnologías, y la segunda se llevó a cabo en una época en la que las fronteras estaban abiertas, lo que no ocurre actualmente para los países del Sur. Según Samir Amin, sería necesario un crecimiento urbano del 7 % anual y cuatro Américas para absorber el excedente de mano de obra agrícola en el caso de que se produjera una transformación total. De ahí la necesidad de sacar la agricultura de la lógica neoliberal, de admitir la existencia de precios regionales distintos, de modernizar la agricultura campesina. La prosecución del proyecto actual, apoyada por el Banco Mundial y por la Organización Mundial del Comercio (OMC), no hace que más que agravar el problema de las migraciones. Algunas regiones empobrecidas se han pasado ya a los cultivos ilegales o a la inmigración ilegal.

En cuanto a los servicios públicos, su privatización sistemática está destinada a garantizar una rentabilidad para las inversiones. Sus usuarios se convierten en clientes, y esto significa la exclusión de su acceso a los más pobres (educación, salud, otros servicios). Eso no hace más que reforzar la vulnerabili-

dad social de los sectores más bajos. Aunque en los países del Sur estos grupos sociales no son los primeros candidatos, por falta de capital social principalmente, forman sin embargo una masa crítica que da lugar a un clima general de incertidumbre, e incitan a ciertos sectores de la población a dar el paso hacia la emigración. Marc de Laeyer escribe:

Es probable que generalmente, cuando el nivel de vida de los pueblos muy pobres aumenta, la emigración y los movimientos de la población aumentan también en un primer momento, alcanzan un máximo y posteriormente disminuyen o cambian de naturaleza (2001).

Finalmente, el control de la biodiversidad entraña la reducción y a menudo la destrucción del entorno de los pueblos indígenas, que también se ven forzados a la migración interna o externa. Poco a poco se extiende el espacio de un “apartheid” global, que se traduce en términos económicos, culturales y raciales (Amorosso, 2003).

Las lógicas contradictorias

Se podría pensar que la libre circulación de las fuerzas de trabajo fuera beneficiosa para el capital. En cierta medida es así. Recientemente son muchas las veces que hemos visto a las asociaciones patronales pronunciarse a favor de leyes más abiertas sobre extranjería. Lo dijimos antes, un “ejército de reserva” de trabajadores es siempre una garantía de bajos salarios, y la atracción de cerebros para una economía del saber tiene también sus ventajas. Pero entran en juego otros factores que hacen la cuestión más compleja.

El primero podría ser la extracción de capital que supone para la ganancia de producción el peso de la seguridad social. Fruto de las luchas sociales y de la política keynesiana, esta ha sido puesta en entredicho por las políticas neoliberales. Aunque la migración de trabajadores tienda a hacer presión en las modalidades de su aplicación, la cobertura social no es menos débil si el número de beneficiarios se vuelve también más numeroso.

Es necesario por lo tanto limitar su número a las estrictamente necesarias, en otras palabras, regular los flujos en función de las necesidades de la economía. Eso confirma la concepción del Estado liberal, destinado a servir al mercado y a crear las condiciones para su despliegue, con la constitución de reglas de funcionamiento, el respeto a la competencia, la garantía el derecho de propiedad, la reproducción de las fuerzas de trabajo (educación, salud) y el establecimiento del orden. Actualmente, de cara a la disfunción del neoliberalismo, la idea de un “Estado social activo” o hasta de un neokeynesianismo toma cuerpo, incluso entre los responsables del sistema económico, pero se trata igualmente de adaptar el mercado de trabajo a las necesidades del capital.

Hay otros factores, de orden político, que contribuyen a la limitación de las migraciones. El aumento de las tensiones sociales y la creación de un clima que propicia al ascenso de los partidos políticos de extrema derecha no son favorables para los negocios. Por eso es importante no exacerbar los sentimientos identitarios y no sobrepasar ciertos límites a la hora de establecer las cuotas de emigrantes. Esto sobre todo tiene que ver con los trabajadores poco o no calificados, los demás se insertan más fácilmente en el tejido social. Las medidas de legalización de los inmigrantes clandestinos responden en la mayoría de los casos a razones políticas. Así, por ejemplo, en enero de 2004, año electoral en los Estados Unidos, el presidente G. W. Bush expresó su voluntad de legalizar a todos los inmigrantes sin papeles, que eran más de ocho millones de personas.

Los problemas sociales de la migración

La imagen del emigrante que, deseoso de aprovechar las ventajas de la sociedad del Norte, se instala en un país receptor, asumiendo el lugar de los autóctonos, no puede más que resultar caricaturesca. La ruptura con el medio de origen es dura y penosa; el trabajador debe separarse de su familia, y a menudo dar un primer paso él solo, con lo que se produce la quiebra de su grupo social y de su red de relaciones y contactos. La lengua

puede ser diferente, así como la religión, la cultura, y el conjunto de representaciones que le permiten situarse en el mundo. La vía de las inmigraciones ilegales es cada vez más dura, debido al endurecimiento de las medidas represivas de los países receptores, que son la causa tanto de las repatriaciones forzosas como de numerosas muertes. En la frontera entre México y los Estados Unidos, de 1994 a 2002 se han contado mil quinientas muertes. Este número ha aumentado en un 600 % desde la implantación de la nueva política fronteriza de California. Cada año, el “muro de cactus” ocasiona más víctimas que el Muro de Berlín durante toda su existencia. Durante los diez últimos años cientos de inmigrantes han encontrado la muerte en las costas españolas, en su intento por cruzar el estrecho de Gibraltar.

Por otro lado, la inserción en la nueva sociedad no resulta nada fácil. En el aspecto económico, suelen estar en una situación de explotación, que se traduce en: la cantidad de horas de trabajo, el salario, la ausencia de cobertura social para los inmigrantes ilegales. Se alojan en barrios marginales, en el seno de las clases sociales subalternas. Las mujeres, además, deben enfrentarse a problemas específicos relacionados con el sector económico en el que se inscriben, cuando este no es el de la prostitución. Para los jóvenes se plantea el problema de la escolarización, y la falta de formación para trabajar. Desde el punto de vista cultural, las dificultades lingüísticas se unen a los problemas sociales y económicos. En resumen, y políticamente hablando, la ausencia de derechos civiles es la regla, y la situación es aún peor para los inmigrantes ilegales.

La sociedad que recibe a los inmigrantes debe también hacer frente a importantes problemas. Los inmigrantes suelen ser considerados por los trabajadores del país como competidores ilegales, en la medida en que aceptan empleos mal pagados y se apoderan de los puestos que se han vuelto escasos como consecuencia de la situación económica general. También se da un sentimiento de superioridad de la sociedad receptora en general, cuando se trata de inmigrantes de otras religiones. La consecuencia a largo plazo es la creación de una sociedad dual,

donde desafortunadamente el racismo ocupa un lugar importante (Pajares, 2002).

Desde los años ochenta se han venido desarrollando nuevos movimientos sociales de inmigrantes. En un principio eran generalmente organizaciones de tipo cultural, que en algunos casos se han transformado en movimientos críticos, como el de los “sin papeles”. En general, son contrarios a una adaptación individual a la nueva sociedad, con la consecuente pérdida de referencias (Kagné y Martinello, 2001). Algunos de estos movimientos forman parte de los foros sociales mundiales y continentales, y refuerzan así la globalización de las resistencias frente a una lógica económica que hace del ser humano una mercancía sometida a las leyes de la competencia.

La salud como mercancía

Los progresos en el campo de la salud son espectaculares. Las enfermedades que mataban a millones de personas han sido erradicadas, las infecciones más graves controladas, y muchos tipos de cáncer ya hoy día son curables. La cirugía hace posible prolongar la vida y el conocimiento del genoma humano anuncia resultados aún más asombrosos en los próximos años.

Al mismo tiempo, según la Organización Mundial de la Salud (OMS), la mitad de la humanidad no tiene acceso a los medicamentos, y tres millones de niños mueren cada año a causa de enfermedades para las que existe vacuna (bastaría con sesenta y tres millones de dólares para resolver el problema). Más de once millones de personas mueren anualmente de enfermedades infecciosas, a falta de medicamentos básicos. Según el informe de 1998, la organización internacional revela que entre 1975 y 1993, dieciséis países han retrocedido en cuanto a la esperanza de vida, lo que afecta a trescientos millones de personas.

Basta con referirse a algunas cifras para acotar la cuestión: los gastos de salud en el Norte ofrecen un mercado de tres mil millones y medio de dólares, mientras que en el Tercer Mundo esta cifra es de solo veinticinco millones, es decir, veinticinco

veces menor, a pesar de que la población es veinticinco veces mayor. Los gastos farmacéuticos en los países en desarrollo representan el 8 % del total mundial, mientras que su población es el 75 % (Médicos del Mundo, 2003). En 1990, el coste anual del tratamiento del sida mediante terapia antirretroviral representaba en el presupuesto de la salud de los Estados un 1,8 % en América del Norte, un 1,9 % en Europa, un 23,9 % en América Latina, un 364 % en el sudeste de Asia, y un 1,673 % en África Subsahariana. David Werner dice que solo algunos indicadores de la salud han mejorado desde 1978, pero para miles de millones de personas, las más pobres, la salud y la calidad de vida se han deteriorado desde entonces (Werner, 2003). La OMS recuerda que cada año la mortalidad materna afecta a quinientas mil mujeres, evidentemente en su mayoría del Sur, y que la tercera parte de las enfermedades son consecuencia de la degradación del medio ambiente.

La Llamada de París sobre los peligros sanitarios de la contaminación química, firmada por numerosas personalidades del mundo científico y político en 2004, hizo hincapié en otro aspecto del problema, como es el de la utilización abusiva de los productos químicos en la búsqueda de la rentabilidad, y su impacto sobre la salud. Muestra que en Europa, un 15 % de las parejas son estériles, y que el cáncer está creciendo, lo que evidencia que no es solo la salud de las sociedades del Sur la que está en juego como consecuencia de la lógica del beneficio. En el mundo industrializado las diferencias también existen. Podemos llegar a más conclusiones si tomamos la tasa de mortalidad de un año, que puede ser X, y la igualamos a cien, esto es, $X=100$. Por ejemplo, en Gran Bretaña, un estudio mostraba en 1911 que, sobre un promedio de mortalidad de cien, para los hombres de entre 15 y 64 años la tasa ascendía a 88 en la clase de profesionales, y a 142 en la de los trabajadores no calificados. En 1981, partiendo de esta misma tasa media de cien, los resultados eran de 66 y 166, respectivamente. Esto indica que la desigualdad social se ha incrementado.

Se comprende ahora por qué las Naciones Unidas rechazan constantemente los plazos. En Alma-Ata, en 1978, los partici-

pantes se comprometieron a asegurar la salud para todos en el año 2000. En 1995, la Cumbre de Copenhague fijaba como objetivo reducir en dos tercios la mortalidad infantil y en tres cuartas partes la mortalidad materna para el 2015, algo que actualmente el Banco Mundial estima imposible. En 1998, la OMS establecía para el año 2025 la posibilidad de aumentar la esperanza de vida mundial a sesenta años y la de reducir la mortalidad infantil a menos de cinco por cada mil nacidos vivos. Sucede lo mismo con la erradicación de la pobreza, base fundamental de la salud y donde los plazos son igualmente incumplidos, y con los objetivos del Milenio, de los que se puede decir que las propuestas que se hicieron en su día, indecorosamente modestas, no podrán ser alcanzadas.

Tal contradicción entre el discurso y la realidad no puede ser un simple accidente. Por esto es necesario preguntarse las causas de esa contradicción. ¿Cuáles son los obstáculos que encuentran aquellos que, competentes en su ámbito, ofrecen las orientaciones, definen los objetivos, y cifran los esfuerzos financieros para que la asistencia médica sea un derecho realmente reconocido para el conjunto de los seres humanos? Los análisis coinciden cada vez más en una hipótesis básica: habría una incompatibilidad entre la salud entendida como derecho universal y la salud como mercancía. Se trata por lo tanto de una cuestión filosófica fundamental, que repercute en el plano político y tiene efectos considerables en la vida cotidiana de la gente, en particular de los más pobres. La primera concepción de la salud pone el acento en el carácter integral del problema: no hay salud sin un entorno natural y social adecuado, mientras que la segunda se basa en un enfoque demasiado exclusivo y selectivo: la salud como ausencia de enfermedad, que cada uno se procura con sus medios, con la eventual admisión de ciertas protecciones colectivas en función de las necesidades de la economía.

La afirmación que asemeja la salud a una mercancía puede parecer brutal. Ningún ser humano normal osaría formularla de esta manera. Por eso examinaremos en primer lugar los hechos, antes de reflexionar sobre las lógicas que están detrás de

ellos. Para incluir la salud en la categoría de mercancía, es preciso traducirla por un acceso a los productos que pueden intercambiarse por dinero, ya sean medicamentos o asistencia médica. Se considera así la salud como una lucha contra la enfermedad, lo que sin duda no es falso, pero desde luego deforma la realidad, pues ignora el contexto social de bienestar colectivo, esencial para gozar de la salud, y por lo tanto individualiza la problemática. De ahí resulta que la salud esté comprendida dentro del poder de compra de cada uno.

La importancia del mercado de la salud

El mercado anual mundial de los medicamentos se cifra en alrededor de trescientos mil millones de dólares, de los que el 80 % se concentra en la triada formada por los Estados Unidos, la Unión Europea y Japón. Según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), entre 1990 y 2001, los gastos farmacéuticos per cápita han aumentado en un 12,2 % en España, un 17 % en Alemania, un 28 % en Italia y un 63 % en Francia; y entre 2002 y 2003, un 2 % en Italia, un 5 % en Francia, un 6 % en Alemania, un 9 % en Gran Bretaña y un 12,3 % en España. Por todas partes el consumo aumenta, si bien las desigualdades también lo hacen. Un 16 % de la humanidad consume el 80 % de los medicamentos, mientras que el 84 % se reparte el 20 % restante. Esta distribución del consumo se corresponde con la estructura de ingresos mundiales, como muestra la gráfica en forma de copa de champaña del PNUD. Estamos desde luego ante un mercado desigual, pero un mercado considerable a pesar de todo. Además, está destinado a crecer rápidamente, sobre todo en las regiones más ricas, como consecuencia del envejecimiento de la población.

Pero el mercado de la salud no es solamente importante, sino uno de los más rentables del sector industrial. Así, en los Estados Unidos, desde 1982 es el sector con más beneficios, consiguió en los últimos años cifras cinco veces más favorables que la media del sector. Los resultados además mejoran gracias a la estabilización de las patentes llevada a cabo por la OMC. En

2001, el resultado neto sobre la cifra de negocios fue del 18,5 %, y en 2002, de 17 % (Appaix, 2004: 45). Entre 1999 y 2003, el beneficio de las diez empresas más grandes ha aumentado en un 33 %. Y esto repercute en la cotización bursátil. La biotecnología hace progresos considerables, y esto proporciona importantes aplicaciones en el campo farmacéutico. Las acciones del sector experimentaron entre mayo de 2003 y mayo de 2004 un crecimiento del 36,11 %, frente a un 11,45 % en el sector de la salud (*Le Monde*, 24-25 mayo de 2004). La comercialización, antes de lo previsto, del Antegren (contra la esclerosis en placas) de la sociedad Mercure Biotech hizo subir la cotización bursátil (el valor en bolsa) en más de un 30 % (Appaix, 2004: 45).

Los inversores buscan el beneficio, lo cual es lógico. Los gestores de las SICAV (sociedades de inversión colectiva) dan preferencia, como dice uno de ellos, a “las sociedades con productos pendientes de lanzamiento o próximos a ser comercializados, para beneficiarse de los efectos positivos de la cotización bursátil” (d’Omellas, *Le Monde*, 23-24 mayo de 2004). Cerca del 70 % de las sociedades pertenecientes a la SICAV, administrada por el autor de la frase anterior tienen medicamentos comercializados. Las que tienen productos en desarrollo representan el 26 %. Esto significa que los accionistas se guían por la lógica de la rentabilidad, más que de la innovación. Aunque en principio no es contradictorio, habrá que preguntarse por las consecuencias de esta orientación general de la actividad del sector.

Nadie niega el papel central de la investigación para la mejora de la salud y en concreto para la producción de nuevos medicamentos. Según PhRMA (pharmaceutical Research and Manufacturers of America, el sindicato americano de la industria farmacéutica), hay que dedicar entre ochocientos y novecientos millones de dólares por producto comercializable. La industria farmacéutica señala, con razón, que su implicación es muy costosa, y que esto inevitablemente tiene que incluirse en el precio de los medicamentos. Sin investigación, no hay progreso farmacéutico, sin reservas importantes, no hay posibilidad de invertir en la investigación/desarrollo, y sin un margen cómodo de beneficio, los capitales no son atraídos a este

sector. Sin embargo hay que examinar detenidamente lo que se incluye dentro de este coste de investigación.

En primer lugar, las cifras que se citan comprenden evidentemente los productos analizados y después abandonados (a veces por cuestiones de rentabilidad). Todo investigador sabe que a menudo se procede por ensayo y error, pero también sabe que la organización del trabajo es igualmente importante. Los gerentes de IT Asset Management concluían su evaluación del sector diciendo que, con frecuencia, no era una cuestión de la excelencia de la sustancia que se estaba investigando, sino el hecho de que los ensayos clínicos estaban mal configurados (*Le Monde*, 24-25 mayo de 2004). Los fracasos de la investigación están por lo tanto incluidos en los cálculos. Esto no es específico para la investigación farmacéutica, es más bien un desafío para todas las actividades de investigación, públicas o privadas, comprendidas en el ámbito de la salud.

En segundo lugar, estas cifras representan además un coste de oportunidad, definido por los ingresos que se habrían generado si el dinero invertido en la investigación/desarrollo se hubiera destinado a otra cosa (Appaix, 2004: 46). Pero sobre todo hay que volcarse en los fines de la investigación. Una parte importante de esta última se destina a la mejora de los medicamentos ya existentes, un verdadero avance teórico que representa menos del 20 % del total (Appaix, 2004: 45), lo que explica que en los últimos años los descubrimientos sean cada vez más esporádicos. El doctor Jean-Claude Salomón, del CNRS, estima que la investigación dedicada exclusivamente a la conquista de los mercados no es la única que debe experimentar una regresión.

Este mismo autor señala el efecto de la concentración de la industria sobre la investigación. En efecto, durante los últimos años hemos asistido a un número impresionante de fusiones, con énfasis en “las nuevas tecnologías”, sobre todo las biotecnologías, a fin de atraer los capitales. De ahí que también se haya experimentado una concentración de la investigación privada, pero también una transferencia de conocimientos desde los laboratorios universitarios hacia estructuras supuestamen-

te mejores para adaptarse a las necesidades de la producción y de la innovación en este campo. “Nuestra investigación avanza, la vida progresa”, decía un anuncio de las empresas de medicamentos publicado en la prensa francesa. Añadía que era el precio de los medicamentos lo que permitía financiar la investigación (*Le Monde*, 18 de mayo de 2004). Pero a pesar del coste de esta última, también es bueno señalar, a título comparativo, que la investigación/desarrollo representa solamente la mitad del presupuesto de marketing del sector, cuya media se estima entre un 25 y un 35 % de los costes. En los Estados Unidos, las dificultades publicitarias para el sector de la salud se suavizaron en 1990. En una década, los gastos en este sector han aumentado en un 40 %. Los “visitantes médicos” (delegados comerciales) se han incrementado en un 45 % entre 1998 y 2001. Un tercio de los empleos de los mayores grupos son agentes comerciales (88 000), lo que representa un coste de siete mil millones de dólares al año (Appaix, 2004: 44-46).

También añadimos la importancia de la investigación pública. En los Estados Unidos, los estudios que han permitido la puesta a punto de las moléculas de base son, al menos en el 85 % de los casos, producto de laboratorios públicos, americanos o extranjeros (Ibídem). De los cinco medicamentos antiparasitarios más importantes, dos de ellos fueron el resultado de investigaciones militares, uno proveniente de China, y otro de la investigación veterinaria.

Resumiendo, la investigación es importante y costosa, aunque el reportaje de *Public Citizen* de 2001 en los Estados Unidos estimara que el coste era diez veces menor que la cifra anunciada por PhRMA. Dicha investigación se orienta, pues, hacia un mercado rentable, más que a las necesidades de las mayorías, y en gran parte está financiada por los poderes públicos, y no representa más que del 12 al 15 % de los costes de la industria.

La cuestión de las patentes

Muy relacionada con la investigación está la cuestión de las patentes, que consiste en el derecho de apropiarse del control

de la producción y de la comercialización de un producto del cual uno es autor intelectual. Y esta es la base sobre la que la OMC ha legislado.

El 1° de enero de 1996 entró en vigor el Acuerdo sobre los Derechos de Propiedad Intelectual que afectan al Comercio (ADPIC) –en inglés, Trade Related Aspect of Intellectual Property Rights (TRIPS)– obligatorio para todos los Estados miembros de la OMC. Según esta disposición, los inventores, en el campo farmacéutico, tienen un derecho exclusivo sobre su invención durante un periodo de veinte años. Se unifica así la regulación de las patentes, que anteriormente era competencia de los Estados y que en la mayoría de los casos no reconocía un periodo tan largo de vigencia. Desde este momento, la mayor parte de las patentes no son ya productos de individuos, sino sobre todo de empresas transnacionales (ETN), que concentran las investigaciones y compiten entre ellas. La conquista de los mercados es en efecto un combate difícil, y la creación de un capital de patentes se ha vuelto un instrumento imprescindible para conseguirlo.

Para la industria farmacéutica, la lógica está clara. Operar en un mercado mundial exige un sistema mundial de patentes y una política única de precios. Por otro lado, sin las patentes y los recursos que este sistema garantiza, la investigación/desarrollo sería difícil de financiar. Esto permite también proteger la propiedad intelectual contra robos eventuales (R. Jennar, 2004: 118-122).

Una decisión así corre el riesgo de provocar consecuencias nefastas en cuanto al acceso a los medicamentos y a los servicios de salud. De ahí que el Compromiso de Génova de 2000, que reconocía que los “servicios que dependen exclusivamente del mercado corrían el riesgo de excluir a los pobres y a los más desfavorecidos de una asistencia de calidad”, proponga que

llegado el caso, se debe considerar la posibilidad de poner en marcha programas comunitarios de seguros de enfermedad sin fines lucrativos, como uno de los medios para ayudar a los gobiernos a hacer accesible a todos la asisten-

cia primaria de salud (Asamblea general de las Naciones Unidas, 1ro. de septiembre de 2000).

La Asamblea anima a las empresas farmacéuticas a invertir en medicamentos esenciales en los países en desarrollo, para que estos puedan conseguirlos a unos precios asequibles. Asimismo recuerda que, aunque es importante proteger los derechos de propiedad intelectual para favorecer la investigación, el ejercicio de estos derechos también debe beneficiar a los productores y a los usuarios de los conocimientos técnicos, en unas condiciones propicias para el bienestar social y económico. Estas medidas, desde luego, limitan las imitaciones y la comercialización de productos de mala calidad. Pero al mismo tiempo, se hace imposible para un país producir medicamentos genéricos sobre la base de una invención de la que no es propietario, o comprar el producto sin el permiso de este último. La práctica lo demostraría en poco tiempo.

El 5 de marzo de 2001 se iniciaba en Pretoria el juicio entablado por treinta y nueve firmas farmacéuticas de los Estados Unidos, de la Unión Europea y de África del Sur contra el gobierno sudafricano, por no respetar las normas de la OMC en relación con los medicamentos destinados a la lucha contra el sida.¹ En efecto, había una ley (la ley 90 de 1997) sobre el control de los medicamentos, destinada a reducir el precio para los pacientes. Como sabemos, Sudáfrica es uno de los países más afectados por la pandemia (en este momento hay más de cuatro millones de personas afectadas). También se sabe, por otra parte, que Brasil ha autorizado la producción de medicamentos

¹ Entre las empresas europeas se trataba de Bayer (Alemania), Byk Madame (Alemania), Boehringer-Ingelheim Internacional GMBH (Alemania), Boehringer-Ingelheim KG (Alemania), Dr Kart Thomae GMBH (Alemania), Hoffmann-La Roche AG (Suiza), GlaxoSmithKlineBeecham (Gran Bretaña), Hoechst Marion Roussel/Aventis (Francia), Boehringer-Ingelheim Pharmaceuticals (Alemania), Janssen-Cilag Pharmaceutica (Suiza), Knoll Pharmaceuticals (Alemania), Lundbeck (Dinamarca), Novartis (Suiza) Novo Nordisk (Dinamarca), Rhône-Poulenc Rorer (Francia), Roche Products (Suiza), Zenecca (Gran Bretaña).

genéricos, con lo cual ha causado una disminución en el precio de un 70 %, lo que ha reducido la tasa de mortalidad a la mitad y permitido ahorrar cuatro mil millones de dólares a la economía del país.

La iniciativa tomada en Sudáfrica suscitó reacciones universales. Como respuesta, un portavoz de las empresas americanas declaró a la CNN que la industria farmacéutica no era una ONG, y que debía satisfacer los intereses de sus accionistas. En el mismo sentido, Bernard Lemoine, director general del sindicato nacional de la industria farmacéutica de Francia, había declarado en 1999: “No veo por qué exigimos a las industria farmacéutica esfuerzos específicos. Nadie pide a Renault que dé coches a aquellos que no tienen”. Médicos sin fronteras y Oxfam protestaron ante las industrias, y el 19 de abril de ese mismo año las grandes firmas se vieron obligadas a retirar su demanda.

Por su parte la Santa Sede intervino de manera enérgica el 29 de enero de 2004, en ocasión del mensaje de Cuaresma del papa Juan Pablo II. El padre Angelo D’Agostino, jesuita americano, declaró:

Es una acción genocida del cartel de empresas farmacéuticas que se niegan a hacer los medicamentos accesibles en África, al mismo tiempo que han declarado unos beneficios de 517 mil millones de dólares en 2002 (*La libre Belgique*, 30 de enero de 2004).

No obstante, antes de verter un juicio moral hay que tener en cuenta que las posiciones que hemos señalado son normales desde el punto de vista de la lógica del mercado.

La cuestión iba a tener repercusiones en el seno de la OMC. Durante la Conferencia de Doha, en noviembre de 2001, el párrafo sexto de la Declaración afirmaba que en caso de urgencia sanitaria, los países tenían derecho a producir medicamentos genéricos. Para precisar las modalidades, era necesario proponer una solución para finales de 2002 (Warêgne, 2003). Este fue el fracaso del 12 de diciembre de 2002, a causa de la oposición de los Estados Unidos, bajo presión de su industria far-

macéutica (Sund, 2003: 28), y la consecuente suspensión momentánea de las negociaciones.

Recordemos que la Conferencia de Doha había aceptado, por una parte, que la excepción existe, siempre y cuando esto no entrañara la explotación normal de la patente, y por otra, que los gobiernos tienen derecho a dar a un laboratorio una licencia para explotar una patente que no le pertenece, si el precio es demasiado elevado por falta de competencia y las proposiciones hechas a la industria han sido rechazadas (licencia obligatoria). También podría importar medicamentos de un país donde fueran más baratos (importaciones paralelas). Todo esto significaba, aún de forma tímida y provisional, un paso hacia la salida de la lógica del mercado, para entrar en la de la necesidad.

En 2003, las negociaciones se retomaron y desembocaron en unas modalidades de aplicación muy restrictivas. Las concesiones fueron limitadas en cuanto al ámbito de aplicación y a la duración, y se obligaba al país en cuestión a presentar pruebas que demostraran la necesidad: circunstancias excepcionales como, por ejemplo, catástrofes sanitarias. Cualquier Estado de la OMC podía discutir la pertinencia de estas medidas. El país debía probar que carecía de capacidad de producción propia para poder importar, y someter a la OMC la denominación y la cantidad de medicamentos que deseara importar y darlo a conocer a todos los países de la misma

Se configuraba así un dispositivo administrativo y aduanero destinado a impedir la reexportación. El país exportador no podía utilizar una demanda así como instrumento de política industrial o comercial. Los acuerdos son revisables cada año.

Quienes han criticado este acuerdo han demostrado fácilmente que es de difícil aplicación. Han recordado en primer lugar que, según la Declaración de Doha, los países en desarrollo con capacidades de producción y que no forman parte de los más pobres serían sometidos a las reglas del ADPIC (TRIPS) a partir de 2006, mientras que los más desfavorecidos deberían introducir las patentes farmacéuticas en su legislación para 2016. Afirman que las disposiciones de 2003 van en contra de las decisiones de Doha, que precisaban que cada miembro te-

nía derecho a determinar lo que constituía una situación de urgencia nacional. Para ellos, los países a los que les concierne no tienen la capacidad administrativa exigida. Además, el acuerdo se obtuvo bajo presión, como pasa a menudo en el seno de la OMC: promesas de ayuda por una parte, y amenazas con suprimir los créditos por otra. Al final, es la existencia misma de los medicamentos genéricos la que está en juego, puesto que su mercado ha sido puesto bajo control.

La cuestión de las patentes se conecta también con la del patrimonio biológico, y sobre todo con los conocimientos tradicionales de los pueblos autóctonos en el campo de las plantas medicinales. En productos farmacéuticos se pasa cada vez más de la química a la biología. Por eso esta reserva de conocimiento ha adquirido un gran interés. Se han hecho esfuerzos considerables para inscribir en un repertorio y sistematizar el contenido de dichos conocimientos, lo que conduce a veces a lo que Susan George o Jean Ziegler denominan una verdadera “biopiratería” (J. Ziegler, 2002). Las zonas ricas en biodiversidad, como la Amazonia, América Central, Indonesia o África Central, son objeto de grandes codicias, y no solo por el agua o el oxígeno, sino también por parte de las industrias de la salud. Por su parte, la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI), fundada en 1883 e integrada como agencia especial de las Naciones Unidas en 1974, intenta suavizar los efectos de estas decisiones sobre los países pobres (Lefebvre, 2004: 24).

Para concluir esta sección, recordemos que lo que está en juego tiene una gran importancia. Los precios pueden bajar en un 90 % al expirar una patente. Una duración de veinte años significa que, durante este periodo, los sectores más pobres de la población mundial no tendrán acceso a las posibilidades de curarse. Las firmas farmacéuticas han concluido acuerdos con los Estados del Tercer Mundo para vender sus productos a precios más bajos, pero no son más que iniciativas individuales dispersas y casi siempre motivadas por la necesidad de mejorar su imagen.

No obstante algunas empresas comprendieron que los genéricos tenían un porvenir. Es el caso de Novartis, que adquirió el

grupo canadiense Sabex Holding en junio de 2004, con el fin de abrir a los suizos las puertas del mercado canadiense del medicamento genérico (*Le Soir*, 5 de mayo de 2004).

La OMC, que preconiza la liberalización del comercio mundial, no tolera excepciones ni acepta frenar los apetitos mercantiles, y es comprensible, ya que eso entraría en contradicción con la filosofía misma en la que se inspira. Es por lo tanto una cuestión de principios, y las exenciones no pueden ser más que provisionales, a título de ayuda humanitaria de urgencia indispensable en caso de catástrofe natural o de víctimas de conflictos armados. Pero puede haber también otra lógica, de la que habla el doctor Salk, el inventor de la vacuna contra la polio en 1955 y que decía “Este descubrimiento pertenece al pueblo, no hay patente. ¿Podemos patentar el sol?”. Volveremos sobre esto.

El acuerdo general sobre el comercio de servicios (AGCS)

La salud entra evidentemente en lo que llamamos el sector de los servicios, de forma análoga a la educación, la cultura, los servicios postales, los financieros, los transportes y otros servicios públicos. Uno de los grandes objetivos de la OMC, asumido también por la Unión Europea, es la liberalización del sector. Esto se decidió en 1994, con la adopción del AGCS. La OMC debe poder fijar las normas de los obstáculos no necesarios al comercio, comprendidos en el ámbito de los servicios. Se podrá así denunciar a un Estado que tome “medidas más rigurosas de lo necesario”.

Según la OMC, la AGCS abarca ciento sesenta sectores distintos. La introducción en la norma mercantil debería permitir una eficacia mayor, por la competencia, y abrir así la vía para las economías de escala, la competitividad y la constitución de polos hipercompetitivos, lo que se traduciría finalmente en mejores servicios. En los ámbitos de la educación y la salud, se considera que hay competencia cuando existen al menos dos suministradores de servicios. El vocabulario también cambia: ya no se habla de usuarios o de pacientes, sino de clientes. Por su

parte, el Banco Mundial señala regularmente la necesidad de darle una mayor importancia al sector privado en los campos de la educación y la salud. Es el caso, por ejemplo, de Sri Lanka o de Nicaragua, donde sus créditos se condicionan a la adopción de medidas dirigidas en este sentido. La declaración de Bolonia sobre la enseñanza universitaria, de la Unión Europea, se inscribe en la línea de pensamiento de la OMC, al incitar a la competencia en este sector (*Alternatives Sud*, 2003/3).

El proyecto del ALCA (zona de libre comercio las Américas) contiene disposiciones similares (*Alternatives Sud*, 2003/2), al igual que los numerosos tratados bilaterales de libre comercio, firmados o en preparación. Así, el 2 de marzo de 2004, Marruecos firmaba un acuerdo de este tipo con los Estados Unidos. Una de las cláusulas se refería a los derechos de propiedad intelectual sobre los medicamentos.

Europa no se queda atrás en este aspecto. La Comisión promueve también la liberalización de los servicios como la electricidad, los ferrocarriles, el servicio de correo, las agencias de viaje, la distribución, la publicidad, los servicios de seguridad, etc., según ritmos específicos. Ha emitido alguna reserva sobre los sectores más reservados como la educación y la salud, pero esto no le ha impedido proponer una directiva (con el nombre del entonces comisario de mercado interior, Bolkenstein) que está destinada a suprimir todas las restricciones nacionales que limitan la competencia en el sector general de los servicios.

En el campo de la salud, esto podría significar la apertura a todo tipo de implantación extranjera (farmacias, laboratorios, hospitales) provenientes de otros países de la Unión, lo que haría la planificación nacional bastante difícil. Lejos de favorecer a la población estas medidas, según las mutualidades, corren el riesgo de disparar los costes, de dualizar el acceso a la asistencia, y de no asegurar la misma calidad. La cuestión es tan candente que en el *Libro verde* sobre los servicios de interés general la misma Comisión, apoyada por el Parlamento europeo, ha propuesto excluir los servicios de la salud pública del campo de aplicación de las reglas de la competencia y retirar las profesiones médicas de las restricciones de competencia no jus-

tificadas (*En Marche*, 4 de marzo de 2004). Las organizaciones sociales europeas estiman que el sector de la salud debería quedar por completo excluido de la directiva europea.

Se comprende entonces que el sector de la industria farmacéutica se preocupe por el *lobby* hacia los poderes públicos. En Washington, son más de seiscientos *lobbyistes* los que libran batallas mediáticas y legales. La elección de los candidatos es igualmente importante. Xavier d'Ormelas, ya citado, afirmaba a propósito de la campaña electoral de 2004 en los Estados Unidos, que “los sondeos favorables al senador Kerry han contribuido a desencadenar una fuerte corrección de los valores farmacéuticos” (*Le Monde*, 23-24 de mayo de 2004). Recordemos que el presidente Bill Clinton, demócrata, había intentado sin éxito reformar el sector de la salud en los Estados Unidos y otorgar una mayor importancia al sector público.

El papel de las Naciones Unidas

Los programas de ajuste estructural fueron promovidos sobre todo por el FMI, con el fin de restablecer la confianza de los acreedores internacionales. Los Estados debían abrir sus puertas a los mercados exteriores, reducir sus gastos y liquidar el servicio de la deuda. Los efectos sobre la salud fueron inmediatos. Las industrias farmacéuticas locales sufrieron las consecuencias de una competencia desigual, y la reducción de los gastos públicos repercutió en los programas sanitarios.

En Nicaragua, la supresión de la atención a las madres embarazadas supuso una triplicación de la mortalidad materna. En Vietnam, el PAS introducido en 1989 desembocó en recortes de los gastos de salud y una interrupción en el reparto de productos antimosquitos, lo que se tradujo en un aumento del paludismo. En Filipinas, el presupuesto de salud fue reducido a la mitad. En Egipto, tras el acuerdo de 1991 con el FMI y el Banco Mundial, los gastos de salud pasaron del 5,1 % del presupuesto nacional en 1966 al 1,4 % en 1995. En Ecuador, cayeron de 600 a 340 millones de dólares. Con respecto a la desregulación de los precios de los medicamentos, a partir de

1988, esta supuso un aumento en diez años de un 44 % en México, un 24 % en Brasil y un 16,6 % en Argentina (*The Guardian*, 15 de diciembre de 1999).

En este mismo país, según la doctora Silvia Quadrelli, la primera consecuencia de la crisis económica y financiera, en gran parte debida a las medidas impuestas por el FMI,

fue la llegada masiva de la clase media a los hospitales públicos, ya que a partir de ese momento sería incapaz de recurrir a los servicios privados, más caros. Como consecuencia, los “clientes” tradicionales del hospital público, es decir, las franjas más pobres de la población, son excluidos de un hospital convertido en algo cada vez más hostil e inaccesible por la llegada de esta “competencia” desleal (Quadrelli, 2003: 10).

Pero esto no afecta solo a los países del Sur. En el Norte estas mismas políticas han tenido también efectos similares, aunque quizá un poco menos dramáticos. Es el caso de Gran Bretaña, por ejemplo. En Francia, se señala que la disminución de los gastos que ha afectado a los seguros de enfermedad agrava las desigualdades sociales. En los Estados Unidos, el único país industrializado en el que los precios de los medicamentos son libres (en otros lugares se negocian con los Estados), el 14 % del PIB está consagrado a los gastos de salud, el doble que en algunos países europeos. Es también el único país que permite la publicidad directa de los medicamentos. Todo esto hace estallar los gastos médicos. En 2004, se estimaban en unos mil dólares como promedio mensual para una familia de cuatro personas. Ahora bien, entre las empresas hay una tendencia a bajar su participación en los seguros privados, a causa de los precios prohibitivos (con una subida del 14 % en 2003). No es asombroso que a finales de 2002 no tuvieran cobertura médica 43,6 millones de personas (2,4 millones más que en 2002), es decir, el 16 % de la población (Appaix, 2004 y *Vu d'Amérique*, 2004: 33).

La privatización preconizada para hacer los servicios públicos más eficaces ha provocado también un cambio en las men-

talidades. El servicio público está desvalorizado y se ha transformado en una actividad mercantil. Una enfermera tunecina que ha sufrido la transformación de la situación decía sobre el jefe de la clínica en la que trabajaba: “Para él, una clínica es una empresa como cualquier otra y lo importante son los beneficios” (*Demain le Monde*, 2001: 32).

Hemos hablado suficientemente de la OMC como para retomar el tema. Su influencia se siente en pleno periodo neoliberal, refuerza esta lógica y formaliza en un sistema de normas los principios del mercado. Bajo la presión de la opinión y de las organizaciones no gubernamentales, se han aportado modalidades específicas para la salud, rápidamente mitigadas por los intereses del sector farmacéutico (Velásquez, 2003).

Bajo la presidencia de Kofi Annan, el acercamiento al mundo de la empresa se consolida en el seno de las Naciones Unidas. Habiendo constatado la dificultad de imponer normas internacionales al mercado, el Secretario General de la ONU decidió, frente a la disminución del poder regulador de los Estados, promover la asociación con las empresas, lo que la Cámara de Comercio Internacional (CCI), que reagrupa a siete mil sociedades de ciento treinta países y es portavoz del mundo de los negocios ante la ONU, aceptó (Buse y Walt, 2001: 11).

Este fue el nacimiento del contrato mundial (*Global Compact*). Como contrapartida a un código de conducta y a una contribución a la Organización de las Naciones Unidas, las empresas podían valerse de su colaboración con el organismo internacional. Una colaboración así les proporcionaba numerosas ventajas: influencia creciente en el plano internacional, un mejor acceso a las instancias nacionales, ventajas financieras directas (reducciones fiscales, penetración en los mercados), promoción de la marca y de su imagen, legitimación por su asociación con las Naciones Unidas, y reforzamiento de la ciudadanía de la empresa. En el sector de la salud, la empresa farmacéutica Merck reaccionó de forma positiva y financió un programa de la OMS, lo que le permitió entre otras cosas organizar una cena de gala en la sede de las Naciones Unidas y ocupar las páginas del *New York*

Times. En mayo de 1994, el director de la firma se dirigió a la Asamblea General de la OMS.

Asistimos por lo tanto durante los últimos años a un doble fenómeno: por una parte la influencia creciente de las organizaciones financieras internacionales sobre las políticas de las Naciones Unidas, sobre todo en el campo de la salud, y por otra un incremento en la participación de las firmas transnacionales, con sus consecuentes conflictos de intereses. Todo esto se inscribe dentro de la lógica de la fase neoliberal de la economía mundial contemporánea.

Otros efectos colaterales de las nuevas políticas

Hemos hablado suficientemente sobre las consecuencias que las orientaciones que se están adoptando tienen en la salud de los pueblos. Nos gustaría ahora abordar brevemente dos problemas específicos: la corrupción y el estatus del personal médico. Evidentemente la corrupción no es monopolio de una época o de un modo de funcionamiento concreto. No obstante la privatización de la salud entraña peligros específicos, que es preciso recordar. La competitividad incita a la presentación errónea de las virtudes de los productos, y fomenta los acuerdos ilícitos entre los *trusts* sobre sus precios, como fue el caso de las vitaminas y de la métylglucamina, ambos denunciados por la Unión Europea. Las presiones ejercidas sobre los poderes públicos rozan a veces la corrupción. Y por último, hay que mencionar los regalos que se conceden a los agentes médicos.

En 2004, el caso de GlaxoSmithKline, la principal industria farmacéutica mundial, salió a la luz en Italia. En efecto, la policía financiera de Venecia, tras dos años de investigación, procesó a 4 713 personas ante el Ministerio Fiscal de Verona, donde se encontraba la sede italiana del grupo. Cerca de dos mil especialistas eran sospechosos de haber cobrado millones de euros por curar a sus pacientes con productos de la firma, y unos diez mil médicos generales parecían haber aceptado primas e incentivos en especias y en dinero por prescribir productos de

Glaxo. Esta empresa farmacéutica gastó, entre 1999 y 2002, más de 228 millones de euros en sus “actividades de apoyo a las ventas”, es decir, sobornos, viajes, congresos imaginarios, ordenadores, aparatos médicos, etc. La promoción la hacían los “informadores científicos”. Cada millón invertido debía reportar otros diez.

Pero esta no fue la única firma procesada. Se investigaron también firmas como Pfizer, Sigma Tau, Menarini y Sanofi (*La libre Belgique*, 28 de mayo de 2004). La revelación de estas prácticas perjudicó a Glaxo, que perdió en 2003 el 20 % de su cifra de negocios, y tuvo que revisar sus estrategias comerciales. En los Estados Unidos, fue a través de Warner-Lambert que se revelaron las prácticas de promoción de la neurotonina, que incluían sumas considerables destinadas a los médicos y a las escuelas de medicina, para que estos defendieran los méritos del medicamento (*Vu d'Amérique*, 2004: 109-110).

En cuanto al personal médico, segundo episodio de esta reflexión, está siendo arrastrado, a menudo a su pesar, hacia una mercantilización de su profesión: es forzado a rentabilizar sus funciones y aumentar su productividad: su estatus se ha vuelto cada vez más precario y, en los países en desarrollo, la contratación se ve frenada por la disminución relativa de los presupuestos; se convierten en objeto de las tentativas de corrupción; la privatización de la recaudación de los gastos conlleva la pérdida de sentido del servicio público; los pacientes se convierten clientes. Con el pretexto de luchar contra la burocracia de una medicina de Estado y su eficacia decreciente, caemos en la dominación del mercado, que dualiza el estatus de los agentes médicos y los hace competir, de manera que cada vez se vuelve más difícil el ejercicio de su profesión.

Frente a estas grandes tendencias, las reacciones no se han hecho esperar. En América Latina, el personal médico organizó huelgas para defender el sistema de salud pública en numerosos países: Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Perú, República Dominicana, Paraguay. Algunas duraron veinticuatro horas, otras hasta nueve meses. El caso más célebre fue el de El Salvador,

donde en tres ocasiones los médicos se pusieron en huelga durante varias semanas o incluso varios meses, hasta terminar con una huelga de hambre frente al Parlamento. El movimiento fue apoyado por la población y por las “marchas blancas”, que concentraron a unas doscientas cincuenta mil personas. En junio de 2003, obtuvieron la victoria y el servicio público no fue privatizado. “Esta huelga es un ejemplo para toda América Latina”, decía el doctor Ricardo Monge, secretario general del sindicato de médicos. “Enviamos un mensaje a la región para que sepa que podemos luchar eficazmente contra el neoliberalismo” (*Dial*, 16-31 de julio de 2003). También existieron casos semejantes en Asia y en Europa. En este último continente fue sobre todo el personal de enfermería el que reaccionó contra la devaluación económica y moral de su profesión.

En cuanto a los pacientes, cabe señalar el crecimiento de la automedicación sin control médico, la vuelta a la medicina tradicional, una crítica creciente de la medicina occidental y el recurso a los medicamentos suaves, algo que no podremos abordar extensamente en este trabajo, pero que es un aspecto más de la reducción de la medicina a su carácter puramente mercantil.

Las lógicas en cuestión

La primera constatación que podemos hacer al reflexionar sobre estas lógicas es la contradicción que existe entre la lógica de la salud como mercancía y la que la define como un derecho humano. Algunos dirán que la incompatibilidad no es evidente, pero los hechos que hemos citado más bien nos hacen ver lo contrario. Como escribió Christian Comeliau, que fue economista del Banco Mundial, “el mercado es el lugar de encuentro entre una demanda solvente, que expresa y ‘legítima’ las necesidades, y una oferta que busca la maximización del beneficio” (Comeliau, 2001: 116). Evidentemente es el caso del mercado capitalista, y en la medida en que la salud participa de esta lógica, sufre también las mismas desviaciones.

Efectivamente, una lógica así no puede tener en cuenta las necesidades no solventes. Así lo expresa Médicos del Mundo:

El medicamento es considerado un producto comercial como los demás, sometido por lo tanto a las leyes de la oferta y la demanda. En estas condiciones, el mercado farmacéutico se guía por los intereses financieros y no por los de los enfermos (Médicos del Mundo, 2003).

De aquí podemos extraer numerosas consecuencias: la exclusiva comercialización de productos rentables, la prioridad del derecho de propiedad intelectual sobre las necesidades humanas, la enfermedad como fuente de ingreso o, incluso, la asistencia médica privada como elemento constituyente del PIB, mientras que los gastos de salud pública son considerados como un coste. Se trata, a fin de cuentas, como decía Geneviève Azam, también economista, de una ruptura con la filosofía moral.

La salud cuando se convierte en asistencia es despojada de toda dimensión ética o política, pudiendo transformarse en una mercancía como las demás, en la que su valor viene dado por el principio de utilidad económica definido por Léon Walras, uno de los grandes pensadores de la ciencia económica neoclásica de final del siglo XIX (Azam, 204: 2).

En cambio, la perspectiva del derecho a la salud para todos los seres humanos da prioridad a las necesidades. Lo más importante es la prevención: crear un entorno físico, social, cultural que permita vivir la salud como un estado del bienestar. Esto incluye la construcción social de ese estado de bienestar y un acercamiento de los cuidados y medicamentos, haciendo prevalecer su valor de uso a su valor de intercambio. La salud pública se ve, pues, valorizada, como repuesta al derecho a la vida a la vez que como forma de satisfacción de las necesidades de todos, sin distinción de poder de compra.

Fue a finales de los años setenta o principios de los ochenta cuando se produjo un cambio de actitud. Hasta entonces los sistemas de protección social, sobre todo en el campo de la salud, habían experimentado un fuerte desarrollo desde la Segunda

Guerra Mundial, es decir, durante el periodo keynesiano, y esto tanto en el Norte como en el Sur, aunque evidentemente con más medios en los países industrializados. Pero en esta época se produjo un giro muy importante, que condicionó la evolución de la medicina y de la salud en general. Se consideró que lo más importante era la medicina privada, y los sistemas de seguridad social se debilitaron. Esto ocurrió tras el Consenso de Washington, momento en el que se desarrolló la fase neoliberal del desarrollo capitalista.

Frente a una crisis de acumulación, clásica en esta lógica económica, había que reactivar el proceso y aumentar la parte de capital en el producto social. En periodo de débil crecimiento de la productividad, eso significaba necesariamente disminuir la participación del trabajo y del Estado. Y esto se traduce en una concentración de la riqueza, un incremento considerable de las desigualdades sociales y una disminución de la capacidad de los Estados. Los progresos tecnológicos espectaculares debían ser rentabilizados, y esto se consiguió con una acentuación de las diferencias sociales. En efecto, el consumo de los más ricos es la causa de un mayor valor añadido. Después del fordismo, que ampliaba la base consumista, se privilegió el beneficio rápido y abundante frente a la producción de bienes y servicios. La dualización de la sociedad fue a la vez producto y condición del desarrollo de este modelo económico y social.

Las consecuencias sobre la salud fueron importantes: un sistema a dos velocidades en función de la solvencia de los actores sociales, un deterioro de la salud pública, los servicios de la salud –al igual que los demás servicios públicos– se convirtieron en una nueva frontera de la acumulación. Para hacer de este enorme yacimiento de recursos una fuente de beneficios fue necesario transformar previamente la salud en mercancía. Solo los movimientos sociales y políticos organizados pudieron frenar el desarrollo de una lógica así. Wim Dierckxsens, filósofo de la economía, que trabaja en Costa Rica, concluye:

Curar las enfermedades es lucrativo, mientras que evitarlas gracias a la investigación pública no da lugar a ningún

tipo de beneficio y por lo tanto se considera improductivo. Existe una distancia enorme entre la riqueza como bienestar verdadero y la visión de la riqueza dirigida por la racionalidad del mercado (Dierckxsens, 2004: 91).

Pero el desarrollo de estas prácticas –organizadas por los organismos económicos más poderosos (empresas transnacionales), guiadas por una ideología casi mesiánica sobre las virtudes del mercado y protegidos por instituciones políticas como la Unión Europea, por no hablar de la OMC, del Banco Mundial y del FMI– introdujo nuevas contradicciones. Hasta entonces las industrias farmacéuticas se habían beneficiado considerablemente de la extensión de los regímenes de seguridad social, ya que eran más los pacientes que gozaban de asistencia médica y medicamentos. Al mismo tiempo se encontraron en la vanguardia del combate neoliberal, al insistir en la privatización de la salud y proteger sus intereses económicos a través de la reivindicación de los derechos de propiedad intelectual y la extensión de la vigencia de las patentes. Si la cobertura social disminuía y el coste de sus productos aumentaba, su clientela correría el riesgo de desaparecer.

Se le ofreció al sector una triple estrategia. En primer lugar, fomentar la concentración de los ingresos, por medio de la eliminación de los productos médicos caros, aunque para ello las empresas tuvieran que invertir grandes sumas de dinero en publicidad, en *lobbying* y en la corrupción de los agentes médicos. En segundo lugar, evitar que se debilitara el mercado general, a través del reemplazo de la cobertura social de los gastos de salud por una toma de responsabilidad individual, y del fomento del desarrollo de los seguros médicos privados. Esto tuvo éxito sobre todo en los Estados Unidos (*Vu d'Amérique*, 2004: 11). Ya conocemos las consecuencias: más de cuarenta millones de ciudadanos sin protección médica.

Por último, la maximización de los beneficios se centró más en la mejora de los medicamentos ya existentes que en la investigación de nuevos productos, así como en privilegiar a los medicamentos que más se consumen en las sociedades indus-

trializadas, que garantizan una rentabilidad elevada difícil de mantener en un régimen como este de competencia feroz. De lo expuesto hasta ahora no se puede concluir que este cambio contribuyera a proporcionar un derecho a la salud para todos.

Un nuevo problema salió a la luz en la industria farmacéutica, que formaba parte de la economía del conocimiento. Cuanto más se privatiza el saber, menos se favorece la innovación. A fin de cuentas, el derecho de propiedad intelectual y las patentes paralizan la comunicación entre los investigadores y, por lo tanto, el progreso científico. Es cierto que las últimas décadas han sido especialmente fructíferas en cuanto a descubrimientos, pero la lógica mercantil no deja de ser un obstáculo para el desarrollo de la ciencia, y la curva de las innovaciones ha disminuido con el neoliberalismo. En Cuba, por ejemplo, la aplicación de los descubrimientos de los laboratorios se hace considerablemente más rápido que en las sociedades capitalistas, ya que se comunican y socializan inmediatamente.

Frente a estas reflexiones, es lógico preguntarse cómo es posible que la salud pública haya podido desarrollarse en estas sociedades capitalistas condicionadas por la lógica del mercado. Efectivamente, las medidas de protección frente a la enfermedad o los accidentes fueron introducidas mucho antes de terminar el siglo XIX, y las economías occidentales no esperaron a Keynes, ni siquiera a Ford, para instaurarlas. Por otra parte, el desarrollo de estas medidas ha variado según las épocas, y constatamos que el neoliberalismo especialmente tiende a desmantelarla. ¿Cuál es entonces la respuesta teórica que podemos dar a este cuestionamiento?

Wim Dierckxsens tiene interesantes reflexiones a este respecto. Estudiando la historia del desarrollo económico mundial desde el siglo XVIII, ha constatado que a principios de la revolución industrial la mano de obra era muy abundante. Se utilizaba al máximo de sus capacidades físicas, y su facilidad de sustitución era también muy grande, por lo que no era necesario preocuparse por la salud de los trabajadores. Por el contrario, cuando por razones diversas la mano de obra se volvió escasa

hubo que aumentar la duración de su vida activa para que pudiera seguir contribuyendo a la reproducción del capital. Fue en ese momento que aparecieron las primeras políticas reformistas y comenzó la protección social.

Cuando con el desarrollo de las tecnologías la necesidad de mano de obra calificada comenzó a sobrepasar la de los trabajadores no calificados, las pérdidas por enfermedad o accidente se incrementaron, y el seguro social se desarrolló a favor de la mano de obra calificada. Antes de la Primera Guerra Mundial, la cobertura social por enfermedades y accidentes alcanzaba a un tercio de los trabajadores en Alemania, Suecia, Dinamarca y Gran Bretaña, una quinta parte en Bélgica y Noruega, y una décima parte en Francia. Las guerras diezmaron la fuerza de trabajo, y por eso la cobertura social se generalizó después de los dos grandes conflictos, con diferencias, no obstante, entre los trabajadores calificados y los no calificados. Se pasó, en Europa, del 40 % en 1939 al 71 % en 1960, con visible aceleración tras la Segunda Guerra Mundial.

Con las políticas neoliberales, la importancia del capital financiero y especulativo relegó la actividad productiva a un segundo plano, al mismo tiempo que las nuevas tecnologías reemplazaban a una parte creciente del trabajo humano. La mano de obra se volvió innecesaria y el pleno empleo fue abandonado. Por eso ya no era necesario para la reproducción del capital invertir tan intensamente en la capacidad de renovación del trabajo. Al contrario, las necesidades de acumulación del capital exigían una parte creciente del producto social. De ahí el declive de los sistemas de seguridad social y el empuje de la privatización del sector. En los Estados Unidos, el enorme número de trabajadores pobres entrañó efectos similares a los de la inmigración (tanto oficial como clandestina).

Este razonamiento es aún de actualidad. Basta con referirse a la situación de Sudáfrica, y citar a un autor de esta nación, Patrick Bond. Después de analizar la progresión del sida en su país, detalla sus características y entre ellas la siguiente:

La enorme reserva de mano de obra que existe en Sudáfrica –más del 40 % de la población activa– hace que el capital

local pueda fácilmente reemplazar a los trabajadores no calificados que padecen el sida, por gente sin trabajo y desesperadamente ansiosa por encontrarlo. Eso es más barato que proporcionar medicamentos, como lo demuestra el análisis coste-beneficio de la Anglo American Corporation de 2001. Según esta última, solo el 12 % de las personas mejor pagadas justifican el gasto en medicamentos contra el sida, dado el coste de contratación y de formación de los que están en la cumbre de la escala (Bond, 2004: 2).

Y el doctor J. P. Papart y sus compañeros concluyen:

Cuando el trabajo era tanto necesidad del capital como de los trabajadores, por consenso se quería que el derecho a la curación de las enfermedades estuviera a disposición de todos aquellos que, más o menos, tuvieran alguna fuerza de trabajo que aportar o preservar. Cuando el capital pasó a enriquecerse con la exclusión del trabajador del proceso de producción, la prioridad de una mano de obra saludable ha pasado a un segundo plano, pudiendo incluso desaparecer del todo (Papart *et al*, 2001: 274).

Afirmar que la lógica del mercado toma la iniciativa desentendiéndose del bienestar humano no es ninguna exageración. Una vez más, eso nos lleva a deslegitimar un sistema económico que reduce al ser humano a mercancía, como Marx ya demostró, y que hace de la economía un fin “en sí mismo”, lo cual abordaremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO 2

CUANDO LA ECONOMÍA SE CONVIERTE EN UNA FINALIDAD

La lógica del capitalismo empuja a que todo se convierta en mercancía, como única manera de contribuir a la acumulación de capital. La globalización es el mecanismo a través del cual esta lógica se universaliza. Esto se manifiesta en la importancia creciente de las empresas transnacionales. Abordaremos también en este capítulo, a título de ejemplos, dos sectores claves del fenómeno: el control del petróleo y la apropiación privada del agua.

La transnacionalización de la economía

Así como las relaciones internacionales existen desde hace siglos, la época contemporánea se caracteriza por una integración de los procesos de financiación, de investigación, de producción y de distribución, y por su concentración en manos de sociedades o grupos que controlan los espacios y se distribuyen sobre el conjunto del planeta. Es suficiente para convenirse ver la parte del producto mundial que representan las doscientas primeras firmas transnacionales: 17 % en 1900; 24 % en 1960; 24 % en 1984; 31 % en 1995 (*Fortune Global 500*, 1006, y Banco Mundial, 1995, citados por Michel Beaud, 2000: 378).

La tendencia actual es a la aceleración del proceso. Según la OCDE, un cuarto de la producción de la Unión Europea estaba

controlado por las empresas transnacionales (ETN) en 1998, frente a un 17 % en 1990 (*Financial Times*, 28 de marzo de 2002). La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (CNUCED) afirma que, desde 1970, su número había aumentado en un 500 %. EN 1996, eran cuarenta mil, con doscientas cincuenta mil sucursales (CENUCED, 1996).

Controlan el 10 % del PIB mundial y dos tercios del comercio internacional, frente a solamente la mitad de ese porcentaje en 1980 (Michel Beaud, 2000: 378). La cifra de ventas de las doscientas primeras empresas representa dos veces más que la suma de los ingresos de las cuatro quintas partes más pobres de la tierra (Naciones Unidas, 1993). Según Jorge Beinstein, mientras que en 1965 representaban el 17 % del producto bruto mundial, han alcanzado el 50 % a final de los años noventa (J. Beinstein, 1999: 60).

Si comparamos su importancia en la economía mundial, con la de los Estados, constatamos, por ejemplo, que Ford equivale a Noruega (147 mil millones de dólares, frente a 153) y que la firma japonesa Mitsui supera a Arabia Saudita (145 mil millones de dólares, frente a 140), o también que Mitsubishi es económicamente más poderosa que Polonia (140 mil millones de dólares y 136 mil millones de dólares, respectivamente) (PNUD, 1999).

Con setenta y dos millones de trabajadores en 1990, las empresas transnacionales no utilizaban, sin embargo, más que el 3 % de la población activa mundial (PNUD, 1993), ya que su poder financiero les permite realizar importantes inversiones en tecnología, consiguiendo así racionalizar el empleo. Aunque los salarios ofertados, salvo en la subcontratación, son a menudo más elevados que en los sectores nacionales, sobre todo en los países en desarrollo, los ritmos y los resultados exigidos son mucho más intensos y las presiones ejercidas para reducir el conjunto de los costes son considerables, sobre todo respecto a los Estados. La productividad, medida por el valor del producto dividido por el número de empleados de las ETN, es más elevado que la de la media de las industrias locales (OCDE, 2002, citado por el *Financial Times*, 28 marzo de 2002).

Sin embargo, el término “transnacional” es ambiguo, ya que si bien sus actividades se reparten en el universo entero, los centros de decisión permanecen muy unidos a los países de origen. Así, en 1999, más del 90 % de las sedes sociales de las ETN se encontraban en la triada (Estados Unidos, 43,8 %; Europa, 36,6 %; Japón, 15,4 %) y solo el 9,2 % en otros lugares, de los que el 8 % era en países en desarrollo (PNUD, 1993). Esta última cifra ha pasado al 6 % en 2001 (Leslie y Peter Robbins, 2002, 86). En cambio, el 41 % de las sucursales se sitúan en esta última región (PNUD, 1993), lo que muestra la tendencia hacia una cierta división del trabajo. Es preciso señalar que, durante los últimos años, las firmas americanas han aumentado su proporción, y del año 2000 al año 2001 pasaron de un 43,8 % a un 47,9 % de las quinientas firmas más importantes (*Financial Times*, citado por *Alternatives économiques*, 194, julio-agosto de 2001). Según una encuesta de *Fortune* (4 de marzo de 2002: 29), entre las sociedades más destacadas en el mundo, las veintisiete primeras son americanas y, de las cincuenta primeras, solo siete no lo son.

Así como el peso de las transnacionales está aumentando a nivel mundial, el grado de transnacionalización de las economías nacionales, es decir, el peso de las ETN en las economías de cada país, es diferente. Según la CNUCED, Gran Bretaña posee el índice más elevado, seguido por Indonesia, China y México (*Alternatives Économiques*, 181, mayo de 2000: 39). En general es un indicador de una relativa debilidad y dependencia económica, incluso si los efectos sobre el empleo son positivos. Así, por ejemplo, los Estados Unidos, Alemania y Japón tienen índices bajos (Ibídem). Por el contrario, la proporción del comercio exterior realizada por las ETN es un buen indicador de la globalización de los mercados. Desde mediados de los años setenta, es lo que sucede con más del 50 % de las exportaciones americanas, del 80 % de las británicas, del 90 % de las de Singapur y del 40 % de las de Brasil.

¿Qué es una sociedad trasnacional?

Diversos elementos entran en la definición, en dependencia del punto de vista. Según el CETIM de Ginebra son, en el orden jurídico, “entidades legales de derecho privado, que actúan en muchos Estados, pero con un solo centro o un centro principal de decisión” (CETIM, 2001: 32). Desde un punto de vista económico, se definen como monopolios en los que el capital inicial proviene de un país y de los que al menos una cuarta parte de las operaciones se realiza en el extranjero. Esto se hace a través de las inversiones, ya sean para crear filiales, o para comprar empresas en el exterior (W. Andrweff, 1996: 7). Bajo un ángulo político, algunos señalan un número mínimo de países, pero esta cifra es arbitraria, más aún hoy día, cuando las estrategias integrales de las trasnacionales desafían los cálculos en esta materia.

Retendremos por lo tanto su carácter monopolístico, la centralización de sus decisiones, la dispersión geográfica de sus actividades y su estatus de derecho privado. El desarrollo actual de las ETN está unido esencialmente a la lógica del sistema socioeconómico capitalista, construido sobre el beneficio como fuente de inversión, y esta a su vez destinada en sí misma a desarrollar actividades de producción o de servicios generadores de nuevos beneficios. Esta lógica arrastra y encierra toda la actividad económica humana en una perspectiva mercantil. Para evitar su decadencia hay que superar constantemente las fronteras y crear nuevos marcos jurídicos: esto se consiguió en un principio con la “nación”; hoy día son necesarias las zonas regionales de libre comercio, así como las de dimensión internacional. Hay que crear también nuevos instrumentos, especialmente financieros, o nuevos órganos políticos regionales e internacionales.

Se trata, en definitiva, de reducir continuamente los costes de producción, lo que se consigue mediante el mantenimiento de un bajo precio de las materias primas, la búsqueda de la mano de obra más barata posible, la reorganización del trabajo, el desarrollo de las tecnologías y, frente a la resistencia y las con-

quistas sociales de los trabajadores, a través de una reingeniería social constantemente renovada e incluso con el uso de la represión. Desde el Consenso de Washington, se está librando una verdadera ofensiva contra el trabajo, llevada a cabo por medio de las desregulaciones, de la subcontratación, la privatización de la seguridad social y de otras medidas en las que las ETN han jugado un papel importante.

La lógica del beneficio, tal y como ha sido desarrollada por el capitalismo, hace estallar los marcos sociales, agota los recursos naturales, y destruye el medio ambiente. Creador de riquezas por una parte, el sistema desestructura al mismo tiempo las sociedades existentes, sin reconvertirlas en otra cosa que no sea un vasto mercado, campo de acción privilegiado de las ETN.

El sistema está constituido por actores, que son los protagonistas, las víctimas o los subalternos. La lógica de la que hemos hablado nació y se desarrolló a partir de grupos sociales que construyeron los vínculos adecuados a sus propósitos, transformando el mercado en una relación social necesariamente desigual donde el más fuerte gana. Esto se verifica no solo en el campo de la economía, por la competencia desenfrenada a la que se entregan las empresas, sino también en las relaciones entre las clases sociales, entre Estados y grandes empresas y en el seno mismo de las organizaciones internacionales financieras y comerciales (Banco Mundial, OMC, FMI).

Resumiendo, la consecución del beneficio se ha desentendido rápidamente de la satisfacción de las necesidades. Teóricamente, en el marco de un mercado hipotético, la oferta debe corresponder a la demanda, y el equilibrio debería ser el resultado (la mano invisible), pero en la realidad la oferta se dirige solo a una demanda solvente, y se esfuerza eventualmente en crear nuevas necesidades. Esto ha desembocado hoy día en la creación en el seno de la humanidad, de una inmensa “masa inútil” para el mercado, de carácter potencialmente peligroso para el sistema. Así lo demuestra el discurso de Kofi Annan en el Foro Mundial de la Economía (Davos) en Nueva York en enero de 2002, donde recordaba los peligros que la pobreza representaba para la seguridad de las empresas y los poseedores del capital.

La concentración de la actividad económica con el fin de crear economías de escala, racionalizar la producción o la distribución, reducir los costes, obtener condiciones favorables de inversión, y establecer una relación ventajosa con el trabajo o con el Estado, ha formado siempre parte de las estrategias del capital, mercantil en un principio con las compañías de las Indias, e industrial más tarde con los consorcios. Ya lo decía Karl Marx en 1848 en el *Manifiesto del Partido Comunista*.

Hoy día, las ETN han tomado la delantera, al desarrollar y apoyarse en las nuevas tecnologías de la comunicación y de la informática, e inscribirse en la lógica socioeconómica del capitalismo.

En el siglo XIX, las inversiones en cartera representaban la mayor parte de las inversiones internacionales a largo plazo, llegando al 60 % en 1870, y financiando los préstamos a los gobiernos y trabajos de infraestructura (W. Andreff, 1996: 9-10).

A partir de esta fecha, fueron reemplazadas por las inversiones directas en el extranjero. Este cambio fortaleció los monopolios ingleses, americanos, franceses y alemanes (Singer, Bayer, AEG, General Electric, Siemens, Kodak, etc.). Dichas inversiones directas en el extranjero representaban en 1897 el 5,1 % del PIB de los Estados Unidos, pero seguían concentrándose todavía en los antiguos sectores: 50 % en el sector primario, 20 % en las infraestructuras, 15 % en la industria y 10 % en los servicios.

En 1938, el número de ETN era un 50 % más elevado que en 1914. Después de la Segunda Guerra Mundial, fueron las ETN de los Estados Unidos las que desempeñaron un papel preponderante en el panorama mundial, y fue a partir de los años ochenta cuando Europa y Japón consiguieron sumarse a esta carrera (ESPO, 2002: 25). Desde una perspectiva capitalista, las inversiones se destinan a ser rentables, es decir, a reportar más de lo que han aportado. Por ello en las inversiones en el extranjero resultan determinantes las ventajas comparativas que ofrece el país receptor (bajos salarios, pocas obligaciones ecológicas, ven-

tajas fiscales, etc.). Por otra parte, entre 1990 y 1997, las inversiones en los países emergentes han pasado de veinticuatro a ciento sesenta y tres miles de millones de dólares (J. Nagels, 2001: 509). Robert Reich recuerda en su libro sobre la globalización de la economía que las inversiones directas en los países del Tercer Mundo no se hacen en principio para contribuir a su desarrollo, sino para ganar dinero. Esto se olvida a veces, sobre todo cuando las estadísticas nacionales de la ayuda al desarrollo las incluyen en esta categoría.

El documentado estudio del CETIM de Ginebra sobre las actividades de las empresas multinacionales concluye, con razón, diciendo que “están dominadas por un objetivo esencial: conseguir el máximo beneficio en el plazo más corto posible, lo que es a la vez el resultado de la lógica económica capitalista y del deseo sin límites de poder y riqueza de sus principales dirigentes” (CETIM, 200: 30). Esto se verifica en el campo farmacéutico donde, según el PNUD, solo el 0,2 % de la investigación se dedica a la tuberculosis, a la diarrea y a la neumonía, que representan el 18 % de las enfermedades existentes a nivel mundial, principalmente en el Tercer Mundo. Es más rentable producir para las clases sociales con ingresos más elevados, en las que las causas de mortalidad se sitúan en otros ámbitos.

Es preciso añadir que el 70 % de los medicamentos que representan un progreso terapéutico han sido producidos con la colaboración de los poderes públicos. En cuanto a las vacunas, que ofrecen la mejor relación coste-eficacia, son menos rentables que los tratamientos continuados, lo que explica, según el PNUD, que en los Estados Unidos se haya constituido un consorcio de grupos farmacéuticos para poner a punto los antivirales contra el VIH, pero no para producir una vacuna contra el sida (PNUD, 1999: 69).

El funcionamiento y los sectores de actividad de las empresas transnacionales

Como explica Wladimir Andreff, hasta principios del siglo xx las ETN seguían una estrategia de abastecimiento, a partir de

plantaciones, actividades extractivas y establecimientos comerciales. Durante la primera mitad de siglo y hasta los años sesenta estuvieron en auge las empresas con estrategia de mercado, que prolongaron sus exportaciones por una producción local. A partir de entonces apareció una nueva estrategia, la de la racionalización de la producción, con lo que se inició una integración internacional de los procesos con el fin de reducir los costes (W. Andreff, 1996: 45-46).

Actualmente, los mecanismos de integración internacional de la producción, distribución, publicidad, investigación, y financiación, son cada vez más utilizados. Consisten, dentro de un sector y a menudo incluso entre diferentes sectores, en repartir los diversos factores de producción y distribución atendiendo a una lógica que responda a la eficacia del rendimiento, utilizando las tecnologías modernas y beneficiándose del hecho de que las fronteras geográficas tienen cada vez una menor importancia. Los productos son normalizados, con la incorporación de ciertas adaptaciones para responder a las particularidades de los mercados locales.

Semejante disgregación de los procesos de producción a escala mundial se ha visto favorecida por la revolución informática y por la fuerte caída de los precios del transporte, y hace necesario para las empresas la existencia de un órgano central integrador, así como la concentración del capital (J. Nagels, 2001: 506-507). Durante los años noventa, las fusiones de empresas se han multiplicado, con lo cual se ha fortalecido el poder de algunos grupos. Ahora bien, una estrategia de este tipo no genera por ella misma riqueza, lo que explica por qué, aunque el poder económico se está concentrando, por el contrario el crecimiento mundial se ralentiza. En los años 2000 y 2001, el 90 % de las inversiones directas en el extranjero de las ETN fueron destinadas a la compra o fusión de empresas ya existentes y solo el 10 % se dedicó a la creación de nuevas empresas o a la ampliación de las capacidades de producción existentes (A. D. Márquez, *La Jornada*, 19 noviembre de 2001). Es preciso añadir que sus enormes reservas financieras y su cotización en la bolsa contribuyeron a la aceleración de la especulación.

Este proceso se ha amplificado de forma considerable durante los últimos años. Entre 1996 y 1998 se han llevado a cabo más de veinte millones de fusiones y alianzas. Solo en la industria farmacéutica, en la que se concluyeron 152 acuerdos en los años ochenta, estos llegaron a ser 375 durante los noventa, y solo durante los dos últimos años de este decenio el número de fusiones superó el de los ocho años anteriores (Giancarlo Delgado, 2002: 254).

Las ETN cuentan con numerosos medios para llevar a cabo sus estrategias, aunque no citaremos más que algunos. Ante todo, en el ámbito de la investigación, concluyen acuerdos con numerosos centros de investigación, sobre todo universidades, e instalan sus laboratorios cerca de estas últimas y crean cátedras a su nombre para la enseñanza. Tales prácticas se limitan generalmente a los países del Norte, ya que la investigación/desarrollo suele concentrarse en el seno de los cuarteles generales de las empresas, situadas en su mayoría en la triada (Estados Unidos, Europa, Japón). Por eso, de alrededor de dos mil quinientos investigadores con los que cuenta IBM, dos mil se localizan en los Estados Unidos.

Para la financiación, las ETN no cuentan solo con el capital del país de origen. De hecho, sus acciones cotizan en diversos mercados bursátiles, pero recurren a menudo al crédito local. En lo que concierne a las operaciones comerciales, una parte importante de estas permanece en el seno del grupo, lo que permite, llegado el caso, un juego de facturaciones dirigido a disminuir los impuestos.

Un método de funcionamiento totalmente central es el de la subcontratación. Un ejemplo muy específico es el de la empresa americana Nike. Esta, en efecto, no posee ninguna fábrica. Su éxito industrial se basa en la utilización de una mano de obra barata (F. Senreti, 2001: 52). Toda su producción la confía a las subcontratas. En lo que respecta a los zapatos, son fabricados en su mayoría por empresas situadas principalmente en países con bajos costes salariales, sobre todo en Asia (Tailandia, China, Corea, etc.). En total, más de quinientas mil personas

trabajan para Nike en el mundo a través de las subcontratas. Sin embargo, la multinacional americana no retribuye más que a veinte mil personas, repartidas entre su matriz en los Estados Unidos, sus oficinas continentales (Ámsterdam para Europa) y sus sedes nacionales (doscientos empleados, por ejemplo, en Francia) que desempeñan esencialmente funciones financieras, comerciales, de diseño, marketing, etcétera.

Es el reinado de la flexibilidad, gracias a la utilización de estructuras ligeras de producción. Los distribuidores recurren a numerosas subcontratas, que encuentran el medio de producir rápidamente un modelo preciso para efectuar una parte de la producción, digamos, el corte, la costura, etc. (C. Crabbé, 1998: 14). La rapidez de las comunicaciones facilita la búsqueda de estas subcontratas en todos los rincones del mundo, lo que permite seleccionar los emplazamientos de producción más baratos y aquellos en los que la legislación social, fiscal y medioambiental es menos exigente. Este mecanismo de recurrir a la subcontratación favorece al distribuidor, ya que le permite producir rápidamente, en pequeñas cantidades y a bajos costes. Le libera cada vez más de sus responsabilidades como empleador, y le garantiza los privilegios de su posición de superioridad. Así, puede elegir a su antojo sus proveedores, y beneficiarse de un poder de presión enorme sobre los precios, la calidad y los plazos (ESPO, 2002: 34).

El control de la producción y de los mercados locales por parte de las ETN agroalimentarias se ha convertido en un ejemplo clásico. Es el caso de Nestlé en Sri Lanka. El país producía leche, que durante mucho tiempo estuvo subsidiada por el Estado, subsidio que se abolió como consecuencia de las exigencias del programa de ajuste estructural impuesto por el FMI. En 1981, el gobierno negoció con Nestlé un plan de colecta y distribución de los productos lácteos, y la empresa privada pasó a ocupar el papel de organismo gubernamental regulador del sector.

La leche en polvo sustituyó a la leche fresca. Una intensa publicidad fue lanzada con el fin de persuadir a la gente de las ventajas de esta última, cuyo precio, mientras tanto, había pa-

sado de 4,5 rupias por 400 gramos, en 1977, a igual suma por 219 gramos, en 2001. A pesar de la inflación, esto significaba un aumento considerable. Sin embargo, en Sri Lanka 2,1 millones de familias, sobre todo rurales, no disponen más que de un ingreso mensual que no sobrepasa las mil rupias, por lo que quedaron prácticamente excluidos del consumo de leche la mayoría de los niños pertenecientes a esta categoría de la población. La estrategia desarrollada respondía a objetivos de rentabilidad, y no a las necesidades vitales de la población.

Algunas ETN también han descubierto que el mercado formado por los pobres puede ser objeto de operaciones rentables. Es el caso de Hindustan Lever, filial de Unilever en la India. Basándose en la constatación de que hay en el mundo más pobres que ricos, la firma organizó una vasta red de vendedores locales, que utilizaban los mercados y cubrían así miles de pueblos. La experiencia fue tan positiva que la firma estima que en 2010 efectuará el 50 % de sus ventas en los países en desarrollo (Rekha Balu, 2001: 31-39).

Pero las ETN no hacen solo uso de los mecanismos del mercado para incrementar sus capacidades de acumulación. Además de la utilización de la política, de la que volveremos a hablar, la constitución de monopolios permite hacer presión sobre los productores, con el fin de hacer bajar los precios. Así, la adquisición, en Hungría, de las seis empresas que tratan las semillas de girasol por la sociedad agroindustrial Montedison, controlada por la trasnacional italiana Feruzzi, fue el objeto de una demanda contra la empresa del Estado que había efectuado la privatización, porque esta había permitido a la trasnacional, que se había establecido en monopolio, disminuir el precio pagado a los productores y aumentar los precios de venta (S. Sexton, 1997: 24-25).

Las consecuencias sociales de tales políticas son en algunos países, sobre todo en el Sur, verdaderamente dramáticas. Así, en Sri Lanka, los pequeños productores de arroz se han visto obligados a vender el *paddy* a un precio inferior al coste de producción, lo que, añadido al proceso de privatización del agua de

irrigación actualmente en curso, los forzarán a vender sus tierras a los grupos más poderosos, locales y extranjeros, entre ellos, las ETN, sin posibilidad de reintegración a otras actividades económicas. A todo esto se añaden las presiones de los organismos financieros internacionales para que el país abandone la cultura del arroz y ponga en marcha las producciones de exportación, lo que lo fuerza de nuevo, como durante el periodo colonial, a depender del exterior para su alimentación de base. Al mismo tiempo, estos organismos prohíben desarrollar una política de subsidio para los más desfavorecidos. Aun cuando nos neguemos a reconocer que el mercado capitalista es una relación social en la que el más fuerte gana, no es de extrañar que se produzcan catástrofes sociales como las que, en el caso de Sri Lanka, suscitaron en 1972 y en 1987 las revueltas de jóvenes, sobre todo campesinos, que costaron la vida a más de sesenta mil de ellos.

La competencia entre grandes consorcios es a menudo salvaje. Hay tantas OPA hostiles que no se pueden contar, por no hablar del espionaje industrial. Un ejemplo interesante de las prácticas entre las empresas fue la presión ejercida por el grupo Carrefour sobre Nestlé, para obtener mejores precios en Brasil. La sociedad Nestlé-Brasil, cuyo presidente afirmaba que la gente ni siquiera percibía que se trataba de una empresa suiza, fue objeto de una demanda de disminución de precio, no reconocida por la empresa. Carrefour organizó el boicot de Nestlé en Brasil, y los productos en venta bajaron de doscientos cincuenta a veinticinco. Como esto no representaba más que el 5 % de la cifra de ventas de Nestlé en Brasil, Carrefour extendió su boicot a Francia y a otros países europeos (S. Sexton, 1997: 24). Pero en cambio, prácticas semejantes en el marco de la competencia son deslegitimadas cuando las ONG las proponen para realizar un boicot sobre una base ética.

Preparar el terreno para una política comercial es también una estrategia importante. Así, en Tailandia, una ONG americana, llamada ISAAA (Internacional Service for the Acquisition of Agrarian Biotech Applications), se ha dedicado a la tarea de “promover la ingeniería tecnológica genética ante los campesi-

nos tailandeses, mal informados sobre la cuestión”. Se trataba, según la ONG, de una cooperación entre países ricos y países en desarrollo, para realizar una transferencia de conocimientos destinada a “eliminar la pobreza entre los campesinos asiáticos, mediante el uso de técnicas biológicas”. Ahora bien, esta ONG está financiada por las ETN de la industria agroalimentaria, Cargill, Monsanto y Novartis (*The Bangkok Post*, 6 abril de 2002), y prepara de este modo una vía para la introducción de semillas genéticamente modificadas.

La concentración se persigue por medio de fusiones en todos los sectores: armamento, industrias farmacéuticas, banca, seguros, distribución, medios de comunicación. Las causas son diversas y no siempre están relacionadas con la eficacia económica. La competencia feroz entre grupos para dominar un sector es normalmente el origen de las fusiones. Algunas concentraciones de empresas europeas han estado motivadas por el deseo de hacer frente al poder de las sociedades americanas. Es asombroso constatar como, en un momento de apogeo del discurso sobre la libertad de comercio y las virtudes del mercado, estas fusiones reducen de hecho el margen de la competencia, y organizan monopolios u oligopolios, y eliminan a los competidores, en muchos casos sin favorecer la calidad del producto ni los intereses del consumidor. Además, las crisis financieras internacionales han sido una forma de acelerar los procesos de concentración. Una parte importante de las empresas surcoreanas, por ejemplo, ha pasado a estar bajo control de las ETN americanas o europeas, por una cantidad estimada en cincuenta mil millones de dólares, y lo mismo ha ocurrido con el sistema bancario en Tailandia.

Ya hemos hecho alusión al ámbito agroalimentario. Es el sector más consolidado transnacionalmente, al poseer el mayor número de empresas entre las mil primeras mundiales. Entre las ETN que manipulan semillas, las diez más grandes controlan la tercera parte del comercio mundial, y nueve de ellas controlan el 90 % de la venta de pesticidas (Pat Roy Money, 199, citado por Giancarlo Delgado, 2002: 253).

Este sector se caracteriza sobre todo por el predominio de algunas grandes firmas. Así, Cargill, en Estados Unidos, la

mayor de todas, no se encarga solo de la comercialización, sino también del transporte y del almacenamiento de un conjunto impresionante de productos agrícolas. Instalada también en los países del Sur, la empresa ha hecho de Singapur su cuartel general para Asia y el Pacífico, y redistribuye los productos en la región de manera que queda en la zona solo el 1 % de la producción. En México, gracias a los acuerdos de libre comercio entre este país, los Estados Unidos y Canadá (ALENA), Cargill ha construido una fábrica para el tratamiento de la soja, lo que permite a la producción de los Estados Unidos, principal exportador, implantarse en el mercado mexicano. Esta decisión, que se inscribe dentro de una estrategia que se ha extendido ahora a todo el continente (ALCA), ha sido muy bien descrita por Colin Powell, el secretario de Estado norteamericano:

Nuestro objetivo es garantizar a las empresas americanas, mediante el Tratado de Libre Comercio con las Américas, el control de un territorio que se extiende desde el polo Ártico hasta el Antártico, y asegurar el libre acceso, sin obstáculos ni dificultades, a nuestros productos, nuestros servicios, tecnologías y a nuestro capital en todo el hemisferio (citado por O. Deleone, *ALAI*, 24 de enero de 2002).

Las fusiones de grandes empresas se han sucedido en el sector agroalimentario. El grupo Suchard (suizo), después de absorber varias firmas europeas, entre ellas la de chocolate Côte d'Or en Bélgica, se ha integrado al grupo Philip Morris, fabricante americano de cigarrillos, deseoso de diversificar sus campos de actividad. Por su parte, Nestlé ha absorbido la fábrica inglesa de chocolate Rowntree. Danone ha adquirido la muy británica firma de espíritosas HP y se ha convertido en el principal fabricante de galletas en la India, Rusia, China y Argentina. Ante los accionistas asustados por tal apetito, el director general, Antoine Riboud, declaraba: "Imaginen las consecuencias, si cediéramos este mercado potencial a nuestros competidores" (S. Sexton, 1997: 25).

La mitad del mercado de las bebidas no alcohólicas está controlado por Coca-Cola. Su rival, Pepsi, claramente perdedora en

este campo, ha tomado el control de otros sectores: Frito-Lay, Pizza Hut, KFK Kentucky Fried Chicken, Taco Bell, etc. El grupo americano Dr. Peper/Seven Up, ha absorbido al gigante inglés Cadbury/Scheppe y ha comprado el control de la mayoría de las actividades de Perrier (Ibídem). Y podríamos continuar citando a Mc Donalds, Heinz, Unilever, Kelog's, etc. Algunas ETN están emergiendo también en el Tercer Mundo, pero son minoritarias. Así, la firma tailandesa Charoen Phokpan, que se dedica a la comida para animales, a las aves y a la acuicultura, ha implantado recientemente más de cincuenta filiales en China.

En el sector farmacéutico, la fusión entre Sandoz y Ciba-Geigy en 1996 ha sido la más importante de la historia industrial. El año anterior, Glaxo y Wellcome se habían unido en Inglaterra para constituir el primer grupo farmacéutico mundial de la época (J. Nagels, 2001: 503).

El agua –de la que hablaremos más detalladamente a continuación– es un nuevo sector en plena expansión para las ETN, como consecuencia de la privatización en curso a nivel mundial, y de la explosión de la venta de agua potable embotellada, debido en parte a la pérdida de calidad de la misma (ver *Alternatives Sud*, vol. VIII, no. 4, “El agua, patrimonio común de la humanidad”). Ante la incapacidad de muchos gobiernos de los países en desarrollo para realizar inversiones y a la imposición universal de la ley del mercado por parte del Banco Mundial y del FMI, la consigna ha sido la privatización. En realidad es una nueva frontera para las ETN, ya que el mercado para los próximos veinticinco años se estima en miles de millones de dólares (Sudhirendar Sharma, 2002). Pero la experiencia demuestra que esta orientación afecta principalmente el destino de los países más pobres. Así, el precio del agua se ha multiplicado por cinco en Dakha, en Bangladesh, y por cuarenta en El Cairo, con el resultado de que, si hoy en día son 1,1 miles de millones las personas que no tienen acceso al agua potable, estas serán tres mil millones dentro de veinticinco años, si la tendencia actual se mantiene (Ibídem).

La cultura se ha convertido, gracias a los enormes progresos técnicos de las comunicaciones y de la multimedia, en una fuente

de acumulación considerable. Según la UNESCO, el volumen de los intercambios internacionales en este ámbito ha pasado, entre 1980 y 1991, de sesenta y siete a doscientos mil millones de dólares (citado por el PNUD, 1993: 33). En los Estados Unidos, la cultura se ha convertido en el sector más lucrativo de las exportaciones del país (más de treinta mil millones de dólares en 1997). La industria del cine en los Estados Unidos recibía del extranjero el 50 % de sus ingresos en 1998 (frente al 30 % en 1980) y poseía el 70 % del mercado europeo (frente al 56 % en 1987), el 83 % del mercado latinoamericano y el 50 % del mercado japonés. Tan solo el 3 % del mercado de los Estados Unidos estaba cubierto por películas extranjeras (PNUD, 1999: 33). Como en otros sectores, la concentración de las actividades culturales en manos de solo algunas empresas no ha hecho más que acelerarse, tanto en la industria del cine como en la prensa o en la televisión.

La concentración financiera también es impresionante. En efecto, la importancia que ha adquirido el capital financiero, tras la decisión del presidente Richard Nixon en 1971 de dejar flotar el dólar, anteriormente unido al oro, ha sido considerable. Esto se ha traducido durante los años noventa en un gran número de fusiones y absorciones, que reflejaban en el sector financiero la orientación general de la economía. Es preciso añadir, como escribe Jacques Nagels cuando describe una de las funciones de este mecanismo, que “la desregulación trasnacional regula las políticas nacionales” (2001: 512). Pero el sistema también ha generado nuevas instituciones para responder a la globalización de los intercambios financieros, que son sobre todo los organismos de *clearing* (cámaras de compensación).

Su función consiste en equilibrar el saldo de las transferencias a nivel internacional, y han adquirido una gran importancia con la multiplicación de las transacciones financieras. Se trata de un proceso de desmaterialización del dinero, que pasa del papel moneda a la moneda virtual. Esta actividad está muy centralizada, con tres firmas principales: dos para las transacciones mobiliarias –Clearstream (antiguo Cedel), con sede en

Luxemburgo, y Euroclear, con sede en Bélgica– y una para las transacciones en divisas –Swift, también instalada en Bélgica. Para ser consciente de la importancia de los movimientos financieros, basta con saber que, en 2000, Clearstream declaró diez mil millones de euros en depósitos, es decir, cuarenta y siete veces el presupuesto de Francia, y Euroclear siete mil millones de euros. Diez países de quinientos se reparten el 78 % de las cuentas abiertas, de los que cinco poseen el 60 %: Gran Bretaña, Luxemburgo, los Estados Unidos, Francia e Italia.

Las operaciones de compensación son una relación contractual y sus montantes son publicados. La razón social de estos grupos es la de las sociedades cooperativas. Se deben localizar en países reconocidos por los Estados Unidos como “países extranjeros calificados” (treinta y cinco en el mundo, pero las tres firmas principales se encuentran en Luxemburgo y en Bélgica) y gozan de hecho de un estatus de extraterritorialidad. Garantizan también la protección del secreto bancario. En efecto, si las cuentas se publican, el origen del dinero no queda determinado. A partir de 1990, se ha instaurado la práctica de no publicar las subcuentas, lo que genera dudas sobre el origen de los fondos y abre la puerta a eventuales abusos. La auditoría de estas firmas evidentemente no comprende la verificación de la proveniencia de los fondos, sino solo el funcionamiento interno.

Las firmas de *clearing* desempeñan un papel esencial en las estrategias financieras de las empresas a nivel mundial. Responden a una necesidad creada por la fase actual de la globalización de la economía capitalista, que se caracteriza por el papel preponderante del capital privado y de sus derivados, que favorecen las especulaciones. Totalmente privadas, escapan al control público así como a toda instancia internacional de regulación. En cambio, hacen posible la existencia de una medida como la tasa Tobin, ya que permiten identificar el recorrido de las transacciones financieras internacionales (ATTAC, Bélgica, 16 enero 2002).

Con respecto al gigantismo de las ETN, no es inútil recordar la tesis de Max Weber sobre la burocracia como forma última

de la modernidad. El estadio en el que las ETN desembocan hoy día es el de una burocracia privada globalizada que trasciende todo control democrático, y ejerce un poder de decisión que afecta a todas las regiones del planeta. Una situación así es difícilmente aceptable a largo plazo.

La inserción de las empresas trasnacionales en la sociedad

El primer eslabón de contacto entre las ETN y los poderes públicos es el Estado nacional, ya sea el Estado de origen o el del lugar donde se implanten. En efecto, como indica Robert Reich, los espacios económicos ofrecidos por los Estados se han quedado muy limitados, ya que las ETN actúan mundialmente. De hecho, aunque los Estados ofrecen una ventaja, en la medida en que son políticamente capaces de apoyar a sus trasnacionales, no disponen de un poder de jurisdicción internacional. Por eso, las ETN ejercen una importante presión en las decisiones de los organismos internacionales de naturaleza económica (Banco Mundial, FMI, OMC). Por otra parte, la lógica de sus intereses empuja al desmantelamiento de Estados, en la periferia, de una cierta dimensión (como Rusia, Yugoslavia, República Checa, Eslovaquia), lo mismo que en el Sur (por ejemplo, el Congo, Nigeria; mientras quizá queden pendientes China y la India).

Es cierto que el poder de las ETN erosiona el poder del Estado sobre todo en el Sur. Esta tendencia se ve acentuada por las políticas de los organismos financieros internacionales que exigen la privatización, no solo de las actividades económicas de los Estados, sino también de los servicios públicos: programas de ajuste estructural, lucha contra la pobreza o abolición de la deuda de los países más pobres. No obstante, sería erróneo pensar que las ETN pueden pasar sin los Estados. Se esfuerzan de hecho en orientar las políticas de estos últimos en su favor. Así, por ejemplo, exigen condiciones favorables para garantizar sus inversiones y para maximizar sus beneficios: salarios bajos, obstáculos a la acción sindical, una débil protec-

ción ecológica, exención de impuestos (en Tailandia durante siete años, en el Salvador durante diez), infraestructuras apropiadas, etc. En su deseo de atraer capitales para reducir la presión de los demandantes de empleo, muchos Estados satisfacen las demandas de las ETN, en detrimento de los intereses de su propia población, y se privan de recursos, liquidan el patrimonio público acumulado y aceptan condiciones sociales execrables.

Bajo el impulso de la globalización, se han creado zonas de integración económica regionales, zonas de libre comercio, mercados comunes, y uniones económicas, dotadas progresivamente de aparatos de gestión y de instancias jurídicas. El *lobbyng* de las ETN ante estas instituciones es muy intenso. No solo se reagrupan en organismos de presión, sino que se aseguran en cada sector la presencia de lobbystas encargados de establecer contactos con las administraciones y los parlamentos, que están asistidos por juristas y otros expertos capaces de preparar legislaciones que protejan sus intereses. Esta práctica, que en Washington existe desde hace tiempo sobre el Congreso de los Estados Unidos, se ha implantado hoy día en Bruselas (Unión Europea), en Bangkok (ASEAN), y en Montevideo (Mercosur).

Los organismos de las Naciones Unidas y las instituciones de Bretton Woods son actualmente objeto de una atención particular. Estas últimas, el Banco Mundial, FMI y OMC, se han orientado desde el Consenso de Washington de los años setenta, hacia el servicio de una economía neoliberal, y se han adecuado perfectamente a los intereses de las ETN. Efectivamente, las privatizaciones permiten a los actores más fuertes absorber las actividades públicas introducidas en el mercado, a menudo a precios de liquidación, y son una de las exigencias impuestas por los organismos financieros para acceder a los créditos. El ajuste estructural y las políticas orientadas a la exportación tienen como principal función la de proporcionar divisas a los países de la periferia, suficientes para pagar los intereses de la deuda externa, esta última privatizada en un 25 %. Otra parte de las divisas exteriores ganadas en la operación sirven para el consu-

mo de las clases dominantes y una parte de las clases medias, de manera que se amplía el mercado potencial de las ETN.

Las ETN se aseguran, mediante una serie de medidas legales, tanto nacionales como internacionales, no solo condiciones financieras o de inversión favorables, sino también garantías de rentabilidad, de protección y de eventuales compensaciones en caso de accidentes políticos o económicos, utilizando el enorme poder de negociación del que disponen.

El aspecto militar del problema no puede pasar inadvertido. Ante todo, el del armamento es uno de los principales sectores de actividad de muchas ETN, y eso las sitúa en un tipo de relaciones contractuales con los Estados que refuerza su poder de presión (el complejo militar-industrial estadounidense, por ejemplo). En segundo lugar, la propia lógica de su expansión las introduce en el seno de la militarización del sistema socioeconómico. Himas Friedmann escribía en el *Nueva York Times Magazine* (28 de marzo de 1999):

La mano invisible ya no es suficiente. Mc Donald's no podría proliferar en el mundo sin un Mc Doncel-Douglas que fabrique el F16, y la garantía para la expansión mundial de las industrias de la Silicon Valley se llama armada, marina, aviación y *cuerpos de marines* de los Estados Unidos.

No podía ser más claro. Se sabe, por otra parte, cómo las guerras de Iraq y de Afganistán han estado relacionadas con la industria petrolera, por no hablar de los vínculos entre el diamante, las riquezas mineras de África Central y de muchas ETN, o de los conflictos del Congo-Brazzaville financiados por la industria petrolera francesa (Elf-Aquitaine).

La cuestión del estatuto jurídico de las ETN es de una importancia primordial. Tienen una identidad legal privada, atribuida por los países en los que se encuentran sus cuarteles generales. No obstante, no existe actualmente ninguna identidad legal de derecho internacional privado, y en ningún caso esto significaría que pudieran asimilarse a los Estados (CETIM, 2001: 6). Y sin embargo, las ETN pretenden tener derechos similares a los derechos de las personas. Durante el último siglo, algu-

nas de ellas, como las compañías inglesas de té en Ceilán, han gozado de una verdadera soberanía. En la actualidad, no existen verdaderas jurisdicciones internacionales que puedan decidir sobre las cuestiones que les conciernen.

Por esta razón, la vía de los organismos internacionales ha sido muy utilizada por las ETN, con el fin de conseguir establecer normas de funcionamiento internacional favorables a sus actividades (M. Sangra Pombo, 2002). Hay muchos ejemplos. Uno de los más célebres fue el de la preparación del AMI (Acuerdo sobre las inversiones internacionales) por la OCDE (los 29 países donde se sitúan 477 de las 500 transnacionales más importantes del mundo), destinado principalmente a poner al mismo nivel los capitales nacionales e internacionales. El proyecto iba dirigido no solo a las inversiones, sino también a las propiedades rústicas, los servicios, la banca, los seguros, el derecho de propiedad intelectual, es decir, a todo lo que puede ser controlado por el inversor. Se añadía la prohibición de expropiar, y se preveía igualmente que los Estados quedarían obligados por veinte años. El fracaso de esta iniciativa no ha impedido que esté de nuevo en el orden del día en el marco, esta vez, de la OMC.

La reunión de la OMC en Doha en 2001 trató fundamentalmente acerca de los proyectos llamados TRIMS (siglas en inglés para Trade Related Investment Measures; en español, Acuerdos sobre las inversiones) y TRIPS. Ambos tienen previstas algunas reglas dedicadas esencialmente a garantizar las inversiones en el extranjero, que constituyen una de las bases de las ETN. El segundo de ellos, le da la posibilidad a estas empresas de patentar el saber, lo que tiene importantes consecuencias.

Efectivamente, la constitución de patentes es algo relativamente reciente, que se ha acelerado fuertemente durante los diez últimos años: de tres mil en 1979 a cincuenta y cuatro mil en 1997. Está concentrada: el 97 % en los países desarrollados (en 1995, el 50 % del producto iba a los Estados Unidos) y el 80 % de las patentes registradas en los países en desarrollo provienen de residentes de países desarrollados. En el siglo xx,

los Estados Unidos adoptaron las tecnologías de Inglaterra, sin ningún problema, y durante el siglo xx, Japón ha copiado las tecnologías occidentales. En cambio, en el siglo xxi, se impide a los países en desarrollo hacer lo mismo y se permite a las ETN, cuya mayoría se encuentra en el Norte, apoderarse de un saber preexistente. El PNUD no duda en decir: “Un saber multiseccular es hurtado silenciosamente en los países en desarrollo” (1999: 68), o impuesto por prácticas que siguen sus directrices. Se trata del establecimiento de un verdadero proteccionismo en su favor. Veamos algunos ejemplos.

En la India y el oeste de África, las poblaciones han utilizado desde hace siglos el árbol *neem* como planta medicinal, anticonceptiva e insecticida. La firma americana Wr Grace, empresa transnacional química, ha patentado el factor activo derivado del árbol, la azadizacina, y lo comercializa como insecticida orgánico. Asimismo, muchas plantas originarias de África, Asia o América Latina son patentadas, lo que constituye un obstáculo jurídico para su utilización por las poblaciones locales. Otras patentes afectan a las culturas alimentarias. La misma firma Wr Grace ha patentado todas las variedades transgénicas de soja para Europa y prepara una operación similar en los Estados Unidos.

Podríamos ampliar los ejemplos (G. Delgado, 2002: 182-187). Uno de los casos más conocidos es el de *terminator*, producido por Monsanto, que permite la producción de cereales pero sin dar las semillas, de modo que fuerza a los campesinos a comprarlas cada año a la firma transnacional. Esta última fue obligada a retirar su producto, como consecuencia de las numerosas reacciones en todo el mundo. Todas estas transacciones tienen como objetivo, concluye el informe del PNUD sobre el desarrollo humano, manipular los genes con el fin de adaptarse a una gran producción en masa mecanizada, concentrando el poder y el control sobre el sistema, lo que atenta contra las agriculturas de los países en desarrollo y contra su seguridad alimentaria (1999: 68).

Pero las plantas no son los únicos seres vivos que se patentan. También se constituyen patentes sobre los genes humanos, como

en el caso de la empresa sueca Kabi Pharmacia (Ibídem: 187), que no duda en introducir este sector en el ámbito de la mercantilización y de la propiedad intelectual.

Los acuerdos TRIPS no pueden asimilarse a los derechos de autor garantizados en el plano internacional por otro organismo de las Naciones Unidas. Se trata, en este caso, de una estrategia relacionada con las ETN, para hacer de estas últimas un sujeto de derecho, al igual que las personas. Según el documento de Oxfam, preparatorio del Foro Social Mundial de Porto Alegre en 2002, las consecuencias de tales acuerdos serían especialmente dañinas para los países del Sur: exclusión de los pobres del acceso a bienes esenciales que dependen de un alto nivel de conocimiento, como los medicamentos (el caso del sida), las semillas y el material educativo; la intensificación de la brecha tecnológica; el agravamiento de la desviación de la investigación/desarrollo hacia los mercados de consumidores privilegiados, en vez de a las necesidades básicas de las poblaciones pobres; la restricción de los países pobres para innovar y participar eficazmente en los mercados mundiales y el fomento de la privatización de los recursos biológicos y de los conocimientos tradicionales de los agricultores y de las comunidades autóctonas en los países en vía de desarrollo (“Documento de discusión sobre la propiedad intelectual y la diferencia de conocimientos”, Oxfam internacional, 2001).

Nociones como el derecho al desarrollo, o derechos económicos, sociales y culturales prácticamente no entran en consideración en las negociaciones de la OMC. Podemos concluir con Michel Rogalski:

Asistimos desde hace una década a la deriva de lo que debía hacer las veces de derecho al desarrollo. Este se está transformando cada vez más en el derecho de los negocios, que busca regular los conflictos de interés entre una voluntad de control y la preocupación por rentabilizar los capitales privados en el corto plazo. Afecta cada vez más, en su evolución, a las relaciones entre las firmas privadas y los países subdesarrollados, asemejándose a un derecho de los negocios Norte-Sur (M. Rogalski, 2001: 4).

Podemos distinguir dos tipos de acciones que entran en esta categoría: los abusos de poder y las acciones criminales. La primera forma se sitúa a veces en el límite de la legalidad, al utilizar los medios de presión que, aunque no estén prohibidos, no por ello dejan de ser prácticas inaceptables. Un ejemplo bien documentado, desde final de 2001, es el de la ETN Enron en los Estados Unidos, cuyas pérdidas han sido evaluadas en sesenta mil millones de dólares, más que toda la ayuda al desarrollo de los países del Norte durante un año (*Le Monde*, 25 febrero de 2002).

Esta empresa, la séptima en los Estados Unidos, que entre 1996 y 2000 consiguió no pagar impuestos declarando un beneficio de dos mil millones de dólares, y era presentada como un modelo a seguir, utilizó todo tipo de medios para encubrir las operaciones más dudosas (Serge Halimi, *Le Monde Diplomatique*, 8 marzo de 2002), legales en principio, como las contribuciones electorales, la certificación de cuentas (auditoría de cuentas) por firmas que hacían también de asesoras, la retribución de periodistas que alababan sus méritos, el *lobbying*—en el que la firma gastó diez millones de dólares en diez años—, hasta incluso la adjudicación, unas semanas antes de la caída, del premio Enron para un funcionario ejemplar, el incorruptible Alan Greenspan, responsable de la Reserva Federal. Ilegales, por otra parte, como los delitos de utilización de información privilegiada, transacciones intragrupos, o la utilización de paraísos fiscales (278 filiales en las Islas Caimán) (*Le Monde Diplomatique*, 8 marzo de 2002).

Podemos añadir a los abusos ya citados en los ejemplos anteriores numerosas prácticas cotidianas por parte de las ETN, como la manipulación de los tipos de cambio, la competencia desleal, el abuso de posiciones dominantes, la compra a precios irrisorios del patrimonio nacional de algunos países (Argentina, Haití), la evasión fiscal, la corrupción, o el no respeto a los recursos naturales (CETIM, 2001, 13).

Sobre este último caso, Robin R. Sears señala que las ETN controlan el 40 % del mercado mundial de productos forestales y se han hecho verdaderas maestras en la no observación de

aquellas reglas de protección ecológica en cuya elaboración no han participado. *Global Witness* señalaba en 1999 que en Camboya, de doce concesionarios relacionados con prácticas ilegales, nueve eran ETN asiáticas (R. R. Sears *et al.* 2001: 345-464). Giancarlo Delgado, por su parte, ha descrito detalladamente la biopiratería a la que se entregan las grandes firmas trasnacionales farmacéuticas o químicas (G. Delgado: 104-109).

Con respecto a las actividades directamente criminales, estas implican golpes de Estado (las compañías petroleras son distinguidas en esto), el fomento y apoyo de regímenes dictatoriales, la extorsión financiera, el apoyo al terrorismo y, por último, la violación de los derechos humanos de numerosos grupos sociales, víctimas directas o indirectas de las prácticas de algunas ETN. Todo esto ha sido denunciado por numerosas ONG o por el Tribunal permanente de los pueblos. En cuanto a la ONU, esta estima que más de mil millones de dólares del capital financiero provendría de distintos productos financieros, corrupción, evasiones fiscales, malversación de fondos públicos, etc.

El crimen organizado se sitúa en ámbitos precisos, principalmente el del comercio ilegal de armas, el narcotráfico y la prostitución. Aunque la mayoría de las ETN no están directamente relacionadas con este tipo de actividades, el blanqueo de dinero, que utiliza los mismos canales institucionales, hace que los límites sean menos infranqueables.

La economía capitalista no deja de lado la reflexión teórica. Conocemos grandes clásicos. En su forma más contemporánea, el pensamiento neoliberal también tuvo sus padres fundadores, como Friedrich A. von Hayek y sus teóricos, que hicieron escuela, o como Milton Friedman en Chicago. Sin embargo, lo que caracteriza la época contemporánea, es la organización de grupos de reflexión (*think tanks*). Así, después de la Segunda Guerra Mundial, la Sociedad del Monte Pelerin, dirigida por Friedrich A. von Hayek, anticipó el neoliberalismo económico como forma necesaria de un desarrollo capitalista.

Este grupo fue seguido por la Comisión Trilateral, que reunió a los responsables económicos (casi siempre directores de ETN) y hombres de política, así como a algunos sindicalis-

tas extraviados. El Club de Roma trabajó en otra dirección (el crecimiento cero), pero sin proponer verdaderas alternativas a la lógica económica capitalista. Con respecto al Foro Internacional de la Economía (Davos), que funciona desde 1971, este coincidió un poco más tarde con el Consenso de Washington. Reúne cada año a unas dos mil quinientas personas, jefes de empresas trasnacionales (más de un millar contribuyen a su financiación), representantes de organismo financieros internacionales (Banco Mundial, FMI), y políticos de a pie. Allí son invitados también algunos representantes sindicales, de las ONG, intelectuales y personalidades religiosas. Su labor consiste en analizar el futuro del capitalismo globalizado y estar atento a algunos factores (sobre todo la pobreza), que exigen ciertas adaptaciones.

Señalamos por último grupos de composición mixta, como la Comisión sobre la Globalización, que reúne en una ambigüedad quizá significativa los pilares del sistema capitalista, como George Soros, políticos ex socialistas, como Mijaíl Gorbachov, y algunos críticos del sistema capitalista.

Susan George ha sacado a la luz la función de estos *think tanks* en su obra *Le rapport Lugano (El informe Lugano)* (S. George, 2001). Aquí describe, en forma de ficción, cómo un grupo de intelectuales, encargados por las empresas trasnacionales de estudiar la forma de salvar el capitalismo, terminó por concluir, tras un elaborado razonamiento que tenía en cuenta los hechos económicos, que la única solución era hacer desaparecer a la mitad de la humanidad, aquella que no es un mercado solvente. Esta obra ha demostrado, mediante el absurdo, en qué puede desembocar un pensamiento económico transformado en dogma y que orienta actualmente incluso, de forma predominante, la economía mundial y la mayoría de los centros de decisiones en la materia. Afortunadamente se elevan algunas voces, a veces en el seno mismo del sistema (Joseph Stiglitz, antiguo economista en jefe del Banco Mundial, por ejemplo), para denunciar, no solo los abusos, sino también las aberraciones teóricas y prácticas.

La búsqueda de legitimidad

La búsqueda de una legitimidad siempre ha sido la especialidad de los poderes, tanto económicos, como políticos o culturales. En el caso de las ETN, se pueden señalar tres tipos de iniciativas que subrayan esta lógica. La primera es la elaboración de códigos de conducta. Podría extrañar que hayamos incluido esta cuestión en la búsqueda de legitimidad. Efectivamente, la exigencia de estos códigos proviene de las organizaciones de trabajadores junto a algunas ONG, y las ETN se han resistido durante mucho tiempo a esta idea. Fue en 1976 cuando la OCDE redactó el documento “Líneas de conducta para las multinacionales”. Se trataba de una declaración que no tenía ningún carácter obligatorio y no estaba sometida a ningún tipo de sanción. Ese mismo año, la Organización Mundial del Trabajo (OIT) aprobó un código de conducta de base voluntaria. Lo mismo hicieron la CNUCED en 1980 y la OMS en 1981 (CETIM, 2001: 20, 21). Sin embargo, han fracasado los esfuerzos por llegar a una norma universal en el seno de las Naciones Unidas. Por parte de las ETN, en principio se trataba de comprometerse a respetar ciertas normas que permitían como contrapartida reducir las barreras a las inversiones en el extranjero (W. Andreff, 1996: 83).

De hecho, según una encuesta de la OIT de 1998, solo el 15 % de los códigos de conducta preveían la libertad de asociación de los trabajadores, es decir, la constitución de sindicatos, y el 45 % la prohibición del trabajo infantil. La sesión del Tribunal Permanente de los Pueblos sobre las industrias textiles y deportivas, que tuvo lugar en Bruselas en 1998, reveló que, a menudo, los códigos eran esquivados al recurrir a las subcontratación; en muchas ocasiones tales códigos no estaban traducidos a la lengua de los trabajadores, nunca eran elaborados con los representantes de estos últimos, ni eran nunca objeto de sanción, y no se realizaba ningún tipo de verificación independiente.

El Tribunal había estudiado el caso de empresas muy conocidas como Nike, Adidas, C&A, M&D, Levi Strauss, Walt Disney,

etc. Concluía que, en el estado actual de las cosas, estos códigos eran sobre todo una forma de limpiar la imagen de estas firmas ante la opinión pública occidental, tras la acción de asociaciones de consumidores, sindicatos, o de campañas como la Clean Cloth Campaign. Lo mismo ocurre con la publicidad de las compañías petroleras que realzan la defensa del medio ambiente. Esta conclusión fue confirmada por la condena a Nike en 2002 por parte de la Corte Suprema de California, por información falsa sobre las condiciones sociales en las que operaban las subcontratas, principalmente en Asia.

Un segundo tipo de búsqueda de legitimidad es la multiplicación de las fundaciones caritativas, que, en algunos países, permiten disminuir la presión fiscal. George Soros se presenta como especulador internacional y presidente de fundaciones. Bill Gates, de Microsoft, ha puesto en pie la fundación Bill y Melinda, la más importante de todas (*Le Monde*, 22 marzo de 2002), presidida por su padre y dedicada sobre todo a proyectos de salud en el Tercer Mundo. La Fundación Reebok corona a los defensores de los derechos del hombre. Y podríamos multiplicar los ejemplos. Cuando situamos sus iniciativas en el sistema económico mundial, se constata que no son más que epifenómenos, que no pueden solucionar los fallos de la lógica del sistema capitalista y lo más que logran es aliviar un poco algunas las consecuencias nefastas de su desarrollo, como hacía la burguesía industrial del siglo XIX, que veía en la caridad la solución a los problemas sociales de la clase obrera.

Podemos situar en esta misma categoría otras dos iniciativas. La primera afecta a la fundación de las ONG por las ETN. Esto permite a las mismas asegurar una presencia específica en el seno de este sector de la sociedad civil (lo que le fue muy útil durante la reunión de la OMC en Doha), y les da también la posibilidad de actuar en el campo de la cultura, de la beneficencia o de los proyectos de desarrollo, de modo que compensa una imagen a menudo bastante degradada. Por último, los acuerdos firmados entre grandes empresas y ONG de desarrollo para la financiación de proyectos entran en la misma estrategia. Incapaces de lanzarse directamente en este sector, las ETN necesitan tomar la delantera.

El último tipo es probablemente el más espectacular, ya que afecta a las Naciones Unidas. Una primera iniciativa en este ámbito fue llevada a cabo por el Secretario General de la Cumbre de la Tierra, de Naciones Unidas, en 1992, cuando se creó el Ecofund, destinado a financiar la Conferencia de Río. A cambio de utilizar el logo de la Conferencia, grandes ETN, como ARCO, ICI o Mitsubishi contribuyeron en su financiación.

Este también fue el caso del PNUD, que promovió el programa especial Global Development Facility-2B2M (dos mil millones de personas introducidas en el mercado en 2020). El PNUD ofrece a las ETN acceso a sus informaciones, a sus infraestructuras y a sus redes de contactos (oficinas en 135 países y programas en 174), a cambio de una cotización de cincuenta mil dólares, que aceptaron inmediatamente firmas como Río Tinto, Novartis, Dow Chemical, etc. Se ha creado un logo especial destinado a “sacar a la luz la relación privilegiada con las Naciones Unidas”, que responde así a la búsqueda de una legitimidad que permite además “reducir el riesgo de las inversiones futuras”.

Por último, y frente a la imposibilidad de poner en marcha el proyecto de códigos de conducta para las multinacionales en el marco de la ONU, Kofi Annan, el secretario general, propuso otra vía, una convención moral llamada Global Compact. La idea fue lanzada en Davos en 1999 y se aplicó desde el año siguiente. Consiste en la adhesión a nueve principios de justicia social, mediante lo cual las ETN pueden valerse de una “etiqueta ONU”. No hay ningún tipo de verificación externa, ni de sanción en caso de no aplicación. Desde el primer año, más de trescientas ETN se han adherido a este plan. De hecho, como escribe Michel Rogalski, esto equivale a un patrocinio recíproco y líquido (2001: 5). Efectivamente, algunas ETN contribuyen a su vez a la financiación de las Naciones Unidas. Las ONG han sido invitadas a unirse a esta iniciativa. Una decena de ellas, todas de origen anglosajón, han aceptado. La mayoría de las otras la han rechazado.

Hemos visto, durante el Foro Social Mundial de Porto Alegre, algunas divergencias de opinión. Algunos estimaban que

los códigos de conducta voluntariamente consentidos por las ETN amplían las perspectivas de prácticas más aceptables. Otros, por el contrario, pensaban que se trataba de una extensión de la hegemonía del capital trasnacional, con la bendición de las Naciones Unidas. Una iniciativa así, que se añade al *lobbying* permanente de las ETN ante las instancias internacionales, y combinada con el peso preponderante en las organizaciones financieras y comerciales en el seno de las Naciones Unidas, permite concluir que asistimos a una verdadera colonización de la ONU por los poderes económicos.

La trasnacionalización de la economía es la expresión contemporánea de la prioridad del mercado sobre cualquier otra consideración. Cuando la economía se vuelve una finalidad “en sí misma”, los demás parámetros desaparecen, desde la seguridad alimentaria hasta el bienestar de las poblaciones, desde el respeto a la naturaleza hasta la cultura de los pueblos. Los dos ejemplos escogidos, el petróleo y el agua, ilustrarán los efectos de una lógica así.

El control del petróleo como geoestrategia mundial

El petróleo se ha convertido en los siglos xx y xxi en el principal recurso energético, esencial para la producción y para los intercambios. Es por lo tanto un factor clave, no solo en el modelo de desarrollo, a la vez fruto y objetivo del capitalismo, sino también en el proceso mismo de acumulación, como se ha visto en momentos de crisis petroleras y en la función misma de los petrodólares.

El petróleo como apuesta geopolítica

Las reservas declaradas de petróleo convencional se elevaban, en 2001, a mil cincuenta billones de barriles (un billón = mil millones), de los que alrededor del 65 % se encontraba en el Medio Oriente (H. Márquez, 2002). Le siguen Asia Central (Azerbaiyán, Turkmenistán, Uzbekistán, Kazajistán, Tayikistán, Kirguizistán), el Cáucaso y Rusia; la región andina en América

Latina (Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia, Perú); el oeste de África (Camerún, Chad, Gabón, Congo-Brazzaville, Angola); América del Norte (los Estados Unidos con un 2,9 %, México); y por último Europa (0,7 %) (C. Tablada, 2003).

Recurso no renovable del que el descubrimiento de nuevos yacimientos toca a su fin, el petróleo es objeto de una demanda continuamente creciente. Esta se ha multiplicado por cuatro entre 1959 y 2000 y aumenta un 8 % al año. Las reservas conocidas en 2001 eran aproximadamente cuarenta veces la producción mundial de ese mismo año. Entre 1981 y 1991, las reservas conocidas habían aumentado en un 45,5 %, pero en la década siguiente, entre 1991 y 2001, no aumentaron más que en un 4,9 % (*Statistical Review of World Energy*, BP 2002).

El reparto de las reservas y de la producción de petróleo entre las distintas regiones indica una dependencia por parte del mundo industrializado, sobre todo del europeo y el norteamericano, con respecto al petróleo producido en otros lugares. De ahí el concepto de “dependencia estratégica”, que hace referencia al momento en que un país ya no dispone de los recursos energéticos necesarios para su consumo. Una dependencia así es más fuerte en los Estados Unidos que en Europa. Es también lo que ocurre en Japón, y lo que ocurrirá en un futuro próximo en China, país en pleno auge industrial, que pasará de la autosuficiencia a una relación inversa. No obstante son los Estados Unidos quienes se encuentran en la situación más inquietante. Sus reservas son suficientes para aproximadamente tres años de consumo al ritmo actual, por lo que el aprovisionamiento de petróleo ha sido declarado cuestión de seguridad nacional.

Es cierto que existen otras fuentes energéticas fósiles además del petróleo, como el carbón y el gas. El primero se ha ido abandonando progresivamente, debido al agotamiento de los yacimientos y a los inconvenientes ecológicos. El segundo, cuyo papel proporcional en el consumo de energía se parece al del petróleo, está en gran parte localizado en las mismas regiones que este último.

No es de extrañar que el petróleo se haya convertido rápidamente en una apuesta estratégica, y no desde la segunda guerra de Iraq. La historia del Medio Oriente no se comprendería sin este factor. Podemos decir lo mismo de Afganistán, de Biafra, del Congo-Brazzaville, de Argelia, de México, o de Venezuela. A medida que el futuro del oro negro se perfila oscuro, aumenta el peligro de conflictos y de intervenciones, hasta el punto de incluir estas últimas en la categoría de guerras preventivas.

La segunda intervención en Iraq ha sido objeto de publicaciones lo suficientemente numerosas como para que no sea necesario volver al papel que ha desempeñado el petróleo en su desencadenamiento. Desde luego, esta guerra se inscribe dentro de una perspectiva más global, la de la instauración de un orden político y jurídico internacional bajo la hegemonía de los Estados Unidos, que define el mundo en términos maniqueos y en función de sus intereses nacionales. El hecho de que Iraq disponga de las reservas más grandes de petróleo después de Arabia Saudita evidentemente ha tenido un importante peso en la decisión de la coalición americano-británica.

El lugar central que ocupa el petróleo en las políticas energéticas también explica la función que ha desempeñado en las economías nacionales e internacionales. Esta es la razón por la que las consecuencias de las tres crisis petroleras se sintieron tan profundamente en todo el mundo. Tuvieron efectos directos e indirectos, no solo sobre el precio del petróleo, sino también sobre los tipos de interés, la especulación financiera, las inversiones extranjeras, la deuda del Tercer Mundo, etc.

Durante el curso de la historia contemporánea, cada época de desarrollo ha estado marcada por pilares específicos. Estos fueron el carbón y el acero en un primer periodo. En el siglo xx el petróleo tomó la delantera, junto a las nuevas tecnologías a principios de este siglo. Es probable que el próximo siglo esté dominado por el agua y la biodiversidad (el oro verde), pero por ahora el petróleo sigue siendo el centro del problema.

También hay otra razón que explica su importancia, además de su valor de uso. En la lógica de la mercancía en la que vivimos, un recurso como el petróleo debe ser también un factor

de acumulación, y este aspecto es primordial a la hora de su explotación. El valor de intercambio se vuelve esencial, y los otros aspectos pasan a un segundo plano, ya sea la racionalidad de su uso, la existencia de recursos energéticos alternativos o las “externalidades” negativas ecológicas, sociales y políticas. De ahí resulta que las rivalidades por el control de la producción y la distribución del petróleo no respondan solo a la satisfacción de las necesidades energéticas, tan apremiantes como son hoy día, sino también a la plusvalía que permiten generar. Se comprende así por qué la dimensión de este sector en la economía actual es la causa de la aparición de poderosas trasnacionales, de controversias relativas a la soberanía de los Estados sobre sus riquezas naturales, de una competencia feroz entre las empresas, de liquidación en caso de privatización, y de una corrupción institucionalizada

Un ejemplo concreto de la confabulación entre las empresas petroleras y el poder público es el de los Estados Unidos, donde el gobierno del presidente Bush está integrado por personas muy relacionadas con esta industria, desde la familia del mismo Presidente hasta el propio vicepresidente Dick Cheney.

Según un documento de la CEPAL (Comisión de las Naciones Unidas para América Latina), el 57 % de la producción del petróleo bruto en el mundo se comercializa internacionalmente (CEPAL, 2001). De ahí la importancia de las empresas trasnacionales, y sobre todo de las llamadas “majors” o “las siete hermanas”: Exxon, Gula, Texaco, Mobil, Standard Oil of California, British Petroleum y Royal Dutch Shell. Hasta principios de los años sesenta, estas controlaban el 98 % de la producción de petróleo en los países que más tarde formarían parte de la OPEP. A partir de 1960, el poder de este cártel disminuyó progresivamente, con la creación de las empresas estatales en Europa y las nacionalizaciones en los países productores. En 1981, los países de la OPEP controlaban el 88 % de la producción de petróleo en sus territorios, frente a solo el 6 % en 1970. Con el Consenso de Washington y la orientación neoliberal de la economía mundial, se desarrolló toda una corriente de privatizaciones y desnacionalizaciones, aunque todavía no se ha con-

seguido privatizar completamente este sector, sobre todo en el Golfo (CEPAL, 2001).

En tanto factor central del modelo de desarrollo económico, el petróleo ocupa un lugar primordial en las apuestas geoestratégicas para controlar su acceso y las posibilidades de acumulación que ofrece.

Las consecuencias ecológicas y sociales

En el ámbito ecológico las consecuencias son dobles, tanto en el plano de su producción como en el de su uso. Los efectos negativos de su producción son bien conocidos: destrucción del entorno más cercano, contaminación de riberas y ríos, daños a la fauna y a la flora, ataques a la biodiversidad. Pero no es solo la explotación de los yacimientos el origen del problema, sino también el transporte del petróleo a través de los oleoductos. Estos últimos son también altamente contaminantes. Aunque la presión de la opinión pública y de organismos como Greenpeace han obligado a las compañías petroleras a prestar más atención a los efectos ecológicos de sus actividades económicas, esta actitud todavía está muy lejos de la realidad, sobre todo en las regiones en las que el control es menos eficaz.

Por otra parte, los efectos de la utilización del petróleo en el clima y la calidad del medio ambiente también son bien conocidos: CO₂, el efecto invernadero, la capa de ozono, etc. Es cierto que hay otras fuentes energéticas que son también dañinas, como el carbón. Pero la utilización industrial del petróleo, así como su papel central en los medios de transporte, son una de las principales fuentes de contaminación en el mundo. Las llamadas a la conciencia no han tenido efectos proporcionales a la dimensión de la catástrofe anunciada. Los intereses petrolíferos han conseguido bloquear las decisiones políticas, gracias al poder de sus *lobbyng*. El rechazo de los Estados Unidos a ratificar el Protocolo de Kyoto es significativo. Estos mismos *lobbies* también consiguen retardar la aplicación de nuevas tecnologías limpias, sobre todo en el sector del automóvil, y fre-

nan el desarrollo de las energías naturales, a menos que se conviertan en nuevas fuentes de acumulación.

Estas situaciones son consecuencia del modelo de desarrollo “energívoro” que la lógica del capitalismo realza. El progreso se identifica con el crecimiento, convertido en condición misma de supervivencia del sistema económico; el productivismo se convierte en un valor primordial, incluida la agricultura; el cálculo económico deviene la única norma de organización colectiva de las sociedades. Todo eso contribuye, bajo una apariencia de racionalidad y de modernidad, a hacer de la explotación de las riquezas naturales un fin “en sí mismo” que ha eliminado de la cultura el respeto a la naturaleza. Pero nos veremos obligados a retroceder, ya que al ritmo actual en poco tiempo necesitaremos varios planetas para soportar las prácticas depredadoras del modelo económico en vigor, sobre todo en el ámbito de la energía.

En el plano humano y social, el desastre no es menos impresionante. Podemos hablar en primer lugar de las condiciones de la explotación petrolífera que, cuando no es fuera de la plataforma, aniquila las actividades económicas de las poblaciones locales, desestructura los grupos sociales y llega incluso a provocar masacres. Las poblaciones son desplazadas y sus reacciones reprimidas, a menudo en connivencia con regímenes políticos autoritarios. Como en toda la historia del sistema capitalista, la maximización del beneficio domina los objetivos, y es solo después de fuertes presiones, internas o externas, que el factor humano es tomado en consideración. Una vez más, el capitalismo se revela “salvaje” cuando puede, y “civilizado” cuando debe.

Además, el efecto de la renta petrolera es generalmente muy negativo, ya que la apropiación de la plusvalía es desigual. O bien es absorbida principalmente por el exterior, o se concentra en las manos de un grupo reducido de personas. Se produce así una dualización de la sociedad, con los correspondientes conflictos internos que esto suscita, como ocurre en Venezuela, en Nigeria o en los países del Golfo, en los que una migración asiática (de la India, Pakistán, Sri Lanka, Filipinas, Palestina)

proporciona el grueso de una mano de obra subalterna en condiciones sociales lamentables (ausencia de reagrupamiento familiar, entre otras). Asistimos entonces al nacimiento de grupos mafiosos que actúan frecuentemente en connivencia con las empresas trasnacionales del petróleo (Fina, Elf, convertidas actualmente en Total, etc.).

De todo esto se deduce que un verdadero desarrollo, creador de bienestar para el conjunto de la población, está siendo seriamente boicoteado. Los mecanismos de la renta petrolera ocasionan la subida de los precios locales y favorecen solo a algunos sectores muy precisos (la construcción, por ejemplo), mientras que debilitan a los demás. A todo esto se añade que muchos actores políticos locales se benefician de sobra de los beneficios del petróleo, y construyen así un poder económico y político interno y acumulan fortunas en los paraísos fiscales del Norte. Las empresas petroleras no dudan en recurrir a los servicios de las fuerzas de represión de los regímenes en el poder; los financian (Shell en Nigeria, Fina en Birmania, Elf en Camerún, BP en Papúa occidental) o suscitan revueltas armadas contra los regímenes que no les son lo suficientemente favorables (Elf en Congo-Brazaville).

Los países occidentales que protegen a las empresas trasnacionales del petróleo a menudo se ven implicados en estas operaciones. Se alían con los poderes autoritarios o dictatoriales, en la medida en que estos últimos favorecen a sus empresas o a sus intereses nacionales. Es el caso del Medio Oriente, pero también el de muchos países africanos. Occidente nunca ha dudado en intervenir directa o indirectamente para derrocar o desestabilizar los regímenes políticos juzgados como desfavorables para sus intereses. Este ha sido el caso del régimen de Mohammed Mossadegh en Irán, de Sadam Hussein en Iraq, de Pascal Loussiba en el Congo-Brazzaville, o de Hugo Chávez en Venezuela.

El control por la guerra: el caso de Iraq

La guerra ha sido siempre un medio de dominación económica. Todavía hoy es utilizada por la lógica de la acumulación capitalista, para controlar los recursos energéticos y las materias primas y asegurarse los mercados. El neoliberalismo armado ha establecido su hegemonía mediante el poder militar de los Estados Unidos principalmente. Las bases militares encuadran el universo y las guerras se suceden. Iraq es un ejemplo impresionante.

El horror cotidiano se ha convertido en el destino de un pueblo al que se pretendía liberar de la dictadura sangrante de un tirano, y va mucho más allá de los atentados que acaban con la vida de civiles inocentes. La situación actual de Iraq es el resultado de una ocupación incapaz de controlar una situación que ella misma ha provocado, por su carácter ilegal y por la utilización de una violencia increíble e indiscriminada.

Iniciada con la violación de la Carta de las Naciones Unidas, sin mandato del Consejo de Seguridad, por los gobiernos de los Estados Unidos y Gran Bretaña, esta guerra carece de toda base legal. Esto es lo que varios juristas en derecho internacional, como Phil Shiver, de la London School of Economics, o Richard Falk, de Santa Barbara University en los Estados Unidos, demostraron ante el jurado de un tribunal de opinión organizado en Estambul en junio de 2005. Según ellos, en derecho no solo “una guerra preventiva” está totalmente excluida, sino que la intervención militar de la coalición podría ser considerada como un crimen de agresión.

Los principales motivos que se invocaron para el desencadenamiento de la guerra, la posesión de armas de destrucción masiva y las relaciones entre Saddam Hussein y Al Qaeda, resultaron falsos. El derrocamiento de un poder dictatorial para restablecer la democracia habría sido un argumento más creíble, si Saddam Hussein no hubiera sido un aliado de los Estados Unidos (contra Irán, concretamente) durante los peores momentos de su régimen y si se hubieran tomado medidas se-

mejantes contra todas las dictaduras del mundo, incluidas las de Zaire, la de Chile o la de Pakistán.

En realidad, el ataque armado contra Iraq había sido planificado mucho tiempo antes, como lo demuestran los documentos del Programa para un Nuevo Siglo Americano, los *Downing Street Memos*, recientemente publicados en Londres. Entonces, ¿por qué los Estados Unidos y Gran Bretaña han emprendido una aventura así, contra la opinión de numerosos gobiernos, contra las advertencias de autoridades morales como el papa Juan Pablo II y Nelson Mandela, contra una opinión pública que, el 15 de febrero de 2003, movilizó a unos quince millones de personas en más de seiscientos ciudades del mundo?

La respuesta es a la vez simple en su enunciación y compleja en su explicación. Simple, ya que una rápida ojeada al mapa de recursos energéticos del mundo permite situar a Iraq en el corazón de la región productora de petróleo, al poseer después de Arabia Saudita las reservas más grandes.

Compleja, porque los mecanismos que condujeron a la guerra comprenden facetas políticas e ideológicas que hunden sus raíces en la historia. En efecto, el desmantelamiento del Imperio otomano se hizo a través de hábiles cálculos para impedir la formación de Estados petroleros demasiado poderosos. Fue por ello que Iraq quedó constituida por tres antiguas divisiones administrativas: el norte (principalmente kurdo y turcomano) y el sur chiíta –ambos ricos en petróleo–, y el centro (mayoritariamente sunita). Los kurdos, divididos entre tres estados, Turquía, Irán e Iraq, no han recibido aún la independencia prometida por las potencias occidentales, y la creación de Kuwait al borde del Golfo Pérsico respondió a una prudente partición de la zona más rica en hidrocarburos.

Las intervenciones militares inglesas se sucedieron para conservar el equilibrio construido que el nacionalismo árabe comenzaba a poner en juego. En 1917, el comandante británico, declaró al entrar en Bagdad que los ingleses eran sus “liberadores”. Instalaron una monarquía dependiente, y reinaron con algunas familias de grandes propietarios sobre un pueblo empobrecido. En 1920, los chiítas se sublevaron contra el poder

ocupante y la represión fue brutal. Bombardeos aéreos y terrestres de los pueblos ocasionaron entre seis mil y nueve mil muertos.

Por otra parte, las intervenciones de las multinacionales del petróleo para controlar económicamente la región se multiplicaron. En 1925, el rey Faisal fue obligado por los británicos a conceder una concesión de setenta y cinco años a la Iraq Petroleum Company (IPAC) sobre todo el petróleo del país, a cambio de modestos *royalties*, pero sin ningún derecho de propiedad, ya que este último quedaba en manos de la compañía inglesa.

En la actualidad, después de tres guerras y un embargo, el pueblo iraquí, socialmente el más desarrollado de la región, ha quedado sumido en la desolación. La guerra contra Irán, fomentada política, económica y militarmente por los Estados Unidos, ocasionó un millón de víctimas, de las que varias centenas de millares eran iraquíes. Los Estados Unidos estuvieron muy dispuestos a apoyar a Saddam Hussein dado que en Irán se había derrocado a un régimen amigo (el Shah), la crisis de los rehenes estaba en su apogeo y temían una mayor influencia de la Unión Soviética en la región, tras la intervención de esta última en Afganistán.

La guerra de 1991, tras la invasión de Kuwait, que había sido ya fuente de conflictos entre Iraq y los aliados anglosajones en 1958 y en 1961, provocó daños considerables. La utilización de más de trescientas toneladas (como mínimo) de armas de uranio empobrecido multiplica actualmente en el sur del país los casos de cáncer y de malformaciones en los niños de menos de cinco años. El establecimiento ilegal de zonas de prohibición de vuelo sobre el norte y el sur del país fue la forma de destruir una parte importante de la defensa aérea del país. El fomento de las rebeliones kurda y chiíta dio lugar a brutales represiones por parte de Saddam Hussein, que ocasionaron miles de víctimas.

El embargo tuvo efectos catastróficos sobre la población, que el programa “petróleo por alimentos” de las Naciones Unidas no consiguió solventar. La UNICEF y otros organismos envia-

ron informe tras informe al Secretario General, sin que provocaran la menor reacción. El secretario general adjunto de las Naciones Unidas, el alemán Hans von Sponek, encargado del programa, presentó su dimisión, alegando que era una violación a la conciencia internacional. Se estima, en efecto, que más de un millón de niños fueron víctimas de esta carencia.

La guerra de 2003 que, según el testimonio de Johan Galtung, especialista noruego en negociaciones de paz, podría haber sido evitada, incrementó aún más la destrucción y el sufrimiento de la población. El Consejo de Seguridad, en su resolución 1483, dio su aval a la ocupación del país (*Realpolitik*, ¡interés de algunas empresas asociadas o presiones políticas!). Esta decisión, que se añadía al desastre del programa humanitario, dio lugar a una hostilidad considerable hacia la ONU en el seno de la población iraquí.

La ocupación no es solo un mal en sí mismo. Viene acompañada de un plan económico para hacer de Iraq una de las economías más liberales del mundo. La ordenanza 39, dictada por Paul Bremen cuando era administrador civil de la autoridad provisional de la coalición, puesto creado por el Presidente de Estados Unidos, tiene cinco puntos principales: los mismos derechos para los inversores extranjeros que para los iraquíes sobre el mercado nacional; privatización de todo el sector público (doscientas compañías nacionales, incluidas la de electricidad, los ferrocarriles, la distribución del agua, etc.); participación extranjera de hasta un 100 % del capital en las empresas iraquíes (salvo en las de extracción petrolera y minera); posibilidad de exportar o reinvertir sin impuestos los beneficios; derecho a poseer las tierras durante cuarenta años, con renovaciones ilimitadas.

La ordenanza 37 eximía de impuestos a todas las empresas extranjeras en el año 2003 y los limitaba a un máximo del 15 % para 2004. La ordenanza 81 daba vía libre a las compañías extranjeras para imponer las semillas patentadas, lo que entra en contradicción con la constitución iraquí de 1990, que prohibía la propiedad privada de lo vivo. Tras la Convención de Ginebra, el ocupante debe respetar las leyes del país.

La explotación del petróleo por las compañías americanas, los sucesivos escándalos que han sacudido a las empresas encargadas de la reconstrucción (Halliburton, sobre todo), así como la comercialización petrolera, ponen a la economía del país bajo tutela. Se comprende la afirmación de David Brooks cuando escribía en el *New York Times* del 2 de julio de 2005: “hay demasiado en juego para que los Estados Unidos acepten una derrota”.

Aunque el caso de Iraq se ha convertido a principios del siglo **xxi** en el ejemplo más impresionante del uso de la intervención armada para controlar los recursos petroleros, desgraciadamente no ha sido el único. Hay que poner en la lista a Afganistán, Biafra, Congo-Brazzaville y Bolivia. El recurso a la violencia le ha tomado la delantera a las presiones políticas, a la corrupción y a las informaciones falsas, no solo para defender los intereses de algunas naciones, sino para garantizar el monopolio de las compañías privadas. Lo que ocurre en el campo del petróleo se prepara también en el del agua.

La privatización del agua

La mayor parte del agua se encuentra en los mares, pero la concentración salina no la hace apta para el consumo. Tan solo el 3 % del agua del planeta es dulce, y el 99 % se encuentra escondida en los glaciares o en las capas profundas de la tierra. Así que no tenemos acceso más que al 1 % de las reservas acuáticas. No obstante, esta cantidad sería suficiente para alimentar al doble o incluso al triple de la población mundial actual. El problema es que no está disponible de manera uniforme.

A pesar de los avances en las investigaciones, cada día surgen nuevas incógnitas y es difícil todavía explicar el comportamiento de este líquido que no respeta mucho las leyes conocidas de la química. Lo que sí se sabe, en cambio, es que la cantidad total de agua en la tierra no aumenta ni disminuye, sino que circula sin cesar, transformándose de un estado a otro. El agua posee un ciclo natural ininterrumpido; así, la que consumimos hoy día es tan antigua como la tierra misma.

Por esta misma razón, los cambios que el hombre inflige en este ciclo natural son preocupantes, así como la contaminación provocada por las industrias y los establecimientos humanos. Efectivamente, al contrario que Marte o Venus, la Tierra ha conservado el agua. Esta ha desaparecido progresivamente en otros planetas, como consecuencia de un importante efecto de invernadero, debido a la existencia de una cantidad excesivamente elevada de dióxido de carbono en su atmósfera (*Le Monde*, 29 septiembre de 2001).

El agua ha sido un elemento constante en la historia de la humanidad. Desde la antigüedad, las ciudades se han fundado a lo largo de los ríos. Los romanos emprendieron la construcción de acueductos. Los castillos y fortalezas se construían cerca de pozos y eran rodeados por una profunda fosa. En muchos países asiáticos, el control del agua para irrigación ha sido la clave del sistema de producción, hasta el punto de que es posible hablar de sociedades hidráulicas. Pero actualmente, con la explosión demográfica mundial y los efectos demasiado evidentes de la civilización moderna sobre el medio ambiente, en particular durante los últimos cuarenta años, el problema se ha vuelto más agudo que nunca.

La escasez del agua: una relación social

Hasta ahora hemos hablado de manera global, pero la realidad resulta muy contrastante. El planeta está dividido en naciones que usan y abusan de este recurso, en los límites de sus fronteras, sin preocuparse por los efectos que eso pueda tener en los países vecinos. En algunos países el agua es abundante, mientras que otros viven problemas de escasez. Incluso dentro de algunas naciones de gran dimensión, trasladar el agua a las regiones más necesitadas es una fuente constante de conflictos. La delicada situación actual pone en evidencia la falta de una visión global.

Detengámonos un poco en un razonamiento en términos de oferta y demanda. Según algunos informes de la ONU, la mitad de la superficie de la tierra de nuestro planeta sufre diversos

problemas a causa del agua. Las regiones afectadas son las más habitadas del planeta, y los que sufren por esto alcanzan las tres cuartas partes de la población mundial. Como hemos dicho antes, se sabe que la cantidad total de agua del planeta no aumenta ni disminuye. Partiendo de este principio, la oferta de agua es prácticamente una variable fija. La demanda, en cambio, ha aumentado considerablemente durante los últimos cincuenta años, a un ritmo dos veces mayor que el crecimiento demográfico. Si esto continuara al ritmo actual, en veinticinco años la cantidad de agua realmente disponible por habitante quedará reducida a la mitad.

Para un habitante que vive en Nueva York, esta drástica reducción no sería tan dramática. Los ciudadanos de América del Norte (los Estados Unidos y Canadá) consumen alrededor de trescientos cincuenta litros de agua al día. Por el contrario, un niño, en África Occidental, pasa la mitad de su jornada buscando el poco de agua que él y su familia consumirán ese día, y su madre debe filtrar cuidadosamente el agua que necesitan beber. Según la OMS, el tiempo utilizado cada año por estas mujeres y niños para procurarse el agua necesaria, a partir de fuentes a menudo distantes y frecuentemente contaminadas, supera los diez millones de años.

El problema por lo tanto no afecta de la misma manera a todos los ciudadanos del mundo. En las zonas rurales de África, dos de cada tres habitantes no tienen acceso al agua potable y, con los años, el mal aumenta. En el norte de África y en Asia Central la cantidad de agua disponible por persona es hoy día diez veces inferior a la que había en 1950.

Los pobres del mundo tienen menos acceso que los ricos al agua necesaria para su consumo e higiene, y pagan hasta doce veces más que las poblaciones conectadas a redes de agua corriente. Esto es lo que afirma la Comisión Mundial del Agua, creada por el Banco Mundial. Una situación típica es la que encontramos por ejemplo en Lima, Perú, donde las familias pobres pagan a los vendedores de agua tres dólares por metro cúbico, es decir, veinte veces más que una familia de clase media que tiene agua corriente.

El presidente de la comisión en este momento, también vicepresidente del Banco Mundial, Ismael Seralgedin, escribe:

Hay una relación directa entre la falta de acceso al agua potable y toda una gama de enfermedades que atacan a los pobres en los países en desarrollo [...]. En los barrios pobres de muchas ciudades, el coste del agua representa una parte sustancial de los gastos de los hogares [...]. Esto representa el 18 % en Onitsha, Nigeria, y el 20 % en Puerto Príncipe, en Haití (EFE, Washington DC, julio de 1999).

Además, los pobres, que según el Banco Mundial son unos dos mil doscientos millones de personas en el mundo, utilizan agua que está, en gran parte, sucia y contaminada. Si nada cambia, el número de personas sin acceso al agua potable aumentará hasta los tres mil millones de personas en el año 2025. Durante los próximos veinticinco años, la población mundial aumentará en unos tres mil millones de habitantes (somos seis mil millones actualmente). Esto implicará un crecimiento de la demanda en un 10 % para las culturas agrícolas, un 20 % para la industria y un 70 % para el abastecimiento de las personas.

La falta de agua no es de ninguna manera un fenómeno natural, y sus causas no se pueden atribuir solo al aumento de la demanda. De hecho, la mayoría de los expertos coinciden al decir que son la intervención del hombre y su sistema económico y político los responsables del agravamiento de la situación durante los últimos cincuenta años, así como que las perspectivas de futuro son preocupantes. Efectivamente, la sociedad industrial consume 280 000 litros de agua para producir una tonelada de acero. Las fábricas de papel utilizan hasta 700 litros de agua por kilo de papel. El agua empleada para fabricar un automóvil puede ascender a cincuenta veces su peso.

Los seres humanos desde siempre han utilizado para su consumo las aguas subterráneas, porque tienen un alto nivel de pureza y su acceso es relativamente fácil. El agua que se consume en las grandes ciudades se extrae de esas capas alimentadas por las lluvias, y se bombea a las metrópolis a través de complejos sistemas de acueductos. Sin embargo, la explotación indis-

criminada tiene como consecuencia que el proceso de recuperación de la capa freática es lento y, a menudo, insuficiente. Cuando un pozo se deseca, se cava otro. Ahora bien, los pozos abandonados tardan a veces diez años en llenarse de nuevo. Actualmente se agotan de forma progresiva y con más frecuencia que antes, y hay que cavar más profundo para encontrar el agua. En efecto, la capa freática está interconectada por todas partes mediante un sistema de vasos comunicantes. Si el agua se extrae a un ritmo superior al que necesita para restituirse, el nivel disminuye. Es un fenómeno constatado durante los últimos años a escala mundial. Hay situaciones graves en los Estados Unidos, en México, en la India, en Yemen, y en China, donde los niveles de la capa freática disminuyen un metro al año.

Se calcula que la mitad del agua destinada al uso doméstico y a la irrigación proviene de las reservas de agua de la superficie. La mayoría de los ríos y de los lagos del planeta están situados en las zonas pobladas por el hombre desde hace miles de millones de años. Efectivamente, durante toda la historia, estos lugares han sido elegidos para fundar las ciudades que, con el tiempo, se han convertido en grandes metrópolis. En la actualidad, la alteración del ciclo hidrológico ocasiona en el caudal de muchos ríos variaciones preocupantes. Así, durante la estación seca, el río Ganges ya no desemboca en el mar, y lo mismo ocurre con el río Colorado, en América del Norte.

En 1980, la Asamblea General de las Naciones Unidas lanzó el Decenio Internacional del Aprovechamiento de Agua y de Salvaguardia de la Salud. El objetivo era que todos los habitantes del Sur tuvieran acceso al agua potable en condiciones sanitarias decentes en 1990, para lo cual se invirtieron más de 134 mil millones de dólares. El programa debía beneficiar a más de mil millones de personas. Pero el crecimiento demográfico en los países afectados (ochocientos millones de personas), las políticas erróneas de los organismos financieros internacionales (Banco Mundial y FMI), y el capitalismo neoliberal han neutralizado los resultados de esta inversión.

Durante los años noventa, la evolución de la situación ha sido calificada por la OMS como “progreso limitado”, y sin

embargo, según los cálculos de esta organización de las Naciones Unidas, con solo el 4 % de los gastos militares mundiales se podría dar un salto cualitativo en la solución del problema de los recursos hidráulicos.

Todos estos ejemplos muestran que el problema del agua se inserta en una realidad de relaciones sociales creadas por las desigualdades económicas, tanto entre las naciones como en el seno de los propios países. Un problema físico como el del agua no puede por lo tanto quedar aislado de la organización de las sociedades, y menos aún de las relaciones internacionales.

En el caso de Israel, el reparto y control de los recursos hidráulicos se ha convertido en una de las claves de las negociaciones del país: la mayor parte del suministro de agua proviene de los territorios ocupados en 1948, ocupación que supuso la expulsión del 68 % de la población palestina y la destrucción de su tejido social. En 1967, la ocupación de nuevos territorios redujo a cuatro millones y medio de palestinos al estado de refugiados y condenó a cerca del 60 % de ellos al paro. El índice de pobreza en Palestina es del 50 %, sin un verdadero Estado que represente a los ciudadanos frente al Estado israelí, que no solo controla las fuentes hidráulicas, sino que también, según los datos de la ONU, ha arrancado más de ciento cincuenta mil olivos y árboles cítricos de los campos palestinos.

En Ecuador, donde el agua es un recurso deficitario, la administración encargada de repartir la irrigación ha resultado ser una fuente de conflictos. En Bolivia, la privatización de la gestión del agua ha causado reacciones violentas, hasta el punto de que ha sido necesario contratar mercenarios para defender los intereses privados de las empresas nacionales e internacionales. Bangladesh y Bengala occidental forman un gran delta constituido por los ríos Ganges, Brahmapoutre y Megha, y lógicamente la incidencia del más mínimo cambio en los regímenes hidráulicos es enorme en la vida de los dos países. La India ha elaborado grandes proyectos de desviación de las aguas de estos ríos, y las consecuencias y la tensión entre estos países ya se ha dejado sentir, y se corre el riesgo de desembocar en un conflicto.

Turquía controla las principales fuentes del Éufrates y del Tigris. Todos los intentos por retener las aguas de estos ríos, por desviarla o simplemente monopolizar su uso, tienen repercusiones en Iraq y en Siria, que dependen de estas fuentes hidráulicas. Turquía utiliza su posición ventajosa como arma de presión en los conflictos territoriales y políticos. El agua es también objeto de preocupación política en Egipto, donde la dependencia del Nilo hace que las autoridades sean especialmente sensibles a la evolución de los conflictos que sacuden a Etiopía, donde nace el Nilo Azul, o a Sudán, por donde corre ese río antes de atravesar Egipto.

Otro foco de tensión se sitúa en el Extremo Oriente, sobre todo en China, que controla la mayoría de las fuentes de los ríos del Tíbet y de otros países vecinos, como la India, lo que suscita una fuerte hostilidad en los países que viven del agua de estos ríos. También hay conflictos menores, que por ahora se reducen a batallas verbales, entre México y los Estados Unidos, que utilizan el agua del río Colorado para abastecer la metrópolis de Los Ángeles, con lo que disminuye su caudal, en detrimento de los mexicanos.

En el sur de África, durante muchos años, el problema del agua ha sido relegado a un segundo plano. En la actualidad, la situación se ha vuelto tan crítica que el agua se ha calificado como objetivo político fundamental. Ante la ausencia de mecanismos que permitan solucionar de una forma justa los conflictos existentes, la situación también ha sido calificada de alarmante.

Los problemas relativos al agua también van acompañados de numerosos conflictos internos. Así, en Argelia, el nivel agua en los embalses ha pasado del 46 % en junio de 2001 al 38 % a final de agosto de ese mismo año; el nivel ha caído en ocho de ellos, situados en el centro, hasta un 22 %. Esto ha hecho necesario un racionamiento del agua, un día cada tres, con la planificación de horarios, y ha provocado, en algunas partes del país, movimientos de protesta, sobre todo en Annaba, donde la gente denuncia el despilfarro de agua y la vetustez del sistema

hidráulico, envejecimiento que se debe a la falta de inversiones (*Le Monde*, 2-3 septiembre de 2001).

En España, el 10 de agosto de 2001 se organizó una “marcha azul” de Barcelona a Bruselas, para criticar el plan hidráulico nacional que preveía la construcción de cien nuevos embalses y la transferencia de agua del Ebro hacia Andalucía. El 11 de marzo de ese mismo año, más de ciento veinte mil personas se habían manifestado en Madrid para exigir una nueva cultura del agua (*Le Monde*, 11 septiembre de 2001).

“Una de las grandes contradicciones de la naturaleza humana es que apreciamos las cosas solo cuando comienzan a faltar”, decía recientemente con respecto al problema del agua el subsecretario de las Naciones Unidas. Este tema ha pasado a un primer plano en los intereses internacionales, y la mayoría de los países califica el agua como un recurso estratégico. Algunos incluso piensan que, del presente al año 2015, los países ricos podrían desencadenar una guerra no tanto por el petróleo, sino más bien por el control del agua.

Los efectos ecológicos de la utilización salvaje del agua

Durante los últimos veinte años, el poder económico de las empresas multinacionales ha aumentado considerablemente, al tiempo que se han multiplicado las industrias, las culturas y otras prácticas que contaminan el agua, en el marco de una lógica del beneficio que no muestra la más mínima preocupación por la destrucción de la naturaleza. Se estima que en Francia, por ejemplo, los métodos agrícolas utilizados durante los últimos años han provocado una alteración importante de la calidad del agua, como consecuencia de la utilización intensiva de productos químicos (*Le Monde*, 11 septiembre de 2001). Este modelo destructor y contaminante del agua y de la naturaleza se ha extendido también a los países socialistas, ya que estos últimos han adoptado la misma filosofía, y los mismos conceptos de progreso, productividad y tecnología que los que triunfaron con el capitalismo del siglo XIX y los principios del XX. Desde

la implantación del capitalismo en el bloque ex soviético, la contaminación del agua no ha disminuido. Más bien todo lo contrario, ha crecido como consecuencia de la aplicación de las medidas económicas neoliberales.

Cada año, más de tres millones de personas mueren por enfermedades relacionadas con el agua, ya sea directamente debido a su mala calidad o a la contaminación de los alimentos, o indirectamente a través de organismos portadores de enfermedades, como los mosquitos, que se reproducen en el agua. Estas enfermedades incluyen las diarreas, que provocan más de dos millones de muertos cada año, y la malaria, que provoca un millón. Estas muertes se podrían haber evitado con menos de dos dólares por persona si, durante la última década, se hubieran dedicado unos 7 846 000 millones de dólares por año a la salud pública. Sin embargo, en los últimos tiempos han sido los gastos militares los que han aumentado a 864 miles de millones de dólares anuales, es decir, 144 dólares por persona (Federación Internacional de las Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, comunicado de prensa, junio de 2000). Por eso no es difícil comprender que el sistema económico y político que rige el universo hoy día nos conduce a la contaminación y a la destrucción de los recursos hidráulicos y del medio ambiente, y pone en peligro la propia supervivencia del planeta.

Por otra parte, no es solo la cantidad de agua potable la que disminuye, sino también la calidad. La contaminación en este caso proviene en primer lugar de la agricultura. Debido a la utilización intensiva de abonos químicos, fomentada por las multinacionales petroquímicas, durante los últimos cincuenta años estas sustancias se han infiltrado en el suelo, con un alto nivel de concentración. Muchos pozos se han vuelto inutilizables, y otros solo sirven ya para la industria.

Diversas investigaciones han señalado el inquietante grado de contaminación de los suelos debido a los nitratos y fosfatos, problema ampliamente extendido como consecuencia de la expansión de las explotaciones agrícolas y los criaderos intensivos. Las plantas solo absorben una pequeña parte del nitrato que producimos. El resto se filtra hasta las aguas subterrá-

neas, y allí se acumula, ya que no es degradable. A esta contaminación se añaden las prácticas modernas y la extensión de las tierras de cultivo. Se ha destruido una gran cantidad de capas húmedas que, gracias a los sedimentos, sirven de filtro y producen un agua limpia.

El 1ro de octubre de 2001, el Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés; GIEC, por sus siglas en francés) publicaba un informe de síntesis sobre el cambio climático, un resumen de los conocimientos acumulados desde 1995. El recalentamiento disminuirá las reservas de agua dulce en Asia Central, en África Austral y en los países del Mediterráneo. En las regiones áridas del Sur, el problema se está traduciendo ya en problemas endémicos de sequías y escasez de agua, agravados por la mala utilización de los recursos hidráulicos. Tendrá mayores efectos negativos en las zonas polares, que constituyen las principales reservas de agua potable. Las nieves perpetuas del Kilimanjaro, la montaña más alta de África, están fundiéndose, y se prevé que desaparezcan de aquí a quince años. En América del Sur, el deshielo de las cumbres andinas ya está provocando inundaciones, y se prevé que la mitad de los glaciales alpinos podrían también desaparecer en poco tiempo.

En la mayoría de las regiones, incluidas las europeas, está previsto que se intensifique la frecuencia e intensidad de los desbordamientos, y que la calidad del agua disminuya. En las costas, el número de personas afectadas por las inundaciones aumentará considerablemente de aquí al año 2080, aunque el aumento del nivel del mar solo sea de unos cuarenta centímetros. Con respecto a la incidencia agrícola del cambio climático, podría afectar a los rendimientos de las cosechas, que aumentarían en las regiones nórdicas, pero disminuirían en las zonas tropicales. El informe de la comisión intergubernamental se expresa así sobre este aspecto:

Las sociedades más pobres del mundo son las más dependientes del agua y de la agricultura, y las que corren los mayores riesgos como consecuencia de los cambios

climáticos [...]. Muchas plantas y animales, así como diversos modos de vida humana desaparecerán para siempre (Informe de 2 699 páginas redactado por más de tres mil expertos y publicado por la Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático, ONU, julio de 2001).

La deforestación y la explotación extensiva de cultivos y pastos afectan al revestimiento natural de los suelos, lo que hace que la superficie terrestre refleje una luz mayor en la atmósfera, y contribuye así a aumentar su temperatura, a dispersar las nubes y a reducir las lluvias. Una gran parte de estas últimas proviene, sobre la tierra firme, de la evaporación del agua de las hojas de los árboles, de los montes y matorrales. Al ser eliminadas, disminuye la cantidad de agua disponible para formar las nubes. Además, cuando ya no queda vegetación para retener el agua, esta desaparece al mismo ritmo al que cae del cielo; se filtra hasta la capa freática y retorna al mar. El proceso de desertificación y la pérdida progresiva de la vegetación de las riberas contribuyen a reforzar el fenómeno. Este proceso, que comenzó con el desarrollo del capitalismo industrial, no ha hecho más que incrementarse durante los últimos veinticinco años de periodo neoliberal.

A la búsqueda de soluciones

Entre las numerosas soluciones propuestas para resolver los problemas del agua, algunas de ellas son técnicas, como las presas (con toda su ambivalencia) o las nuevas maneras de irrigar, y otras son más bien cuestiones de principios; la privatización, o la declaración del agua como patrimonio universal de la humanidad.

Es asombroso constatar como, a pesar de que conocemos el ciclo natural del agua hasta sus más mínimos detalles, este ha sido ignorado en la elaboración de los proyectos destinados a resolver los graves problemas de escasez a los que nos enfrentamos. La construcción de grandes embalses y reservas, así como la desviación de algunos ríos, comenzaron en los años

sesenta, y muchos países han invertido enormes sumas de dinero en proyectos de este tipo. Sin contar algunas excepciones, las consecuencias de esto han sido devastadoras, tanto desde el punto de vista económico como desde el ecológico y el humano.

Y sin embargo algunos países continúan promoviendo este tipo de solución. En el sudeste asiático y en la India, en concreto, donde es necesario irrigar las tierras que alimentan a un tercio de la población mundial, el fracaso evidente de las políticas hidráulicas convencionales obliga a buscar alternativas a los grandes embalses.

En África, el río Tana es un triste testigo del fracaso de muchos megaproyectos del Banco Mundial. Se había previsto la construcción de una presa y de una central hidroeléctrica, un proyecto de irrigación y una reserva ecológica. Cada uno de estos proyectos afectó de manera negativa a los otros, y miles de personas, que tuvieron que abandonar sus viviendas sin recibir compensación alguna, viven hoy en la miseria.

Los ejemplos se pueden multiplicar. En la isla Reunión, la operación “transferencia de aguas” prevé desplazamientos de agua del este hacia el oeste, y se teme que la población abandone la zona del este, sin que se encuentre una solución a largo plazo (*Libération*, 20 enero de 2002). El tan controvertido embalse de las Tres Gargantas en China exige el desplazamiento de un millón de personas y la destrucción de algunas ciudades. Los cientos de millones de dólares invertidos en estos proyectos han servido para enriquecer a las empresas multinacionales del Norte, puestas en contacto con el Banco Mundial y los gobiernos locales para realizar los proyectos. Proyectos que no han hecho más que agravar la situación de la población autóctona y han puesto en peligro las reservas naturales. La clave del fracaso ha sido la falta de interacción entre los diferentes proyectos, y sobre todo la falta de respeto hacia los ciclos hidráulicos naturales.

Ante el enorme aumento que se prevé de la demanda de agua en la agricultura en los próximos años, asistimos a fuertes reacciones contra toda iniciativa que suponga una modificación

de los cursos fluviales o la construcción de embalses. Muchos habitantes de estas regiones ya no aceptan que se les desplace de la tierra donde han nacido, donde viven y donde sus ancestros fueron enterrados, simplemente para que otros puedan beneficiarse del agua que ocupará su lugar en la superficie geográfica. Por el contrario, se realzan las soluciones descentralizadas, que rehabilitan las estructuras antiguas y recurren a los responsables locales para ser más eficaces a largo plazo y bastante menos costosos.

La aplicación de cultivos de irrigación intensiva en zonas tradicionalmente áridas y de bajo drenaje ha provocado la salinización de las tierras y el aumento de la desertización. El intento, por parte de las multinacionales de la agroproducción, de implantar a nivel mundial un modelo predefinido de agricultura sin tener en cuenta las condiciones particulares de cada región, fruto de la relación existente entre la agricultura, la tierra y la cultura tradicional local, ha mostrado sus limitaciones y desventajas, y es África el ejemplo más triste y dramático.

En algunos casos, como en Sudáfrica, ya no se sabe qué hacer para solucionar el problema, y el gobierno ha comenzado a cortar, de forma sistemática, todos los árboles de origen extranjero (que representan el 8 % de la superficie de los bosques), con el fin de ahorrar agua. Algunas de estas especies consumen en efecto mucha agua –setenta litros de agua al día la acacia y doscientos litros el álamo. El país ya solo tiene un 2 % de superficie de bosque natural y, solo para la industria del papel, se han plantado durante los últimos años 1,3 millones de hectáreas de bosque industrial.

Por el contrario, las soluciones de baja tecnología han demostrado su utilidad y un impacto menos negativo sobre el medio. Los pequeños embalses construidos por las comunidades locales han dado buenos resultados en China, donde se han construido millones. En Israel, se está comenzando a aplicar de manera satisfactoria un innovador método de reciclaje del agua. Por otra parte, el sistema de irrigación por goteo, que solo utiliza el 5 % del volumen de agua de los sistemas tradicionales, se ha revelado como una verdadera alternativa. Algunos

están empezando a comprender que todos los suelos no son adecuados para cualquier tipo de agricultura, y se está volviendo a las culturas tradicionales regionales. Asistimos también a un aumento interesante de la agricultura biológica, y se está dando una mayor importancia a la utilización óptima del agua en los procesos industriales.

Desde hace una década, el agua está presente en la opinión pública como el recurso estratégico del siglo XXI. Las conferencias, foros y declaraciones oficiales se han encadenado para alertar a los grandes responsables y convencerles de la proximidad de la crisis del agua: un desfase inédito entre la demanda, en crecimiento constante, y la oferta de agua a nivel mundial. Pero aunque los datos del problema y la urgencia de la toma de medidas para controlar esta demanda y reducir los factores de contaminación y despilfarro son indiscutibles, la postura dominante prefiere básicamente confiar la solución de este complejo problema a las fuerzas del mercado.

Efectivamente, un consenso emana de estos encuentros y se refuerza de año en año: para realizar las inversiones necesarias y administrar la producción y distribución del agua de forma eficaz, esta debe ser considerada como un bien económico. Esta nueva concepción, aparentemente científica, esquiva los verdaderos problemas (medioambientales, sociales y políticos) y hace del recurso natural vital por excelencia una mercancía igual que las otras. Pero por supuesto no es insensible al gigantesco trabajo desarrollado por los *lobbying* de las grandes compañías del agua, cuyos representantes son interlocutores privilegiados –incluso miembros– de organismos como el Consejo Mundial del Agua, encargado por el Banco Mundial y la ONU para dirigir una reflexión “participativa” sobre este tema y formular proposiciones.

El Norte, comprometido con las políticas neoliberales, las impone al Sur. La solución típica es la privatización de los servicios públicos, incluido el suministro de agua a la población. Afirman que la gestión estatal de los servicios públicos está asociada a la ineficiencia, mientras que la gestión privada sería sinónimo de excelencia. Ahora bien, la experiencia de más de

un siglo demuestra que esto es falso. En esta misma línea, se afirma también que el agua es cara y que el costo de su gestión (recogerla, conservarla, distribuirla, utilizarla y reciclarla) solo puede ser asumido eficazmente por las instituciones privadas, locales y nacionales, de los países del Sur, pero bajo la hegemonía de las empresas multinacionales.

Así, durante el Foro Mundial del Agua en La Haya (marzo de 2000), se afirmó que para proporcionar el agua necesaria a todos a los que les hace falta, sería necesaria una inversión de ciento ochenta mil millones de dólares entre 2000 y 2005. Como coste global, sin desglosarlo por regiones, países, localidades y proyectos, se podría pensar que es excesivo. La conclusión fue que el único modo de gestión era la privatización, y que esta tarea debería ser confiada a las empresas multinacionales (*El País Digital*, 19 de marzo de 2000). Paralelamente, basta con recordar que el coste de armamentos previsto para el mismo periodo superaba los cuatro mil quinientos millones de dólares, es decir, veinticinco veces más que la cifra propuesta para poder abastecer de agua a todos aquellos que la necesitaban.

Una de las condiciones impuestas por el Banco Mundial para la reducción de la deuda de “los países fuertemente endeudados” es precisamente la privatización de la distribución de agua en las ciudades, como fue el caso de Mozambique en 1998. El país también debía interrumpir sus programas de toma de agua en las regiones rurales (Jean-Pierre Page, *Vous êtes huit, nous sommes six milliards*, Norte-Sur, 2001).

La casi totalidad de los países del Sur han aplicado las fórmulas neoliberales del FMI y del Banco Mundial y han privatizado o están en camino de privatizar la gestión del agua. Las empresas están fragmentadas, y es casi imposible implantar las estrategias nacionales destinadas a resolver los problemas de las regiones más afectadas.

La última invención del mercado ha sido el comercio mundial del agua embotellada. Este ha crecido durante los últimos años en más de un 7 % al año. En 2001, se embotellaron más de noventa mil millones de litros de agua, y el precio puede alcanzar diez mil veces el del agua corriente proveniente del

sistema público de distribución (estudio realizado por la Universidad de Ginebra, para el World Wildlife Fund). Este fenómeno es un verdadero termómetro de los nuevos estilos de vida que impone el mercado global en detrimento del medio ambiente, ya que los procesos de fabricación y de transporte y los residuos que generan provocan daños en el entorno.

En el Sur, se dice en su favor que el agua embotellada es una garantía para la salud, debido a la contaminación de las fuentes acuíferas. Pero es sobre todo en los países del Norte donde el consumo de este producto ha alcanzado grandes proporciones, y se asocia a objetivos precisos: adelgazar, purificar el organismo, calidad cosmética, presunción de estatus social, carácter afrodisíaco, etc. En internet incluso se puede encontrar un sitio que permite comprar agua embotellada proveniente de cualquier lugar del mundo (www.bottled-waterstore.com).

Como de costumbre, detrás de este negocio, que no respeta el ciclo natural del agua y contribuye a contaminar el medio ambiente, se encuentran de nuevo las empresas multinacionales; en concreto, Nestlé, Danone y Coca-Cola. En Vietnam, por ejemplo, son tres empresas multinacionales las que monopolizan este mercado. La FAO ha intentado establecer índices de calidad que permitan homologar, en todo el mundo, los resultados cualitativos de esta industria en pleno crecimiento, pero las empresas multinacionales, y los Estados Unidos a la cabeza, han rechazado todo tipo de regulación en este campo.

Cada vez más, el agua se convierte en una mercancía, de manera que entra a formar parte de una economía capitalista globalizada. En este sentido, la prioridad ya no es responder a una necesidad, sino obtener rentabilidad. Tanto en las sociedades del Norte como en las del Sur, la comercialización del agua es uno de los elementos de la relación social. Entre el Norte y el Sur, incrementa la distancia entre ambos, y está a punto de desencadenar conflictos que podrían ser los más importantes durante el siglo XXI. Dentro de las sociedades, el acceso al agua es una de las formas de discriminación social. La privatización a todos los niveles no hace más que reforzar la desigualdad de las relaciones sociales.

El agua como patrimonio universal de la humanidad

El hecho de que el agua, en tanto recurso natural del planeta, indispensable para la vida vegetal, humana y animal, deba ser compartida entre todos y considerada como un bien común de la humanidad, es en el presente una idea cada vez más universalmente aceptada. Incluso cuando la situación actual de penuria exige enormes esfuerzos para llegar a una solución, esta última no es imposible. La clave es poner en común las iniciativas de los diferentes componentes de la sociedad civil de abajo para neutralizar las políticas de las naciones hegemónicas y de las empresas multinacionales que dominan el sector.

Efectivamente, podemos preguntarnos si el sistema actual y sus tecnologías podrán resolver los problemas del envenenamiento y contaminación del agua así como del cambio climático, si los regímenes contemporáneos podrán frenar el enrarecimiento del agua y favorecer una utilización más en concordancia con su ciclo natural y estar en condiciones de responder a las necesidades de todos los habitantes del planeta, y si seremos capaces de dar un paso hacia una sociedad que ponga fin a la espiral de destrucción.

El hecho de que por el momento no haya problemas de agua en las capitales de los siete países más industrializados del mundo no debería tranquilizar a la opinión pública mundial. El problema del agua es mundial, no solo porque afecta a todas las naciones de una forma u otra, sino sobre todo porque el agua es un elemento natural, cuyo ciclo se regula a escala planetaria y no conoce las fronteras creadas por los seres humanos. Toda solución que no tenga en cuenta esta dimensión está condenada al fracaso.

No habrá forma de solucionar el problema específico del agua mientras se trate como una mercancía y se le considere un bien privado, cuando realmente se trata de una herencia común. A este respecto existen numerosas proposiciones, que van más allá de una simple afirmación de principio. Los movimientos sociales ya se están desarrollando y han conseguido frenar pro-

yectos poco razonables o de privatizaciones salvajes. El primer paso fundamental es ser conscientes del hecho de que el agua, fuente de la vida, es un patrimonio de la humanidad a nivel mundial. No se trata de esperar a que el agua empiece a faltar en las fuentes del Central Park o en las mansiones de las ciudades europeas, para poner en marcha medidas concretas destinadas a aportar una solución a un problema que afecta duramente a la vida de cientos de millones de personas.

CAPÍTULO 3

GLOBALIZAR LAS RESISTENCIAS Y CREAR LAS ALTERNATIVAS

La extensión del capitalismo productor de riquezas, pero también devastador de la naturaleza, destructor de los seres humanos y constructor de desigualdades, afortunadamente suscita reacciones y empuja hacia la búsqueda de alternativas. En esta perspectiva se sitúan hoy día los foros sociales mundiales y las reflexiones sobre las alternativas. Por eso es importante inclinarse hacia estas dos nuevas dimensiones de la globalización.

La convergencia de movimientos sociales: un bosquejo de análisis

Si recordamos que la primera reunión de este tipo se organizó en enero de 1999 en Zurich y Davos, solamente con la participación de cinco movimientos sociales (uno por continente) y con el título “Otro Davos”, constataremos que los progresos han sido espectaculares. En el año 2003 en Porto Alegre se dieron cita cien mil personas, y se organizaron cerca de mil setecientas reuniones, seminarios y conferencias, en las cuales participaron cuatro mil periodistas, con una cobertura de prensa mundial que eclipsó a Davos en los medios de comunicación internacionales.

La evolución de las convergencias

El Foro Social Mundial (FSM) se ha convertido en el polo opuesto de Davos, y representa una expresión de la sociedad civil de abajo frente a la sociedad civil de arriba. Las catástrofes sociales de las políticas neoliberales son tan obvias que incluso algunas personas vinculadas con el sistema empiezan a reaccionar y a denunciar el carácter ideológico de las políticas que se llevan a cabo, así como sus efectos negativos. Cada vez más y más grupos sociales resultan afectados por estas políticas y cada vez más y más movimientos y organizaciones se juntan en el Foro Mundial para expresar sus desacuerdos, analizar las causas y proponer soluciones alternativas. La orientación fundamental de este “encuentro de movimientos” está bien clara: se trata de crear un espacio de intercambio mundial, continental, nacional y regional para los que luchan contra el neoliberalismo, contra la hegemonía mundial del capital y en busca de alternativas frente a estos fenómenos (“Carta de base” del FSM).

Lo que sucede con los Foros Sociales es el fruto de dos tipos de hechos. Por una parte, se ha producido una convergencia entre los movimientos sociales y entre las organizaciones progresistas, la cual comenzó con el “Otro Davos” a principios del año 1999, y se ha ampliado considerablemente con la iniciativa brasileña. Por otra parte, se han efectuado una serie de protestas contra las decisiones internacionales, tales como las protestas contra la OMC en Seattle a finales de 1999, las realizadas en Washington contra el Banco Mundial y el FMI, las que se produjeron en Göttenborg contra la Cumbre Europea, las de Génova contra el G8, etc. La conjunción entre las protestas contra un sistema cada vez más destructor y la convergencia de los movimientos contra un enemigo común y en la búsqueda de alternativas, alimentó a esta dinámica. El espíritu triunfalista del capitalismo culminó a finales de los años ochenta y la ola de resistencias que le sucedió coincidió con una crisis del sistema, no solamente financiera, sino también del aparato productivo y de las normas éticas de su funcionamiento.

No obstante, el problema de la eficacia política de los foros no es menos importante, y esta es la pregunta que se escucha cada vez más desde el exterior. Se puede aun pensar que los más inteligentes dentro del sistema económico y político mundial contemporáneo son lo suficientemente felices al ver la multiplicación de estas reuniones, las cuales absorben un tiempo enorme y afectan las energías y los medios de tantas organizaciones populares y progresistas. Deben ser felices al ver que estas reuniones son pacíficas, que la gente canta, baila, desfila... mientras durante ese mismo tiempo los dirigentes del mundo capitalista siguen enfrascados en sus políticas económicas y en sus preparativos militares.

Sin embargo, sin dudas el FSM ha producido un cambio cultural considerable en un mundo dominado por el pensamiento único neoliberal. La propia idea de que “otro mundo es posible” ha calado en la cultura mundial y se ha convertido en un *leitmotiv* importante. La tercera reunión del Foro Internacional se caracterizó por un aumento de la conciencia colectiva. Cada vez más y más gentes, más y más movimientos y organizaciones tienen la convicción de que el adversario (el capitalismo en su fase neoliberal y militarizada) es el mismo y que, en consecuencia, deben trabajar juntos.

El Foro Mundial tiene que encontrar la manera de ir hacia adelante, para no terminar como un Woodstock social o como Mayo de 1968, es decir, para no terminar en algo que tuvo cierto impacto, pero que no significó nada decisivo. La crisis del sistema capitalista es fuerte y las resistencias se multiplican. No se puede perder tiempo y la convergencia entre los movimientos sociales, antiguos y nuevos, organizaciones no gubernamentales progresistas, intelectuales y hombres y mujeres de terreno, resulta más necesaria que nunca. La búsqueda de alternativas, al nivel de las utopías, del mediano y del corto plazo, tiene que desembocar de una manera u otra en medidas concretas. Esta es la esperanza que tienen centenares de millones de seres humanos.

Reflexiones teóricas e históricas

En el plano teórico, resulta importante preguntarse el por qué de la emergencia de tantos movimientos originados por grupos sociales no vinculados directamente con la relación capital/trabajo, en tanto el propio capitalismo ha adquirido las bases materiales de su dominación mundial, y que son elementos constitutivos, e incluso motores, de las nuevas convergencias de los movimientos de resistencia. En este sentido, dos cuestiones merecen ser señaladas; por una parte, a nivel conceptual, el lugar social de origen de estos movimientos y, por otra, las formas de la globalización de las resistencias actualmente en curso.

Para el primer aspecto, nos gustaría aprovechar la utilización que hizo Marx del concepto de sumisión formal (Marx habla de subsunción) en oposición con la sumisión real del trabajo al capital. Recordemos brevemente este razonamiento. La sumisión (o modo de subordinación) es real, cuando el régimen de dominación y subordinación se sitúa en el propio seno del proceso de producción, es decir, en una relación directa que Marx denomina sociopolítica. Por el contrario, la sumisión formal es una condición indirecta ejercida por el dominio de las condiciones de trabajo. Ambas sumisiones se corresponden con maneras diferentes de extraer el excedente del producto del trabajo y de contribuir, de esta manera, a la acumulación de capital (G. Bensussan y G. Labica, 1982: 1165-1170).

Marx utilizó este concepto para explicar un proceso histórico, el del paso, en Europa, de los modos de producción precapitalistas al modo de producción capitalista. Más precisamente, el paso de la manufactura a la empresa industrial, como consecuencia de la división del trabajo. Aunque resulta impropio extrapolar teóricamente una forma histórica; por el contrario, no está prohibido retomar un concepto y actualizarlo para tratar de sobrepasar lo que podríamos calificar como un enfoque puramente descriptivo.

Recordemos, de entrada, que el capitalismo siempre ha sabido utilizar formas preexistentes (“arcaicas”, diría Marx) de pro-

ducción, y que incluso ha contribuido, en determinadas circunstancias, a darles una nueva vida. Ese fue el caso, en el siglo XIX, de la propiedad feudal de la producción de trigo en Rumania o el del esclavismo en la economía de plantaciones en América. En la actualidad, tan asombroso como pueda parecer, el capitalismo se ha convertido en un modo universal dominante sin que su proceso de acumulación no implique en modo alguno la integración del conjunto de los trabajadores en una relación directa capital/trabajo, es decir, en un régimen de asalariados. Por el contrario, la mayoría de la población activa en el mundo (incluyendo a las mujeres que trabajan a domicilio para “la reproducción de la fuerza de trabajo”) no es asalariada. ¿Ello quiere decir que esa mayoría no está sometidas al capital?

La respuesta a esta pregunta es *no*, evidentemente. La lógica del capitalismo, es decir, la ley del valor, se ha impuesto universalmente, y este es el sentido contemporáneo del concepto de globalización y es la razón por la cual las actuales convergencias de los movimientos sociales de resistencia han recibido el calificativo de antimundialistas o de altermundialistas. La sumisión formal se realiza a través de numerosos mecanismos. Ellos son principalmente de dos tipos: financieros y jurídicos. En el primer caso, podemos citar la importancia creciente del capital financiero, la especulación, los paraísos fiscales, los mecanismos de fijación de precios, las exigencias de retribución de los capitales a corto y mediano plazo, las políticas monetarias, la deuda externa, el rol preponderante de los organismos financieros internacionales y los condicionamientos para acceder a los créditos por imposición de los programas de ajuste. En el segundo caso, se trata de las normas jurídicas que refuerzan la ley del valor, tales como la privatización de los servicios públicos y de ciertos sectores de la seguridad social, o la reducción del Estado de bienestar (Welfare State). Tales normas se imponen también internacionalmente, sobre todo a través de la OMC, la cual es responsable de un verdadero nuevo orden jurídico internacional al servicio del capital, que entra en contradicción con los derechos de los pueblos (como es el caso de los acuerdos TRIPS sobre la propiedad intelectual).

Estos mecanismos diversos contribuyen a extraer el máximo de riquezas y, de manera directa o indirecta, afectan la parte de los ingresos del trabajo en el producto social. Podemos aplicar, en este caso, el concepto de sumisión formal porque, en efecto, no es en el propio seno del proceso de producción que se produce la condicionante, sino más bien en la creación de condiciones que les impiden, a aquellos que viven del trabajo, es decir, al conjunto de la población activa concernida, acceder a los recursos creados. No es entonces una sumisión directa del trabajo, sino que es indirecta. En efecto, agotar a un Estado con los pagos de la deuda le impide al mismo llevar a cabo políticas de redistribución de los ingresos, le impide realizar inversiones sociales y culturales colectivas e incluso le impide reforzar las medidas de seguridad social.

La imposición de los Planes de Ajuste Estructural conlleva a los mismos efectos. En cuanto a las normas de la OMC a favor de la liberalización del comercio, las cuales ignoran que el mercado es una relación social y que el mercado capitalista es necesariamente una relación desigual (es suficiente recordar el gráfico del PNUD que ilustra el reparto de los ingresos en el mundo, la copa de champaña), lo único que hacen es reforzar este proceso.

Hay que añadir, sin embargo, una reflexión suplementaria: la existencia de una categoría de seres humanos que escapan casi completamente de la ley del valor, y de otra categoría que solo tiene marginalmente la posibilidad de crear un valor añadido que el capital puede utilizar para sus intereses. Para los primeros, que viven del trueque, de la mendicidad o de la asistencia humanitaria, el caso está claro para el sistema. Hay que crear –tal y como dice Michel Camdessus, antiguo director del FMI– una tercera mano, al lado de la mano invisible del mercado y de la mano reguladora del Estado; hay que crear la mano de la caridad. Para los segundos se desarrolla otro escenario. Incapaces de contribuir con validez a la acumulación de capital, son abandonados a sí mismos, en el mejor de los casos para engendrar una economía de supervivencia (sector informal) y en el peor de los casos terminan por sucumbir ante las enfermeda-

des, la violencia entre ellos mismos o las guerras. Ambos constituyen lo que Susan George llama “las multitudes inútiles”. Ahora bien, se trata de víctimas del sistema y de su lógica y no de un determinado retraso en el desarrollo, que hay que eliminar, algo que ha sido bien puesto en evidencia por Samir Amin.

La realidad social es dialéctica, porque se trata de relaciones entre actores sociales y no entre “cosas”, tal y como la lógica del capitalismo tiende a afirmar y a establecer, con lo cual reduce la sociedad a su carácter mercantil. De ahí el nacimiento de resistencias que se manifiestan bajo la forma de movimientos. Sin dudas, no fue el capitalismo quien inventó todas las contradicciones de la historia. La desigualdad en las relaciones entre los hombres y las mujeres existía mucho antes de que este se impusiera como lógica de la organización de la economía. La conquista de territorios en busca de ventajas económicas o políticas no comenzó con el capitalismo. La extracción del excedente por parte de grupos o de clases sociales específicas se desarrolló desde que fueron sobrepasadas las sociedades de linaje. El rol de la lógica capitalista consistió en desenclavar la economía de la sociedad, según el concepto de K. Polanyi, por medio de la paulatina integración de las actividades colectivas a la ley del valor (por ejemplo, los servicios públicos deben ser rentables; en consecuencia, privatizables, y por lo tanto capaces de contribuir ellos también a la acumulación de capital).

La constante búsqueda de nuevas fronteras caracteriza a esta lógica, pero ella se enfrenta a dos obstáculos: el *impasse* ecológico por una parte y las resistencias sociales por otra. Los grupos portadores del proyecto capitalista han logrado absorber cierto número de contradicciones del primer tipo: el reciclaje de los desechos se ha convertido en una actividad rentable y la aplicación de nuevas tecnologías de producción y de consumo ha resultado ser una fuente de provechos, pero existen límites. En cuanto al segundo, el de las resistencias, ellas han sido objeto, por una parte, de una reapropiación semántica (utilización de los mismos conceptos pero transformando su sentido: *sociedad civil*, *descentralización*, *autonomía*, *participación*, etc.); por otra parte, de tentativas de captación (asociadas a los programas de

lucha contra la pobreza, invitación a participar en el Foro de Davos, etc.) o finalmente, de represiones jurídicas, policíacas o militares.

Con el advenimiento y el desarrollo del capitalismo, se crearon nuevas condiciones para la emergencia de las resistencias, nuevos sectores de reivindicaciones, y formas renovadas de expresiones y de una cultura de la lucha social. De esta manera, el neoliberalismo, con su extensión de las zonas de sumisión real del trabajo al capital, ha sido la causa de una multiplicación de las luchas de los trabajadores, a menudo con perspectivas más radicales que las de las organizaciones existentes en las regiones de la antigua industria.

Por otra parte, esto ha significado un enorme avance de la sumisión formal, lo que se ha convertido en la causa de la emergencia de nuevas luchas (campesinos sin tierra, pobres urbanos, inmigrantes, indocumentados, luchas por salvaguardar los servicios públicos, la defensa del medio ambiente, la oposición a la dominación del capitalismo financiero, etc.) y también de luchas ya seculares que han tomado nuevas formas (movimientos feministas, movimientos de pequeños campesinos, de pueblos autóctonos, de estudiantes, movimientos contra la guerra, etc.). A todo esto hay que añadirle las organizaciones que se ocupan de las víctimas del sistema, algunas de las cuales se han radicalizado al abrirse hacia un análisis más profundo (Amnistía Internacional, Caritas Internacional, Médicos sin fronteras, Emmaüs, etc.), al igual que aquellas llamadas “tercermundistas”, algunas de las cuales han refinado progresivamente su visión del “desarrollo”.

Treinta años de ofensiva contra el trabajo y contra el Estado, con el fin de crear las nuevas condiciones para la acumulación de capital, y diez años de neoliberalismo triunfante después de la caída del socialismo real, han creado evidentemente nuevas condiciones para las luchas sociales. De entrada, la extensión relativa de la sumisión real ha hecho que se le otorgue valor a elementos diferentes de los de la contradicción directa capital/trabajo y, en consecuencia, a reivindicaciones no únicamente vinculadas con las condiciones de trabajo y de salario (con su

extensión en el sistema de seguridad social). Se trata de objetivos diferentes a los de la oposición a la explotación directa, y vinculados, en esta ocasión, a cuestiones que afectan la calidad de la vida, el derecho a las identidades culturales, los derechos humanos y la democracia participativa. Estas luchas han dado lugar a nuevas formas de expresión y han construido nuevos espacios sociales, diferentes a los de los movimientos vinculados con la sumisión real (sindicatos), lo que ha vuelto a veces difícil la colaboración. La tentación de reducir la realidad a aspectos importantes pero parciales ha sido también real y no está aún completamente eliminada.

Esta es la razón por la cual la convergencia del conjunto de estos movimientos y organizaciones se ha convertido, frente a la globalización del capital, en una exigencia de la lucha social contemporánea, necesidad cuya conciencia se ha desarrollado a partir de los últimos años del milenio. Numerosos factores han contribuido a ello, tanto estructurales, como los que acabamos de describir, como coyunturales, vinculados a iniciativas específicas tales como las tomadas en América Latina en la ocasión del 500 aniversario de la conquista, el Jubileo 2000 para la abolición de la deuda del Tercer Mundo, People's Power 21, que ha reunido a los movimientos y organizaciones de Asia, o incluso la conferencia intergaláctica contra el neoliberalismo organizada en Chiapas por el movimiento zapatista y el subcomandante Marcos.

Esto nos conduce a nuestro segundo punto, el de la organización de las convergencias en relación con la experiencia histórica de las Internacionales, particularmente de la primera, en la cual Marx tuvo una importante participación. Resulta necesario, en efecto, reflexionar acerca de las similitudes y las diferencias y sobre los niveles diferentes de la conciencia social. Los movimientos vinculados a la sumisión real fueron precedidos por numerosas iniciativas populares, nacidas antes de la formación de la clase obrera y que respondían tanto a las necesidades vitales de las poblaciones más pobres como a las primeras contradicciones que engendró la sumisión formal.

Por otra parte, como explicó Federico Engels, la diversidad de situaciones en los diferentes países europeos orientó for-

mas de acción y de organización muy distintas (F. Engels, prefacio de la 3ra edición de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*). En la actualidad, el nuevo movimiento obrero se caracteriza por diversas formas de lucha: peticiones, boicot, mítines, huelgas, demostraciones en la calle, publicación de manifiestos, insurrecciones) y un gran número de organizaciones (mutuales, cooperativas, círculos, organizaciones culturales y educativas, sindicatos, ligas temporales, consejos, partidos) (Maurice Moissonnier, en G. Labica, *Diccionario crítico del Marxismo*, entrada: “Movimiento obrero”: 774-778).

El papel que desempeñaron intelectuales como Marx fue muy importante en el establecimiento de una nueva Internacional. De ahí el nacimiento de la Asociación Internacional de Trabajadores, en Londres, en 1864, en la cual Marx asumió un rol aún más importante en la definición de sus estatutos. Se trataba, evidentemente, de movimientos y organizaciones vinculadas a la sumisión real del trabajo al capital. Marx y Engels analizaron su emergencia, y las calificaron de “críticas en acto al capitalismo creciente” (Danièle Tartakowski, en G. Labica: 1117-1124). Pero ellos también constataron que la dominación del capital tenía como efecto contradictorio engendrar la división de los trabajadores al someterlos a una verdadera competencia, al mismo tiempo que unificaba a la masa de trabajadores en clases imponiéndoles comunes condiciones de explotación.

Desde los inicios, Marx entrevió el daño que podía causar una actitud voluntarista basada en una visión teórica que no tuviera en cuenta las diversas realidades. Se trataba, para él, de respetar el nivel de desarrollo de las organizaciones de los trabajadores sin imponerles desde arriba una lógica que aún no era la suya.

Resulta particularmente interesante saber que Marx defendía, en el seno de la AIT, el principio de autonomía de las secciones y federaciones frente al Consejo General y esta posición la mantuvo hasta la Conferencia de Londres en 1871, fecha que marcó un gran cambio en la institución. Su función, según Marx, era ante todo la de orientar las luchas locales hacia el universalismo y no la de estructurar de manera autoritaria y

centralista un proceso en curso que venía desde la base, e insistió acerca de la importancia de la democracia interna. Se trataba con la Asociación Internacional de Trabajadores, de la constitución conciente de la clase obrera por encima de las fronteras nacionales, lo que exigía implicar en ello a organizaciones de todo tipo (Ibídem, entrada: “Sindicatos”: 1118). Tal y como se expresa en el texto consagrado a las Internacionales en el *Diccionario*:

El prestigio de la Primera Internacional fue mayor que sus fuerzas reales en combate. Mito y realidad política debían imbricarse para lograr una conciencia de clase y una solidaridad internacional. La Internacional, en sus orígenes, aparece como el punto central de coordinación y de cooperación de la clase obrera... (G. Labica, entrada: “Internacionales”: 609).

La heterogeneidad de los grupos presentes y de las tendencias centrífugas que se manifestaron, comenzó a erosionar a la institución: se trataba, sobre todo, de diferencias en la lectura de los acontecimientos, de puntos de partida opuestos por su interpretación y de divergencias acerca de las estrategias a seguir. Para salvaguardar su eficacia frente a situaciones sociales cada vez más duras para los trabajadores, la preocupación consistió en darle una orientación centralizada. Marx y Engels reorientaron las concepciones iniciales para acelerar la transformación de las múltiples organizaciones que formaban parte de la AIT en partidos políticos con un centro director: Londres (Ibídem: 610). Ello provocó la primera escisión entre marxistas y anarquistas al año siguiente, en 1872, en el Congreso de La Haya, fecha en la cual el Consejo Internacional fue transferido a Nueva York.

En 1889, cuando fue creada la II Internacional, como consecuencia de la primera experiencia, se evitó el hecho de dotarla de estructuras centralizadoras. Ella debía ser una federación de partidos políticos y de grupos nacionales autónomos, cuya acción coordinaría a través de los Congresos que tendrían lugar cada tres años. Fue a inicios del siglo xx que la institución se

convirtió en una agrupación de partidos nacionales con una armadura institucional más fuerte. La Primera Guerra Mundial marcó su fin dadas las desuniones que produjo. En 1919 se reorganizaron, por una parte, la II Internacional, que pasó a ser la Internacional Socialista y, por otra parte, la II Internacional (el Komintern), que siguiendo las orientaciones de Lenin debía representar el principio internacionalista de Marx, pero en simbiosis con la primera experiencia socialista revolucionaria real, la del Estado soviético. Bajo el mandato de Stalin, esta tendencia se acentuó y la subordinación de los partidos nacionales fue más real, al mismo tiempo que se instalaba una fuerte centralización administrativa (Ibídem).

Este breve recordatorio histórico ha sido necesario para retomar el razonamiento acerca de la situación contemporánea, con el fin de comprender las similitudes y las diferencias con el pasado. Comencemos por las diferencias. La primera, es que un órgano como el Foro Social Mundial no solamente aglutina a grupos sociales nacidos de la sumisión real del trabajo al capital, sino que también abarca numerosos grupos afectados en sus identidades y en su supervivencia por la sumisión formal. Se trataría entonces de hacer converger en un lugar común a una variedad mucho más amplia de movimientos y de organizaciones, lo que quiere decir también sensibilidades, culturas y expresiones de lucha social. Para lograr tal objetivo, hay que guardar un espacio abierto con una base de consenso mínimo, representada por los tres principios de la carta de base (lucha contra el neoliberalismo, contra la hegemonía mundial y búsqueda de alternativas).

La segunda diferencia de peso consiste en los propios objetivos: no se trata de crear, incluso a término, una organización política, sino solamente de brindar un espacio de conocimiento mutuo, de intercambio de ideas y de experiencias, lo suficientemente pluralista para garantizar la diversidad de las luchas y de las expresiones culturales. Habría que añadir que la desconfianza frente al centralismo democrático, frente a todo verticalismo organizacional, frente a toda instrumentalización de los movimientos sociales por parte de los partidos políticos, es la

pesada herencia de una fórmula que nos ha dejado la experiencia histórica de algunos socialismos. El peligro, sin ninguna duda, es el de caer en el exceso contrario y creer en la espontaneidad de los procesos sociales y solo valorar lo inmediato y arrojar todo enfoque sistémico a los basureros de la historia. Otra diferencia, finalmente, consiste en la constitución de redes gracias a los nuevos medios de comunicación. En la actualidad resulta más fácil organizarlas, lo que nos brinda nuevos medios de acción sin exigir la misma concentración de poder que antes.

Por el contrario, existen también similitudes. La creación de una conciencia mundial es una preocupación común a los dos momentos históricos. Esta conciencia está muy vinculada con las fases del desarrollo capitalista. En la actualidad, se trata concretamente del neoliberalismo, el cual afecta a todos los grupos presentes en el seno de los Foros Sociales, no solamente a los movimientos nacidos de la contradicción capital/trabajo, sino también a aquellos nacidos o que han tomado formas o contenidos nuevos, dado el hecho de la sumisión formal mundialmente realizada. En ambos casos, se trata de deslegitimar un sistema de organización económica, íntimamente vinculado a formas jurídicas, políticas y culturales, que las construyen y también son el fruto de ellas. Por otra parte, se realizan sinergias en el propio seno de los encuentros, tanto en los de ayer como en los de hoy, lo que de esta manera amplifica los efectos directamente visibles.

Recordemos igualmente la preocupación de Marx, en la I Internacional, de dejarle el campo abierto a las diversidades, algo que se corresponde con los foros contemporáneos y que ha tenido un efecto muy similar en sus métodos de funcionamiento: autonomía, respeto por los otros, escucha mutua, pero también ha tenido las propias dificultades inherentes a este tipo de organización. Finalmente, en ambos casos, se trata de un proceso que tiene un aspecto gradual, que no puede ser forzado por una acción voluntarista y que deja un espacio importante al grado de conciencia social de cada cual.

Volviendo a las diferencias, es cierto que una opción en relación con la política continúa siendo divergente. Está claro que, para Marx, desde los inicios había que culminar en una organización política de los trabajadores, aunque no fue él quien promovió hasta sus últimas consecuencias la fórmula del partido único de vanguardia, portador de la legitimidad de las luchas y finalmente de la verdad. En el estado de cosas actual, la preocupación por la eficacia política no resulta ser tan aguda en los encuentros internacionales de los movimientos y de las organizaciones progresistas como lo fue en los tiempos de Marx. Es verdad que en aquella época el campo político estaba monopolizado por los partidos burgueses, sin que ninguna voz válida pudiera expresar los intereses de los trabajadores.

La tendencia actual apunta hacia una convergencia de partidos capaces de portar, completa o parcialmente, los objetivos y las alternativas propuestas. Las Internacionales terminaron en la centralización y la subordinación. El futuro dirá si los foros podrán evitar el obstáculo inverso, el de ser fuegos artificiales sociales, que brillen pero de manera efímera y alimentados por fuerzas en ocasiones contradictorias. Los foros son un hecho político en sí mismos y su eficacia dependerá de su capacidad de mantenerse como espacios de encuentro universal. Ellos no son y no pueden convertirse en herramientas directas de acciones políticas. Restaría por inventar las vías de conexión entre ambos factores, porque sin instrumentos políticos las proposiciones formuladas en los foros serán deseos piadosos, algo que diversas modalidades de funcionamiento de los foros han comenzado a construir. Pero antes de abordar este tema, interroguémonos sobre la sociedad civil de la que tanto hablamos y sobre las posibilidades reales de encontrar alternativas.

Hacia una sociedad civil globalizada: la de abajo o la de arriba

La convergencia de las resistencias es, digamos, el hecho de la sociedad civil. El concepto de *sociedad civil* está muy de moda hoy día. Su acepción es tan amplia que permite todo tipo de interpre-

tación y a la vez abarca todas las ambivalencias. Cuando el Banco Mundial habla de sociedad civil se refiere a algo completamente distinto a la realidad expresada mediante el mismo término por el Foro de los Pobres de Tailandia o el Movimiento de Campesinos Sin Tierra en Brasil. Es entonces muy necesario realizar un análisis más allá de las consignas pues, de hecho, la sociedad civil es el terreno de las luchas sociales y por tanto el de la definición de los retos colectivos. Antes de entrar en la manera de construirla y de conquistar los espacios públicos, reflexionemos sobre su contenido.

El concepto de sociedad civil ha evolucionado mucho a lo largo de la historia. En el renacimiento se opuso al de *sociedad natural*, pues significaba un orden social organizado y superior, en consecuencia, civilizado y racional. El filósofo inglés Locke incluía en ella al Estado y para Adam Smith se trataba de todo lo que era socialmente construido, incluidos el mercado y el Estado. Para Hegel era el espacio social situado entre la familia, por una parte, y el Estado, por otra. Marx, haciendo contrapeso, la definió como el conjunto de las relaciones sociales donde las relaciones económicas condicionaban el resto. Para Antonio Gramsci existen dos realidades que abarcan las relaciones económicas, la *sociedad política* y la *sociedad civil*, esta última constituida por las instituciones que reúnen a los individuos y están destinadas a producir un consenso: la escuela, los medios de comunicación de masas, las instituciones religiosas, etc.; podríamos decir que en esta última concepción la sociedad civil se sitúa entre el Príncipe y el mercader, entre el Estado y el mercado (*Alternativas Sud*, “La sociedad civil: lugar de luchas sociales”, vol. V, 1998, 1).

Las diversas concepciones de la sociedad civil

Esta breve alusión a la evolución histórica del concepto ha tenido como único objetivo mostrar los cambios de sentido según las concepciones emanadas de la sociedad. Ningún concepto es inocente, sobre todo cuando sirve para definir el funciona-

miento de los colectivos humanos. En efecto, cuando examinamos las diferentes tomas de posición contemporáneas, descubrimos tres grandes orientaciones: una concepción burguesa de la sociedad civil, *la de arriba*; una concepción que yo llamaría *angelical*, la cual la define como el reagrupamiento de todos los buenos; y, finalmente, una concepción popular, *la de abajo*.

Para la burguesía, la sociedad civil es un elemento esencial de su estrategia de clase. En efecto, para esta clase la sociedad civil es el terreno de desarrollo de las potencialidades del individuo y, por tanto, el espacio de ejercicio de las libertades, donde se considera que la principal de ellas es la libertad de empresa, calificada además como la fuente de todas las otras libertades. Es entonces la empresa el pilar fundamental de la sociedad civil. A esta última se articulan las grandes instituciones de carácter ideológico que desempeñan un papel de reproducción social: la escuela, las religiones, los medios masivos, así como el conjunto del sector no mercantil (servicios públicos privatizados) y sobre todo las organizaciones voluntarias destinadas a suplir las carencias del sistema. En tal perspectiva, el papel del Estado está limitado a tres funciones: proporcionar un marco jurídico que garantice la propiedad privada y el ejercicio de la libre empresa, asegurar el funcionamiento de la reproducción social (educación, salud, etc.), y proteger a los individuos. Volvemos a encontrar la expresión de Michel Camdessus cuando hablaba de las tres manos: la mano invisible del mercado, la del Estado –destinada a organizar las reglas del juego–, y la de la caridad –que se ocupa de aquellos que quedan excluidos.

La lógica implacable de este pensamiento se incorpora a la de la economía capitalista de mercado. En efecto, para esta última, el mercado es un hecho natural y no una relación construida socialmente. Es necesario entonces garantizar su funcionamiento en la mayor de las libertades posibles, sin obstáculos, sobre todo por parte del Estado, y en función de una ética interna estricta, lo que permitirá al mercado cumplir con su función de regulador universal de las interrelaciones humanas. Así que no es necesario recurrir a alguna teoría del complot (actualmente globalizado), para explicar este fenómeno. La cuestión

es más grave, se trata de una lógica que invade el corazón y el espíritu de las personas más respetables.

Pero el mercado no es dissociable de la producción, ya que son bienes y servicios los que se intercambian. Y esto vale aún hoy, cuando el valor de cambio gana ventaja sobre todo el resto y el carácter especulativo del capital financiero parece otorgarle total autonomía. En el caso de la economía capitalista, las relaciones sociales de producción establecen un vínculo de clase sometido inexorablemente a la ley de la competencia. Entonces, en la concepción burguesa, reforzar la sociedad civil significa favorecer la libertad de empresa, dinamizar los actores sociales empresariales, reducir el lugar del Estado y, finalmente, reproducir la relación social que asegura la dominación de clase, hoy globalizada. Y como esa relación social, tanto de producción como de intercambio (el mercado), es vista como natural, por supuesto que no hay alternativas.

De esto resulta una estrategia muy coherente con relación a la sociedad civil. Se trata de impulsar una red de instituciones, concediendo un estatus privado a los aparatos ideológicos y promoviendo organizaciones voluntarias no contestatarias. Esto permite canalizar institucionalmente la demanda social de grupos y de clases debilitadas y fragmentar a estos últimos. Resulta entonces relativamente fácil el cooptar algunas de las organizaciones voluntarias, religiosas o laicas, principalmente en acciones de alivio de la pobreza.

Los efectos de la puesta en marcha de esta concepción de sociedad civil de arriba son notables. Como el mercado se convierte en la norma universal del funcionamiento de las relaciones humanas, no solo estructura el campo del consumo, sino también el de la cultura. Esto provoca una serie de desplazamientos: de lo político hacia el mercado, del desarrollo al crecimiento, del ciudadano al individuo consumidor del compromiso político hacia los referentes culturales (etnia, género, religión, etc.). La sociedad civil se despolitiza, pues frente al mercado la política es cada vez más virtual. Los movimientos sociales buscan su identidad exclusivamente en su propio campo, en ruptura con la tradición política. Ciertas ONG cultivan una ideología

ferozmente antiestatal. Se multiplican los movimientos religiosos centrados en la salvación individual y desprovistos de proyección social.

Es necesario entonces ser muy concientes de lo que significa la sociedad civil en la concepción burguesa. La similitud de vocabulario no debe engañarnos. Cuando el Banco Mundial, el Foro Económico Mundial de Davos o ciertos gobernantes hablan de sociedad civil, esta no tiene nada que ver con lo que los movimientos sociales presentes en Seattle, Praga o Porto Alegre significan. Pero antes de pasar a la concepción popular de sociedad civil, quisiéramos abordar otro punto de vista compartido por numerosos medios que nos son cercanos.

En la concepción “angelical” de sociedad civil, esta está compuesta por las organizaciones generadas por los grupos sociales desfavorecidos, por las ONG, por el sector no comercial de la economía y por las instituciones de interés común, educativas, culturales y de salud. Es una especie de tercer sector, autónomo con relación al Estado y susceptible de hacerle contrapeso. En resumen, se trata de la organización de los ciudadanos, de todos los que desean el bien y pretenden cambiar las cosas en un mundo de injusticias.

Es cierto que en este marco de pensamiento los objetivos perseguidos por los componentes de la sociedad civil responden a necesidades legítimas, pero esta concepción no desemboca en un cambio de orden en las relaciones sociales. Es como si la sociedad estuviera compuesta por una colección de individuos agrupados en estratos superpuestos y que reivindican un lugar equivalente. El no reconocimiento de la existencia de relaciones sociales creadas por la organización capitalista de la economía caracteriza esta percepción de la sociedad civil, a pesar de que la reproducción de estas relaciones desiguales es indispensable para el mantenimiento del sistema.

Este tipo de concepción de sociedad civil permite sin duda encabezar los combates sociales. En efecto, los abusos del sistema son denunciados, pero esto no desemboca en una crítica de su lógica. Por esta misma razón, se convierte fácilmente en receptáculo de ideologías antiestatales, interclasistas, cultura-

listas, utópicas en el sentido negativo del término, al tiempo que manifiesta el deseo de cambiar los paradigmas de la sociedad. A largo plazo resulta ineficaz.

Por determinadas vías, esta concepción coincide con la concepción burguesa de sociedad civil y es por eso que las instituciones que comparten esa visión de la sociedad civil son con frecuencia objeto de cooptación por parte de las empresas transnacionales, el Banco Mundial, la OCDE o el Fondo Monetario Internacional.

En la concepción analítica o popular de la sociedad civil, el término “analítica” significa una lectura de la sociedad civil en términos de relaciones sociales, lo cual es ya un acto político. En efecto, esto significa que la sociedad civil es el espacio donde se construyen las desigualdades sociales y que existen en su seno instituciones y organizaciones que representan intereses de clase muy divergentes. No será suficiente entonces cambiar los corazones para transformar automáticamente las sociedades, aun si lo primero es importante. Es necesario crear otras relaciones de poder.

Sin duda, en términos de forma las relaciones sociales del capitalismo ya no son iguales a como eran en el siglo XIX europeo, y esto tiene efectos importantes sobre la sociedad civil. Las relaciones directas capital-trabajo son desreguladas por la orientación liberal de la economía. Son minoritarias en las sociedades del Sur, donde las poblaciones están directamente integradas al capitalismo a través de los mecanismos macroeconómicos de las políticas monetarias, la deuda, el precio de las materias primas, etc. Las nuevas tecnologías, la concentración de las empresas, la globalización del mercado, la volatilidad del capital financiero y muchos otros factores, no han roto la lógica del capitalismo pero han contribuido a difundir sus efectos en el espacio y en el tiempo. Hay cada vez menos fronteras y las protecciones sociales resisten difícilmente a los poderes de decisión que están fuera del control de los Estados. Además, el tiempo no cuenta para las transacciones financieras, a la vez que sus consecuencias sociales se extienden por largos períodos.

La relación social del capitalismo es ahora menos visible, más difusa, y afecta las modalidades de las luchas sociales. Existen hoy poblaciones pobres sin lucha de clases correspondientes, trabajadores que se definen en primer lugar como consumidores, grupos sociales debilitados por el sistema económico y que reaccionan en función de sus pertenencias de casta (como los Dalits de la India), de etnia, de género, sin necesariamente hacer el vínculo con las lógicas económicas que son la fuente de su precariedad. Las luchas particulares se multiplican, pero la mayor parte del tiempo quedan fragmentadas geográfica o sectorialmente, frente a un adversario cada vez más concentrado.

El mercado impone entonces, a la sociedad civil, relaciones de desigualdad. A nivel mundial los grupos dominantes actúan utilizando a los Estados, no con el fin de redistribuir las riquezas o proteger a los más débiles, sino para controlar a las poblaciones (migraciones, movimientos sociales, sociedad civil popular) y servir al mercado. Los mecanismos son diversos y con frecuencia progresivos, van de las políticas monetarias a los tratados de libre comercio, de las reformas jurídicas a las de enseñanza, de la privatización de la seguridad social a la de los servicios de salud, de la disminución de los subsidios para la investigación social a la reducción del apoyo a las organizaciones populares, de la supresión de la publicidad para la prensa de izquierda al control de las comunicaciones telefónicas, del debilitamiento de los sectores progresistas de las instituciones religiosas a una puesta bajo tutela de las ONG. En resumen, un ordenamiento y a la vez domesticación del Estado y de los órganos de la ONU y un control de la sociedad civil, que alienta el dinamismo y la pluralidad a condición de no cuestionar de manera eficaz la relación social capitalista.

Pero sobre la base de ese tipo de análisis, se desarrolla una conciencia social más profunda. Existe en efecto una sociedad civil “de abajo”, la cual es expresión de los grupos sociales desfavorecidos u oprimidos, que poco a poco experimentan y descubren las causas de su situación. Es esta sociedad civil la que está en la base de las resistencias que se organizan hoy y que poco a poco se globalizan. Es ella quien reivindica un espacio

público organizado al servicio del conjunto de los seres humanos y no de una minoría. Es quien quiere transformar en ciudadanos a quienes han sido reducidos a ser solo productores o consumidores, a aquellos que se debaten en la angustia de las economías informales, a los que forman la “masa inútil” para el mercado globalizado.

¿Qué tipo de sociedad civil frente a la globalización?

La importancia de los sucesos que vivimos no debe hacernos olvidar la historia. Los movimientos sociales no surgieron ayer. Las historias de los diversos pueblos están jalonadas por las resistencias al capitalismo, al colonialismo y a las guerras de conquista de los mercados. Durante casi dos siglos, el movimiento obrero constituyó el paradigma de las luchas sociales. Las sublevaciones campesinas estremecieron las sociedades, sobre todo en el momento de la introducción del capitalismo agrario. Innumerables pueblos autóctonos, que hoy llamamos “las primeras naciones”, se opusieron a su destrucción cultural y física frente a la expansión mercantil o la conquista de sus territorios. Los movimientos feministas reaccionaron desde el siglo XIX frente al carácter específico de la explotación de la mujer en el trabajo y contra su exclusión de la ciudadanía. Entonces, ¿cuál es la novedad?

Un primer elemento nuevo es la aparición de los movimientos ecologistas en el panorama de las resistencias. La destrucción del medio ambiente ha provocado numerosas reacciones. Ella es el fruto de una relación de mercado con la naturaleza; no fue siquiera detenida por un socialismo que definió rápidamente sus objetivos en función del desarrollo de las fuerzas productivas para alcanzar al capitalismo, y se ha agravado considerablemente en los últimos treinta años, en el transcurso de la fase neoliberal de la acumulación capitalista. Cada vez más, los movimientos de defensa de la naturaleza vinculan la lógica económica y los problemas ecológicos, aunque esto no es así aún en todos los casos.

En el transcurso de la Guerra Fría se dieron a conocer numerosos movimientos pacifistas, y este es otro aporte original. Estos movimientos se adherían a tradiciones antibelicistas que databan de finales del siglo XIX. En nuestros días experimentan un cierto estancamiento, pues los conflictos están localizados fuera de los grandes centros de la globalización, pero sucesos como la Guerra del Golfo o la de Kosovo han reavivado las memorias y nos recuerdan que el imperialismo económico no puede funcionar sin un brazo armado, llámese este OTAN o Plan Colombia.

En fin, la multiplicación de las ONG, a veces un vocablo nuevo para una realidad preexistente, desemboca hoy en una nebulosa de organizaciones cuya fuente se sitúa en la sociedad civil, lo cual es también una característica de nuestro tiempo. Su realidad es híbrida y ambivalente, desde las que son organizadas por el sistema dominante, hasta las que se dejan instrumentalizar, pasando por las que se identifican con las luchas sociales y expresan realmente la solidaridad Norte-Sur.

Movimientos sociales de orden sindical o político ya existentes, nuevos movimientos definidos que atraviesan las relaciones de clase, todos inevitablemente marcados por estos últimos (mujeres, pueblos indígenas, la paz, la defensa del medio ambiente, la identidad cultural, etc.), las ONG, organizaciones voluntarias, todo constituye una verdadera proliferación de iniciativas dentro de la cual es a veces difícil ver con claridad. Y mientras tanto, para que la sociedad civil de abajo pueda actuar con eficacia, tanto a nivel de cada nación como en el ámbito mundial, son necesarios criterios de juicio.

El pensamiento postmoderno se encuentra muy cómodo ante esta situación; la interpreta como el fin de lo que llama “los grandes relatos” y asimila el estudio de las sociedades a la lingüística, con lo que pretende expresar el fin de los sistemas y de las grandes estructuras, con las correspondientes explicaciones de conjunto. Todo eso es reemplazado por la historia inmediata, la intervención del individuo en su entorno directo, la multiplicación de los “pequeños relatos”, es decir, de las iniciativas particulares. En reacción a una modernidad prometei-

ca, a un discurso totalizante, se cae en una lectura atomizadora de la realidad, que se percibe como fragmentada, inexplicable en su génesis, insignificante con relación a un conjunto histórico o contemporáneo, en resumen, una sociedad civil que es una suma de movimientos y organizaciones, para la cual la simple multiplicidad sería suficiente para enfrentar un orden totalitario de naturaleza política o económica.

¡Qué suerte para el capitalismo globalizado, que ha logrado construir las bases materiales de su globalización como sistema gracias a las tecnologías de la comunicación y de la informática, ver como se desarrolla una ideología que anuncia el fin de los sistemas! Nada podría resultarle más funcional. Por muy fundamental que sea la crítica de la modernidad promovida por el capitalismo, el aporte del postmodernismo no puede ayudarnos a canalizar la sociedad civil contemporánea, ni contribuir a dinamizarla como fuente de resistencia y de luchas eficaces. La fragmentación de estas últimas revela a la vez consecuencias y estrategias del sistema capitalista. Los conceptos de multitud o de imperio sin imperialismo desarrollados por Michael Hardt y Toni Negri se añaden a la confusión.

El criterio de análisis de múltiples iniciativas que componen la sociedad civil de abajo será su carácter antisistémico, esto es, la medida en la cual cada uno de los movimientos sociales o las organizaciones no gubernamentales contribuyen a cuestionar, en el dominio que les es propio, la lógica del sistema capitalista. Eso supone una capacidad de análisis que permite situar su pensamiento y su acción específica en un marco general. En efecto, los campesinos sin tierra rechazados más que nunca cuando la tierra se convierte en capital, los pueblos autóctonos como primeras víctimas de los programas de ajuste estructural, las mujeres bajo el peso de una pobreza que agrava las relaciones patriarcales, las clases medias fragilizadas por las políticas monetarias y las transacciones financieras especulativas, la organización de la salud desvirtuada por la mercantilización del sector, los niños expulsados de las escuelas por la concepción elitista de la educación, o aun la política social aplastada por el peso de la deuda externa, los patrimonios culturales deshechos

por una americanización sistemática, los medios de comunicación domesticados por los intereses económicos, los investigadores limitados por las exigencias de la rentabilidad, el arte reducido a su valor de cambio, la agricultura dominada por las multinacionales de la química o del agronegocio, miles de especies animales y vegetales en extinción y, en fin, el medio ambiente degradado por un desarrollo definido exclusivamente en términos de crecimiento, muestran todos una extracción de la riqueza vinculada a la lógica del mercado capitalista.

Esta situación plantea a los movimientos y organizaciones de la sociedad civil “de abajo” la exigencia de trabajar por la deslegitimación del sistema económico. No se trata solamente de condenar sus abusos, lo que hacen no solamente las instancias éticas, como las iglesias cristianas o los voceros de las grandes religiones, sino también ciertos representantes del sistema que saben que esas prácticas ponen en peligro el sistema capitalista mismo. Es necesario denunciar la lógica que conduce su construcción y sus prácticas y que desemboca necesariamente en contradicciones sociales y en la imposibilidad de responder a funciones esenciales de la economía, es decir, es necesario asegurar las bases materiales de la vida física y cultural de toda la humanidad.

En fin, se trata de salir en busca de alternativas, y no de paliativos que solo puedan aliviar las situaciones de miseria a corto término, ni de medidas irreales que como las lianas de los bosques tropicales vuelvan a tomar altura en una o dos estaciones. No se trata de alternativas al interior del sistema, como la *tercera vía* tan apreciada en los medios reformistas que persiguen la ilusión de humanizar el capitalismo. Se trata de la conquista de una organización poscapitalista de la economía –en realidad un proyecto a largo plazo, pero indispensable–, y que a la vez tome una dimensión utópica (el tipo de sociedad que se quiere construir), de proyectos a mediano plazo y de objetivos a corto plazo, cuya elaboración sea la verdadera tarea de la sociedad civil de abajo.

Entonces surge la pregunta: ¿qué sociedad civil queremos promover, qué espacios públicos reivindicamos frente a la globalización de las relaciones sociales capitalistas? Las pautas

están claras, aun si la acción no es fácil y si el adversario es poderoso. Podemos revelar cinco factores principales.

El primero es la promoción de la sociedad civil de abajo, que se define como antisistémica y reagrupa a todos aquellos que en diversos dominios de la vida colectiva contribuyen a construir una economía diferente, una política diferente, una cultura diferente, con altas y bajas, con éxitos y fracasos, aciertos y errores. La sociedad civil de abajo tiene igualmente necesidad de sus intelectuales para redefinir constantemente con los movimientos sociales sus retos y objetivos. Ella debe formular su propia agenda, para no estar a la zaga de los medios de decisión mundiales. Deberá producir sus expresiones y su cultura, como muchos otros movimientos lo han hecho en el pasado.

Una segundo elemento de la sociedad civil de abajo es que esta es portadora de utopías, las cuales movilizan, reavivan la esperanza, se construyen en el terreno concreto de las luchas sociales; utopías que no se agotan por sus traducciones concretas y que se mantienen como un faro tanto en la existencia de las colectividades como en la de los individuos. Utopías de las que son portadoras tanto las grandes tradiciones humanistas laicas como las religiosas. No ignoremos, como ocurrió con frecuencia en el pasado, las enormes reservas de utopías que traen los grandes movimientos religiosos cuando estos no son vendedores de ilusiones, cuando no se agotan en las lógicas institucionales que identifican la Fe con los aparatos eclesiásticos y la búsqueda de poder, sino cuando inspiran y motivan los compromisos sociales, cuando destacan el carácter liberador de sus teologías, cuando llaman la atención sobre la ética de los comportamientos individuales tan importantes para la construcción de una nueva sociedad.

En tercer lugar tenemos que la sociedad civil de abajo debe caracterizarse por la búsqueda de alternativas a todos los niveles, tanto el de las grandes conquistas políticas como el de la vida cotidiana; el de las organizaciones internacionales y las Naciones Unidas y el de la vida diaria de los empobrecidos; el de la vida material y el de la cultura; el del respeto a la naturaleza y el de la organización de la producción; el del desarrollo y el

del consumo. Es un reto considerable que exige un largo trabajo, pero cuyas premisas ya están establecidas.

El cuarto aspecto es la conquista de los espacios públicos. Esto es, la articulación con la política. Sin esta última, la acción queda estéril o al menos limitada. Se trata, en efecto, de construir una relación de fuerza que permita desembocar en decisiones. Esta es la condición del establecimiento de una verdadera democracia, que aún incluyendo la dimensión electoral no se limite a esta y cubra el conjunto del espacio público, incluidos sus aspectos económicos. Esto supone una cultura política y un aprendizaje, que no siempre los movimientos sociales han procurado, frente a una verdadera desvalorización de lo político. Es probable, además, que en el futuro la nueva relación de fuerzas sea construida por una pluralidad de organizaciones políticas que actúen concertadamente.

Por último, un quinto factor es el de las convergencias. Globalizar las resistencias y las luchas es un objetivo inmediato. No de manera abstracta y artificial, sino de forma concreta. La gran multiplicidad de movimientos, su fragmentación, puede ser un obstáculo en la medida en que estos están atomizados, pero puede ser una fuerza si en lugar de constituir una simple suma entran en una convergencia funcional, como sucedió en Seattle, en Washington, en Bangkok, en Praga, en Niza y en Davos. El año 2000 ha sido el de las convergencias. Los siguientes serán los de su consolidación. Será necesario mientras tanto dotarlas de medios para operar, tanto en el plano del análisis –para percibir bien los retos, los objetivos y los métodos, para la producción de un estado del mundo visto por sus pueblos– como en el plano de la intercomunicación a través de la construcción progresiva de un inventario de movimientos sociales y sus redes. Esta es la tarea que el Foro Mundial de Alternativas se propone llevar adelante.¹

¹ El Foro Mundial de Alternativas, concebido durante el vigésimo aniversario del Centro Tricontinental en Lovaina la Nueva en 1996, se constituyó en el Cairo al año siguiente. Participó en la organización del encuentro de “El otro Davos” en 1999, en la publicación bianual *Globalización de las resistencias* y del repertorio de movimientos sociales.

En conclusión, podemos decir que la afirmación de la sociedad civil pasa en primer lugar por su definición, “de abajo”. Ella solo podrá ser globalizada en la medida en que exista localmente, pues las convergencias suponen una previa existencia. Las modalidades concretas de la acción son numerosas a nivel local e internacional. Ellas solo podrán ser definidas por los actores comprometidos en diversos campos, el de la organización de las relaciones sociales, el de las comunicaciones, el de la cultura, el del medio ambiente. El Foro Social Mundial, en el seno de sus numerosos grupos de trabajo, resulta un espacio privilegiado para hacerlo.

Hemos tratado de reflexionar sobre los fundamentos, los objetivos, los desafíos, falta por determinar los medios. Compartir con los movimientos más experimentados en cada dominio nos permitirá llegar a la meta. Conquistar los espacios públicos, como se hizo en Porto Alegre, ya significa construir la sociedad civil de abajo a escala mundial.

Las alternativas creíbles del capitalismo globalizado²

Una de las bases del sistema económico capitalista es la de afirmar y hacer creer que no hay alternativas, que es necesario empujar la liberalización hacia adelante con el fin de poder resolver los problemas en suspenso y que el mercado es el verdadero regulador de la sociedad. Los más abiertos entre sus seguidores dirán, en la línea de los neoclásicos, que es necesario procurar el restablecimiento de las leyes de la competencia para combatir los monopolios. Algunos agregan, incluso, que hay que proteger algunos sectores importantes de la actividad humana, y que un mínimo de Estado es indispensable para fundar eficazmente el cuadro legal del mercado, asegurar las tareas de educación y salud, realizar las infraestructuras colectivas y garantizar el orden público. En fin, frente a la inquietante

² Texto revisado de la contribución del autor de este libro a coloquio sobre globalización celebrado en Lovaina la Nueva.

tasa de miseria, todos están de acuerdo en poner en marcha programas de lucha contra la pobreza y movilizar organismos voluntarios, especialmente religiosos, para buscar un remedio.

Pero lo que no es reconocido en esos medios sigue siendo el hecho de que el mercado es una relación de fuerza que, en el marco del sistema económico existente, construye las desigualdades y las requiere para poder reproducirse. Ello pertenece a su propia lógica: la rivalidad de intereses, la competencia, la ley del más fuerte, la búsqueda de acrecentar el beneficio, de reducción de los costes de producción, de flexibilización el trabajo, de privatización, etc. En una perspectiva así, la relación social entre los miembros necesariamente tiende a la desigualdad, principalmente en la relación capital/trabajo. Más aún, la relación mercantil tiende a volverse la norma del conjunto de las actividades colectivas de la humanidad, desde la educación y la salud, hasta la seguridad social, las pensiones, los servicios públicos, las prisiones, etc. Entonces, ¿cómo abordar las alternativas?

La cuestión teórica de las alternativas

La cuestión fundamental es saber si realmente existen alternativas al sistema económico actual que, de hecho, domina el conjunto del planeta, incluidos algunos países socialistas en transición hacia el sistema de mercado. ¿Sería entonces una objeción válida decir, en la línea de Adam Smith, que el capitalismo toma al ser humano tal cual es, mientras que las alternativas lo enfocan tal y como quisiera que fuera? En otras palabras, ¿serían las alternativas, según las más recientes experiencias, meras utopías?

En efecto, la historia del bloque soviético parece dar la prueba del fracaso de las soluciones de recambio. El socialismo real ya no es una referencia creíble; de ahí el vacío ideológico que deja el puesto al “pensamiento único”. Más aún, solamente ahora se comienzan a estudiar las múltiples razones internas y externas que han provocado la caída de los regímenes del Este (Eric J. Holsbawn, 1999: 483-517). De otra parte, la *creación destruc-*

tora que caracteriza el capitalismo toma dimensiones planetarias, y las contradicciones que acarrea sobre los planos ecológicos y sociales se vuelven cada vez más insostenibles en el sentido literal de la palabra. En diversos medios, sobre numerosos planos y en el mundo entero, las resistencias se multiplican en la búsqueda de alternativas. Sin embargo, nadie cree que pueda producirse un cambio en un corto lapso de tiempo, por una simple revolución política. El fracaso del socialismo real, al menos, habrá hecho tomar conciencia del hecho de que toda transición es un proceso de largo aliento.

Evidentemente, aún no es tiempo de hacer una síntesis de las proposiciones alternativas, ni en el orden del pensamiento, ni en el de las prácticas. La fascinación por el mercado es omnipresente. Es suficiente con prestar atención a China o a Vietnam para constatar que este último se volvió el objeto de la última consigna del partido comunista y que la integración a la globalización es presentada como un objetivo nacional. Incluso si en esos países han encontrado algunas soluciones originales para conciliar mercado y socialismo, la integración de dichas perspectivas en el proyecto político está marcada por la lógica del capitalismo, que no deja ningún margen de maniobra. Sin embargo, frente a la opción neoliberal, se presentan hoy día dos corrientes en las alternativas: la neokeynesianista y la poscapitalista.

La corriente neokeynesianista preconiza, en su modelo teórico, la aceptación de la lógica del mercado como motor de la economía, pero a condición de regular el sistema, de limitar sus efectos perversos y de impedir que desemboque en abusos. Esta parece para muchos una solución razonable y realista.

El modelo de referencia es, en este caso, el de la sociedad europea de después de la Segunda Guerra Mundial, con sus pactos sociales entre capital y trabajo, en el que el Estado hacía de garante y de árbitro de la repartición de las riquezas. En una cierta medida, fue también así en el Sur la característica del “modelo de Bandung”, usando la expresión de Samir Amin, es decir, el proyecto de desarrollo nacional y populista formulado por los países recientemente independizados de Asia y África,

igual para América Latina (el “desarrollismo”). En esas regiones, la alianza entre una burguesía emergente y el sector organizado de los trabajadores de la economía formal se anuda en torno a un proyecto de desarrollo por sustitución de las importaciones.

La idea consiste en aplicar a escala mundial los principios del keynesianismo para así regular el sistema económico capitalista. Después del ultraliberalismo que condujo a la desregulación del mercado, de los flujos financieros y de la organización del trabajo, y que engendró los programas de ajuste estructural, con lo cual se deformaron las funciones del Estado, el reloj comienza su trayectoria inversa. Se trata de restablecer las condiciones de la competencia, tratando siempre y al mismo tiempo de reducir la destrucción del medio ambiente y las injusticias sociales. Como hoy día el problema no se plantea solamente a nivel de los Estados, es necesario encontrar los medios de una regulación mundial y construir a este efecto los instrumentos adecuados. Según el nekeynesianismo es a ese nivel que se plantea el problema de las alternativas.

Esta corriente tiene numerosas variantes, en dependencia de si los protagonistas ponen el acento en las regulaciones cuyo fin es salvar el capitalismo o en el establecimiento de los límites destinados tanto a respetar un principio de precaución (ecología) y a salvaguardar los derechos elementales (de los trabajadores, a la soberanía de los Estados, etc.). En la primera categoría se puede situar a ciertos voceros del Foro Internacional de la Economía que tienen sus asientos anuales en Davos, incluido George Soros, genio de la especulación y filósofo de la economía, y sin olvidar a ciertos dirigentes del Banco Mundial y del FMI. En la segunda parte, el abanico es igualmente vasto, su rango va desde de la *tercera vía* de Toni Blair y de Bill Clinton –con posiciones muy próximas, según las cuentas, de la primera orientación– hasta la socialdemocracia y la democracia cristiana, que ambas se pronuncian por una “economía social del mercado”.

Lo que caracteriza a todas estas posiciones es que no cuestionan la lógica del capitalismo, pero tratan de remediar sus

abusos y sus excesos. El capitalismo salvaje es rechazado, ya sea porque pone en peligro el sistema mismo, o porque sus costes ecológicos y sociales son muy elevados. En el primer caso, se basa en una ética interna al sistema: las reglas del juego deben ser respetadas, pero para hacerlo funcionar mejor. En el segundo caso, el juicio, más o menos severo, se basa en los efectos perversos del sistema, atribuidos sobre todo a los agentes económicos, que es necesario enmarcar en las normas y controlar mejor. Así pues, la ética consiste en hacer un llamado a la conciencia de los actores involucrados y en establecer un cuadro normativo para el funcionamiento de la economía. La doctrina social de la Iglesia se sitúa totalmente en esta línea.

En la corriente poscapitalista se considera la organización de la economía sobre otras bases diferentes a la del capitalismo, esa que para parecer más civilizados hoy día llamamos *economía de mercado* (según Milton Friedman, premio Nobel de economía, se trata de la misma cosa). Es la lógica misma del capitalismo la que está en tela de juicio, o sea, esa economía de mercado centrada sobre ella misma o una actividad capaz de generar un máximo de beneficio que se traduce en la acumulación, fuente de la actividad productora y del crecimiento. En sentido contrario, el postcapitalismo opone una definición diferente de la economía: se trata de una actividad que permita asegurar las bases materiales del bienestar físico y cultural del conjunto de los seres humanos.

Mientras que la primera definición da más valor al esfuerzo de los individuos, y la suma de ellos, según esta visión de las cosas, constituye la sociedad; la segunda definición, subraya el hecho de que la economía es una construcción colectiva y recuerda que el mercado es una relación social. Se trata entonces de una crítica más fundamental que la posición neokeynésista y que inevitablemente va a parar sobre las proposiciones de alternativas más radicales. Ello merece un examen más profundo, antes de abordar la cuestión de la credibilidad.

Desde luego, entre los protagonistas del poscapitalismo hay divergencias. Encontramos una izquierda revolucionaria, que estima que la toma del poder es la llave de un cambio rápido y

radical. Nos cruzamos también con los que se pueden curiosamente calificar de “conservadores” y que en los países ex socialistas o, si se quiere, ex oficialmente socialistas, promueven un retorno a las soluciones soviéticas, incluso al estalinismo, en un esfuerzo por conjurar o evitar el caos mafioso del mercado sin riendas, tal como por ejemplo se experimenta hoy día en Rusia. Mientras tanto, la mayoría de los otros, admiten la idea de que la transición hacia un modelo alternativo de economía es un proceso de larga duración.

En la actualidad se ha comenzado un esfuerzo teórico serio, que reúne en un diálogo, antes inimaginable, a los pensadores marxistas de diversas tendencias y a los intelectuales de izquierda de diferentes orígenes, librepensadores y creyentes. Es cierto que la investigación teórica se encuentra aún en sus inicios, pero ya se ha puesto en marcha, como lo prueban eventos tales como la celebración en París del 150 aniversario del Manifiesto del Partido Comunista, que reunió a unos 1 500 intelectuales de los cinco continentes, o la existencia de diversas revistas que abordan este tema.³

Evidentemente, no es posible señalar el conjunto de las perspectivas consideradas. A este respecto el aporte de Lucien Séve, con su obra *Commencer par les fins*, es bien importante. En ella analiza sin concesiones los fracasos del socialismo real, pero aboga también por una reflexión teórica que no desprecie el pasado y que permita proseguir un trabajo intelectual, osando afrontar el capitalismo desde una perspectiva radical: “Rebasar el capitalismo sigue siendo en el sentido más propio y más fuerte de la palabra, una revolución, o sea, un radical ‘derrocamiento del orden existente’” (Lucien Séve, 1999: 97). Insiste en la necesidad de la reflexión teórica para la acción.

Algunos dirán que se trata de una utopía. En respuesta, los protagonistas del proyecto les toman la palabra pero dan al tér-

³ Entre ellas podemos citar: *Actuel Marx* (París), *La Pensée* (París), *Le Cahiers Marxistes* (Bruselas), *Le Marxisme aujourd'hui* (París), *Contradictions* (Bruselas), *The Review* (Estados Unidos), *Marx-Ahora* (La Habana), *Alternatives Sud* (Lovaina la Nueva), *Etudes marxistas* (Bruselas), *The Marxist* (Calcuta), *Vlaams Marxistisch Tijdschrift* (Bruselas).

mino un sentido diferente, asumen lo que Paul Ricoeur llama “la utopía necesaria”, es decir, un objetivo no precisado en el tiempo pero que sintetiza las aspiraciones colectivas. Desde esta acepción, utopía no es sinónimo de lo irrealizable. Pero la teoría no puede pararse ahí. Debe también examinar los datos del análisis social y económico, lo que permite darse cuenta de las experiencias del pasado y apreciar las múltiples resistencias al sistema capitalista que se manifiestan hoy día. En efecto, estas últimas no son todas antisistémicas, ni necesariamente aptas para formular las hipótesis de acciones alternativas, lo que recuerda la necesidad de criterios de juicio.

Para que una alternativa concreta sea creíble, no es suficiente con que funcione. Es necesario que se inscriba en un conjunto más vasto y que forme uno de los elementos de la construcción del objetivo último. Si no, puede transformarse rápidamente en uno de los elementos del sistema existente, dada la enorme facultad de adaptación y de absorción que posee este último. De ahí la importancia de la teoría para la construcción de las alternativas.

Queda bien claro que, para esta corriente, las alternativas se enfocan en la superación del capitalismo. Es en este sentido en el que hablamos de postcapitalismo. Un enfoque así implica también un juicio ético. Como ya hemos dicho, los partidarios del neoliberalismo ponen en relieve, de una parte el estímulo de la iniciativa individual, que ellos estiman valorizante para el ser humano, y de otra parte la convergencia de los intereses contradictorios que se anulan en el mercado, lo que conforma el carácter autorregulador de este último. Algunos van incluso más lejos, como Michael Novak, quien en los Estados Unidos defiende la idea de que el capitalismo es la forma de organización de la economía más próxima al evangelio, ya que ella alía el respeto de la persona con el bien común; o aún más, como Michel Camdessus, exdirector del FMI, quien declarara una semana antes de su dimisión, en un simposio de Pax Romana en Washington, que el FMI era uno de los elementos de la construcción del Reino de Dios.

La necesidad de rebasar el capitalismo supone, pues, una condición ética en la búsqueda de las alternativas. Es también en la medida en que uno puede deslegitimarlo que es posible movilizar la opinión pública y hacer converger las acciones. Ahora bien, en la perspectiva poscapitalista, este accionar va más lejos que una simple condena a los abusos. Para reproducirse a largo plazo, todo sistema, y especialmente el sistema capitalista, necesita instancias críticas que le permitan corregir sus disfuncionamientos. Por eso las reacciones, incluso radicales, no llegan a recuestionar las bases teóricas de su construcción, y terminan por serles útiles.

La deslegitimación propuesta por el postcapitalismo, más que ser moral se apoya en la incapacidad del capitalismo para responder a las exigencias mínimas de la economía, definida como un mecanismo del conjunto social, que debe garantizar la seguridad material de todos los individuos y de todos los pueblos. Karl Polanyi, economista norteamericano de origen húngaro, lo comprendió bien cuando explicaba que el capitalismo había separado la economía de la sociedad y había hecho de ella un fin “en sí mismo”. Es necesario agregar que el capitalismo tiende a imponer sus leyes al conjunto de las actividades colectivas de la humanidad. El proyecto a largo plazo es el de reinsertar la economía en la sociedad, y, por esta razón, el propio autor no duda en proclamar la superioridad moral del socialismo sobre el capitalismo (Karl Polanyi y C. Aremburg, 1995).⁴

Para la corriente poscapitalista, la reacción ética frente a los abusos se inscribe en una visión más global, ya que estos últi-

⁴ Hablamos de postcapitalismo más que de socialismo, por la única razón de que la palabra “socialismo” ha adquirido, en la actualidad, sentidos muy distintos. Para algunos, sería el “socialismo real” en su concreción soviética. Para otros, es la social democracia. Para otros, incluso, es una “tercera vía” de hecho muy próxima al liberalismo social, es decir, una forma de planificación del capitalismo. Por último, algunos identifican este concepto, como en China, por ejemplo, con la combinación de un Estado de tendencia totalitaria con una economía dominada por el mercado. Frente a esta confusión semántica, preferimos definir un contenido, que finalmente coincide con el pensamiento original de Marx, cuando habla de socialismo.

mos no son simples accidentes del camino ni el resultado de perversiones individuales. El análisis poscapitalista los considera connaturales al sistema, lo que se confirma fácilmente por el hecho de que son los mismos agentes económicos del “capitalismo civilizado”, incluidos los del llamado capitalismo “renano”, los promotores en el sur y/o en el este europeo del “capitalismo salvaje”. La rentabilización del beneficio o la ley de la competencia no conocen límites más que en el marco de las relaciones de fuerza. Es solo en la medida en que el capitalismo encuentra resistencias organizadas que cede terreno, pero no sin antes utilizar la represión, la fuerza, las dictaduras políticas, e incluso las guerras para defender sus intereses.

Es en esta perspectiva en la que se trata de construir otra globalización, la de las resistencias y las luchas (F. Houtart y F. Polet, 1999). Pues frente a la “globalización” del capital, encontramos una fragmentación de los movimientos populares o de las organizaciones de defensa de distintos derechos, debida a la diversidad geográfica y sectorial. Solo una convergencia permitiría construir una nueva fuerza. A pesar de sus imperfecciones, la acción contra la OMC comenzada en Seattle es un importante aliciente, y el Foro Social Mundial de Porto Alegre ha sido la primera expresión mundial de la sociedad civil de abajo frente a la de arriba, que manifiesta su globalización en el Foro Internacional de la Economía, en Davos.

Los progresos tecnológicos y las cuestiones ecológicas también tienen su lugar en la visión poscapitalista. Los primeros no aparecen como un fin en sí, y menos aún como un medio de rentabilizar el beneficio, pero sí como un medio para mejorar la suerte de los seres humanos sobre el conjunto del planeta; de ahí que se preste interés a las condiciones sociales del desarrollo de las tecnologías (los costes humanos) y de su función en el sistema económico (suprimir el empleo, o bien, mejorar las condiciones de trabajo), del reparto de sus aportes en las sociedades (reservadas a una minoría o repartidas entre todos), del carácter ético de su aplicación (biotecnología) y de sus consecuencias sobre el medio ambiente natural (CO₂, etc.).

En cuanto a los factores ecológicos, estos deben ser objeto de una atención particular; si bien Marx dijo, hace siglo y medio, que el capitalismo destruye las dos fuentes de su propia riqueza, la naturaleza y los seres humanos, los regímenes socialistas no han estado atentos a las exigencias de la ecología. Más que nunca, dirán los partidarios de una solución poscapitalista, el principio de precaución exige que la utilización de la naturaleza escape a la lógica de la mercancía y se inscriba en un marco que hoy día solo puede ser mundial.

Como el mercado es una relación social, en muchos casos es el derecho del más fuerte el que se impone. En la actual coyuntura, incluso aunque el polo central del capitalismo se encuentre repartido entre los tres elementos de la tríada que comprende a los Estados Unidos, Europa y Japón –que en conjunto disfrutan de numerosos monopolios económicos, científicos y estratégicos–, la fuerza militar que garantiza el sistema se encuentra en manos de los Estados Unidos. Thomas Friedman, consejero de la secretaria de Estado, Madeleine Albright, escribía en el *New York Times Magazine* del 28 de marzo de 1999 un artículo titulado “Para que la globalización funcione, los Estados Unidos no deben tener miedo de actuar como la superpotencia invencible que son en realidad”.

La oposición al hegemonismo norteamericano se inscribe en dicha perspectiva y la contestación a la OTAN, que es una expresión mayor, no tiene otras razones (Samir Amin, 1999). Esta se ha manifestado en ocasión de la guerra del Kosovo, como fruto de un análisis que va más allá de lo inmediato y que se inscribe en la perspectiva global del postcapitalismo.

Las alternativas concretas

Cada uno de los dos proyectos a los que acabamos de referirnos propone alternativas. El primero, la orientación neokeynesiano, con el fin de humanizar el capitalismo; y el segundo, el poscapitalista, para rebasarlo. El concepto de alternativa es entonces ambivalente, ya se trate de alternativas que se sitúan en el interior de la economía capitalista, o de las que preconizan

una alternativa al sistema capitalista. Ambos formulan un pensamiento teórico que construye una ética, alimenta las resistencias y propone las etapas concretas. Coinciden sobre algunos puntos políticos, al recomendar ciertas regulaciones como, por ejemplo, la de los flujos financieros internacionales, pero la filosofía de base es muy diferente. Hay que estar atento para no equivocarse, pues numerosos factores de orden social e incluso cultural actúan para desnivelarlos.

Por otra parte, en ambas proyecciones se habla hoy de alternativas (en plural), pero en sentidos igualmente distintos. Para los unos, ya no hay objetivos globales, estos últimos presentan un riesgo de regreso a otro “pensamiento único”; en cambio, existe un conjunto de soluciones concretas que permiten presentar alternativas creíbles a la solución contemporánea, reconocida como insostenible. Es la concepción que más se acerca a las posiciones neokeynesianistas. Para los otros, las alternativas concretas no son creíbles más que en la medida en que se inscriben en un reemplazo progresivo del sistema capitalista, es decir, como etapas en una transición inevitablemente larga. Después de todo, ¿no le han sido necesarios más de cuatro siglos al capitalismo para construir las bases materiales de su reproducción (la industrialización y la división del trabajo)? Es normal entonces que la construcción de otro modo de producción también tome su tiempo. Decía Maurice Godelier que “El problema del socialismo es que tuvo que aprender a caminar con las piernas del capitalismo”. La nueva revolución tecnológica podría ayudar a transformar las cosas, pero es obvio que esto no será de manera automática.

Antes de proponer los campos concretos en los que se presentan hoy día las alternativas creíbles, recordemos tres elementos. El primero es que las alternativas, que son el fruto de actores sociales, no pueden surgir más que de la deslegitimación de la situación existente, es decir, del capitalismo real. Esta etapa es indispensable. En otros términos, es necesario destruir la idea de que no hay alternativas. En efecto, en la medida en que tal convicción siga prevaleciendo, ninguna solución será creíble, los términos del juego habrán sido predeterminados.

De ahí la importancia del papel de las instancias morales para aquellos que quieren regular el sistema económico existente y para aquellos que quieren reemplazarlo.

El segundo elemento es sobre el hecho de que el mercado es una relación social y de que, en el marco de la globalización, su transformación no se hará sino en el seno de un nuevo equilibrio que exija una convergencia de las resistencias y de las luchas en la misma escala. No se trata de utilizar únicamente simples técnicas económicas o de gestión para cambiar el sistema económico y sus prolongaciones sociales, políticas y culturales. Hay un abanico de acciones sociales y políticas indispensables para la puesta en marcha de las alternativas.

El tercero es que es necesario cambiar el sistema (adaptarlo o reemplazarlo, según las perspectivas), pero la simple suma de alternativas, tan numerosas como son, no son suficientes para alcanzar este objetivo. Sin embargo, existen una gran cantidad de lugares y numerosos actores, probablemente muchos más que hace medio siglo. En la actualidad, el conjunto de las poblaciones del universo está implicado directa o indirectamente en las relaciones sociales del capitalismo: directamente, por la relación capital/trabajo o el salariado; indirectamente, por un gran número de otros mecanismos, tales como la fijación de los precios de los productos agrícolas de exportación o de las materias primas, los mecanismos de la deuda externa, la apertura de los mercados, la fluctuación de las monedas o la especulación financiera.

En efecto, ¿cómo explicar la brutal aparición de más de 20 millones de desempleados en el este y el sureste de Asia, sin referirse a las crisis bancarias y financieras. ¿Cómo darse cuenta de que los Dalits (intocables) de la India, se sublevan en las luchas de castas (y no de clases), precisamente desde el momento en que el país decretó la apertura de la economía a los principios del liberalismo, que incluyen, entre otros, la supresión de los subsidios a la alimentación básica ¿Cómo explicar la revuelta de los pueblos indígenas de Chiapas en México, que coincide con la fecha de la puesta en marcha del ALENA, el tratado de libre intercambio con los Estados Unidos? ¿Cómo

comprender la radicalización social de los movimientos feministas en el Sur, sin ponerla en relación con la feminización de la pobreza? Y podríamos multiplicar los ejemplos.

Así, las alternativas concretas pueden ser consideradas bien como un parapeto puesto al sistema, sin que este sea contestado en su lógica fundamental, o como un paso más para vencerlo. Es cierto que algunas de las proposiciones concretas presentan a veces diferencias de intensidad, pero también a veces se revelan casi idénticas. La regulación de los flujos financieros es propuesta tanto por el americano George Soros como por el movimiento francés ATTAC, en favor de la tasa Tobin, creada a iniciativa de *Le Monde Diplomatique*. Pero entre estos dos polos hay algo más que matices. Los objetivos últimos son contrarios. El primero quiere salvar el capitalismo, y lo declara abiertamente. El segundo quiere, como mínimo, superarlo, aunque reúne diversas corrientes.

Para abordar el problema de las alternativas creíbles es necesario situarse en tres niveles diferentes: el de la utopía, el de los objetivos a mediano plazo y el de las medidas concretas. Además, a estos tres escalones debemos agregar hoy día numerosas ideas, proposiciones y experimentos.

Sobre el tema de las utopías, recordemos que no se trata de una ilusión, sino de un proyecto movilizador. No pueden ser una pura construcción del espíritu; debe tener sus raíces en lo real, con conciencia de que se inscriben en un espacio y en un tiempo que forman una red de condicionamientos para los actores sociales que las ponen en marcha. No hablaremos aquí de la utopía neoliberal, que según algunos voceros –entre otros, el primer director de la OMC– sería el fin de todas las miserias del mundo y la realización de la felicidad de la humanidad, a partir del primer cuarto del siglo XXI, a condición de liberar totalmente la economía. Es precisamente el olvido –quizás no tan inocente como parece a primera vista– de considerar el mercado como una relación social lo que vuelve ilusoria esta posición.

Las dos orientaciones, neokeynesianista y poscapitalista, rechazan identificar la utopía con un futuro mítico, pero se separan radicalmente al definir el objetivo último de cada una. La

primera concibe un mercado regulado que obedece a imperativos fijados fuera de sí mismo y garantizados por las autoridades públicas; posición en ciertos aspectos bastante cercana a las neoclásicas, deseosas por recrear las condiciones de la competencia, lo que quizás permite comprender el acercamiento entre liberales sociales y socialistas de la *tercera vía*.

Por el contrario, para la lógica poscapitalista se trata de derrocar la lógica del capitalismo y, por ende, de establecer las nuevas reglas del juego económico: el reemplazo de la noción de ganancia por la de necesidad, la propiedad colectiva (que no es equivalente a la estatalización) de los principales medios de producción, la consideración de la manera social de producir, en el proceso de producción y en el desarrollo de las tecnologías, el control democrático, no solo del campo político, sino también de las actividades económicas, el consumo como medio y no como objetivo, el Estado como órgano técnico y no como instrumento de opresión, etc. Es con estos mismos criterios, que esta corriente juzga las experiencias del socialismo real, con el fin de analizar lo que no ha funcionado y por qué.

El nivel de las utopías debe traducirse en programas, por lo que es necesario dar un paso más. Como ya hemos dicho, las alternativas a mediano y corto plazo propuestas por las dos corrientes que no aprueban la fase neoliberal de acumulación capitalista a menudo se superponen. Son estos espacios de convergencia los que vamos a evocar, aunque sin olvidar que para los neokeynesianistas el objetivo es humanizar el proceso, mientras que para el enfoque poscapitalista se trata de pequeños pasos cuyo común objetivo es la destrucción de las relaciones sociales del capitalismo.

Cuando hablamos de alternativas “a mediano plazo” la expresión indica los objetivos generales que se estiman alcanzables pero que, o bien deben ser traducidos en un gran número de proposiciones más concretas, tomadas de las alternativas a corto plazo organizadas según sus posibilidades, o bien, que necesitan de una larga lucha para hacer frente a las fuerzas que están en oposición. En seguida vamos a recorrer los dos campos principales de acción: de una parte, las alternativas económicas y

sus dimensiones sociales, y, de otra parte, las alternativas políticas.

En el campo económico, el primer objetivo de una alternativa a mediano plazo es otro tipo de modulación de los intercambios globalizados. En efecto, la oposición a la globalización no enfrenta la universalización de las transacciones pero sí la manera en que ellas se realizan en el mercado capitalista. Es eso lo que ha sido expresado en Seattle, en Bangkok, en Porto Alegre, en Québec, y en Edimburgo. Algunos sectores de las actividades interhumanas deben situarse fuera de la lógica de mercado, so pena de perder su sentido. Es el caso de la cultura, de la educación y de los medios de comunicación. La apertura de los mercados debe dejar márgenes de maniobra a las economías débiles. La libre circulación no puede afectar únicamente los capitales y los bienes, sino que debe también incluir a las personas. Las actividades especulativas que dominan la economía mundial deben ser canalizadas o, si no, totalmente eliminadas, etc. Para cada uno de estos puntos se han propuesto soluciones.

Por otra parte, en la globalización actual, que favorece a la vez los intereses económicos de las naciones más fuertes y a las empresas transnacionales en pleno proceso de concentración, los reagrupamientos económicos regionales se plantean como una manera distinta de situarse asumir la “globalización”. Esto como consecuencia de dos perspectivas alternativas: de una parte, al diversificar los intercambios internos los reagrupamientos económicos regionales pueden responder progresivamente y mejor a las necesidades de las poblaciones, y de otra parte, permiten constituir una base más sólida de negociación en una economía globalizada, de manera que ofrecen un punto de partida a una pluripolaridad económica y política futura, frente a la unipolaridad actual, la de la Tríada de Europa, Japón y los Estados Unidos, bajo la hegemonía de estos últimos.

Para modificar las relaciones Norte-Sur, otro aspecto de la globalización contemporánea, es necesario levantar los obstáculos al desarrollo de las economías dependientes, cambiando completamente la orientación de los flujos financieros que convergen hacia las economías desarrolladas, consecuencia de

su peso en las relaciones mundiales. Dichos obstáculos están constituidos por la fluctuación de los precios de las materias primas y de los productos agrícolas, la competencia de los excedentes agrícolas, los subcontratos y las zonas francas en condiciones fiscales y sociales draconianas, la importancia del servicio de la deuda, las exigencias de las inversiones extranjeras, las tasas usureras de inversión a corto plazo (“capitales golondrinas”), la evasión de los capitales locales hacia lugares de más alta rentabilidad, etc. En todos esos ámbitos, las soluciones están avanzadas y entre ellas algunas ya son parcialmente aplicadas o sometidas a discusión.

Continuando con las materias directamente ligadas a la globalización, la reducción del comercio de armas y su estricto control internacional es también uno de los objetivos a mediano plazo de las alternativas. Lo mismo con respecto a las armas de destrucción masiva, cuyo control de la prohibición debería ser cuestión de un poder realmente internacional y no depender tan solo de unas pocas naciones dominantes del orden mundial. Existen proyectos en ese sentido, y son creíbles en la medida en que una voluntad política pueda ser despejada. Después del fin de la Guerra Fría, se ha hablado de “dividendos de la paz”. Esta noción, que ha conocido un principio de ejecución, podría ser ampliada.

Como las alternativas significan una transformación o un replazo del capitalismo, hoy día globalizado, no es suficiente con solo abordar la dimensión espacial, sino que es necesario también tener en cuenta una lógica que actualmente se ejerce a nivel mundial. En ese campo, el primer aspecto es el de los límites a la lógica mercantil. Entre los límites que proponen las alternativas, no se piensa en abolir el mercado, pero sí que si el mercado es una relación social, también puede construirse sobre la base de una verdadera reciprocidad. Para este fin, el desarrollo de una economía social –aunque el contexto actual acorta considerablemente sus potencialidades– abre el camino a más de una solución, incluida la propiedad de los medios de producción para el conjunto de los productores. Esto se traduce concretamente en la imposición de frenos a las empresas

que escapan por este medio a las legislaciones nacionales; a las privatizaciones a todos los niveles; y, en un plano positivo, se traduce también en la puesta en relieve de los sectores no mercantiles, en tanto realmente contribuyen a la “riqueza de las naciones”. Todo esto es objeto de las reivindicaciones concretas de muchos movimientos sociales.

La reorganización del proceso de producción y de distribución, que en la actual fase neoliberal atraviesa una etapa de considerable desregulación, en función del criterio de rentabilidad, es también una de las alternativas a mediano plazo. Tiene que ver principalmente con cuatro sectores. En primer lugar, la revalorización del capital productivo en relación al capital financiero, con el fin de frenar el decrecimiento relativo del primero y reducir el carácter especulativo del segundo. En segundo lugar, una utilización crítica de las tecnologías para evitar que la rentabilidad sea el único criterio de su desarrollo y aplicación, y la reintroducción de otros parámetros, como el bienestar humano, la dignidad de las persona, o el respeto de la naturaleza. En tercer lugar se encuentra la redefinición del trabajo, que ha sido profundamente modificado por las nuevas tecnologías, pero que debe ser organizado en función de otros criterios diferentes al de la competencia salvaje entre las empresas (que desemboca en la flexibilización del tiempo de trabajo, la, individualización de los trabajadores, el trabajo de los niños, la presión sobre los costes de la cobertura social y de la seguridad de los lugares de trabajo, etc.). En cuarto lugar está el factor ecológico, cuyas exigencias son cada vez más reconocidas. Es posible que a corto plazo este último elemento sea el más certero para forzar la adopción de alternativas a la lógica capitalista, ya que no es posible continuar con el actual curso de las cosas, caracterizado por la explotación de los recursos no renovables y la destrucción del medio ambiente, para la simple obtención de un beneficio a corto plazo.

Sobre un plano más general, se puede decir que los diferentes objetivos alternativos se orientan en el sentido indicado por Polanyi de “reinsertar la economía en la sociedad”, sometién-dola a los imperativos sociales y ecológicos. La cumbre de las

Naciones Unidas en Copenhague y la de Río de Janeiro (Agenda 21) muestran que no es pura ilusión, incluso aunque los resultados concretos sean todavía desalentadores. Recordemos sin embargo que la interpretación de esos objetivos alternativos a mediano plazo es diferente para la perspectiva neokeynesiana y poscapitalista y que ello puede también tener una incidencia sobre las vías propuestas para su realización.

Añadamos por último que todo esto se inscribe en una perspectiva crítica de la modernidad, una modernidad que conduce a la lógica capitalista y que reduce el desarrollo a un consumo ilimitado y desigual, destructor de los equilibrios naturales, del control popular y de la dignidad humana. Esta crítica no obstante evita la trampa posmodernista, que divide en este punto la visión de lo real, que termina por negar la existencia misma de los sistemas o de conjuntos sociales coherentes, para no considerar más que una historia inmediata, hecha de trayectorias individuales. No hay nada más útil, en efecto, para el sistema capitalista globalizado, que una ideología de la fragmentación social.

Las alternativas económicas no tienen ninguna oportunidad de salir a la luz sin las alternativas políticas. En efecto, la globalización actual otorga al sistema económico capitalista el predominio del poder, es decir, una enorme capacidad de imponer sus normas al funcionamiento de la vida colectiva. El contrapeso solo puede ser político, en el sentido extenso de la palabra; de ahí, un cierto número de objetivos a mediano plazo.

A nivel mundial, se trata esencialmente de reforzar las organizaciones internacionales y democratizarlas. Esto concierne tanto al Consejo de Seguridad, en su papel de mantener la paz, como a las organizaciones especializadas de las Naciones Unidas. En cuanto a las organizaciones nacidas de la conferencia de Bretton Woods (Banco Mundial, FMI y, más recientemente, la OMC) y convertidas en los instrumentos eficaces para la aplicación del Consenso de Washington, el retorno a su función original de regulación del sistema económico mundial, sobre otros criterios que no sean el de la simple rentabilidad del capital, es una de las perspectivas alternativas seriamente conside-

radas. Todo ello va a la par con la restauración del Estado en su papel de garante de los objetivos sociales y de las preocupaciones ecológicas, con el reforzamiento de su eficacia técnica y el crecimiento del control democrático a todas las escalas.

La realización de dichos objetivos alternativos a mediano plazo depende en el plano internacional de tres factores esenciales: una convergencia de las resistencias al capitalismo y de las luchas sociales a todos los niveles, una voluntad política de todos los Estados, y el desarrollo del Derecho Internacional. Incluso, se puede afirmar, que es la dinámica de estos tres factores la que va a determinar las posibilidades de realización de las alternativas.

En el primer caso, el establecimiento de redes de movimientos sociales y la organización de acciones comunes están en proceso de realización. En 1999, algunos eventos simbólicos sacaron a la luz pública su existencia; por ejemplo, El Otro Davos, que reunió a cinco movimientos sociales importantes de cinco continentes, para afirmar que existe otra manera de concebir la economía mundial diferente de la del mercado, o la acción común llevada a cabo en Seattle, entre los sindicatos obreros, sobre todo norteamericanos, y otros movimientos sociales de diferentes categorías y de diversas regiones del mundo. Todo esto alcanzó su culminación en 2001 y desembocó en la constitución, en Porto Alegre, del Foro Social Mundial.

Algunas iniciativas a nivel de los Estados, especialmente sobre el plano regional, manifiestan una voluntad política de encontrar alternativas, como por ejemplo el Merco-Sur y ASEAN, que desarrollan proyectos económicos en clara oposición al establecimiento de zonas de libre intercambio entre países del Sur y los Estados Unidos. En el plano del Derecho Internacional, es necesario señalar las numerosas iniciativas en el dominio de los derechos humanos y del derecho de los pueblos en relación con el Derecho Mercantil, entre otras, las iniciativas del Tribunal Permanente de los Pueblos y de la Liga Internacional por los Derechos de los Pueblos.

En lo que respecta a las alternativas a corto plazo, para que estas sean creíbles es necesario fijar no solamente una finali-

dad y formular los objetivos a mediano plazo, sino también hacer las proposiciones a corto plazo, que puedan construir la base de las acciones reivindicativas y de los programas políticos. Es imposible hacer un catálogo, pero es suficiente con citar algunos ejemplos que prueban que la posibilidad de crear alternativas existe.

La mayoría se sitúan en el dominio de las regulaciones, pero se inscriben como etapas en un proceso a más largo plazo, ya sea para humanizar la relación social capitalista, o para transformarla. Se pueden clasificar en diferentes campos:

- Regulaciones económicas: tasación de las operaciones financieras internacionales (tasa Tobin), fiscalidad regional e internacional, supresión de paraísos fiscales, anulación de la deuda de los países pobres, reagrupamientos regionales bajo la forma de mercados comunes o de zonas de cooperación económica, reestructuración de las instituciones financieras internacionales, etc.
- Regulaciones ecológicas: protección de los recursos no renovables, protección de las riquezas biológicas, establecimiento de reglas internacionales sobre la polución, aplicación efectiva de la Agenda 21, el Protocolo de Kyoto, etc.
- Regulaciones sociales: legislación internacional del trabajo, código de conducta de las inversiones internacionales, participación de los organismos representativos de los trabajadores en las instancias regionales e internacionales, etcétera.
- Regulaciones políticas: constitución de poderes regionales con competencia reguladora en materias económica y social, reorganización de los órganos de las Naciones Unidas, gestión mundial del patrimonio ecológico y cultural, parlamento mundial, etc.
- Regulaciones culturales: protección de las producciones culturales nacionales y locales.

En conclusión, las alternativas existen. De que son creíbles no hay ninguna duda. A fin de cuentas, su realización está ligada

a la voluntad de ponerlas en marcha. En este momento, la credibilidad no se sitúa a nivel de las alternativas, pero sí en el de la actuación colectiva. ¿Existen formas sociales capaces de llevar a cabo los proyectos alternativos a corto y mediano plazo? ¿Existe una voluntad política para realizarlos?

Movimientos sociales y poder

La realización de las alternativas exige una transformación de la relación de fuerzas. Surge así la cuestión del ejercicio del poder como medio de transformación de las sociedades. En efecto, es una cuestión universal. No basta con protestar contra las injusticias. Tampoco con proclamar que otro mundo es posible. Se trata de transformar las situaciones y tomar decisiones efectivas. De ahí la cuestión del poder.

Antes de continuar, es bueno reflexionar sobre el sentido de dos términos: los movimientos sociales, por una parte, y el poder, por otra. Entre los movimientos sociales, tenemos aquellos vinculados a la lucha de clases –en concreto, a la clase obrera–, que fueron fruto del desarrollo del capitalismo industrial. Estos movimientos fueron la vanguardia en las luchas por las conquistas sociales durante los siglos XIX y XX. En algunos casos, los partidos que los representaban tomaron el control del Estado, a menudo en alianza con los movimientos campesinos, para constituir poderes socialistas.

Por otra parte, también tenemos movimientos con objetivos sociales transversales: feministas, indígenas, contra la guerra, por la abolición de la deuda externa, contra la hegemonía del capital financiero, etc. Estos se han desarrollado recientemente, al mismo tiempo que algunas ONG progresistas de apoyo. Esto se debe a que actualmente, con la globalización neoliberal que caracteriza la fase actual del capitalismo, todos los grupos sociales del mundo se han visto afectados por la lógica del capital, la ley del valor.

Como hemos señalado anteriormente, algunos movimientos sociales se han sometido directamente al capital, en la propia organización del proceso de producción, por medio del

salario. Son una minoría. También son muchos los que están sometidos igualmente a la ley del capital, pero de manera formal, es decir, a través de mecanismos financieros o jurídicos. En el primer caso, la deuda externa, los precios agrícolas, las privatizaciones, los paraísos fiscales, etc. impiden a los Estados financiar sus funciones tradicionales (salud, educación, inversión pública); y en el segundo, las normas impuestas por los órganos financieros y comerciales internacionales, como el Banco Mundial, el FMI y la OMC, refuerzan los mecanismos de extracción de riquezas a los países pobres por parte de los países ricos. Mecanismos similares existen igualmente en las sociedades del Norte.

La segunda reflexión trata sobre la cuestión del poder. La referencia que nos viene espontáneamente a la mente es la del poder político, es decir, la posibilidad de tomar decisiones, establecer normas de funcionamiento colectivo, promulgar leyes, imponer sanciones. Es una prerrogativa del Estado. No obstante, el concepto en sí mismo es mucho más amplio. Las relaciones de poder existen también en el interior de la familia, en las relaciones de género, en el seno de las empresas, de las organizaciones, de las religiones, etc. Asimismo, hay un poder simbólico que se ejerce a través de la cultura o de lo que Gramsci llamaba “la hegemonía”.

Hoy día ha surgido una preocupación específica y a veces nueva en muchos movimientos sociales, que se manifiesta en una concepción amplia de la cuestión del poder. Pretenden establecer una democracia participativa y cambios en las relaciones de poder de toda la sociedad. Ahora bien, la transformación de lo social en mercancía acentúa las relaciones de poder en todos los sectores de la vida colectiva. En otras palabras, la imposición de la ley del valor refuerza las relaciones de poder.

Por lo tanto tendremos presente este carácter general del poder cuando abordemos las relaciones entre movimientos sociales y poder, poniendo énfasis en el poder político. Efectivamente, la cuestión de la eficacia de los movimientos sociales y la de sus convergencias (foros sociales) se plantea generalmente en estos términos.

La toma de poder para promover alternativas y realizar los cambios sociales

Existe una posición muy clara, para poner en práctica las alternativas que proponen los movimientos sociales es indispensable tomar el poder. En su forma más radical, consiste en una acción política revolucionaria, ya que las clases sociales que tienen el poder no están dispuestas a cederlo. Históricamente, la vía más utilizada para constituir un partido capaz de tomar el poder ha sido la alianza entre el proletariado, como actor principal, apoyado por las organizaciones de campesinos y algunos otros grupos sociales.

Una vez llevado a cabo el acto revolucionario, es el partido el que ejerce el poder en nombre de las clases subalternas, con el fin de realizar los cambios estructurales necesarios. Hay que reconocer que esta forma de relación entre movimiento social y poder social ha tenido eficacia. Las experiencias históricas del mundo socialista deben ser evaluadas en todas sus dimensiones, sin excluir ninguna.

Sin embargo, un análisis crítico permite constatar que la institucionalización del poder dentro del Estado revolucionario desemboca en la creación de nuevas relaciones sociales, con frecuencia ignoradas o negadas. La preocupación casi exclusiva por el desarrollo de las fuerzas productivas y la obligación de dar respuesta a un estado permanente de guerra (caliente o fría) provocado por el exterior no hicieron más que acelerar una institucionalización autoritaria y burocrática. Se puso en marcha un proceso dialéctico de reproducción social, que alejaba el poder de la realidad y paralizaba la democracia.

El libro de Holloway titulado *Cambiar el mundo sin tomar el poder* tuvo un gran éxito. Representaba una reacción contra las experiencias autoritarias y una voluntad de abolir las relaciones de poder en el sentido amplio del concepto, el Estado como sintetizador de las expresiones políticas del capitalismo. Sin embargo, una idea de este tipo merece un análisis crítico más profundo. Si se trata de una oposición al carácter institucional del poder político, podemos estar de acuerdo. Si consiste en

indicar que el campo político es más amplio que el de la acción de los partidos políticos, también podemos mostrar nuestra aprobación. Si se trata de señalar que hay otras dimensiones del cambio social además de la toma del poder político, nadie refutará la pertinencia de la observación. Esto ha sido ampliamente demostrado, por ejemplo, por los movimientos sociales contra el ALCA en América Latina, que sobrepasaron con creces el campo político y tuvieron una eficacia real. Lo mismo podemos decir de los foros sociales, que ya son en sí mismos un hecho político. Pero si se pretende subvalorar la importancia del campo político, es una pura ilusión. Peor aún, forma parte del proyecto neoliberal: reducir el poder del Estado para entregarlo al mercado y, de paso, despolitizar las sociedades. Así que no podemos ignorar los poderes políticos; los partidos son necesarios para la realización de las transformaciones sociales esenciales: ¿cómo llevar a cabo una reforma agraria, cómo impedir la conclusión de tratados de libre comercio, cómo realizar una política petrolera, sin el ejercicio del poder político?

La importancia de la hegemonía como ejercicio del poder

La contribución de Gramsci sobre este aspecto es significativa. Él hablaba de la dirección intelectual y moral de la sociedad y este es el sentido del concepto de hegemonía. A nivel mundial, se puede decir que el Foro Social Mundial ha destruido la hegemonía del neoliberalismo. Margaret Thatcher decía que no había alternativa. Porto Alegre, por el contrario, afirma: “otro mundo es posible”. Todo esto puede parecer un ejercicio puramente semántico, pero es de hecho una dimensión central de las luchas sociales contemporáneas.

Efectivamente, muchos grupos sociales dominados aceptan la ideología de los dominantes. Ya en su obra *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Marx explicaba por qué los campesinos franceses se habían aliado con la aristocracia para llevar a cabo un proyecto de restauración, cuando objetivamente sus intereses eran completamente opuestos. Esto es lo que ocurre hoy, tanto

en las sociedades del Norte como en las del Sur. Se están librando grandes batallas para clarificar las posiciones, como fue el caso del referendo de Venezuela en 2004 o el del tratado constitucional europeo en Francia en 2005.

De ahí la importancia de la deslegitimación del sistema económico actual, no solo desde un punto de vista ético, sino también desde una perspectiva económica: no responde a las exigencias de una definición elemental de economía. De ahí también la importancia de la construcción de una utopía, no como lo que es imposible realizar, sino como lo que no existe hoy pero puede existir mañana. De ahí la importancia, por último, de una reconstrucción ideológica destinada a crear una conciencia colectiva, sobre todo por medio del lenguaje y de los símbolos.

Los movimientos sociales, cada uno en su esfera específica, tienen una función primordial en este campo: producir proyectos alternativos propios. La dirección intelectual y moral del futuro de la humanidad, es decir, el ejercicio de una hegemonía en el sentido gramsciano del término, es un objetivo esencial de las conquistas sociales.

No obstante, existe una contradicción real entre la democracia como meta última y la utilización de medios autoritarios para poder llegar a tal fin. En la actualidad, tras las experiencias del pasado, la sensibilidad de los movimientos sociales es mucho mayor a este respecto, ya que la democracia es una forma de ejercicio del poder, cualquiera que sea el sujeto (asociación, partido político, Estado), y cualquiera que sea la dimensión en la que se ejerce (local, nacional, internacional). Además, la democracia representativa se completa con el deseo de democracia participativa a todos los niveles. Es una exigencia muy específica de los movimientos sociales contemporáneos, que suele manifestarse durante los foros sociales mundiales y continentales.

Las contradicciones entre movimientos sociales y partidos o movimientos políticos

Los partidos políticos tienen como objetivo ejercer el poder político, que es necesario para transformar la institucionalidad de las sociedades. A menudo se tiende a sacrificar todo tipo de organización interna que no sea electoralmente provechosa (Orlando Núñez, 2004) y a instrumentalizar los movimientos sociales con este fin. También se tiende a absorber las fuerzas vivas de los movimientos sociales en el campo político. Esto se verifica concretamente cuando los movimientos revolucionarios llegan al poder.

Por su parte, los movimientos sociales, con objetivos específicos, funcionan como contrapeso a un poder político exclusivo, aunque difícilmente articulan sus intereses más allá de su propia temática. Y estas contradicciones, cuando se llevan al extremo, pueden dar lugar a conflictos reales muy dañinos para la transformación de la sociedad. Por ello exponemos algunas soluciones.

En primer lugar, es necesario reconocer la complementariedad entre movimientos sociales y organizaciones políticas. Por una parte, los partidos son instrumentos actualmente necesarios para el ejercicio del poder político, aunque sea indispensable transformarlos o reinventar nuevas formas de expresión tras la pérdida de prestigio y credibilidad de la que son objeto en todo el mundo. Los movimientos sociales forman una parte de la sociedad civil (la de abajo) y se sitúan en una dialéctica de integración y de resistencia frente a los poderes políticos. El ejemplo de Brasil es particularmente interesante. Los movimientos sociales obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales, han contribuido a formar un partido de izquierda, portador de sus esperanzas en el terreno político. Esto fue una fase de integración. La acción de este partido en el poder (necesariamente compartido y parcial) ha exigido rápidamente una nueva dinámica de resistencia, para que los objetivos populares no sean ahogados por la marea neoliberal. Así que es indispensable el reconocimiento mutuo de las funciones de unos y otros.

En segundo lugar hay que establecer alianzas específicas entre movimientos sociales y partidos políticos. Deben realizarse primero entre movimientos sociales de diferentes sectores y diversas regiones del mundo, para llegar a objetivos precisos. Afortunadamente ha habido muchos ejemplos durante los últimos años. Uno de ellos fue la contienda en Cancún contra las normas de la OMC. Muchas otras luchas comunes todavía deben llevarse a cabo. Las redes que se forman en relación con los foros sociales son ejemplos muy positivos. Por otra parte, también se deben concretar alianzas entre los movimientos sociales y los partidos políticos, ya estén en el poder o en la oposición, para poner en marcha las alternativas a corto plazo y las “utopías necesarias” (el tipo de sociedad que queremos para mañana).

En tercer lugar, hacer converger los partidos y movimientos sociales es también una exigencia. En la mayoría de países donde existe una pluralidad de partidos, se debe poder llegar a acuerdos ya sea sobre objetivos globales, como la oposición a las privatizaciones del sector público, ya sea sobre objetivos concretos, como la oposición al ALCA, la tasa Tobin, la abolición de la deuda, etc.

Esta triple estrategia es importante porque el sistema dominante sabe cómo utilizar el poder, sobre todo el poder político. Los movimientos sociales no pueden ignorar la importancia del poder político porque, aunque hay muchas formas de actuar en el campo político, una de ellas y no la menos importante es el ejercicio del poder. Sin duda se trata siempre de un proceso en el que es esencial una visión dialéctica, y la toma del poder nunca puede ser considerada un objetivo en sí mismo. La lógica de los movimientos sociales no es la de los partidos políticos, pero entre los dos hay complementariedades que exigen un respeto mutuo de sus funciones, sin la instrumentalización de los movimientos por parte de las organizaciones políticas y sin menospreciar la acción de las organizaciones populares en el terreno político.

CAPÍTULO 4

LA POSICIÓN DEL CREYENTE EN LAS LUCHAS SOCIALES

En este último capítulo abordaremos una dimensión específica de las luchas sociales, el aspecto religioso. Podría parecer extraño dedicar un capítulo a este tema en una obra sobre la deslegitimación del capitalismo. Sin embargo, es importante mostrar a los creyentes, por una parte, que su fe carece de sentido si no conduce a hacer respetar la vida y la dignidad de los seres humanos, y a los no creyentes, por otra, que una aspiración religiosa puede ser la causa de un compromiso radical. Esto es lo que vamos a intentar hacer recurriendo a algunos textos fundadores, a la espiritualidad, a la teología y a la ética.

Una globalización de la justicia, del amor y de la vida¹

Isaías: “Sus acciones son obras de iniquidad”; Lucas: “Él ha derribado a los poderosos de la tierra”; Isaías: “Ningún niño vivirá solo unos días”; Lucas: “Él ha saciado a los que tenían hambre”. ¿De qué globalización hablamos? ¿Quiénes son los poderosos de la tierra y cuáles son sus obras de iniquidad? ¿De

¹ Fragmento de la homilía con el tema de la globalización, pronunciada por el autor en Lovaina la Nueva, en ocasión de la fiesta patronal de la Universidad Católica de Lovaina, el 2 de febrero de 2003.

dónde surge la voz de los que tienen hambre? ¿Cuál es el valor de la vida para las víctimas, a nivel mundial, de la primacía del dinero? Citar las escrituras no nos exime en absoluto de un enfoque fundamentalista que identifique literalmente el presente con el pasado. De lo que se trata, por el contrario, es de inspirarse en una enseñanza histórica para abordar nuestro contexto actual.

El lenguaje de los profetas siempre ha sido concreto. Hablando de injusticias, Oseas menciona a Asiria, Amós habla de Damasco, de Judas, de Tiro. El Apocalipsis, en su género literario específico, identifica la bestia con el imperio romano. Jesús designa las instituciones y los grupos sociales que originan el rechazo de los pobres: los saduceos, grandes propietarios y mercaderes y familias de los grandes sacerdotes; los escribas y los fariseos, clase media pero políticamente poderosa; el sanedrín que monopoliza el aparato jurídico; el templo que reúne el poder económico, político y religioso. Sus palabras son duras: “hipócritas”, “sepulcros blanqueados”, “cueva de ladrones”, etc. Algunos Padres de la Iglesia han tenido expresiones particularmente severas con respecto a las injusticias de sus tiempos.

¿Por qué contentarse hoy –frente a una globalización de la injusticia con efectos genocidas, frente al hecho indignante de que jamás la humanidad había dispuesto de tantos medios materiales y de conocimientos científicos, mientras que jamás tantos seres humanos habían sufrido como hoy lo hacen el hambre y la miseria– con un discurso abstracto que celebra la paz y la justicia, sin poner el dedo sobre las causas, sin llamar a los actores por su nombre? Sería una infidelidad a la tradición de los profetas, al Evangelio de Jesucristo, a todos aquellos que durante la historia han dado su vida por la causa de los oprimidos encomendándose a un Dios de justicia y de amor.

En efecto, la imagen del Reino de Dios muestra otro tipo de globalización, la de la universalidad del destino humano, descrita por San Pablo, en la que ya no hay ni griego, ni judío, y cuando, según San Mateo, “todas las naciones sean reunidas ante él” (Mateo, 25-32). Ahora bien, hay que estar claros, en el presente la globalización significa la universalización de las re-

laciones mercantiles capitalistas, lo que Pablo VI denominaba “el imperialismo del dinero” (*Populorum Progressio*), donde el más fuerte gana, la rentabilidad es la lógica dominante, los intereses de los accionistas priman sobre las necesidades vitales de la humanidad, la función de la economía se ha desviado de su sentido –el de proporcionar la base necesaria para la vida física, cultural y espiritual de todos los seres humanos del mundo, para convertirse únicamente en la producción de un valor añadido, y finalmente–, y una minoría absorbe más del 80 % de los ingresos mundiales, mientras que cientos de millones de seres humanos viven en la miseria.

Desde luego, no es la globalización la que crea las injusticias y desigualdades, pero hoy día es el instrumento por excelencia para su reproducción y crecimiento a escala mundial, a pesar de lo que el discurso dominante sigue diciendo. La globalización es en la actualidad una concentración creciente de los poderes económicos en manos de empresas trasnacionales geográficamente situadas en su mayoría en el Norte y que deciden casi soberanamente el destino económico y social de la humanidad, lo que los seres humanos consumen, aquello de lo que se alimentan, los medicamentos de los que disponen, todo lo que contribuya a la acumulación de capital. Los otros, los pobres que carecen de poder de compra, son abandonados a sí mismos, excluidos del mercado, a expensas de la beneficencia y de la acción humanitaria, al abrigo de los programas de lucha contra la pobreza, nueva forma de caridad que no reforma la estructura, que alivia la conciencia de los pudientes y permite al Banco Mundial reconstruir su legitimidad.

La globalización significa hoy la servidumbre de las instituciones políticas, incluida las Naciones Unidas, cada vez más sometida a las lógicas financieras y comerciales y a las presiones de los *lobbys* de las trasnacionales. Los órganos fundados en Bretton Woods con el fin de regular la economía mundial, el Banco Mundial y el FMI, se han convertido en instrumentos al servicio de la acumulación privada a nivel mundial. Las integraciones regionales, como la Unión europea, están dominadas por el dogma del mercado, antes de ser portadoras de una soli-

daridad común y de valores culturales compartidos. Europa, vista desde el Sur, aparece como la continuidad, bajo otras formas, de la larga historia del capitalismo, que sometió a los continentes periféricos a sus intereses económicos y políticos mediante la esclavitud y las guerras coloniales.

Todavía en la actualidad las empresas europeas compiten por explotar los recursos de las sociedades del Sur, destruyen su medio ambiente, explotan a sus poblaciones. Los Estados europeos, a través de la Unión Europea, llevan a cabo políticas proteccionistas, criminalizan la migración, toleran los paraísos fiscales e institucionalizan el mercado como parámetro de las relaciones euro-árabes, euroafricanas, euromexicanas. La Unión Europea, tal y como existe hoy, es uno de los engranajes de la explotación mundial y no será uno de los artífices de una globalización diferente mientras no se libre de esta lógica.

La globalización en nuestros días significa la militarización del planeta, lo que algunos denominan el neoliberalismo armado, para controlar los recursos y los mercados. Ello explica las implicaciones extranjeras en las guerras de África Central. Ello conduce directo a la guerra por el petróleo en Iraq, y mañana puede que por el agua en la Amazonía, aunque algunos, sobre todo los Estados Unidos, no duden en revestir la militarización de calificativos morales y religiosos, como “la cruzada del bien contra el mal”, o en transformar en pretextos situaciones reales como el narcotráfico, el terrorismo, o la falta de democracia.

La globalización actual significa la utilización irracional de los recursos naturales, la extensión a nivel mundial de un modelo productivista, que ha destruido dos tercios de las selvas tropicales, devasta regiones enteras para la producción de petróleo o de materias primas, contamina las ciudades y pone en peligro el clima.

La globalización de hoy desnaturaliza la cultura, instaura la racionalidad instrumental como la única racionalidad legítima, y somete la actividad humana a la rentabilidad, a la productividad, a la solvencia, incluso en lo que atañe directamente a la vida, a la cultura, a las expresiones artísticas, permitámonos decirlo, a la religión. Esto significa la construcción de un Dere-

cho Internacional al servicio de los más fuertes, donde los negocios tienen prioridad sobre los pueblos, y un desvío jurídico donde las empresas se asimilan a las personas, donde el libre comercio se convierte en la norma de referencia.

Pero, ¿no sería esa una visión demasiado pesimista, influenciada por una ideología izquierdista o por una escatología inspirada en el Apocalipsis? ¿Qué piensan de esto las treinta mil personas que mueren cada día de hambre? ¿Qué piensan los dos mil millones de seres humanos que viven bajo el nivel de pobreza? ¿Qué piensan los cientos de millones de pequeños campesinos que corren el riesgo de desaparecer social y físicamente en el cuarto de siglo que viene? ¿Qué piensan los cientos de millares de víctimas de accidentes de trabajo? ¿Qué piensan los inmigrantes tratados como si fueran criminales? ¿Qué piensan los más pobres de nuestras sociedades que ven desmoronarse las ventajas sociales duramente conseguidas? ¿Qué piensan las víctimas de los ajustes estructurales? ¿Qué dará en el futuro la desesperanza que alumbró el terrorismo?

Resumiendo, se trata de promover una globalización distinta a la del capital, con su séquito de injusticias, de exclusiones y de muerte. No podemos enfermar en el confort de las certezas que nos vuelven sordos y ciegos frente a las voces de los otros. Claro que siempre habrá injusticias hasta el fin de los tiempos, y el Evangelio nos incita a proseguir un combate permanente, pero también existen umbrales. Con la globalización actual hemos alcanzado la cumbre de la injusticia, construida e institucionalizada internacionalmente.

La parábola del juicio relatada por Mateo 25, donde maldice a aquellos que no dieron de comer a los hambrientos ni de beber a los que tenían sed, se traduce muy concretamente. Sean malditos ustedes que no han visto que eran instrumentos de muerte, ustedes que especulan con el ahorro mundial, ustedes que se atribuyen salarios desmesurados, ustedes que predicán el evangelio del mercado, ustedes que hacen remontar el curso de la bolsa suprimiendo los empleos, ustedes que instrumentalizan la investigación y la enseñanza desde una perspectiva mercantil, ustedes que utilizan el secreto bancario como instrumento

de la lucha de clases, ustedes que desmantelan y privatizan los servicios públicos, ustedes que destruyen la solidaridad, ustedes que reducen a la mitad de la humanidad al estado de “masas inútiles”, puesto que es a mí a quien han hurtado la fuente misma de la vida.

Pero, por el contrario, bienaventurados aquellos que han permitido que el espíritu de empresa se ponga al servicio del bienestar de los seres humanos, los que han contribuido al desarrollo y a la democratización del saber, los que han buscado alternativas a una globalización destructora, los que se han comprometido en luchas sociales por la justicia y por la dignidad, los han liberado a los ricos de sus dogmas, de su deseo de acumular, de su analfabetismo social, los que han formulado una ética que parte de la visión de los pobres, los que han vivido una espiritualidad comprometida, aquellos para quienes la vida ha sido un signo de esperanza, porque es a mí a quien han hecho revivir. Este es el mensaje que hay que traducir en actitudes y actos.

Una espiritualidad alimentada por las Ciencias Sociales

Una lectura comprometida no excluye una preocupación de rigor. Es el oficio del sociólogo, al tratar con una materia en la que él mismo está implicado. Reconocer el condicionamiento del lugar del que habla no le impide utilizar un método preciso o someterse a las exigencias de otras disciplinas, como la Historia o la Exégesis. Pero el Evangelio es, ante todo, una lección de vida. El sentido, siendo fiel al contenido, se revela de distinta forma para cada uno de nosotros, según el tiempo en el que vivimos, el espacio social en el que evolucionamos, los acontecimientos que compartimos.

El sociólogo creyente, además de contribuir profesionalmente al análisis de las sociedades y a la difusión del conocimiento social, aporta al enfoque de la fe la especificidad de su disciplina. No destruye el objeto que aborda, ya que aunque reivindica la legitimidad de su enfoque, no pretende reducirlo a una única dimensión social. Así, en su lectura del Evangelio, el sociólogo

aporta la riqueza de su saber disciplinario, con el fin de realzar la vida, la acción y el discurso de Jesús. Pero no lo utiliza de forma instrumental, como si las ciencias humanas no tuvieran sentido más que al servicio de una causa, en este caso religiosa, de la que debieran hacer apología. No se trata de una sociología al servicio de la religión, y tampoco de la destrucción de la dimensión religiosa bajo el peso secularizador del análisis social. Es el creyente sociólogo quien se manifiesta en la riqueza de pensamiento que le da su saber.

La referencia a la etapa actual de la vida de la humanidad, que está dominada por una lógica económica hoy día globalizada, que sume a una gran parte de la humanidad en situaciones humanamente insostenibles, indica la contradicción entre una situación así y los valores que Jesús expresa en relación con el reino de Dios. La Fe es directamente interpelada, y desgraciadamente demasiado pocos la perciben.

En efecto, es la realidad de las relaciones sociales lo que está en juego. Sin duda es más fácil no utilizar este concepto en el análisis y considerar las realidades sociales como la suma de las relaciones interpersonales, haciendo de los individuos la única fuente de lo real y cargando sobre ellos el juicio moral. En este caso, que es el más frecuente, se culpabiliza a los pobres; se dice que rechazan trabajar, que escapan a la racionalidad económica, que su cultura no les permite ser eficaces o competitivos. Un análisis así insuficiente conduce también a la moral social a contentarse con condenar los abusos, sin cuestionar la lógica de un sistema que construye antagonismos sociales, injusticias, situaciones de miseria, explotación, paro, exclusión.

Este enfoque está próximo a la corriente de la Teología de la Liberación, que en este momento, a pesar del cierre de los espacios institucionales, está conociendo un importante avance teórico en los continentes del Sur y está desempeñando un papel primordial como animador de las prácticas sociales. Y es precisamente en esta perspectiva en la que se encuentran los signos de esperanza.

En el libro del *Génesis* 9, 8-15 aparece un magnífico símbolo de la alianza entre Dios y la humanidad: “Pongo mi arco entre las nubes para que sea el signo de la alianza entre yo y la tierra”, le dice Dios a Noé, y cuando “el arco iris aparezca entre las nubes, recordaré mi alianza contigo y con todos los seres vivos, y los cielos dejarán de producir el diluvio que destruye todo ser vivo”.

El arco continúa manifestándose en el horizonte, tanto en el norte como en el sur, de este a oeste, recordando en cada momento la promesa de vida. Pero es un símbolo, y como tal no puede ser considerado como algo real. Esto último es una construcción social cuya responsabilidad pertenece a los seres humanos. La adecuación entre lo real y el signo depende de la manera en que las sociedades humanas consigan resolver sus contradicciones. Estas existirán hasta el fin de los tiempos (el mito del pecado original es una expresión muy sugerente de esta realidad). Por eso todo esfuerzo por mejorar el destino de los seres humanos víctimas de la desigualdad de las relaciones sociales o de las distintas formas de injusticia contribuye a hacer resplandecer el arco, imagen de la alianza.

Pero hay más. La especificidad del Evangelio es el anuncio de la buena noticia a los pobres, que en la realidad de las estructuras sociales contemporáneas significa una mala noticia para los ricos, aquellos que se nieguen a convertirse, es decir, a compartir sus riquezas. Ahora bien, en las sociedades actuales, eso implicaría la aceptación de una lógica distinta a la del mercado total, la reorientación de la globalización de la economía, la democratización de las decisiones políticas y económicas, el respeto de las dinámicas de todas las culturas, y todo ello a favor del bienestar material y espiritual de todos los seres humanos.

Por eso las luchas que están en curso para que los beneficios de la globalización se pongan en primer lugar al servicio de los pobres y para que no desemboque en el poder absoluto de las empresas transnacionales, para que los cálculos económicos incluyan los costos humanos (desempleo, migraciones, desregulación del tiempo de trabajo) y ecológicos, todo lo que se incluye dentro del significativo vocablo de “externalidades”,

son iniciativas que anuncian nuevas perspectivas y otras prácticas sociales, y se corresponden con la promesa divina tal y como el libro del *Génesis* simboliza.

También existen movimientos sociales en nuestras sociedades occidentales que expresan claramente el rechazo a un crecimiento sin empleo, a una acumulación en detrimento del trabajo, al desmantelamiento del Estado y de sus funciones reguladoras, para que nazca otro orden económico que responda a las necesidades de todos. Las reivindicaciones por una democratización de los Estados –que vemos en Chiapas, en Corea del Sur, en Zaire o en Rusia–, las exigencias de respeto hacia los derechos del hombre individuales y sociales, en todas las sociedades, son igualmente fuentes de esperanza que muestran que el espíritu de la alianza y de la buena noticia están vivos.

Una espiritualidad que ignore estas dimensiones de la fe sería en vano y especialmente desencarnada. Basta con recordar a Mateo 25, 31-46, el pasaje sobre el juicio y sus criterios. A nosotros nos toca traducir en la historia actual lo que significa el hecho de dar de comer a los que tienen hambre, de beber a los que tienen sed, de vestir a los que están desnudos, de acoger al extranjero, de visitar a los enfermos y a los prisioneros, de hacer ver a los ciegos y oír a los sordos. En un mundo de intercomunicación, no específicamente entre personas, ya que solo una pequeña proporción de la humanidad puede acceder realmente a dicha intercomunicación, sino sobre todo entre las instituciones y los poderes, la fe cristiana cobra un nuevo sentido que este enfoque nos ayuda a comprender y a vivir como un signo de esperanza. Una espiritualidad así definida nos conduce necesariamente a abordar la reflexión teológica, la que nace de una lectura de la situación de los pobres y de los oprimidos de hoy, una Teología de la Liberación.

La Teología de la Liberación, fuente de resistencia y de esperanza de los pueblos²

¿Una reflexión religiosa puede tener lugar en el conjunto de las resistencias a la deshumanización que conlleva la globalización de una economía capitalista? ¿Esto no equivaldría a reducir el sentido de lo trascendente en lugar de ponerlo al servicio de causas sociales precisas? Dichos cuestionamientos son bien legítimos. En efecto, de una parte, toda acción colectiva humana tiene incluidos aspectos simbólicos, referencias éticas, formulación de utopías, en resumen, posee una dimensión cultural. Por otra parte, toda reflexión religiosa es localizada en un lugar y en un tiempo que le dan forma y contenido: no existe una teología socialmente inocente.

¿De qué liberación se trata?

Cuando se habla de teología de la liberación es necesario saber de qué liberación se trata. En este principio de milenio, el referente es la globalización de un sistema económico caracterizado por un proceso de exclusión/destrucción, que afecta tanto a los seres humanos como a la naturaleza y que somete toda la realidad a su lógica, hasta llegar a negar la evidencia cuando sus intereses están en juego.

Para el Sur, tal proceso se inscribe en una larga historia de relaciones desiguales y de explotación, de la que la dimensión cultural e incluso religiosa ha sido central. La globalización aparece entonces como una profundización de la occidentalización del mundo. Dicha puesta en relieve de la convergencia entre la economía-mundo capitalista y la civilización occidental nos conduce a reconocer de una parte la historicidad occidental de lo que Immanuel Wallerstein llama el *capitalismo histórico* y, de otra parte, el despliegue multidimensional de este último. Si el

² Texto reelaborado a partir del editorial del número de *Alternatives Sud* acerca de las teologías de la liberación (*Alternatives Sud*, vol. VII [2000], no. 1).

capitalismo es un modo de producción –o sea, un tipo específico de relación social establecido en el curso de la producción de las bases materiales de la existencia–, la relación capital/trabajo, bajo la hegemonía del primero, se reduce a la dimensión económica. Es igualmente un proyecto de sociedad, con sus dimensiones culturales, sociales, filosóficas.

La Teología de la Liberación merece un examen particular en el vasto movimiento de las resistencias al capitalismo histórico. En efecto, esta escuela de pensamiento, que es también una dinámica social concreta, ha elaborado una crítica radical y actual del sistema capitalista y de su modernidad vehiculada por Occidente. La Teología de la Liberación insiste especialmente en el hecho de que la crítica del capitalismo quedará incompleta si el corazón y el espíritu de este sistema no se desenmascaran. Para ella, el capitalismo significa la objetivización, la cosificación del conjunto de lo real en términos económicos, o sea, la transformación del cosmos en cosas, en objetos de cambio rentables. La naturaleza se convierte en una vasta mercancía, el ser humano es reducido a un simple *Homo oeconomicus*. La cultura misma es cuantificada y entra en la lógica de la ganancia.

Así pues, para la Teología de la Liberación, si el capitalismo debe ser combatido y superado, no es solamente porque es, según los términos de Immanuel Wallerstein, una economía-mundo generadora de riquezas para una minoría, sino porque además acarrea miserias y violencia. Es también porque transforma todas las dimensiones de la vida colectiva, social y cultural, en parcelas del único horizonte que se le propone a la humanidad: la generalización de las leyes del mercado a todas las dimensiones de la presencia del ser humano en el universo, a todas las esferas de la realidad. Esta es la razón por la que el capitalismo histórico tiende a desembocar –afortunadamente, sin lograrlo– en la uniformización de las culturas, la estandarización de las identidades, la disolución de las personalidades históricas-culturales. La globalización de la cultura es la de una cultura específica, vehiculada por el sistema económico contemporáneo.

En la medida que el capitalismo quiere imponer sus leyes, no solamente a la producción y a los intercambios económicos sino también a las sociedades y a los espacios de vida no mercantiles, subleva la resistencia de los pueblos, particularmente en la periferia del sistema-mundo. Esta resistencia es en sí misma multidimensional: todo debe ser movilizado contra un sistema que mata la humanidad, saquea la naturaleza, coloniza el futuro y contamina las representaciones culturales. La Teología de la Liberación hace hincapié en que, en el combate contra el nihilismo de la modernidad capitalista y su concepción profundamente materialista del mundo, hay que rehabilitar las esferas ideales y metafísicas del ser humano, y pensar y vivir la tensión creadora entre conciencia espiritual y accionar político, entre identidad religiosa y compromiso social.

El acontecer de la Teología de la Liberación es un paradigma universal: si los teólogos y los cristianos de América Latina comprometidos en las luchas sociales le han dado sus letras de nobleza, puede extenderse no solo a otros aires geográficos, sino también a otros universos religiosos, como el Islam, el budismo, el hinduismo.

Antes de abordar la especificidad de la Teología de la Liberación y de su aporte a un proyecto poscapitalista es importante comprender que en principio no se trata de una preocupación táctica de acumulación de fuerzas en un proceso de luchas sociales. Existe un fundamento teórico más profundo, que toca al rol de la cultura en la construcción de las relaciones sociales. Un cambio de sociedad exige, en efecto, un proyecto, motivaciones, una ética, en resumen, un lugar importante para las ideas, los valores, el análisis. Descuidar este aspecto conlleva la ignorancia de una parte esencial de la realidad y conduce a errores irreparables, sin hablar de los desvíos en el ejercicio del poder. La Teología de la Liberación hace parte de esta dimensión cultural, con la especificidad de la referencia a una ley religiosa, que mientras afirma la presencia de lo trascendente, reubica esto último en lo concreto de la vida personal y social de todos los seres humanos.

Frente al pensamiento único y su lema publicitario según el cual no hay alternativa, lo que significa una cultura de la muerte, la Teología de la Liberación nos ayuda a descubrir espacios donde la vida y la esperanza son posibles.

¿Qué teología?

No se trata de dar aquí una apreciación de los temas abordados por la Teología de la Liberación, pues su campo es muy extenso y cubre numerosos dominios de la disciplina, desde el contenido de la Fe hasta la ética, pasando por los libros sagrados, las expresiones litúrgicas, la espiritualidad e, incluso, la institución religiosa misma y sus funciones. Este enfoque no renuncia al hecho de que la teología es un discurso sobre Dios, pero se muestra como un discurso específico.

En primer lugar, la característica fundamental de esta corriente teológica es su punto de partida. Muy explícitamente, si tomamos el cristianismo como punto de referencia, los autores afirman que es la práctica de los seres humanos como actores históricos lo que se encuentra en la base de su análisis específicamente teológico, lo que en el lenguaje de la disciplina se llama el “lugar teológico”. Gustavo Gutiérrez parte de la práctica de los cristianos en los sectores populares, comprometidos en un doble proceso de protesta contra un orden social excluyente, y de búsqueda de la justicia. Hugo Assman toma como punto de partida la acción de las clases subalternas y Leonardo Boff, la práctica de Jesucristo. Su análisis es teológico porque a partir de estas posiciones formulan su reflexión sobre el Dios revelado por Jesús.

Las prácticas de los cristianos, las de Jesús en su sociedad, las de las clases subalternas, se sitúan en una realidad de luchas sociales, de opresión económica, de conflictos de clases reconocidos como tales, a la vez, en su realidad histórica y en sus dimensiones nacionales e internacionales. El contexto es lo que crea a los pobres y oprimidos, con los cuales Jesús se identificó para expresar los valores de su Reino, definir la conversión, vivir una espiritualidad cotidiana, anunciar el Espíritu. Esto es

lo que igualmente le valió la calumnia, el rechazo de los ricos, el odio de los poderosos y finalmente la ejecución. Es también en este contexto que formuló las condiciones de la felicidad y construyó la esperanza. A partir de esta realidad, la resurrección cobra sentido y el Reino, que se ha de recibir al mismo tiempo que construir, recibe su dimensión plena.

La Teología de la Liberación analiza las situaciones actuales dentro de su realidad latinoamericana con la ayuda de la teoría de la dependencia, desarrollada en esta época por varios sociólogos y economistas. Según estos últimos, la situación de los países subdesarrollados se explica no por un retraso del desarrollo que bastaría superar, sino por la propia estructura del sistema económico mundial que los lleva a una relación de subordinación a intereses contrarios a los suyos. De ahí la dependencia, que no hace más que producir y agravar el estado de subdesarrollo.

Más tarde, se le reprochó a esta teoría –que en el fondo no fue impugnada– acentuar en forma demasiado exclusiva el vínculo externo, y no suficientemente las estructuras sociales de esos propios países. Los decenios posteriores permitieron una elaboración más precisa de los análisis internos y una aclaración de los lazos existentes entre las élites locales y los intereses extranjeros (similares a los que había entre los saduceos y los ocupantes romanos en tiempos de Jesús).

Las luchas sociales y su significación para la vida de la Fe

En este momento las luchas sociales se convierten en un espacio para pensar y vivir la Fe porque constituyen el contexto humano fundamental de las sociedades subdesarrolladas, y la inspiración evangélica exige que se perciba a estas últimas con la visión de los pobres. La conversión de los ricos y los poderosos consistió, precisamente, en cumplir ese paso. La necesidad de un análisis se ha hecho obvia y su carácter de mediación está explícito en la Teología de la Liberación, no solamente para construir una ética social, sino para reformular la Fe, compren-

der la dimensión de la presencia de Dios, traducir en términos concretos lo que significa el anuncio del Reino y redefinir la misión de la Iglesia. Gustavo Gutiérrez utiliza explícitamente un análisis social, aunque no entra en los detalles de la disciplina. Hugo Assman va más lejos: afirma la necesidad de las ciencias sociales y critica el método idealista y abstracto de la teología europea. La teología, dice, nunca ha sido apolítica.

Evidentemente, la mediación del análisis plantea un doble problema. El primer problema es aceptar que una reflexión teológica pueda someterse a un comportamiento así. Se plantea entonces todo el debate de una teología contextual, ya emprendido en el siglo pasado, en la confrontación entre teología e historia. El segundo, consiste en la elección del análisis porque –como tampoco ocurre con el conjunto de las disciplinas del saber– el análisis social no es neutro; y aquí es donde interviene la inspiración del Evangelio, que incita a escoger el punto de vista de los pobres y de los oprimidos, incluso, en la manera de ver la realidad y de analizarla. La adopción de un análisis social de los elementos antagonistas, en términos de estructura, correspondía a esa preocupación. Ofrecía el instrumento más adecuado para comprender los mecanismos sociales que construían el subdesarrollo, las oposiciones sociales, los conflictos de las clases; en pocas palabras, la justicia y la destrucción del ser humano. Si se quería escapar de los lugares comunes y del lenguaje abstracto, era necesario penetrar en la realidad y reanudar la tradición profética, utilizando los medios que ofrecen hoy las ciencias humanas para comprender algunos mecanismos mucho más complejos que los de las sociedades precapitalistas.

La reacción ante este hecho fue rápida y dura. En efecto, ponía en tela de juicio el papel de la autoridad religiosa, confrontada a criterios de verdad que ya no le eran exclusivos. Introducía la relatividad de un análisis como instrumento de reflexión teológica, lo que quebrantaba una concepción dada de la condición epistemológica de la teología y, sobre todo, de la ética social cristiana. Por último, ofrecía a los adversarios de la Teología de la Liberación la oportunidad de identificar un acto analítico y

sus instrumentos con la filosofía del marxismo, convertida en algunos países del bloque socialista en la nueva religión del Estado. Una amalgama así no era ni científica ni honesta, pero se prestaba muy bien para una estrategia de guerra contra el comunismo, que justificó no solo muchas piruetas intelectuales, sino también alianzas políticas bastante dudosas.

Sin entrar en más detalles, lo que queremos sacar a relucir es el hecho de que la Teología de la Liberación iniciaba su avance específicamente teológico a partir de una visión de la realidad y de un análisis cuyo origen hacía explícito. Era su manera de entrar de lleno en el misterio del amor de Dios, del que habla el evangelio y que llama a todos los creyentes a vivir concretamente su fe al seno de un mundo donde la justicia está por conquistar y el amor del prójimo por construir. Es en este sentido que contribuye a la esperanza de los pueblos.

La fidelidad al profetismo

Desde el punto de vista social, el primer rol de las teologías de la liberación es la deslegitimación del sistema opresivo, que se opone a la vida. Es una función profética. Para desempeñarla de manera adecuada deben disponer de un análisis lo más adecuado posible, para no confundir causas y efectos, para rebasar lo inmediato y comprender las lógicas subyacentes.

Inevitablemente, toda función profética se enfrenta a las oposiciones que provienen de los actores directos o indirectos del sistema cuestionado. Recordemos la frase de Don Helder Camara, obispo brasileño: “Cuando doy de comer a los pobres, dicen que soy un santo, cuando denuncio las causas de la pobreza, dicen que soy comunista”. Los teólogos de la liberación han sido objeto de reacciones a la vez políticas y religiosas.

En el plano político, es suficiente con recordar el documento de Santa Fé, en los Estados Unidos, que preparaba el programa político del presidente Reagan y que designaba la lucha contra la Teología de la Liberación en América Latina como uno de los objetivos de la política norteamericana. Aquellos que, sin necesariamente ser teólogos, ponían en práctica las orientaciones

de este pensamiento y de esta espiritualidad, a menudo pagaron un alto precio, incluso la muerte bajo las balas, como Monseñor Oscar A. Romero, en El Salvador. En Irán, Alí Shariati fue asesinado por la policía secreta del Shah. En los años 1980, en Sudán, Mahmoud Mohammed Taha fue ahorcado a causa de sus escritos teológicos. Pudiéramos citar muchos más ejemplos.

¿Dónde está la Teología de la Liberación?

Hoy día se habla de una crisis de la Teología de la Liberación. Además de la represión eclesial que la marcó, el contexto económico, social y político se ha transformado considerablemente. La apertura de la economía mundial al neoliberalismo, la transformación del papel de los organismos financieros internacionales convertidos en instrumentos directos de esta filosofía económica, y la lucha del socialismo del este europeo y el contrapeso a la expansión mundial del capitalismo, han hecho de este último el único maestro del juego.

Pero no se trata solo de transformar la economía. Es todo el sistema social el que corre peligro a consecuencia de la expansión del capital contra el trabajo (desempleo, desregulación, disminución de la protección social, de la seguridad, etc.), por el crecimiento del enorme “ejército” del sector informal, y el desarrollo forzado de las estrategias de supervivencia. De todo ello resulta una individualización de las resistencias, un debilitamiento de las organizaciones de trabajadores y a menudo un clima poco favorable a los movimientos sociales populares.

Se ha desarrollado una nueva cultura, la idea de que no hay alternativas al mercado capitalista, que este último es el instrumento más eficaz para la producción de riquezas. El inmenso desarrollo tecnológico que permite producir bienes de consumo que responden a deseos más que a necesidades, ha fomentado, sobre todo en los jóvenes de los medios urbanos, una fascinación por tener, un espíritu de competitividad implacable y, por tanto, un egoísmo fundamental. Las corrientes filosófi-

cas y de pensamiento social posmodernas tienden a teorizar estas situaciones, y les confieren la categoría de fatalidad.

Los nuevos movimientos religiosos se desarrollan centrados en las necesidades individuales de búsqueda de sentido y de nuevas solidaridades interpersonales. Se extiende una “teología de la prosperidad”, que pone lo divino al servicio de una posibilidad cada vez más aleatoria donde se propone el intercambio con un Dios que recompensa materialmente a los seres humanos que le sirven ritualmente.

Incluso en los países que se proclaman socialistas, como China o Vietnam, la fascinación de la globalización y el dogma del mercado se imponen a las mentalidades colectivas, a la propia iniciativa de los partidos que están en el poder, lo que refuerza la idea de que no hay alternativa. En este contexto, no es asombroso constatar una crisis en el seno de la Teología de la Liberación. Recordemos que se construye a partir de los abandonados a su suerte, de aquellos que son aplastados por el sistema económico y social, y que hoy esta situación ha tomado nuevas formas. El conjunto del pensamiento social se encuentra desamparado: unos se refugian en el posmodernismo, otros aceptan la inevitabilidad de la ley del mercado. Por último, otros utilizan el análisis económico y social para precisar los mecanismos que orientan el funcionamiento de las sociedades y definir las alternativas.

Pero debemos reflexionar sobre el contenido de la crisis. No está en tela de juicio la radicalidad de la opción para los pobres y oprimidos, sino más bien el tipo de análisis que sirve de mediación entre la ética y el pensamiento teológico. Las modalidades de opresión se diversifican, la relación social del capitalismo reviste nuevas formas indirectas, se ven afectados otros grupos sociales además del proletariado, las mentalidades se transforman, muchos movimientos sociales pierden peso en las nuevas relaciones de fuerza, la hegemonía cultural se refuerza. Los parámetros del pasado se han vuelto insuficientes para darse cuenta de las nuevas realidades, y es preciso actualizarlos. El peligro de esta nueva búsqueda es dejarse llevar por las apariencias, y perder de vista la verdadera naturaleza de las relacio-

nes sociales capitalistas, que responden siempre a la misma lógica.

Algunos teólogos, impresionados por los resultados del mercado, tienden a aproximarse a la *tercera vía*, que pretende humanizar el capitalismo. Otros, impresionados por las nuevas dimensiones de la conciencia social, la de las mujeres, la de los pueblos autóctonos, la de los grupos raciales, la de las relaciones con la naturaleza, se dejan seducir por la particularidad del objeto, con la tendencia a aislarse del contexto global. Otros, incluso, reconociendo los nuevos desafíos, siguen fieles a una perspectiva poscapitalista exigente de un ángulo de visión que englobe una búsqueda de alternativas más allá de lo inmediatamente perceptible. Todo esto muestra la importancia de un análisis que tenga en cuenta la totalidad de los fenómenos sociales y que evidencie además la necesidad moral de un rigor en el conocimiento y en la aplicación de las ciencias sociales, en materia de ética, y como base de preguntas teológicas.

¿Esta situación no será la prueba del fracaso de toda teología contextual? ¿Se puede impunemente, dirán algunos, unir el destino de Dios a los avatares de la historia, a los tartamudeos de las ciencias del hombre? ¿No es eso la “dictadura de la relatividad”? ¿No es más bien reconocer la condición humana un largo y difícil recorrido en la búsqueda del saber y del buen hacer? ¿No es al contrario, para los creyentes, aceptar el papel central de la razón en el entendimiento de una inspiración que trasciende lo real? ¿No es, en definitiva, descubrir una suerte de complicidad entre Dios y los seres humanos en la construcción, en el seno de las sociedades, de la justicia y la paz, anuncios de un más allá del mal y de la muerte?

¿O no sería mejor absolutizar lo provisional, confiriéndole a los análisis sociales, que siguen implícitos, un estatus de eternidad? ¿Lo único permanente e indispensable no sería amar al prójimo en el contexto de su historia personal y social; no es eso por que Dios se define como *amor*? El resto no es más que un descubrimiento, traducción, pedagogía, en un contexto siempre diferente.

La Teología de la Liberación por lo tanto posee un fuerte valor simbólico. Solo tiene efectos sociales profundos en la medida en que permanece fiel a su enfoque específicamente teológico, es decir, el discurso sobre Dios, y sobre el sentido global de la existencia. Es solo así que es capaz de movilizar las fuerzas espirituales. Toda recuperación o instrumentalización por medio de la política no puede conducir más que a su destrucción. Hoy día, emergen nuevas dimensiones en el seno de las teologías de la liberación, que corresponden a los niveles de conciencia y a movimientos sociales específicos: las mujeres, los pueblos indígenas, la ecología, la cultura, todas las preocupaciones vinculadas con las nuevas formas de inserción directa o indirecta de las sociedades en la relación social del capitalismo.

La Teología de la Liberación se ha desarrollado sobre todo en las sociedades del Sur, pero este tipo de reflexión también existe en el Norte. En la periferia, es un punto de apoyo para la emancipación de los pobres, que supera la religión popular e integra esta última a una dimensión analítica. Su contenido, sus perspectivas, su inspiración van más allá de una ética social, aunque esta tiene un lugar. Permite sobre todo reconstruir la esperanza, a partir del descubrimiento de una utopía portadora de alteridad.

Una ética social inspirada en la radicalidad del evangelio

¿Cómo una reflexión teológica puede intervenir en la elección de los procesos de análisis, en la formulación de un juicio ético y, finalmente, en la definición de políticas sociales para establecer la justicia?

En el cristianismo, el juicio ético en correspondencia con el espíritu evangélico es necesariamente radical: con la dignidad de los seres humanos no hay término medio posible. En este sentido, el ejemplo de Bartolomé de las Casas, el religioso español que fue el primer obispo de Chiapas, en México, es impresionante al respecto; en la historia pueden encontrarse muchos casos similares. En su obra *La destrucción de las Indias* ataca con

un vigor implacable a los colonizadores españoles, quienes llegaron a la explotación y la exterminación de las poblaciones indígenas (Luis N. Rivera Pagán, 1992: 78). Condena los abusos, pero sin análisis social o socioeconómico y político. No hay, pues, un cuestionamiento de las relaciones sociales que están en la base de dichas prácticas, ni del sistema económico que las rige. Su recurso a las autoridades políticas (la corte de España) que garantizaban el buen funcionamiento del sistema consistía en exigir la aplicación de un código de conducta que limitara los abusos. La solución que él apoyó –y que deploró enseguida, a causa de la reproducción de los mismos abusos– fue un reemplazo de la mano de obra aborigen por la de proveniente de África. Ahora bien, es la lógica del capitalismo mercantil la que introdujo las relaciones sociales esclavistas, como medio para lograr la acumulación correspondiente a esa fase de su desarrollo. Por lo tanto, no basta con condenar los abusos del sistema, sino el sistema mismo. La diferencia con la época de Bartolomé de las Casas, es que en nuestros días disponemos de los instrumentos para ese tipo de análisis. Así que ya no hay excusas.

La sustitución del análisis por la moral

Una reflexión sobre el acontecer de la doctrina social tradicional de la Iglesia católica, así como del conjunto de las religiones, lleva a constatar que a menudo la ética sustituye al análisis: la condena de los abusos, y no la de la lógica del sistema, es la esencia del objetivo. Ahora bien, en el caso del capitalismo, la lógica del sistema implica la transformación de toda realidad en mercancía; la introducción de este criterio para el funcionamiento del conjunto de la sociedad, incluyendo la educación, la cultura y la salud; el no tomar en cuenta lo que en economía se llama las *externalidades*, o sea, la calidad de vida; el respecto de la naturaleza; las relaciones no mercantiles; la extracción máxima de la plusvalía en el trabajo que, entre otros factores, rige en nombre de la productividad; la ubicación de la producción y de los servicios en regiones de salarios inferiores; la destrucción

de la naturaleza, en tanto no tenga incidencia sobre las ganancias. Esos no son solamente los abusos, son las consecuencias inevitables de un *sistema de mercado total*, que la ola neoliberal de hoy impulsa a su paroxismo.

No se trata por lo tanto de *moralizar* el sistema económico y sus prolongaciones políticas, sino más bien de cambiar sus parámetros para que todos los seres humanos puedan realizarse física, cultural y espiritualmente. Una ética con referencias religiosas, que no llegue a tal punto, no responde a la dimensión profética de la Fe.

Sin duda, en el presente se cuestiona la ilusión de creer que un momento revolucionario lograría realizar tal operación. En efecto, ese tipo de cambio pertenece a un período largo, ya que no basta con derrocar un poder político; es necesario también transformar las bases materiales de la organización económica, hasta las técnicas de producción, y permitir que se produzca una mutación cultural al ritmo que tomen las reorientaciones de mentalidad (pasar, por ejemplo, de la cultura del consumo a la de una utilización moderada de los recursos, en virtud de un desarrollo sostenible).

Si la nueva sociedad es una especie de utopía –una utopía necesaria, como decía el filósofo francés Paúl Ricoeur– los medios para construirla no lo son, y la primera etapa consiste en regular de nuevo los mecanismos económicos y sociales, a los diversos niveles de la realidad –desde el nivel mundial hasta el nivel local más próximo. Para unas, ese sería quizás el único medio de salvar el sistema capitalista, que corre el riesgo de derrumbarse bajo el peso de sus propios excesos; pero, para otros, se tratará de un principio de concretización del verdadero cambio. En pocas palabras, es necesario deslegitimar al capitalismo, no porque propicie que se cometan abusos, sino porque su lógica es contraria al bienestar de la humanidad y no permite al sistema económico cumplir su función de asegurar los medios materiales y culturales de una existencia normal para el conjunto de los seres humanos.

La llamada a la colaboración de las clases para realizar el bien común es la primera ilusión de las doctrinas sociales religio-

sas, no por falta de sensibilidad social, sino por ausencia de un análisis explícito de las relaciones sociales y de la manera en la cual el sistema económico, incluso si se llama “economía social del mercado”, construye y reproduce las relaciones sociales antagónicas. La colaboración esperada no podrá ser, de hecho, más que el resultado de la abolición de estas últimas y la construcción de una nueva relación de fuerzas. Pero en nuestros días esto es difícil de conseguir, dada la hegemonía del pensamiento único, que dirige las principales decisiones de la economía, y la unipolaridad de la potencia económica del mercado a escala mundial.

Sin embargo, será la acumulación de las fuerzas de la resistencia en todo el mundo la que logrará un día volcar el equilibrio social e impedir que la ley de la ganancia aparte a millones de seres humanos del disfrute de los bienes de la creación o, simplemente, los reduzca al estado de trampolín para una minoría de ricos o de residuos inútiles al funcionamiento de la economía. La Fe en un Dios que quiere la justicia puede ser un poderoso factor de compromiso en las resistencias y las búsquedas de alternativas.

La ética social y la moral individual

Otra debilidad de la perspectiva consiste en modelar la ética social sobre la de las relaciones interpersonales, como si la sociedad fuera igual a la suma de los individuos que la componen y el cambio de la organización social dependiera de la suma de las decisiones individuales. Aunque las relaciones sociales son, desde luego, el resultado de la acción de los actores, estos últimos están condicionados socialmente, es decir, por las instituciones y por la lógica del sistema económico. Un empresario que no tuviera en cuenta la competencia, no seguiría mucho tiempo como jefe de empresa; un banquero que no procurara el mejor rendimiento de los capitales que le son confiados, no tendría la confianza de sus clientes; un gran productor de automóviles que diera la prioridad al bienestar de sus trabajado-

res en el proceso de producción, sería superado rápidamente por la competencia.

Todo lo anterior tiene muy poco que ver con la excelencia moral de los actores individuales, que además, muy frecuente, encuentran con convicción numerosas razones para legitimar sus prácticas. Podemos agregar que nada es peor que un mal sistema operado por actores éticamente correctos. De otra parte, en su lógica, generalmente las religiones primero hacen un llamado a la ética individual para cambiar la sociedad. No obstante, sin discutir la necesidad de esta dimensión, se constata que esta es completamente inoperante si no se procede a cambios estructurales, cuya pertinencia solo se manifiesta mediante las consideraciones más abstractas, es decir, por medio de un análisis de las relaciones sociales (Mary Mc Clintock Fulkerson, 1996: 43-57). En efecto, es a un nivel no visible directamente que se sitúa el razonamiento social indispensable para aprehender correctamente la realidad.

Por último hay que destacar que, en el caso del catolicismo, la Iglesia se presenta como la instancia, por excelencia, de la orientación moral de la humanidad –“experta en humanidad”, decía Pablo VI– y eso por medio de la formación de las conciencias individuales. Es una dimensión donde la Iglesia se siente realmente competente, y la elaboración de un discurso moral, sin pasar por un análisis explícito, permite confirmar esta convicción. Podemos emitir la hipótesis de que la doctrina social así concebida tendría entonces igualmente una función institucional, no forzosamente conciente, que desemboca en el refuerzo de la posición de la Iglesia en la sociedad y en la confirmación de la autoridad de su jerarquía. En efecto, este enfoque permite también trascender el carácter heurístico (instrumento de interrogación permanente), y por lo tanto siempre relativo, del análisis necesario en la elaboración de una ética social. Ahora bien, la doctrina social católica no acepta como criterio de verdad más que el carácter revelado del mensaje que ella misma transmite y la autoridad divinamente constituida de aquellos que la emiten, lo que le da un carácter absoluto.

En las religiones orientales, hinduismo y budismo, en las cuales se hace el énfasis en la trayectoria individual, son la compasión o el respeto a las otras personas, como base de méritos que permiten clausurar el ciclo del karma o alcanzar el nirvana, los que desembocan en una cierta regulación social. Ha sido solo de manera tardía que dichas religiones han enfrentado el sistema económico capitalista, y aún más en su situación de periferia. Ellas han estado parte entonces en la base de una reflexión y de una motivación contra la dominación colonial y a favor del desarrollo del nacionalismo, como proceso de recuperación de una dignidad colectiva, de la cultura y de la religión.

Sin embargo, la utilización de los instrumentos de análisis socioeconómicos prácticamente no fue desarrollada en el seno de esas religiones, en parte, porque la conciencia de los fenómenos era generalmente inmediata, sin reemplazar estos últimos en un contexto más vasto y más abstracto, y en parte porque la actitud filosóficamente antirreligiosa de los medios marxistas constituía un freno para a su adopción por los pensadores religiosos. De otra parte, el peso que esas religiones han dado a la dimensión espiritual de las resistencias es un aporte muy importante para una Teología de la Liberación y para el grado de influencia que han alcanzado las orientaciones de ciertos teólogos cristianos originarios del continente asiático.

El Islam, por su parte, tuvo la experiencia de la confrontación sobre un plano cultural y político, más que económico, al menos a nivel de la conciencia. De ahí su contribución esencialmente ceñida a esos dos aspectos de la cuestión. En la actualidad, sobre la base de una mediación analítica más avanzada, aparecen nuevas corrientes.

Se puede decir lo mismo de las teologías africanas o de los pueblos amerindios. Se ha dado prioridad a la recuperación de la identidad, por lo tanto, a la dimensión cultural. Pero rápidamente tal orientación teológica ha caído en el peligro de quedarse en una dimensión parcial de lo real, y dejar a la sombra o ignorar totalmente la explotación económica y la destrucción del medio ambiente. Más grave todavía, esta teología fue recuperada de manera rápida por una nueva burguesía, que hace de

la autenticidad cultural, de la negritud, su ideología de base y el fundamento de su legitimación social. Donde los indoamericanos ese peligro no existe, pues las burguesías son blancas o mestizas, pero durante todo un tiempo la estrategia de la disimulación como arma de defensa impide llegar a una crítica social explícita y éticamente construida.

La ética como referencia religiosa y la mediación del análisis social

Toda ética social es el resultado de la mediación de un análisis social, explícito o implícito, lo que tiene consecuencias muy precisas sobre su contenido, y las funciones sociales y políticas que la inspiran. Esto se verifica tanto por la Teología de la Liberación como por la doctrina social de la Iglesia. El punto de partida es el mismo para toda moral social inspirada en la radicalidad del evangelio, pero las diferencias provienen precisamente de la mediación analítica.

La Teología de la Liberación hace explícito el análisis que utiliza, al representar la sociedad en términos de estructura, de relaciones sociales antagónicas cuya fuente principal es la apropiación del poder económico. Ella tiene por función deslegitimar el sistema económico en sí mismo (la idolatría del mercado) y apoyar éticamente los movimientos sociales populares de resistencia y de búsqueda de alternativas, conservando una distancia crítica con respecto a los medios para lograrla. En cuanto a la acción que inspira, tiende a crear nuevas relaciones sociales en la sociedad, en beneficio de las mayorías desfavorecidas, y a extender el concepto de democracia a la participación popular, a todos los niveles de funcionamiento de la sociedad.

Cuando las religiones no utilizan un análisis explícito se refieren implícitamente a una representación de la sociedad en forma de extractos superpuestos que deben ser armonizados para formar un todo social y moralmente coherente, en el contexto de las instituciones adecuadas. La función social de esta posición (que no necesariamente corresponde con las intenciones) es la de consolidar, por su discurso, la posición de una

burguesía moderna y humanista y la de subordinar a esta última las capas populares con una fuerte referencia religiosa.

El aspecto imprescindible de una mediación analítica es el de connotar toda ética social de carácter relativo. Antes que nada, los análisis no deben ser dogmas inmutables, sino que han de ser adaptables a los cambios de la realidad. Pero, y esto es todavía más importante, la elección del análisis no es inocente, depende en gran medida del lugar desde donde se observe la realidad; de ahí la importancia de hacer explícita esta elección. En otras palabras, una ética social es siempre contextual, lo que entra en contradicción con toda voluntad de querer acordar un carácter absoluto a su formulación. El único absoluto es el punto de partida: el valor del ser humano tal como nos es recordado por los mensajes religiosos.

Si la mediación del análisis es un hecho inevitable, la pregunta que queda es la de su opción. Como hemos dicho anteriormente, hay varias opciones posibles y cada una de ellas es el fruto de una posición social, explícitamente asumida o no, voluntariamente escogida o implícitamente aceptada.

En la actualidad, la adopción del análisis propio de la Teología de la Liberación, un enfoque en términos de dominación y de clases, ya no va viento en popa, y es lo menos que podemos decir (J. M. Castillo, 1998). El pensamiento único la ha aprisionado y la corriente posmoderna le niega todo su valor. Sin duda, ni la caída del *socialismo real* en Europa del Este ni sus consecuencias han terminado ser analizadas. Pero podemos preguntarnos si la extinción de la democracia, el peso de una burocracia creadora de nuevas élites y la imposición de una ideología de Estado, que han caracterizado esas sociedades, serían verdaderamente el fruto del análisis social marxista, como algunos han afirmado. Es sorprendente constatar que precisamente en el momento en que los regímenes del este europeo adoptaban las perspectivas ya descritas, la sociología era tachada de las ciencias humanas, y el análisis en términos de estructuras era forzado a detenerse a las puertas de la sociedad socialista. Para el nuevo poder este análisis se volvió subversivo y fue el funcio-

nalismo norteamericano el que, muy lógicamente, le relevó en los trabajos de investigación.

Sin embargo, la búsqueda de una alternativa al capitalismo, la atención acordada a los aspectos no mercantiles de la sociedad, la introducción del conjunto de la población en el acceso a la salud y a la educación, incluso en los países del Sur, el apoyo a los movimientos de liberación nacional en África y en Asia, a los esfuerzos de establecimiento de la soberanía nacional y de la justicia social en América Latina, el contrapeso en el plano mundial al imperialismo del dinero, todo ello, pertenece también a la experiencia socialista. Por consiguiente, es menester hacer un balance crítico completo.

Los instrumentos de análisis deben ser sometidos al mismo procedimiento, puesto que la teoría social que les guía debe ser siempre heurística y no puede dejarse llevar por una cercanía simplista o dogmática. En un cierto sentido, la caída del Bloque del Este ha liberado la reflexión de una desventaja considerable, lo que hoy permite evolucionar más serenamente e inspira las nuevas etapas de la acción social y política radicalmente poscapitalista.

Hoy día, la corriente posmoderna también influencia las ciencias sociales y el tipo de análisis que se adopta en función de una ética social (Yves Boisvert, 1997). Una parte de dicha corriente es radical hasta tal punto que cuestiona la misma posibilidad de un análisis. En efecto, el acento puesto sobre el individuo como operador de la sociedad, la negativa a aceptar la existencia de estructuras o de sistemas sociales por temor al totalitarismo intelectual, e incluso el rechazo de la posibilidad de una explicación de los mecanismos sociales, lesionan fuertemente la capacidad de un análisis global de los fenómenos sociales (J. A. Blanco, 1995).

Ahora bien, esto ocurre en el momento en que el capitalismo ha conseguido levantar las bases materiales de su reproducción a escala universal: las comunicaciones y la informática. Por lo tanto, se ha convertido en un sistema verdaderamente mundial. Por ello, el pensamiento posmoderno, pese a su intención de convertirse en crítica de la modernidad, incluida la

económica, converge estrechamente con el neoliberalismo, al cual deja el campo libre. No solo excluye los análisis en función de las estructuras y, por ende, de las clases sociales, sino que se vincula casi exclusivamente con los movimientos que desarrollan objetivos particulares, y que actualmente son muy importantes –los indígenas, los barrios, las mujeres, la ecología, los derechos humanos–, pero sin ubicarlos en el conjunto de las relaciones sociales.

Finalmente, si se quiere desarrollar una ética social que responda a los problemas contemporáneos es necesario apoyarla sobre un análisis de carácter global. Este último no puede dejar en la penumbra el hecho de que las sociedades son conjuntos articulados y que su historia económica, social y política, influye considerablemente en los comportamientos sociales actuales. Sin esta dimensión, concretada en la aprehensión de los hechos y expresada por las lógicas de sus ordenamientos, la ética, en el mejor de los casos, continuará siendo abstracta y, en el peor, será recuperada por los poderes existentes.

Por asombroso que esto pueda parecer, la cuestión de elegir el análisis otorga un papel clave a la inspiración evangélica. Desde luego, se trata de un paso preanalítico que orienta la opción y, en la medida en que esta elección es explícita, no puede hacerse en contradicción con la radicalidad evangélica, que toma posición a favor de los pobres y de los oprimidos. Incluso si no se puede reducir la perspectiva de los evangelios a este único aspecto, nadie puede negar que, en este terreno, los textos no sean perfectamente claros, a menos que se interprete el *magnificat* o la presentación del juicio final en el marco de una hermenéutica abstracta o puramente espiritualista. Se trata, por tanto, de elegir el análisis que mejor corresponda a la opción evangélica, que permita dar una respuesta adecuada a nuestra pregunta de partida: ¿cómo se construye la pobreza, quién origina la represión?

La ética como construcción social

En virtud de la mediación del análisis social, la ética es necesariamente una construcción social en constante evolución. Ciertamente, el análisis no puede ser estático. Las clases sociales ya no son las del siglo XIX; las contradicciones sociales se construyen en sitios muy diversos y dan lugar a nuevos movimientos sociales; el avance del neoliberalismo en las sociedades del Sur aumenta el número de conflictos que estallan sobre la base de las relaciones sociales precapitalistas: castas, etnias, religiones. Por poco que una ética social se proponga ser concreta y no solamente un llamado a las ideas generales –paso indispensable para su eficacia social–, introducirá en su elaboración algún elemento de dinámica temporal.

Por lo demás, toda ética es también una empresa colectiva, ligada a la conciencia social de los fenómenos. El lugar donde se expresa influye fuertemente en el método de análisis y, por tanto, en las conclusiones éticas concretas. Hemos mostrado, por ejemplo, que la Teología de la Liberación se refiere explícitamente a los sectores populares que sufren el peso de las desigualdades económicas y que utiliza los instrumentos de análisis y de mediación que sacan a relucir este tipo de contradicciones. Por el contrario, la doctrina social promovida por las Iglesias cristianas, así como las del Islam y el budismo, se sitúan implícitamente en la línea de una burguesía modernizante y humanista, cercana a los neoclásicos de la economía liberal. Su análisis responde a la cultura de ese grupo social, al oponerse a las oligarquías y denunciar los abusos que no solo afectan a la equidad social, sino que también mantienen en peligro el sistema económico que sostiene su posición de clase.

Este tipo de posición permite captar, por motivaciones religiosas, a ciertos medios populares para el proyecto de la burguesía modernizante. Este fue el caso, entre otros, de la democracia cristiana, así como el de los movimientos nacionalistas budistas y musulmanes. El enfoque ético no está separado del análisis, y este último debe necesariamente reflejar para los cristianos la radicalidad del Evangelio.

Liberación y esperanza

A principios de este nuevo milenio apenas osamos hablar de liberación y de esperanza. Los deseos de liberación parecen desvanecerse con el desmoronamiento de las sociedades que, en Europa o en otros continentes, buscan una alternativa a la lógica mercantil del capitalismo. La esperanza se diluye en el espíritu de los que hablan del fin de la historia. El socialismo ha sido pisoteado, tanto por los que han querido imponerlo desde arriba, como por los que lo han diluido en el mercado capitalista.

El desarrollo y sus homónimos –modernidad, consumo, resultado, tecnologías, energías– parecen cada vez más un señuelo para las sociedades del Sur. La destrucción de los suelos, la contaminación de la atmósfera, el agotamiento de las riquezas no renovables, presentan una perspectiva inaccesible más aún cuando la conciencia y el deseo de conseguirlo crecen en el seno de sus poblaciones.

La exportación de las guerras del Norte hacia el Sur, la aplicación de las técnicas más elaboradas en las armas de destrucción, la utilización de las ciencias humanas en los conflictos denominados “de baja intensidad”, las locuras guerreristas, de las que Iraq es la máxima expresión, el desarrollo del terrorismo, parecen situar las relaciones Norte-Sur en el marco de una implacable confrontación.

Por ello estas dos palabras, *liberación* y *esperanza* pueden parecer a la vez ingenuas, exaltadoras y utópicas, por no decir que corren el riesgo de inscribirse en una perspectiva puramente idealista. De ahí la cuestión: ¿liberación de qué, esperanza de qué?

Para comprenderlo, abandonemos un momento las macrodimensiones de la historia de la humanidad para abordar la vida cotidiana. Sigamos paso a paso a un campesino de América Latina, que comparta con los animales su cabaña en un suelo de tierra apisonada, que no posea ninguna tierra o apenas algunos arpendes, obligado por tanto a trabajar en las propiedades de otros para poder sobrevivir. Este campesino representa a más

del 80 % del mundo campesino, frente a unas cuantas familias que dominan el mundo agrario. Forma parte de los millones de pequeños productores que han perdido sus posesiones durante los últimos veinte años, como consecuencia de la concentración de la propiedad rural, exigida por la economía agroexportadora.

De sus diez hijos, ha llevado a tres al cementerio del pueblo, tan pequeños que un padre o un vecino podían llevar bajo el brazo la caja de madera que servía de ataúd. No puede leer, ni escribir. Su mujer tiene treinta y cinco años y parece que tiene sesenta. Vive confiando en un Dios que dirige el mundo desde lejos, pero también en las angustias cotidianas de las fuerzas del mal que destruyen las cosechas y el mal de ojo que provoca enfermedades.

El propietario que explota su trabajo es también padrino de sus hijos. Es por lo tanto un “compadre”. Pero cuando, unido a algún movimiento campesino o alguna comunidad cristiana de base, se atreve a hablar de reforma agraria, es tachado de subversivo o incluso de terrorista. Y cuando se organizan las luchas campesinas es el propio ejército, a través de los paramilitares, como en Colombia, el que masaca, tortura, asesina a todo el que está a su alrededor.

Y sin embargo nada afecta a su filosofía profunda. Él ama la vida y encuentra en el menor acontecimiento de la cotidianidad una fuente de felicidad. Los vínculos familiares y los de su comarca, el espacio que habita, le aseguran una solidaridad con los demás. Los conflictos internos no faltan, pero frente a la desgracia siempre se tiene a un prójimo. Y el sentido que reúne estas múltiples percepciones de lo más cercano lo asciende a un nivel superior y transforma el tiempo cíclico y repetitivo en una esperanza vivida como realidad, su Fe religiosa. Ella le permite vivir, como ser humano, una realidad que es tan poca cosa. Es también su referencia ética, la que le confirma su superioridad sobre el rico. Y si hoy es miembro de una comunidad cristiana de base, descubre que Dios no está arriba, sino que vive en el ser humano, que la injusticia no es irreversible, que la solidaridad significa lucha, que la buena noticia para los pobres

es su posibilidad de actuar allí donde todo parece estar bloqueado.

Por lo tanto, su liberación debe ser material: cómo hacer desembocar su trabajo en los medios de existencia (cómo hacer de su trabajo su medio de existencia), cómo disponer de los más elementales derechos al trabajo, a la vivienda, a la salud, a la energía. Recuerda que en Nicaragua, bajo el impulso de la revolución sandinista, los campesinos organizados en cooperativas habían conquistado en menos de diez años una cuarta parte de las tierras cultivables, los títulos de propiedad fueron distribuidos entre miles de familias, la alfabetización se convirtió en un objetivo social, los centros de salud existían en los campos. La liberación se lleva a cabo mediante pasos concretos, difíciles y a menudo torpes, mas siempre palpables. Pero también sabe que nada es definitivo y que los intereses de los ricos pueden hacer peligrar los logros de los pobres.

La liberación también es cultural: salir de un esquema de pensamiento que coloca al campesino en un espacio inmóvil donde su sumisión al destino condiciona la posibilidad de vivir, para entrar en una dimensión del tiempo que lo hace consciente de que es un actor que, como los demás, construye su sociedad.

En cuanto a su esperanza, esta es la esperanza de comida, de vivienda, de electricidad, de agua potable. Pero es también la de no perder su referencia religiosa, que fue su iluminación y su forma de protesta. Se convierte en el redescubrimiento del Evangelio al mismo tiempo que en el alejamiento del cristianismo elitista. Demasiadas veces este se ha convertido en un instrumento al servicio de la sumisión, una forma de espiritualidad que confirma la excelencia de los poseedores de los bienes y del poder y ha desembocado en una conjunción entre intereses eclesíásticos institucionales y formas opresoras de organización económica, política y cultural.

Por eso, para él, los portadores de esperanza –no solo para América Latina; también habría que incluir a Asia, África, el mundo árabe, América del Norte, Europa– son hoy día Ernesto Guevara (Che), Camilo Torres, Oscar A. Romero, Carlos Fonseca (el fundador del Frente sandinista), etc., y todos aque-

llos que han renunciado a los privilegios de su condición, para identificarse con la lucha de los pobres y de los oprimidos. Y son sobre todo esos miles de personas que no tienen nombre y que, al precio de su salud, de su libertad o de su vida, han creído y siguen creyendo en la posibilidad de una liberación.

Liberación y esperanza están unidas a las contradicciones, al sufrimiento, a la muerte, precisamente para superarlas y hacer posible otra realidad. El proceso es dialéctico, concreto, material y espiritual. Afecta a la vida cotidiana así como al orden económico internacional. Durante este proceso lo más importante es seguir creyendo en la utopía, en la posibilidad de construir otro mundo, de mirar más allá a condición de actuar en el presente, de disponer de una referencia que permita a la humanidad salir adelante y que sirva de base para la construcción de alternativas. Bajo estas condiciones la liberación y la esperanza nunca se convertirán en simples ingredientes de una ideología superada, sino que siempre tendrán sentido en el presente. Bajo estas condiciones, el creyente tiene su lugar en las luchas sociales.

POSTFACIO

Deslegitimar el capitalismo, afirmar que otro mundo es posible, recrear la esperanza, todo eso tiene desde luego un gran valor, pero es totalmente insuficiente. Un libro escrito justo un siglo antes que esta obra ya lo decía: *¿Qué hacer?* Estaba firmado por un autor que en nuestros días no nos atrevemos mucho a citar: Lenin. Y sin embargo, es una etapa indispensable para permitir a los actores sociales desempeñar su rol. La conciencia doble –por una parte, de los mecanismos que construyen las sociedades, y, por otra, de las posibilidades de transformarla en profundidad– es una exigencia preliminar. Esta etapa está lejos de ser superada en el mundo actual. La cultura del consumo mantenida por la inmensa visibilidad de las producciones, aunque estas solo sean accesibles para una pequeña parte de la humanidad, es un elemento importante de la polarización de la conciencia. El fracaso del socialismo al que hemos llamado “real” es otro.

Es por eso que veinticinco años después del Consenso de Washington y diez años después de la caída del Muro de Berlín, el despertar que significan las protestas contra los dirigentes mundiales como el Banco Mundial, el FMI, la OMC, así como el nacimiento de foros sociales mundiales y regionales, representa una nueva etapa en las luchas sociales a nivel mundial. No obstante, la creación de esta dinámica no debe ser sino un paso hacia com-

promisos concretos. No basta con ella misma, ya que su institucionalización podría suponer una recuperación progresiva que permita al capitalismo adaptarse a las nuevas circunstancias.

La puesta en marcha de alternativas a todos los niveles y la elaboración de estrategias para ello constituyen, por lo tanto, el objetivo central. La experiencia acumulada por los movimientos sociales, sus éxitos y sus fracasos, contribuyen a ello, porque su historia es ya larga. Aunque haya muchas nuevas propuestas y frentes abiertos, aunque sigan emergiendo nuevos actores sociales, como lo hemos visto en estas páginas, el combate contra un sistema económico de explotación social y de destrucción ecológica continúa prácticamente igual.

Las estrategias, también, son realidades concretas y no pueden ser satisfechas con la simple expresión de aspiraciones y deseos. Algunas han hecho sus pruebas, otras se han cuestionado. Hay que evitar los escollos del dogmatismo, así como los de los no iniciados. En resumen, aunque las luchas sociales tengan una nueva cara, están lejos de ser un nuevo invento. Estamos viviendo un proceso de maduración, que tomará su tiempo, pero que al mismo tiempo es urgente, por todo lo que hemos intentado sacar a la luz en estas páginas.

¿Y por qué no hablar de socialismo? Simplemente porque para evitar ambigüedades parece preferible en primer lugar poner el énfasis en el contenido antes que en la denominación. Si por *socialismo* se entiende un proyecto radicalmente poscapitalista, en el que los cambios inmediatos a favor de las poblaciones más empobrecidas y explotadas son etapas de un proyecto revolucionario y no solo reformas dentro del propio sistema, entonces sí, hablamos de socialismo. Ese es un nuevo debate por abrir.

BIBLIOGRAFÍA

- “A Sale-Water Plan Turns Poisonous in Bangladesh”, *International Herald Tribune*, 11 de noviembre de 1998, 1,5.
- “A Soviet Sea Lies Dying”, *National Geographic*, Washington DC, febrero de 1990, 81; *The International Crisis*, 15.
- “A Shared Vision of a Better World”, *Newsweek*, Special Edition, diciembre de 1999-febrero de 2000, 15.
- Alternatives Sud*, “Le pouvoir des transnationales”, vol. IX, no. 1, 2002.
- Alternative Sud*, “Raison et déraisons de la dette”, vol. IX, no. 2/3, 2002
- Alternative Sud*, “Socialisme et marché: Chine, Vietnam, Cuba”, vol. VIII, no. 1, 2001.
- AMIN S., *L'accumulation à l'échelle mondiale*, París, Anthropos, 1970.
- *et al*, *Le Grand tumulte-les mouvements sociaux dans l'économie mondiale*, París, La Découverte, 1991.
- AMIN S., *Mondialisation et accumulation*, París, L'Harmattan, 1993.
- y HOUTART F. (ed.), *Mondialisation des résistances, Etat des lutes 2002*, París, L'Harmattan, 2002.
- , *Mondialisation des résistances, Etat des lutes 2002*, París, L'Harmattan, 2004.

- AMOROSO B., *Global Apartheid Globalisation, Economic marginalization, Political destabilisation*, Denmark, Roskilde University Press, 2003.
- ANDREFF W., *Les multinationales globales*, París, La Découverte, 1996.
- ASSMAN H y HINKELAMMERT F., *L'Idolâtrie de marché - Critique théologique de l'économie de marché*. París, Cerf, 1993.
- "Awash in a River of Rage", *Newsweek*, 9 de agosto de 1999, 28.
- BALIBAR E. et al., *Sans-Papier: l'archaïsme fatal*, París, La Découverte, 1999.
- BALU R., "Reinvención estratégica", *E-Business*, vol. 2. no. 6, noviembre-diciembre, 2001.
- "Bangladesh", *Merriam-Webster's Geographical Dictionary*, Springfield, MA. Merriam-Webster Inc., 1997, tercera edición, 110.
- BARKIN G. D., *Inovaciones mexicanas en el manejo del agua*, México, Centro de Ecología y Desarrollo, 2001.
- BARTHELEMY F., "Les routes contestées du pétrole équatorien", *Le Monde diplomatique*, enero de 2003.
- BEAUD M., *Histoire du capitalisme*, París, Senil, 2000.
- BEINSTEIN J., *La larga crisis de la economía global*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.
- BOFF L., "Cristianismo de libertação rumo ao século 21", *O Estado de São Paulo*, São Paulo, 1991.
- , *Jésus-Christ Libérateur*, París, Cerf, 1985.
- CAMINO C., La "solidarité européenne avec l'Amérique Latine à l'aube du XXI siècle", en MARQUEZ-PEREIRA B., *L'Amérique Latine; vers la démocratie?*, Bruselas, Ed. Complexe, 1993.
- CAPUTO O., *El Petróleo en cifras: Las causas económicas de la Guerra de EEUU*, (manuscrito).
- CARTON B. (en colaboración con LAMONTAGNE P.), *Le pétrole en Afrique - La violence faite aux peuples*, Bruselas, GRESEA, 2000.
- CASANOVA y STREIFF G., *Les Nations à la Une*, París, Ed. Sociales, CEPAL., *La inversión extranjera en América Latina y el Caribe*, 2001.

- CETIM/AJJ, *The Activities of Transnational Corporations – The Need for a legal Framework*, Ginebra, 2001.
- CETRI, *Les migrations des travailleurs dans les pays du Golfe persique*, Louvain la Nueva, dossier, no. 13, 1982.
- CHOSSUDOVSKY M., *La mondialisation de la pauvreté*, Montreal, Ecosociété, 1989.
- , “870 millions d’Indiens sous la coupe du FMI”, en *Le Monde diplomatique*, no. 457, 1992.
- CLARKE R., *The International Crisis*, Cambridge, MA, MIT Press, 1991-1992, 50, 130-131, 132-133, 135, 138, 147-148, 150.
- Colectivo de autores, “Total (ex-Elf) ne doit pas faire la loi”, carta de información trimestral, París, junio de 2003. www.collectif-tfe.cedetim.org.
- CRABBE C., *La mode déshabillée, douze questions sur l’emploi dans la confection textile*, Poitiers, 1998.
- DE LAEYER M., *Migrations: construire une nouvelle étape de l’histoire humaine*, 2001.
- DELGADO G. C., *La amenaza biológica*, México, Plaza y Valdés, 2002.
- DE MARCILY B., *L’eau*, París, Flammarion, 2000.
- DE VILIERIS M., *L’eau*, París, Solin Lémac, 2000.
- DE WASSEIGE Y., *Comprendre l’économie politique*, Charleroi, Ed. Couleur livres, 2005.
- DUROUSSET M., *Le marché du pétrole*, Ellipse, 1999.
- EFE*, WDC., agosto de 1999.
- El país digital*, agosto de 1999, no. 1186.
- El país digital*, marzo de 2000, no. 1414.
- ENDERLIN S. y MICHEL S., *Un Monde de brut*, París, Seuil, 2003.
- ESPO, *La mondialisation* (curso de Bichara Khader), Lovaina la Nueva, 2004. Fondation Internationale Lelio Basso, *Frontiere chise, Frontiere aperte*, Roma, 2001. FOURNIER J. M., *L’Eau dans les villes d’Amérique latine*, París, L’Harmattan, 2001.
- GASTAUT Y., *L’Inmigration et l’opinion des François sous la V République*, París, Le Seuil, 2000.
- GEORCE S., *Le rapport Lugano*, París, Fayard, 2001.

- GLEICK P. H. (Ed.) *A Guide to the World's Fresh Water Resources*, Nueva York, Oxford University Press, 1993, 13, 15, 16, 22-23, 49, 56-58, 90, 108-109, 272.
- GRAMSCI S., *Gramsci dans le texte*, París, Editions sociales, 1975.
- GRESEA, "Les migrations internationales en chiffres", *Gresea Echo*, no. 38, abril-junio, 2003.
- "Groundwater: The Invisisble and Endangered Resource, UNICEF Report", World Day for Water, 22 de marzo de 1998, 1-2.
- "Groundwater: The Invisible Resource, World Meteorological Report", World Day for Water, 22 de marzo de 1998, <http://www.wmo.ch/web-en/Wdwfea.html>, 2.
- GUTIERREZ G., *Théologie de la libération*, Bruselas, Lumen, Vital, 1971.
- HERNÁNDEZ P. G., "La dette externe du Tiers-Monde; nouvelles initiatives ou vieilles recettes!", *Alternatives Sud*, vol. IX, no. 2-3, 2002.
- HOERDEN D., *Cultures in Contact. World Migrations in the Second Millennium*, Durkheim, Duke University Press, 2002.
- HOLLOWAY J., *Changer le monde sans prendre le pouvoir*, París, Syllepse, 2003.
- HORMAN D., *Stratégies des multinationales, résistances sociales*, Bruselas, Gresea, 1998.
- HOUTART F y POLET F., *L' Autre Davos, Mondialisation des résistances et des lutes*, París, L' Harmattan, 1999.
- HOUTART F., "Les ajustements structurels au Vietnam", *La Revue Nouvelle*, julio-agosto, 1999, 50-63.
- , *Nicaragua a l'aube du 500 anniversaire: une marche difficile mais sure sur la voie néolibérale*, Centre Tricontinental, Lovaina la Nueva, 1992.
- , "Le Vietnam aujourd'hui: projet social et réalités", *Bulletin de l'association Belgique Vietnam*, no. 60 (marzo de 1993), 1993, 1-2.
- KAGNE B. y MARTINIELLO M., *L'immigration subsaharienne en Belgique*, Bruselas, CRISP. no 1721, 2001.
- KRAEMER D., *Water: The Life-Giving Source* (report; director of Hydrology and Water Resources Department of the World Meteorological Organization, WMO), <http://www.wmoch/web/Press/water.html>, 1.

- L'HOMME C., "Quand la mondialisation accélère la fuite des cerveaux", *Problèmes Économiques*, París, 2001.
- LANZ K., *The Greenpeace Book of Walter* (traducido del original en alemán por BIRD A.), England, David / & Charles, 1995, p. 91, 122.
- LAZAR A., *La lucha indígena por el derecho a la libre determinación*, Nord-Sud XXI. Ginebra, 1998.
- Le Manifeste de l'eau. Pour un contrat mondial*, Bruselas, Labor, 1998.
- LENAIN P., *Le FMI*, París, La Découverte, 1993.
- LENINE W. I., *Que faire?*, París, Ed. Science marxiste, 2004.
- LEON O., "Movilización continental contra el ALCA", *ALAI*, 24 de enero de 2002.
- MARQUEZ H., *Batalla política nacional en guerra petrolera mundial*, Caracas, 30 diciembre de 2002.
- MARTÍ J., *Obras completas* (27 tomos), La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975.
- MARX K., *La genèse du capital*, Moscú, Ed. Progreso, 1978.
- MOONEY P. R., *The ETC Century: Erosion, Technological Transformation and Corporate Concentration in the 21st Century*, Winnipeg, RAFI, 1999.
- MORICE A., "L'utilitarisme migratoire en question", Courriel d'information d'ATTAC, no. 385, 6 de diciembre de 2002.
- NEGRI T. y HART M., *Empire*, París, Exils, 2000.
- NOIRIEL G., *Etat, nation et immigration, vers une histoire du pouvoir*, París, Belín, 2001.
- , "A l'instar des Etats-Unis, l'Europe devient une terre d'immigration", *Le Monde*, 24 de noviembre de 2003.
- NOUSCHI A., *Pétrole et relations internationales de 1945 à nos jours*, París, Armand Colin, 1999.
- OCDE., *Migrations de remplacement: une solution aux populations en déclin et vieillissantes*, París, 2003.
- PAJARES M., "La inmigración como sofisma, la xenofobia como realidad", *El País*, 19 de junio de 2002.
- PAULET JP., *La mondialisation*, París, Armand Colin, 1998.
- "Petra – Ancient City of Stone", *National Geographic*, Washington DC, diciembre de 1998, 122, 127, 129, 133.

- PETRELLA R., “Compétitivité: Quel défi?”, *Le Soir*, 10 de octubre de 1994.
- “Piscina”, *Salvat Universal Diccionario Enciclopédico*, Barcelona, Salvat Editores 1986, vigésimo sexta edición 16, vol. 16, 327.
- PNUD, *Rapport mondial sur le développement humain 1993*, París, Economica, 1993.
- POSTEL S., *Last Oasis Facing Water Scarcity*, Nueva York, WW Norton & Co., 1993, 12, 19-20, 27-28, 29, 35, 36, 55, 77, 103-104, 115-116, 126-127, 150-151, 185, 190.
- REICH R., *L'économie mondialisée*, París, Dunod, 1993.
- Reuters, abril de 2000, no.1437,
- RIFKIN J., “Il est urgent de sortir du pétrole”, *Alternatives économiques*, enero de 2003, pp. 70-71.
- RUWET A., “Etats-Unis: toxicos en manque de... pétrole!”, *Imagine*, febrero-marzo, 2003.
- SANGWA POMBO M., *Droit international et investissement* (manuscrito), Lovaina la Nueva, 2002.
- SERAGELDIN I., *Beating the Water Crisis*, (<http://www.ourplanet.com/imgversn/83/serag-html>), 3, 10.
- SERVANT J. C., “Une priorité géostratégique: offensive sur l’or noir africain”, *Le monde diplomatique*, enero de 2003.
- SEURET F., “Nike bouge sous la pression”, *Alternative économiques*, no. 189, febrero de 2001, p. 52.
- SEXTON S., “Transnational Corporation and Food”, *World Affairs*, no. 83, 1997.
- SINGER D., *A qui appartient l’avenir ?*, París, Ed. Complexe, 2004.
- SIRONNEAU J., *L'eau, nouvel enjeu stratégique mondial*, París, Economica, 1996.
- SKLAIR L. y ROBBINS P. T., “Global Capitalism and major corporations from Third World”, *Quarterly*, vol. 23, 1ro. de febrero de 2002.
- SOROS G., *La crise du capitalisme mondial*, París, Anthropos, 1970.
- STIGLITZ J., *La grande désillusion*, París, 2003.
- SUDHIRENDAR SHABMA, “Conformatting the water privatization”, *The Island*, Sri Lanka, 3 de abril de 2002.

TABLADA C., *Petróleo, poder y civilización*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2003.

The Greenpeace Book of Water, 122.

The Guinness Book of Records, 110.

“Triple Threats, UNICEF report”, *World Day for Water*, 22 de marzo de 1998, 1.

UN, *World Investment Report*, Nueva York, 1993.

UNDP, *Human Development Report 1993*, Nueva York, 1999.

UPI, AP, PL, 1999-2001.

USDANSKY M. L., *USA Today*, 27 de septiembre de 1994.

WEINSTEIN E., “Pour une nouvelle approche de l’immigration économique”, *Revue internationale du travail*, 17 septiembre de 2003.

WITHTOL G., “A la recherche de nouvelles mobilités”, *Problèmes économiques*, no. 2743, 9 de enero de 2002.

YOUNG Mark C. (ed.), *The Guinness Book of Records*, Nueva York, Bantam Books, 1997, 110.

ZIEGLER J., *Les nouveaux maîtres du monde*, París, 2003.

Internet: diversas publicaciones de la ONU (www.un.org), del Manco Mundial (www.banquemondiale.org), del FMI (www.imf.org), de la FAO (www.fao.org), de la OMS (periodos de 1980-2001) (www.who.int).